

Libros de Lectura de Martin Restrepo Mejia

# LIBRO 3<sup>o</sup>





# LIBROS DE LECTURA

(1.º, 2.º, 3.º y 4.º)

POR MARTÍN RESTREPO MEJÍA

---

## LIBRO 3.º

---

Adoptado en concurso por el Gobierno de Colombia  
«como texto de lectura en todas las escuelas oficiales  
para el grado subsiguiente al de lectura mecánica.»

CUARTA EDICIÓN

ILUSTRADA CON 109 GRABADOS

BARCELONA  
TIP. - LIT. F. MADRIGUERA  
Calle Cortes, 532 y 534

1914

Puede imprimirse

(Hay aquí  
un sello)

✠ BERNARDO

Arzobispo de Bogotá

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

## Adopción

---

Por resolución número 19, de 11 de enero de 1911, el Ministerio de Instrucción Pública abrió un concurso para la adopción de un libro de lectura destinado a las escuelas primarias de la Nación, libro que debía reunir las condiciones fijadas en dicha resolución.

El concurso se cerró el 15 de agosto, y el Consejo Universitario comisionó a los notables pedagogos doctor Rafael M. Carrasquilla, doctor Hernando Holguín y Caro y don Luis Tomás Fallon para examinar las veintisiete obras presentadas e indicar,

con dictamen razonado, la que debía adoptarse.

La Comisión rindió un largo informe el 19 de noviembre, en el cual aconsejó se adoptase este libro que ahora publicamos y que fué presentado al concurso con el seudónimo de *José*, «para el curso de lectura que siga inmediatamente a la puramente mecánica, y el libro suscrito *Amigo de los niños* para el curso siguiente».

Con relación a nuestro libro, dijo la Comisión: «La obra firmada *José* es digna del mayor encomio por la abundancia de nociones que contiene y por el método muy adecuado que ha presidido a su formación, de suerte que no vacilamos en considerar que este libro será un excelente manual para los niños que hayan pasado de los rudimentos del saber...» «En el punto de vista importantísimo de la religión y la moral, los dos libros que recomendamos nos han parecido intachables; pero somos de parecer que se sometán a la aprobación del Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogo-

tá, conforme a las disposiciones constitucionales y legales vigentes sobre la materia (1).

El Consejo Universitario acogió el concepto de su Comisión, y, en consecuencia, el Gobierno adoptó el presente libro, según se ve en la siguiente nota:

*República de Colombia. — Ministerio de Instrucción Pública. — Sección 1.<sup>a</sup> — Número 795. — Bogotá, abril 12 de 1912.*

*Señor don Martín Restrepo Mejía. — E. L. C.*

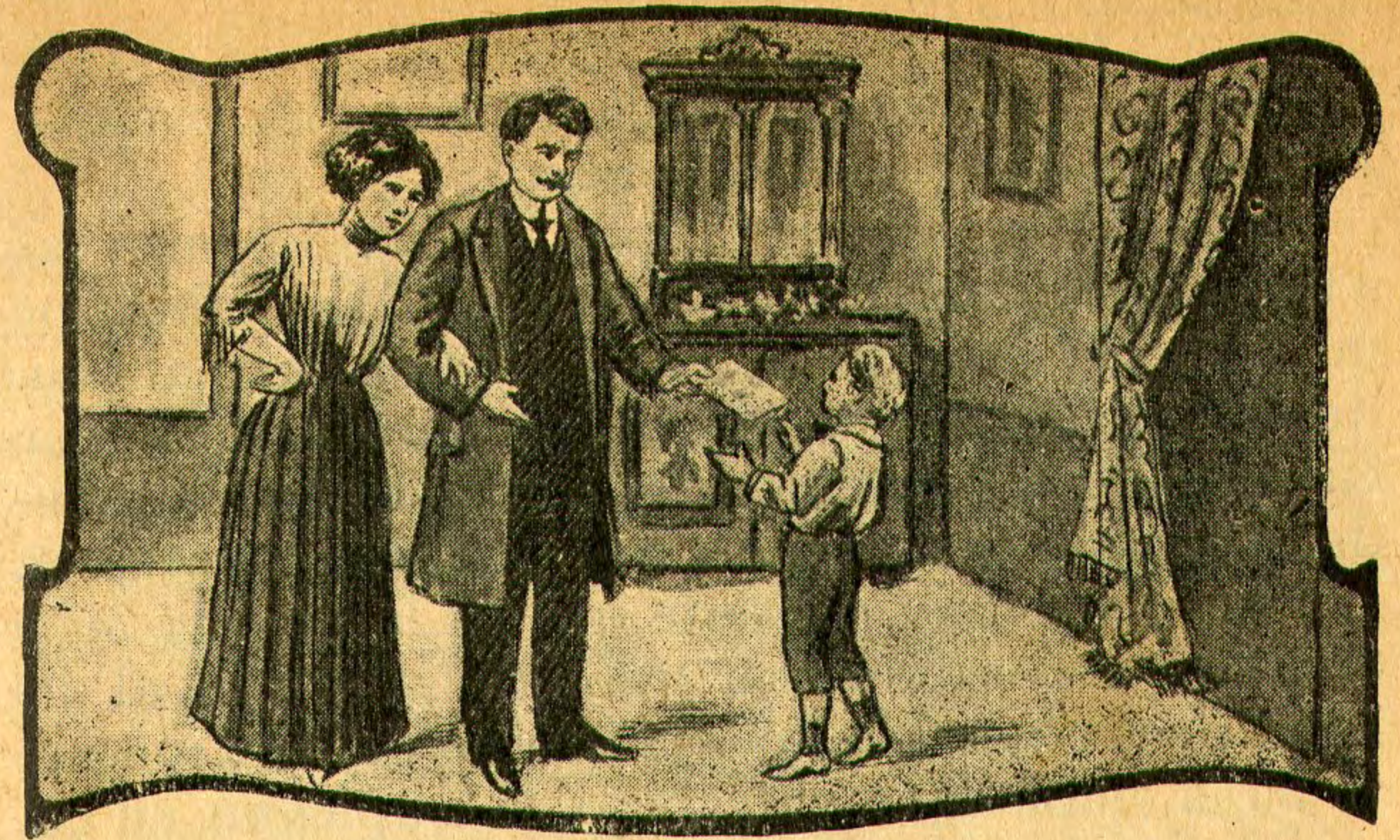
*Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que el honorable Consejo Universitario, en sesión de 15 de marzo anterior, adoptó el libro inédito de usted intitulado LA ESCUELA COLOMBIANA, como texto de lectura en todas las escuelas oficiales, para el*

(1) Este requisito se ha llenado, como se ve, en la aprobación eclesiástica que publicamos en otro lugar.

grado subsiguiente al de lectura mecánica, y recomendó una antología de usted (1) para escuelas superiores, colegios y facultades de letras.

*Dios guarde a usted.*

C. CUERVO M.



## CAPÍTULO PRIMERO

NUEVO AÑO ESCOLAR

*(Arte de educar.)*

Octubre 1.º

Hoy terminan las vacaciones, mi querido José, y mañana se abrirá nuevamente la escuela.

Harto has gozado en dos meses de campo. Creo que no olvidarás nunca esta temporada en que has jugado y paseado libremente por llanos y montes. Flaco está tu caballito *Rinrún*, porque casi no lo dejaste descansar un momento; y los terneros extrañarán que no vayas a enlazarlos como lo hacías cuando en las frescas mañanas se agrupaban a la puerta del corral, esperando cada uno el turno de ser sacado para el ordeño. Ya volverán días semejantes; pues si fueran continuos, te cansarían.

¡Ahora a estudiar! ¡Qué empresa más bella! Figúrate lo que sería de ti si, en vez de traerte a la escuela, te dejase para siempre en el campo. Crecerías allí como uno de esos animalitos, sin desarrollar la inteligencia, sin prepararte para la lucha de la vida, sin cultura ninguna. El hombre debe prepararse para poder variar y ensanchar cada día su campo de acción, sin lo cual corre el peligro del

(1) Esta antología forma el libro 4.º y último de la presente colección.

hastío, que, como una helada, le marchita y anula. Esa preparación la da la escuela.

Es ya tiempo de que te apliques mucho, pues vas a empezar tu cuarto año de estudios. El hombre que no tiene carácter no vale nada; y la principal cualidad del carácter es la energía para realizar con entusiasmo y constancia toda labor que se emprenda. Un niño desaplicado es un niño sin carácter.

Ten, pues, muy presente que en la escuela debe el niño acostumbrarse al trabajo. La actividad del hombre es como una fuente que no deja de manar. Si no la empleas en el trabajo, la emplearás en cosas malas. Hazla salir por el cauce del deber, para que no te arrastre al fango.

Todos los días, al entrar en la escuela, saluda a tu maestro. Él es mi representante allí, y debes por lo mismo respetarle y amarle. Considera que no se le puede hacer a nadie un bien mayor que el de educarle: enseñar al que no sabe es la primera entre las obras de misericordia, y no se paga con sueldo ni pensión alguna, porque es un acto de amor, un florecimiento de la caridad, que está muy por encima de todos los cálculos humanos. Ama a tu maestro cuando te enseña, cuando te reprende, cuando parece que se olvida de ti; porque en todos esos actos embarga su espíritu el pensamiento de hacerte bueno y útil. Y no seas nunca su juez, porque la justicia no debe ir de abajo para arriba.

No tengas amigos íntimos. Trata a todos los niños con cariño, pero no estreches relaciones con ninguno de ellos. Esa clase de amistades te inclinarían a descuidar los estudios, a confianzas de que después podrías arrepentirte y a ser injusto con muchos de tus condiscípulos. Además, son causa de rivalidades y desavenencias. Sé igual con todos, y procura a todos servir, a todos agradar y que para todos sea motivo de satisfacción considerarse amigos tuyos.

Ten carácter para imponer en la escuela el bien que has aprendido en el hogar, en vez de dejarte seducir por el mal que llevarán a ella los niños cuyos padres descuidan su educación. Esta clase de niños son muy peligrosos, porque están acostumbrados a vivir sin sujeción ni orden y pretenden siempre seguir así en la escuela y que los imiten sus condiscípulos. No estreches relaciones con ellos mientras no veas que puedes influir para que mejoren de conducta. Pero me preguntarás, cómo hacer para saber cuáles son; y te contestaré que los niños que no se manejan bien desde el principio, es porque tienen padres que les dan mal ejemplo o no cuidan de su educación; y esto te hará ver que los niños honran o deshonoran a sus padres con la conducta que observan en la escuela, sobre todo al principio: si se manejan bien, se puede pensar que su hogar es cristiano y buenos sus padres, y lo contrario si empiezan mal.

¡Ea, pues, hijo mío! Ve a la escuela, pensando que la educación es obra de dos personas: la que educa y la que se educa. Si ésta no colabora con su buena voluntad, su docilidad y consagración, nada puede hacerse en su favor.

Te regalo este librito en blanco, en cuyas primeras páginas escribo esta carta para que en él anotes, cada vez que tengas tiempo sobrante, lo más notable que presencias, principalmente en la escuela, y las enseñanzas orales que más llamen tu atención. Así aprenderás a redactar, y te quedará el librito como un recuerdo de tu niñez y tus estudios. Yo también escribiré en él con frecuencia los consejos y enseñanzas que más quiera grabar en tu memoria, y te indicaré las composiciones de autores colombianos y extranjeros que conviene que copies en otro librito que te regalaré también, si veo que lo mereces.

Tu padre, SILVERIO

Mi José muy querido:

Te doy mi bendición y pido a Dios te conceda la gracia de manejarte bien en la escuela y corresponder así a los consejos que te da tu buen padre en la carta anterior. Bendice a Dios porque no son muchos los niños que tienen, como tú, tantos elementos para alcanzar una buena educación, y esfuérzate por no despreciarlos.

Espero que te manejes en la escuela tan bien como hasta ahora lo has hecho en tu casa. Procura estar antes solo que mal acompañado, a fin de que no dejes la manera de ser que has adquirido a nuestro lado. Así serás siempre nuestra alegría y nuestra mayor satisfacción. Lo conseguirás si eres siempre humilde y piadoso, y si cada vez que sientas un mal deseo o te quiera seducir un mal discípulo, elevas tu corazón a la Virgen María, continua protectora del que quiere ser bueno.

Este es el mes de Nuestra Señora del Rosario, hermosa advocación de la Virgen, a cuyo amparo vencieron las armas cristianas a las turcas en la batalla naval de Lepanto. Si quieres vencer la ignorancia y la maldad, pídele fuerzas a María, acompañándonos con mucha devoción en el rosario que todas las noches rezamos en casa. ¡Oración admirablemente inspirada por el amor! Porque no es sino una continua repetición de una alabanza y un ruego, y esto es propio del amor. Él quiere repetirse a cada momento en los oídos del ser amado, y es así como se comunica y alcanza la deseada correspondencia. Todos los días te oigo decir que me quieres. Todos los días resuena en mis oídos esa protesta siempre igual y cada vez más querida. Y si alguna vez dejara de caer sobre mi corazón esa lluvia, monótona pero expresiva del estado de tu alma, yo pensaría que se había secado en tu corazón la fuente que

la produce. Del mismo modo testimonia el rosario nuestra adhesión a la Virgen. Es una oración de amor, y, rezada con este sentimiento, arrebatada, por decirlo así, los favores que pedimos a María.

Tu madre, JULIANA

Mis queridos padres:

Mil gracias por el librito y sus hermosas cartas, que pongo sobre mi corazón.

Si yo no me esforzara por corresponder a cuanto hacen ustedes por mi buena educación, sería indigno de ser su hijo.

Confíen en mis buenos propósitos, y crean que el deseo de honrarlos y complacerlos me estimulará cada día más y más al cumplimiento de mi deber.

Su hijo que los ama mucho,

JOSÉ



## CAPÍTULO II

## ¡VAYAMOS A LA ESCUELA!

(Arte de educar.)

Todos los muchachitos  
De nuestra aldea  
Nos matricularemos  
Hoy en la escuela.  
Durante el año  
No faltará ninguno  
Si es colombiano.

Vayamos a la escuela  
Todos los días,  
Como alegre bandada  
De golondrinas,  
Como a maizales  
Van loros y pericos  
Mañana y tarde.

La escuela es la despensa  
De nuestras almas:  
Ella el pan nos ofrece  
De ciencia y gracia;  
El pan que comen  
Los que han de ser mañana  
Los vencedores.

¡Y es tan grata la escuela!  
Me desayuno  
Muy temprano, me lavo,  
Rezò y estudio.  
Luego, a ese templo,  
Donde me arma de luces  
Mi buen maestro.

Yo me voy a la escuela  
Porque mis padres  
Son pobres y deseo  
Pronto ayudarles.  
Sin saber nada,  
Siempre seremos tristes  
Bestias de carga.

Yo me voy a la escuela  
Porque si es cierto  
Que mis padres son ricos,  
Mejor provecho  
Que luz y ciencia,  
Nunca sacar podría  
de sus riquezas.

Yo me voy a la escuela  
Porque mis padres  
Dicen que baja siempre  
Quien nada sabe.  
Honrarlos quiero  
Siendo más, o siquiera  
Siendo como ellos.

¡Vayamos a la escuela,  
Pobres y ricos,  
De la Madre Colombia  
Todos los hijos!  
¡No haya otro pueblo  
Que más letrado sea,  
Fuerte ni bueno!

¡Vayamos a la escuela!  
Porque el camino  
Que allí se nos señala  
Lleva a Dios mismo!  
¡Muy nobles somos  
Para dejar las almas  
En sombra y lodo!

¡Los hombres de mañana  
Vamos aquí!  
¡Queremos a la cumbre  
Todos subir!  
¡Libro y deber  
Son báculo, y son armas  
Para vencer!

La escuela es visitada con frecuencia por el señor Cura, el Inspector Escolar, el Presidente del Concejo y el Alcalde; pero esto no basta: los educadores inmediatos del niño son los padres y los maestros, y si unos y otros no trabajan de acuerdo y a la vez, muy poco será lo que se alcance a hacer.

La idea fué muy bien acogida por todos los padres de los niños, quienes prometieron ir a la escuela cada vez que puedan.

Mi padre nos contó en casa que al salir le dijo el maestro:

— ¡Qué mal hace don Atanasio en tratar así a Tomás! Malo es que elogie tanto a Guillermo, porque puede volvérselo vanidoso y falso; pero es peor el modo de tratar a Tomás. Cuando a un niño se le dice y se le repite que es malo, que es un animal, que no sirve para esto o para aquello, se persuade el niño de que así es y no procura despertar y ejercitar las buenas cualidades que sin duda tiene y con las cuales puede ahogar las malas. Es una sugestión perniciosa la que de esa manera se ejerce sobre los niños. Conviene hacerles ver con frecuencia sus defectos para que les causen repugnancia y se estimulen a superarlos. Pero no de modo que se convenzan de que ellos constituyen irrevocablemente su manera de ser, porque entonces creen que no hay remedio, y no lo buscan, y cada día son peores.

Trabajo me costará componer a Tomás; pero lo intentaré procurando ganarme su cariño y convenciéndole poco a poco de que es capaz de ser bueno.

¡Pobre maestro! ¡Qué trabajo le espera!



## CAPÍTULO IV

### MI CASA

(Lenguaje)

¡He allí el techo de mi casa!

¡Cómo lo quiero!... Allí nací y me he criado.

A su sombra vivo con mis padres y mis hermanitos. Allí me cuidan y educan mis padres, juego, me aseo, me visto, estudio, rezo y duermo.

Dentro de esas paredes, bajo ese techo querido, todo es íntimo y sincero. Toda la casa y toda su gente es como un ensanchamiento de mi ser: me siento allí rodeado de mí mismo; y si allí se me castigan mis faltas es por mi bien, porque me quieren mis padres más que yo mismo ¡Allí todo es amor! Tengo algunos amiguitos en la vecindad y la escuela, y entro con mucho gusto y entera confianza en las casas de mis tíos y primos. Pero la verdad es que amor como el de mis padres y hermanos, gusto como el de estar con ellos y disposición como la que tenemos a ayudarnos en todo, no se encuentran afuera.

Ese es mi hogar. Allí sufrimos con humildad y paciencia nuestras penas y gozamos de los bienes que Dios nos concede, pensando que no los mere-

ce mos y que puede quitárnoslos mañana en casti go de nuestras faltas, para probarnos, o porque pueden causarnos un mal muy grande. Mis padres nos repiten esto casi todos los días.

Viendo esta lámina, el maestro nos ha enseñado muchas cosas, de las que voy a apuntar aquí algunas.

El techo se llama *techumbre* cuando es muy alto, como el de los templos y palacios.

El techo tiene tres partes: la *armazón*, que se hace de vigas y varas; encima de ésta la *cubierta* o *tejado*, que se forma con paja, tejas, pizarras, tablas de madera, telas impermeables o láminas de metal; y debajo, el *techo interior*, que se llama *cielo raso*, si es plano, y *embovedado* o *abovedado*, si tiene forma de bóveda.

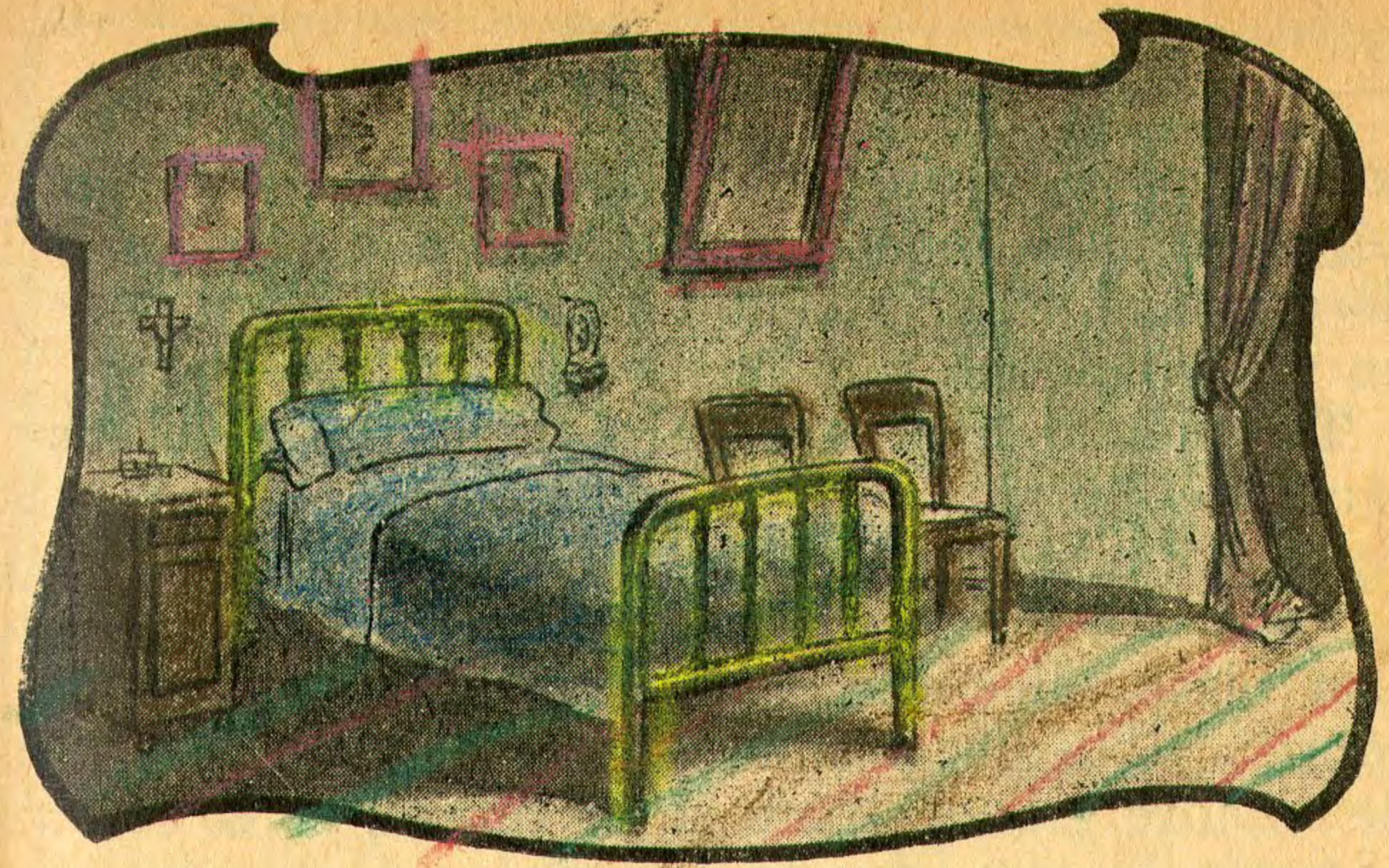
La parte del techo que sobresale de las paredes se llama *alar* o *alero*; y las vigas o varas que lo tapan por debajo, *canes* o *modillones*, y forman el *canecillo*.

Sirve el alero para que las lluvias no dañen las paredes y para dar abrigo a las *aceras*, que algunos, erróneamente, llaman *alares*.

Las ventanas se llaman *balcones* cuan son altas y tienen barandilla.

En ellas y en las puertas se llama *dintel* la parte superior formada por unas vigas llamadas *umbrales*; *umbral* es también el escalón de abajo o *quicio*. Las piezas laterales que unen el dintel al umbral son las *jambas*.

Las puertas son de una o dos *hojas* (no debe decirse *abras*).



## CAPÍTULO V

### MI LECHO

(Lenguaje.)

Mi madrecita ha copiado aquí exactamente el cuarto en que duermo con mi hermanito

Veó mi camita con las estampas que ha puesto mamá a la cabecera, las almohadas, la sábana y las mantas, frazadas o cobertores (el maestro me ha enseñado a decir así, en vez de *cobijas*).

Cuando mis padres estaban muy pobres, en vez de colchón tenía mi cama una estera. Después me la cambiaron por un jergón, que es una funda llena de paja y sin las bastas que en los colchones mantienen la lana en su lugar para que no se apelmace.

Ahora, gracias a Dios, tengo un colchoncito no muy malo.

Allí duermo sin miedo, porque los espantos de que hablan algunas personas no son sino invenciones de los ignorantes, a quienes asusta el ruido de un ratón o de una mosca. Las almas de los muertos están en el cielo, el purgatorio o el infierno, y Dios no les permite venir a espantar a nadie por el gusto de hacerlo.

De los vivos tampoco tengo miedo, porque al

acostarnos se cierra bien la casa y rezo con mucha devoción unas lindas oraciones que me ha enseñado mamá. Además, tengo un ángel de guarda que no me abandona nunca.

También al levantarme ofrezco las obras del día y me voy tan contento para la escuela. Dios protege al que ora.

Paco Gil, mi condiscípulo, aquel delgaducho y casi bizco, dice que él no reza. ¡Cómo no ha de rezar!... Él lo dice porque se burla de todo y las da de hombre grande. Pero si no rezara, sería como el perro de casa, que se acuesta... así no más.

Sí, hay gentes que viven como los animales... Pero eso es muy triste, y uno debe acostumbrarse a vivir bien, pensando que depende de Dios, y que es muy hermoso estar con ÉL, en comunicación constante por medio de la oración.

Mis hermanitos Eduvigis y Raimundo también rezan. Da gusto ver la piedad con que lo hace Eduvigis. Pero Raimundo es un juguetón que nada hace con seriedad. Mamá dice que es porque está muy pequeñito. Sólo tiene siete años, mientras que Eduvigis tiene diez y yo doce.

Hoy nos contó el maestro que en Cundinamarca llaman *cama* al colchón o estera y abrigos, y *cuja* al mueble. No puede decirse *cuja* sino cuando la cama es tan sencilla que se reduce a una armazón.

Nos dijo que también se llama *cama* la colgadura de cielo y cortinas que tienen algunos lechos, el suelo o plano de los carros, y las barretas o palancas de los frenos, que en algunas partes llaman *piernas*.

Jose no seas tan creido  
yo rezo mejor que vos  
i dubiguis reimundo

## CAPÍTULO VI

### CON MI HERMANO

(Religión y moral.)

¿Qué es esto, Dios mío?...

¡No me cabe duda! Raimundo ha dado con este librito, ha leído mis apuntes de ayer y, donde mi madre habría hecho algún hermoso dibujo, él garabateó con mil disparates la hilera de palabras sin puntuación que acabo de leer.

¡Picarón! ¡Que reza mejor que yo! Pues razón tendrá cuando me lo advierte; pero no tiene ortografía ni sabe cómo se pone una cartita.

Ahora mismo iré a decirle:

— Mira, tonto: rezar se pone con z; no se dice Dubiguís ni Reimundo sino Eduvigis y Raimundo, y a una sola persona no se la trata de vos sino en señal de respeto, como a Dios, los santos, las autoridades. ¡Sólo que me tengas tanto respeto así!...

Y le enseñaré que la carta debió ponerla de este modo:

José:

¡No seas tan creído! Yo rezo mejor que tú y Eduvigis.

Raimundo

¡Y que otro día hagas mejor letra!

Este es un chiquitín tremendo, pero inteligente y bueno.

Un día estaba yo copiando la primera lámina de este librito en una cuartilla de papel de dibujo que me regaló el maestro, y cuando más interesado me hallaba en mi trabajo, llegó Raimundo a pedirme con afán que le bajase del estante un peón, o *trompo*, como decimos nosotros.

— Espérate un momento — le contesté.

Casi al punto instó de nuevo; y como yo le diese la misma respuesta, y esto se repitiese una o dos veces más, perdió la paciencia, me arrebató el lápiz de la mano y, con verdadera furia, trazó multitud de líneas sobre mi querido dibujo..

¡Qué dolor sentí!

Pero tuve paciencia, y para no pelear (que es cosa tan fea entre hermanos), me reprimí. Me levanté de la mesa, guardé el libro, el papel y el lápiz en el cajón; miré a Raimundo con una sonrisa y me puse a mondar una naranja, diciéndole:

— Cuando uno está bravo es mejor no hacer nada. ¿Quieres que nos comamos esta naranja?

Vi en los ojos de Raimundo (que se había sentado a alguna distancia de mi mesa, quizás esperando que yo cayese sobre él) la expresión del más grande arrepentimiento. Él estaba provocando la lucha, y mi sangre fría le devolvió la razón.

— Ya no quiero el trompo — fué lo que me contestó.

Salí al corredor, y a poco observé que abría el cajón y contemplaba con tristeza mi dibujo, dañado por él

En seguida se recostó apesadumbrado en un sofá. Llegó mamá, y viéndole lloroso y en esa posición tan rara en él, pensó que yo le había hecho algún daño y me preguntó impaciente e irritada:

— ¿Qué le has hecho al niño?

A mí me faltó ya la calma y contesté con alternería:

— ¡Nada, mamá! ¡Siempre me han de echar a mí la culpa de todo!

— Fué que le dañé el dibujo a José — dijo Raimundo humildemente —, y no se ha puesto bravo...

— Pídele perdón — le dijo mamá —, y no olvides el ejemplo que te ha dado.

Raimundo saltó a abrazarme.

— Pero tú, José — me dijo mamá —, no volverás a contestarme como acabas de hacerlo...

¡Nunca, madrecita querida! ¡Nunca volveré a decirte nada con el aire de irrespeto, rencor y soberbia con que te dije esas palabras, que amargan mi recuerdo!

¡Nunca! Porque yo sé cuánto has sufrido por mí, y cuánto me quieres; y pienso que si alguna vez me reprendes y castigas sin culpa mía, no puede ser sino porque, como es obligación tuya no dejar pasar ninguna falta inadvertida en tu casa, bien puedes caer en el error de achacarla a quien no es responsable de ella, sin que por eso dejes de ser la fuente del amor que ennoblece nuestro hogar! ¡Nunca, madrecita querida! Y dejo aquí el recuerdo de esa falta para dejar también la seguridad de mi arrepentimiento de no haber sido contigo tan manso como lo fuí con mi hermanito, ¡amándote como te amo!



## CAPÍTULO VII

## LA HUMILDAD

*(Religión y moral.)*

Mi José muy querido:

Me llegan al alma las palabras con que terminas tu relación anterior, por el afecto que las inspira y la racionalidad con que aprecias mis desvelos por tu bien. Gracias a Dios, hijo mío, que te ha hecho amoroso y humilde; y para contribuir a que lo seas siempre, voy a decirte aquí dos palabras sobre la humildad.

Muchas veces oirás decir que es necesario tener cierto orgullo para no rebajarse uno a cosas indignas y malas. Es verdad que el orgullo de recordar honrosos antecedentes de familia o de creerse uno en posición elevada por causas personales o por otra razón cualquiera, sostiene a veces en las tentaciones y contribuye así a la buena conducta. Pero si ésta no tuviere otro fundamento que ese orgullo, carecerá de mérito.

Es más: en todo caso, el orgullo vicia de raíz los actos buenos en sí, y es como una llama que impide al árbol dar frutos de vida, y lo marchita y consume.

Debemos recordar siempre la cristiana conducta de nuestros mayores para que nos sirva de ejemplo y estímulo en el buen obrar; pero no para que produzca en nosotros el orgullo, que no nos dejará imitarlos sino en la apariencia, porque él extingue la esencia y la vida de la virtud.

Nada bueno puede nacer del orgullo. Él conduce naturalmente a la soberbia, a la dominación, al desprecio de los demás hombres, al odio, al rencor, a la venganza, al imperio de la fuerza brutal. La verdadera virtud (con la cual no hay que confundir las apariencias de tal que suele dar el orgullo) no tiene otra raíz que la humildad.

Cuando el hombre reconoce que es una lucecilla insignificante en presencia de Dios, incapaz de ir por sí solo con acierto en los senderos de la vida y de hacer en ella todo el bien a que está destinado; cuando reconoce que toda su fuerza le viene de Dios, y que no hay en él cosa alguna que él se haya dado, sino que todo lo tiene recibido como en préstamo de su Criador, entonces se siente dispuesto a exclamar: «¡Señor! ¿Qué quieres que yo haga? Soy tuyo y sólo deseo hacer tu santísima voluntad! Reconozco que, aunque quiero llevar una vida digna y siempre hacer el bien, con frecuencia

me faltan las fuerzas para vencer las tentaciones.  
— ¡A ti me entrego, Señor, sin reservar nada para el halago de mis pasiones!»

Y entonces Dios (que no nos exige sino ese acto de humildad, tan fundado en la razón, y esa abnegación y entrega en sus manos, tan fundada en la fe) levanta, en las sólidas bases de la humildad, el templo magnífico de las virtudes cristianas.

Cuando el hombre se entrega a *ÉL*, humilde y completamente, en su alma surgen las columnas de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, y la bóveda inmensa de la caridad y las luminosas estrellas de la mansedumbre, la pureza, la piedad, y cuanto puede resumirse en la palabra *amor*.

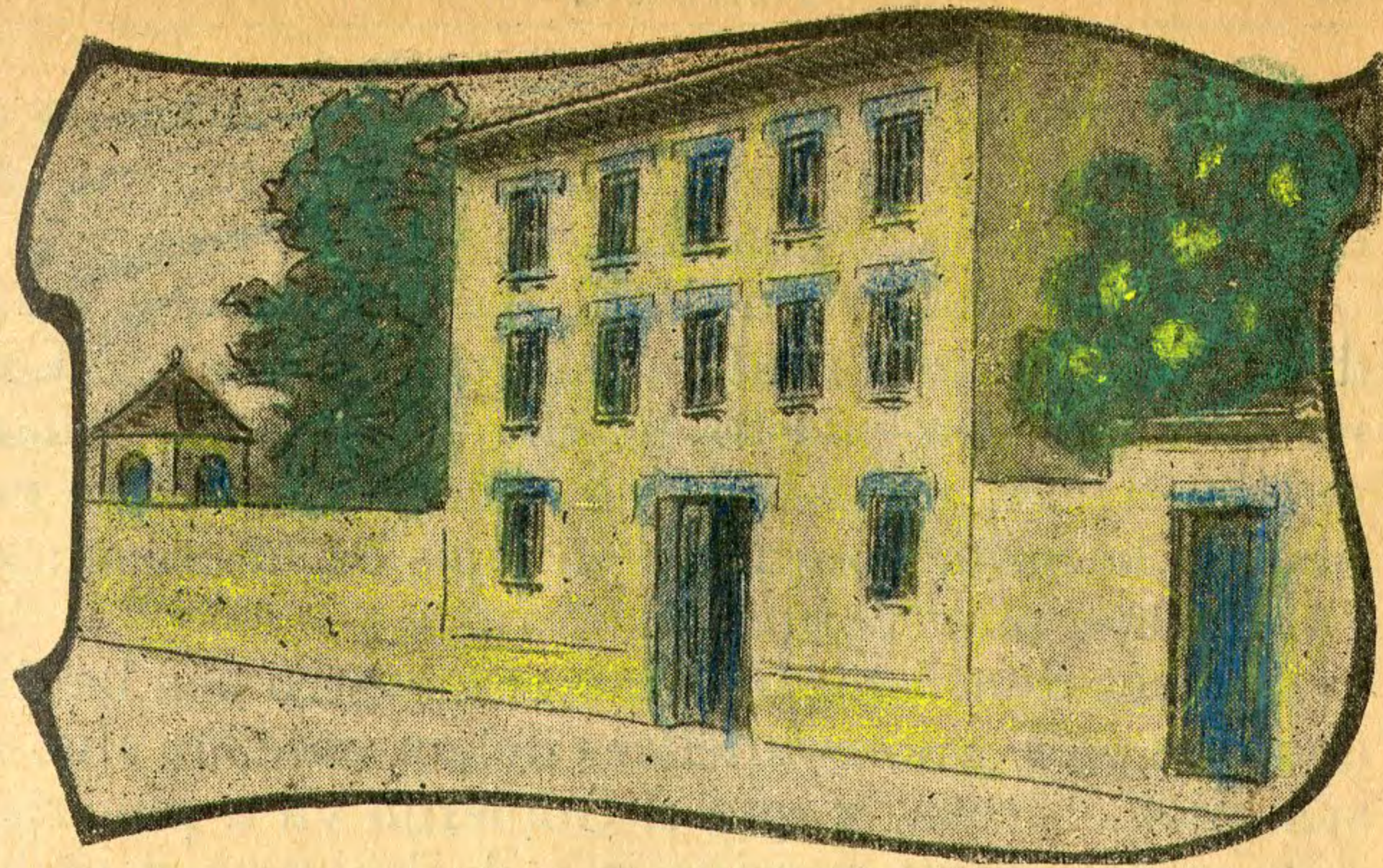
De aquí que los santos no se enorgullezcan con la perfección moral que alcanzan, porque saben que es producida por la gracia divina y que ellos no han puesto sino la humildad y la debida correspondencia a esa gracia. Si se enorgullecieran, caerían al punto de las albas alturas de la santidad.

Busca ese camino, hijito mío, pidiéndole a la Virgen del Rosario, en cuyo mes estamos, te haga humilde para que florezcan en ti todas las virtudes.

Ella venció en Lepanto la soberbia de los turcos; pídele que venza en ti la soberbia de la naturaleza rebelde.

Lo que hiciste con tu hermano por prudencia y amor, hazlo siempre con todos por humildad: aquello fué un paso que puede conducirte a esa virtud fundamental. ¡Avanza! avanza más, hijo mío; que allá en el fondo de la abnegación encontrarás a Dios, esperándote para levantar en ti el edificio de la perfección.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO VIII

### LA ESCUELA

(Lenguaje.)

¡Ved el edificio de la escuela!... ¡Qué bien lo ha copiado aquí mi santa madre, después de escribir la carta anterior, que ha sido para mí una revelación! Ahora quiere, sin duda, que medite en lo que es la escuela.

Yo quiero mucho mi escuelita.

En ella, como en casa, estoy aprendiendo a ser bueno y útil a mi familia, a la sociedad y a mí mismo.

Y es tan hermoso y cómodo el edificio, que allí pasamos los niños ratos muy agradables. ¡Siempre tan aseado, tan lleno de luz y de aire puro! Las paredes colgadas de mapas, retratos de hombres notables de Colombia, cuadros de historia, industrias, animales y plantas. El crucifijo en el testero del salón. Alrededor, patios para recreos, y jardines que, bajo la dirección del maestro, cultivamos los niños en las mañanas de los martes y sábados.

¡Pobrecitos los niños que no van a la escuela!

De cuántos gustos se privan que en la ociosidad no se conocen; y cuando estén grandes casi no servirán para nada.

Hay padres que no quieren enviar a sus hijos a la escuela, para que les ayuden en sus ocupaciones o siquiera en hacer mandados.

Pero ¡qué mal hacen! Porque esos niños les pueden servir mejor a medida que aprendan algo. Los míos sí me han puesto en ella porque me aman mucho. Otros no es que no quieran, sino que no pueden hacerlo, porque viven lejos de la escuela o porque son muy pobres o enfermos.

A veces tienen razón. Pero el maestro nos ha dicho que esos padres infelices deben enseñar algo a sus hijos en casa, y que el Gobierno va a ponerles una escuela muy cercana y a darles ropa y otros recursos, para que puedan enviar sus hijos a ella, aunque sea cortos ratos cada día.

Ayer nos contó el maestro que en algunos países es obligatoria la asistencia a las escuelas, y que los agentes de policía van de casa en casa para obligar a los padres a poner a sus hijos en ellas.

Eso, así, a la fuerza, ya no me gusta. Cuando el maestro es bueno, como el que tenemos nosotros, el edificio está cercano y es bonito, se hace agradable la permanencia en la escuela, y se les dan vestidos y útiles a los niños pobres, no hay necesidad de obligar a los padres a enviar sus niños a la escuela. Todos lo hacen con gusto; pero si se les va a obligar, ya se resistirán muchos, o por lo menos, se les hace antipática la escuela.

Doy gracias a Dios porque permite que yo me eduque, y a mis padres porque cuidan de ello; y al Gobierno porque costea la escuela y la mejora cada día; y a mi maestro, a quien recordaré con cariño toda mi vida, por lo que hace en mi favor.

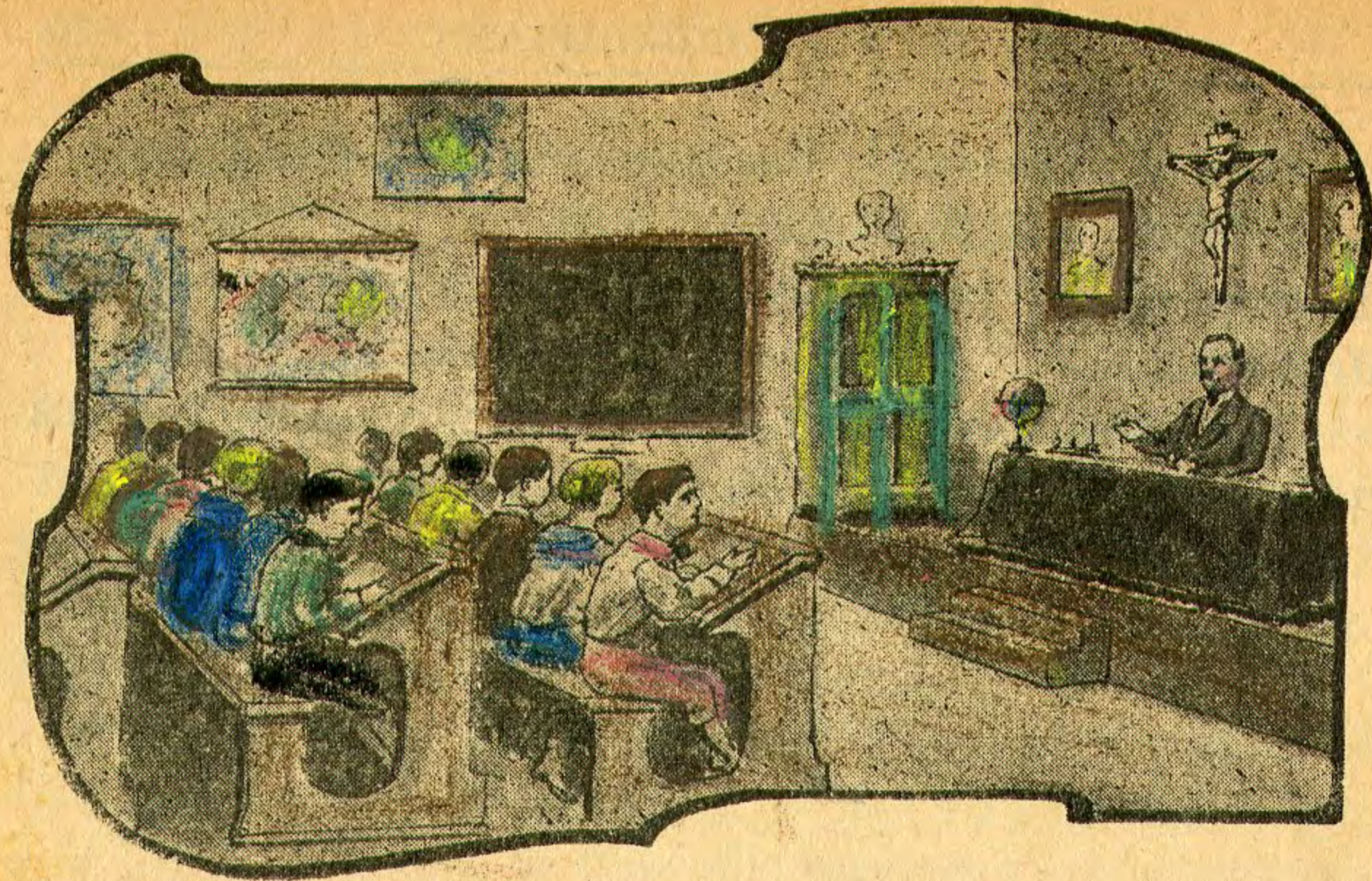
Ayer nos preguntó en qué piso está el salón de la escuela, y nadie acertó. Entonces nos dijo:

—Las habitaciones que están poco más o menos al nivel del suelo, se dice que forman la *planta baja*; las que están sobre éstas, constituyen el *pri-*

*mer piso* o *principal*; las que siguen arriba, el *segundo piso*, y así sucesivamente.

Entonces ya pudimos contestar, y dijimos casi a una voz:

— El salón de nuestra escuela está en la planta baja.



## CAPÍTULO IX EL SALÓN DE LA ESCUELA

(Lenguaje.)

Este salón es el de una escuela mejor que la mía. Pero sí se parece.

Como en mi escuela, al frente de los bancos está la mesa del maestro, sobre un estrado; y en la pared un crucifijo, con los retratos del Libertador y el Presidente de la República a los lados. Cerca de la mesa, el tablero negro. Allí el armario en que el maestro guarda tiza, lápices, libros, cuadernos y una colección de objetos para juegos instructivos y lecciones de cosas. Más allá el globo geográfico, y en las paredes muchos mapas y cuadros.

En los bancos se ven varios niños. Éste se parece a Jorge, el de las narices grandes, muchacho inteligente, pero ¡tan orgulloso y mandón! Éste pudiera ser Guillermo, que anda siempre a zancadas y prendido del maestro para acusarnos a todos y hacerse tener por el mejor y más adicto a él. Éste es el vivo retrato de Gabriel, humilde y buen muchacho a quien todos queremos tanto. Y este de atrás es Tomasito, el más juicioso de todos, pero el que menos aprende.

¡Pobrecito! Y es tan sencillo, que un día le pregunté:

— ¿Si subes la escalera tres veces al día, cuántas veces la subes en el día?

Y se quedó pensando, sin acertar con la respuesta.

Otras preguntas semejantes le hice, y al fin, como para vengarse, me dijo:

— Blanco es, gallina lo pone: ¿qué será?

— ¡Los zapatos! — le dije por darle un gustazo...

— ¡Ya ves! — me dijo —. ¡No acertaste! ¡El huevo!

En la lección de cosas que nos dió ayer el maestro sobre el tema de las paredes, prestó mucha atención Tomasito; y cuando se nos mandó escribir el resumen, no pudo sino poner palabras sueltas como *pared*, *muro*, *adobes*, etc.

El maestro le sacó del apuro diciéndole que se contentaba con que leyera bien el resumen hecho por Gabriel, que fué el mejor, y que por eso copio en seguida:

«Se llaman paredes las fábricas de tierra, madera u otra materia cualquiera levantadas para sostener el techo del edificio o dividirlo en piezas.

Cuando son de tierra pisada, se llaman *tapias*.

Se hacen también de adobes y de ladrillos cocidos.

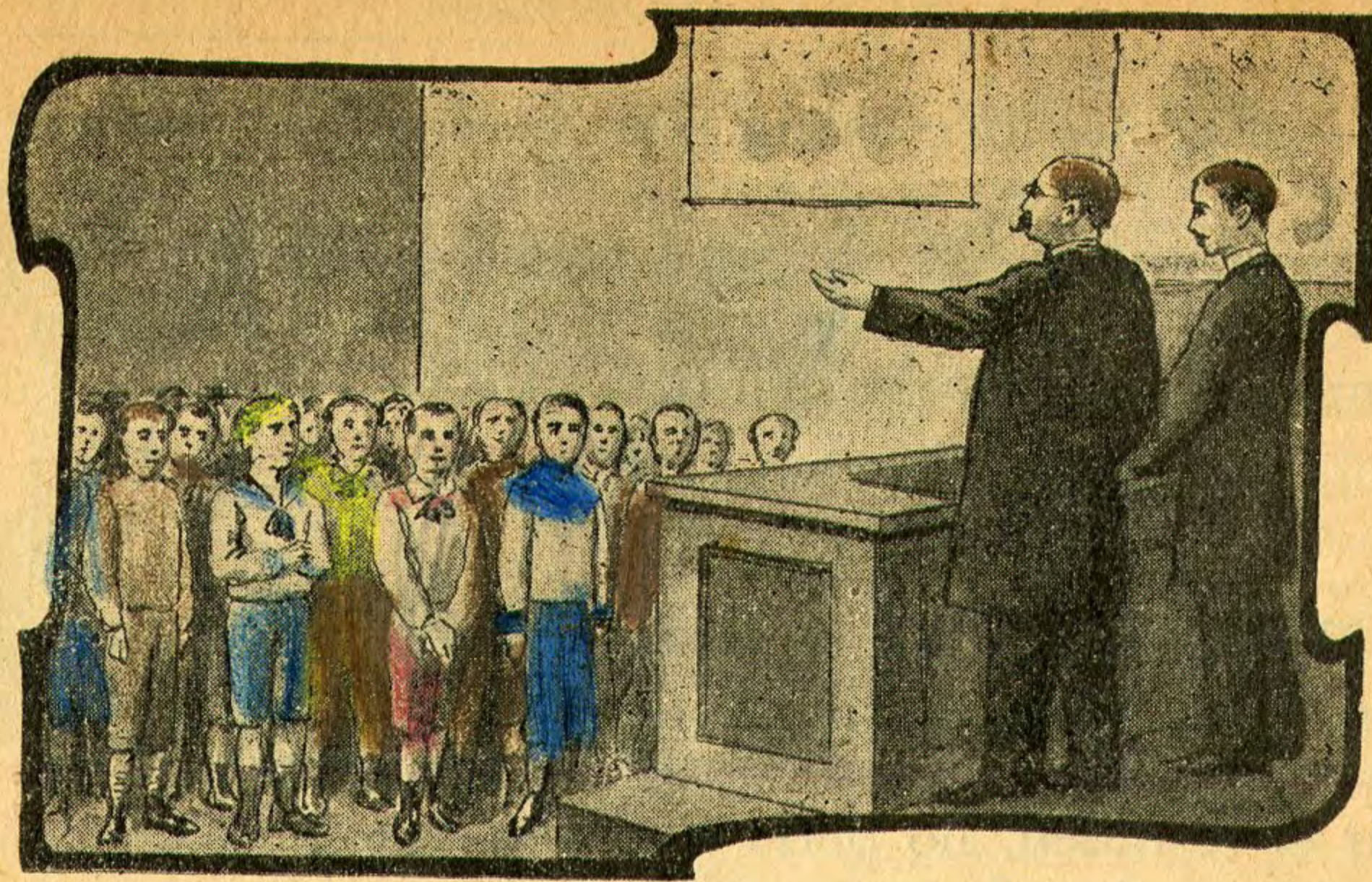
Cuando son de piedra, se llaman *muros*.

*Muralla* es una pared de piedra construída alrededor de una población para contener en las guerras a los enemigos. También se da el nombre de muros a las murallas.

Las paredes comunes a dos casas se llaman *medianas* o *medianeras*.

Las paredes delgadas, hechas de ladrillos o adobes para dividir las habitaciones de una misma casa, se llaman *tabiques*; y si son algo gruesas, *tabicones*. En América se les da el nombre de *bahareques*, *bajareques*, *bajarettes* o *embutidos* cuando se hacen de cañas y tierra; pero éstas pueden y deben llamarse también tabiques.

Las paredes más gruesas se llaman *maestras*.»



## CAPÍTULO X

### PREPARACIÓN PATRIÓTICA

(Arte de educar.)

El señor Inspector Escolar visitó hoy la escuela. Después de informarse de todo, nos habló así:

«Niños:

El señor maestro y todos sus colaboradores vamos a trabajar este año con grande empeño en educarlos a ustedes, teniendo en mira no sólo que aprendan muchas cosas útiles, sino principalmente que ustedes sean buenos ante su propia conciencia, buenos para sus familias, buenos para esta sociedad querida que entre todos formamos y que constituye la Patria Colombiana.

Muy necesario es que todos los hombres aprendamos cuanto es indispensable para trabajar con ventaja y provecho, como leer, escribir, hacer cuentas, hablar y redactar correctamente, tener noticia de todos los países y conocer la naturaleza de un modo suficiente para que sepamos aprovecharnos de ella. A estas enseñanzas vamos a consagrar especial cuidado. Espero que se apliquen mucho, pues quedarse ignorantes sería un mal muy grande para ustedes.

Tengan en cuenta que en este empeño están 300.000 niños colombianos, y que sería una vergüenza que sólo ustedes, los de esta escuela, perdiesen su tiempo. Cuando esos 300.000 niños estén grandes, tendrán las mayores ventajas en la vida, porque estarán bien preparados para toda empresa, para todo trabajo, para toda lucha; y los que se hayan quedado atrás, los que no lleven al campo de la competencia el arma de la instrucción, se verán reducidos a la impotencia, rezagados en los últimos puestos, esclavos de la miseria, la vergüenza y la derrota.

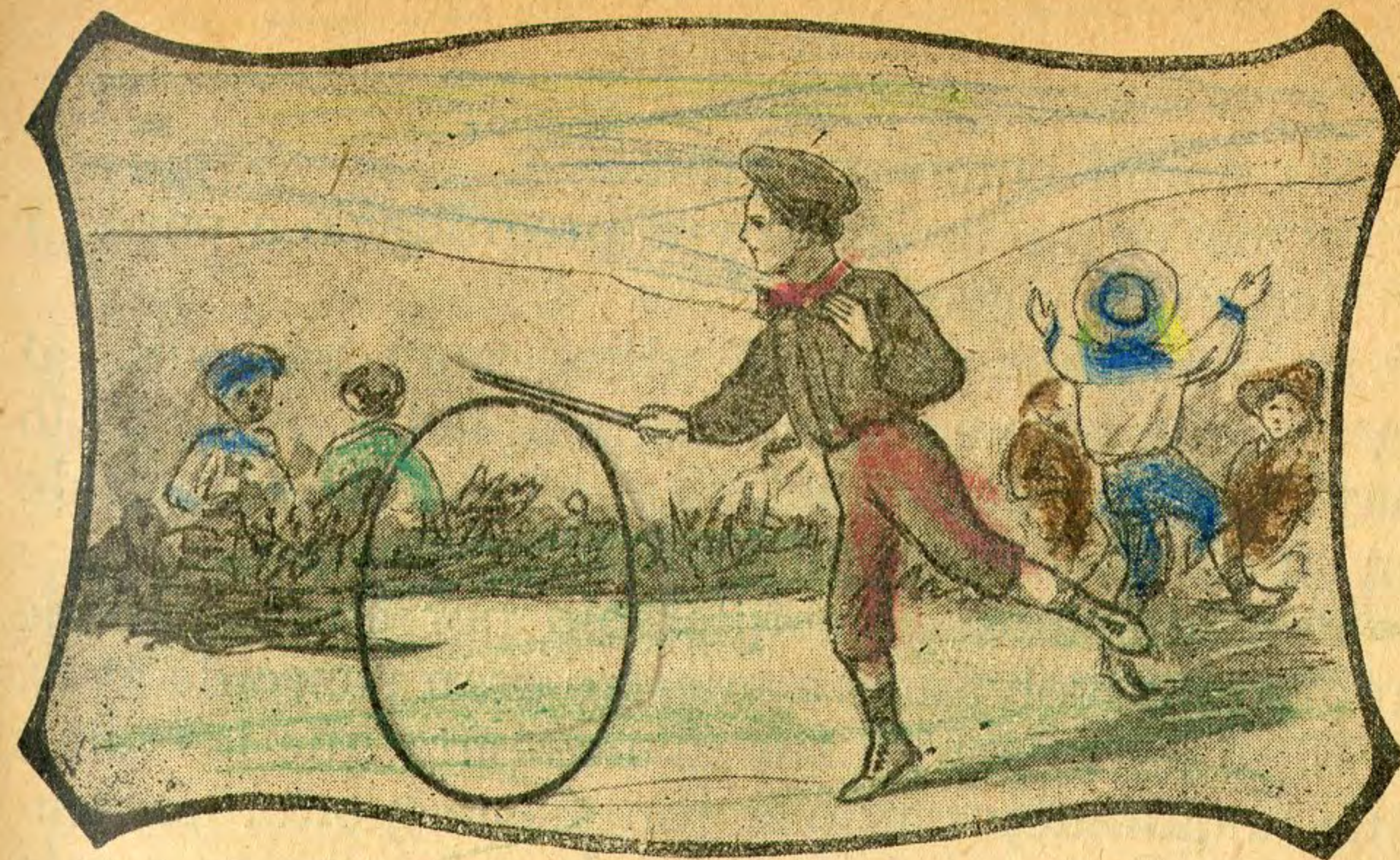
No piensen que pueden perder un año de estudios sin graves perjuicios. Son muy pocos los años que ustedes dedicarán a la escuela, porque tendrán que pasar pronto a ganarse la vida con su trabajo, y entonces se arrepentirán del tiempo perdido. Esa ola inmensa de 300.000 niños que en este momento pasa por las escuelas, formará pronto la parte principal del pueblo colombiano, ocupará los empleos públicos, estará en el comercio, las haciendas, las industrias; y allí tendrán todas las ventajas los que en la escuela hayan aprovechado más en sus estudios.

¡Sean ustedes de los primeros! Cada día piensen que hay multitud de niños en Colombia empeñados en estudiar, y que es muy grave para ustedes quedarse atrás de ellos.

Pero si la instrucción es muy necesaria, mayormente lo es la formación del carácter. Un pueblo instruído, pero sin energía para las empresas, sin hábitos de respeto a las personas y a las cosas, sin sentimiento de lealtad; un pueblo que se deja arrastrar por las pasiones a la bebida, a las riñas, a ultrajar a la autoridad, a injuriar a los mayores, a irrespetar a la mujer, a burlarse de la religión y sus ministros, no podrá prosperar ni ocupar un puesto de honor entre las naciones. A evitar y co-

rregir esos defectos van a habituarse ustedes desde ahora.

¡Ánimo, niños! Pertenece a una raza que ha producido los pueblos más grandes de la tierra: la raza latina, que en Roma dominó al mundo, en Francia lo ha llenado de luz, en Grecia e Italia lo ha embellecido con el esplendor de las artes, y en España se ha mostrado la más enérgica y generosa del mundo! En Colombia tenemos tradiciones gloriosas que nos enseñan que nuestros padres fueron grandes para la libertad, para las ciencias, para la virtud, para las artes, para las industrias. ¡Que ustedes no interrumpan esa marcha victoriosa del pueblo colombiano hacia el poderío y la gloria! Consideren que son miembros de ese gran pueblo, y que deben contribuir a su engrandecimiento por medio del estudio y la formación del carácter.»



## [CAPÍTULO XI

### PASEO. — LA ACUSACIÓN

(Arte de educar.)

Delicioso día pasamos ayer, pues tuvimos el primer paseo de este año. Dice el maestro que con frecuencia nos dará paseos instructivos a las fábricas, talleres, edificios públicos, etc., llevando solamente algunos de los alumnos; y que cada mes nos hará uno recreativo, como el de ayer, al que debemos ir todos.

Fuimos al Bermejil, que son unas colinas muy graciosas y amenas, como tres kilómetros distantes de la ciudad. Todos llevábamos nuestro avío dentro de una talega, y cada cosa envuelta en hojas soasadas: pan, carnes, arroz, papas, pastelitos, galletas, dulces, etc.

Jugamos todo el día, ya en caprichosos grupos, ya reunidos bajo la dirección del maestro. A la orilla de un arroyo que pasa por allí cerca, almorzamos en grupos de tres, cuatro o cinco niños, quienes juntaban sus avíos y formaban así un comistrajo o conjunto de manjares extravagantes y variados. Volvimos a nuestras casas al anochecer, rendidos de cansancio y llenos de alegría.

Yo dormí como un lirón...

(¿Qué es un lirón? Voy a preguntarlo a papá...)

Estoy de regreso.

Es un animalito—me dijo—muy parecido al ratón, que vive en las zonas templadas. Aquí no lo hay. Es muy ágil y activo, pero pasa adormecido en su cueva los tres meses del invierno.

Pero dejemos esto, que sólo por curiosidad he anotado, y volvamos a nuestro gran paseo de ayer.

El maestro se dió sus mañas para que los niños que tenían mejor avío se juntasen espontáneamente, para almorzar, con otros de más escasas o más humildes provisiones. Así fué que todos almorzamos admirablemente. Tomás, sin embargo, y unos pocos más, no siguieron las insinuaciones del maestro, quien después de almorzar nos dijo:

— Los condiscípulos deben tratarse como hermanos. La escuela es un hogar en que el padre soy yo, y todos ustedes mis hijos. El más grande, el más fuerte, el más adelantado, debe ayudar al más pequeño, al más débil, al más atrasado, como a un hermano menor. Por esto me ha gustado ver que los que tenían mejor avío convidaron a almorzar a los menos provistos. Unos pocos no lo han hecho, pero confío en que lo harán en otra ocasión, pues, de lo contrario, se les irá secando el corazón y perderán el cariño de los demás. ¡Ahora, a jugar!

Guillermo, que por no separarse del maestro poco había jugado y casi nada sabía de lo que hacíamos, dijo entonces al maestro con voz de afán e interés:

— Tomás, Carlos y Antonio no quisieron almorzar con niños pobres. Sobre aquella piedra del arrayán los vi almorzar juntos.

— Y tú—le contestó el maestro—, ¿con quién partiste tus provisiones, sino conmigo? Mucho te lo agradezco, Guillermo; pero habrías hecho mejor buscando para compañeros a los niños que

despreciaron Tomás, Carlos y Antonio. Te estás acostumbrando a ver los defectos ajenos, y no los tuyos. Esto te convendría más, pues te aplicarías a mejorarte; en vez de que, con acusar a tus condiscípulos, me pones en camino de componerlos a ellos mientras tú te dañas.

Yo estaba allí cerca, y, a pesar del ruido de los juegos, pude oír esta conversación.

El maestro tendió su ruana bajo de un árbol frondoso, y varios niños le hicieron rueda.

— Voy a enseñarles—nos dijo—una cosa muy importante. Hubo entre los antiguos griegos un sabio llamado Sócrates, que aconsejaba y practicaba esta regla: «Conócete a ti mismo». Vivía estudiando sus defectos para corregirlos, y sus cualidades para aprovecharlas, con lo que llegó a ser un grande hombre. ¿Le habría convenido más estudiar a los demás hombres?

— No, señor.

— ¿Por qué?

— Porque eso le habría servido para indicarles a ellos el modo de perfeccionarse, pero él no habría sabido dirigirse a sí mismo.

— Muy bien has contestado, Enrique. Veamos quién me dice ahora si tiene alguna utilidad observar los defectos de los extraños.

— Sí, señor. Como ha dicho Enrique, sirve para indicar a los demás el modo de perfeccionarse—contestó alguien.

— ¿Y sería tolerable—replicó el maestro—que detuviésemos a cada instante a nuestros semejantes para decirles los defectos que hayamos observado en ellos? ¿A ti te gustaría, Enrique, que conocidos y desconocidos te estuviesen advirtiendo esas cosas?

— No, señor, porque se necesitaría ser muy humilde para no disgustarse uno.

— ¿Y no hay nadie que tenga el deber de advertirnos de nuestros defectos?

— Nuestros padres...

— ¿No más?

— Y nuestros maestros.

— Muy bien. En general, todos los superiores pueden y deben corregir a los inferiores, y para ello deben tratar de darse cuenta de sus defectos y faltas. ¿Pero no sirve de nada observar los de nuestros iguales? Si tú ves, Juan, que un compañero tuyo es perezoso o mentiroso, ¿puedes sacar de ello alguna utilidad?

— Evitar yo esos defectos.

— ¡Eso sí! Para eso sí sirve la observación de los defectos ajenos; pues nos repugnan más la fealdad e inconveniencia de ellos cuando los observamos en nuestros prójimos, que en nosotros mismos. Pero no sólo eso hacemos al descubrir defectos en nuestros iguales, sino que muchas veces nos gozamos en ver que los tienen. ¿No es verdad?

— Sí, señor—dijeron riendo muchos niños.

— ¿Y eso está bien?

— No, señor, porque...

— ¡Vamos! ¿Por qué? Si uno de tus condiscípulos te moteja de desaplicado, ¿te aprovechará eso como si yo te lo dijese?

— No, señor; porque usted lo hace por mi bien, y él por mortificarme.

— Él lo hace, pues, con un sentimiento que le quita todo mérito al bien que resulte. Decírtelo a ti con ese sentimiento, es lo que se llama *injuria*, y fué lo que prohibió nuestro Señor cuando dijo: «No mires la paja en el ojo ajeno, teniendo una viga en el propio». Pero si en vez de injuriarte viene a decírmelo a mí para que yo te corrija, ¿hará bien?

— Sí, señor—contestó Guillermo.

— ¿Y si lo hace con gusto de haber descubierto faltas o defectos en su condiscípulo o de que el maestro le ha de castigar?...

— Entonces—contestó Enrique—no hace bien,

porque no le mueve el deseo de que uno se componga, sino el placer del mal ajeno.

— ¿Y cómo sabremos qué es lo que le mueve a acusar a su compañero?

— No hay cómo saberlo.

— No: sí hay cómo. Yo sé cuándo un niño acusa a otro por hacerle un bien, y cuándo por hacerle un mal—dijo el maestro.

Todos nos miramos sorprendidos.

— ¿Les parece raro? Es muy sencillo. Si lo hace solamente porque yo le pregunto, procede bien. Si en este caso descubro que contesta gozándose de que la falta sea conocida, hace bien en contestar, pero mal en dar la noticia. Si me la da sin que yo le interrogue, que es lo que se llama *acusación oficiosa*, lo hace por malo únicamente, a menos que se trate de evitar un mal mayor, como si un niño está ultrajando en ese mismo momento a otro que no puede defenderse.

— En ese caso, ¿debe uno acusar sin que usted nos pregunte nada?

— Sí; porque si callan, se hacen cómplices de la falta que está cometiendo y que yo podría impedir si me lo avisaran.

—Mucho deseaba saber esas cosas—dijo Enrique. Guillermo callaba.

— Pero si ustedes las sabían—dijo el maestro—. Casi no he hecho yo otra cosa que preguntar, y ustedes han ido contestando tan bien...

— Es que con su modo de preguntar se le ocurren a uno las respuestas.

— Ese modo de preguntar se llama *socrático*, porque era el que empleaba Sócrates, aquel mismo sabio de que les hablé al principio.

Luego jugamos mucho, y al regreso nos vinimos cantando y retozando hasta la entrada de la ciudad, donde el maestro nos hizo formar para entrar en orden y silencio.



## CAPÍTULO XII

### DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(Historia.)

Ayer fué día de fiesta nacional, por ser 12 DE OCTUBRE, aniversario del descubrimiento de América. No tuvimos tareas, pero de la una a las tres de la tarde celebramos un acto público en conmemoración de aquel acontecimiento, ante una numerosa concurrencia de señoras y señores.

Se había adornado el patio con festones de musgo y flores, con banderolas y gallardetes. Ante una mesa colocada cerca de una de las paredes, tomaron asiento el Maestro, el Cura, el Alcalde, el Inspector de Instrucción Pública y el Presidente del Concejo Municipal. Los niños ocupábamos el centro del patio, y a nuestra espalda se hallaba el público.

Empezamos por cantar en coro el Himno Nacional. En seguida pronunció el maestro un hermoso discurso, y varios alumnos recitamos composiciones que él nos había hecho aprender de memoria y enseñado a declamar. Fuimos muy aplaudidos; y cuando terminó el acto, los señores que lo presi-

dían nos regalaron estampas en que se ven diferentes escenas de la vida de Colón.

Creo que el discurso que me tocó pronunciar fué compuesto por el maestro.

Quiero copiarlo aquí, para que no se me olvide.

Es así:

«Señores:

Un día de 1486 golpeaba a la puerta del Convento de La Rábida, cerca del puerto de Palos de Moguer, en Andalucía, un hombre de edad madura y de aspecto noble y sereno. Era Cristóbal Colón, el futuro descubridor de América. Llevaba en su compañía a un niño de cortos años, hijo suyo, y allí encontró la benévola hospitalidad que buscaba. Venía de Portugal, cuyo Gobierno le negó el apoyo que pedía para atravesar el Atlántico en busca de un nuevo rumbo para ir al Asia, pues hasta entonces sólo era conocido el que va de Europa hacia el Oriente, por tierra, y el que conduce por el Cabo de Buena Esperanza, recientemente descubierto por Vasco de Gama. Como la tierra es redonda. Colón pensaba, con razón, que tanto podía irse de Europa a Asia por el Oriente como por el Occidente.

El prior del Convento, Fray Juan Pérez de Marchena, le prestó su apoyo para obtener del Gobierno español los recursos necesarios para la arriesgada empresa; y después de vencer muchas dificultades, se embarcó el ilustre marino, en el puerto de Palos, el 3 de agosto de 1492, en tres carabelas tripuladas por 120 hombres.

«Ni el vapor ni la electricidad eran conocidos entonces. Se navegaba únicamente a impulsos de los remos o del viento, recogido en velas. De esta última clase eran las embarcaciones de Colón; y si hoy es larga y peligrosa la travesía del Atlántico en buques de vapor, que vuelan — por decirlo así — sobre las olas, y se conocen los escollos y demás

peligros que ese mar presenta, nos llenamos de admiración al considerar el heroico viaje del descubridor. Aquellas porciones de mar tranquilo en que la vegetación se apodera de los despojos marinos y obstruye el paso de las embarcaciones; los trastornos que sufre la aguja de marear desde que pasa el trópico; el navegar meses enteros sin divisar tierra alguna, cuando hasta entonces los marinos sólo habían navegado costeanado; el desaliento de sus compañeros, quienes trataban de disuadirle de su empeño y le exigían regresar a Europa; todos estos eran obstáculos que sólo un gran carácter pudo superar.

Al fin, fué coronada con el éxito tan heroica constancia. Al amanecer del 12 de octubre de 1492, sesenta días después de estar entregados a un mar desconocido, el mundo americano quedaba descubierto. Un cañonazo disparado de *La Pinta*, y el grito de «¡Tierra!» dado por Rodrigo de Triana, anunciaron el acontecimiento más trascendental de los últimos siglos. América surgía de entre las olas, con sus incontables islas, sus montañas, sus caudalosos ríos, sus inmensas llanuras y selvas riquísimas. Allí el oro y la plata en tal abundancia, que en poco tiempo habían de bajar en Europa a la quinta parte de su valor; allí una flora y una fauna maravillosas; allí verdaderos paraísos para la exuberante población del Viejo Mundo, y allí, sobre todo, media humanidad desconocida de la otra media, y privada de los beneficios de la redención hasta ese día bendito del 12 de octubre de 1492, que dió entrada en América a la civilización cristiana, inició la unión de todos los pueblos, que había de consumarse en el Nuevo Mundo, e hizo posible la existencia de esta Patria Colombiana, que tanto amamos.

¡Gloria a Colón, señores: porque fué sabio, porque fué prudente, porque fué constante, porque

no cedió ante las dificultades sinnúmero que le salieron al paso! No sólo merece nuestra gratitud de americanos, sino que su noble vida es ejemplo de altas virtudes que debemos imitar. Y ¡gloria a Colombia, que ha honrado al gran navegante adoptando su nombre y dedicando este día cada año a conmemorar su portentosa empresa!»



## CAPÍTULO XIII

## POESÍA DIDÁCTICA

Nos ha dicho el maestro que las composiciones poéticas son de seis géneros: *didácticas, bucólicas, descriptivas, dramáticas, líricas y épicas.*

Se llaman *didácticas* las poesías cuyo principal objeto es dar preceptos morales, científicos, literarios, artísticos o industriales.

Si enseñan una ciencia, arte o industria, se llaman *didascálicas*; si censuran hechos o costumbres, *satíricas*; si refieren una acción imaginaria para deducir de ella una lección, *fábulas* o *apólogos*.

Modelos:

## MEMORIAS

## SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ EN ANTIOQUÍA

(Fragmentos)

Buscando en dónde comenzar la roza  
De un bosque primitivo, la espesura  
Treinta peones y un patrón por jefe  
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta  
Y de camisa de coleta cruda,  
Aquél a la rodilla, ésta a los codos,  
Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña con el ala  
Prendida de la copa con la aguja,  
Deja mirar el bronceado rostro,  
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa  
Que el pantalón sujeta a la cintura,  
Con el recado de sacar candela,  
Llevan repleto su carriel de nutria.

Envainado y pendiente del costado  
Va su cuchillo de afilada punta;  
Y en fin, al hombro, con marcial despejo,  
El calabozo que en el sol relumbra.

Al fin, eligen un tendón de tierra  
Que dos quebradas serpeando cruzan,  
En el declive de una cuesta amena  
Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio a socolar el monte  
Los peones formados en columna;  
A seis varas distante uno de otro  
Marchan de frente con presteza suma.

Voleando el calabozo a un lado y otro,  
Que relámpagos forma en la espesura,  
Los débiles arbustos, los helechos  
Y los bejucos por doquiera truncan.

Las matambas, los chusques, los carrizos,  
Que formaban un toldo de verdura,  
Todo deshecho y arrollado cede  
Del calabozo a la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes,  
Los unos a los otros se estimulan;  
Ir adelante alegres quieren todos,  
Romper la fila cada cual procura.

Cantando a todo pecho la guavina  
Canción sabrosa, dejativa y ruda,

Ruda cual las montañas antioqueñas  
Donde tiene su imperio y fué su cuna.

.....  
Ya llegó la deshierba; la ancha roza  
De peones invade la cuadrilla,  
Y armados de azadón y calabozo,  
La hierba toda y la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,  
Mostrando su verdor en largas filas,  
En las cuales se ve la frisolera  
Con lujo tropical entretejida.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre  
No nos deja admirar su bizarría  
Ni agradecer al cielo ese presente,  
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que «con mano larga»  
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;  
El más vistoso pabellón que ondula  
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. A cada lado  
De su caña robusta y amarilla  
Penden sus tiernas hojas arqueadas,  
Por el ambiente juguetón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra  
Que a trecho igual sobre sus nudos brillan,  
Y racimos de dedos elegantes,  
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,  
Más rectas y agrupadas hacia arriba,  
Donde empiezan a mostrar tímidamente  
Sus blancos hilos de primera espiga,

Semejante a una joven de quince años,  
De esbeltas formas y de frente erguida,  
Rodeada de alegres compañeras  
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,  
El rumor de dulzura indefinida  
De los trajes de seda que se rozan

En el baile de bodas de una niña.

.....  
Mientras que van y vuelven los peones  
Que han almorzado ya, la cocinera,  
Infatigable siempre y con buen modo,  
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora  
Pone el maíz a remojar y deja  
La mitad para hacer la mazamorra,  
La otra mitad para moler la arepa.

.....  
A las dos de la tarde suena el cacho  
Para que todos hacia el rancho vengan.  
Pues ya está la comida. Van llegando  
Y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda en la cocina  
Reparte a los peones las arepas;  
De frisoles con carne de marrano  
Un plato lleno a cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,  
Que algunos de ellos con la leche mezclan;  
Otros se bogan el caliente claro,  
Y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto de dulce melcochudo  
Les sirve para hacer la sobremesa,  
Y una totuma rebozando de agua  
Su comida magnífica completa.

¡Salve, segunda trinidad bendita;  
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!  
Con nombraros no más se siente hambre.  
«¡No muera yo sin que otra vez os vea!»

Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes  
Que sólo porque han ido a tierra ajena  
Y han comido jamón y carnes crudas,  
De su comida y su niñez reniegan,

Y escritores parciales y vendidos  
De las papas pregonan la excelencia,  
Pretendiendo amenguar la mazamorra

Con la calumnia vil sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquía  
Y presentarles la totuma llena  
De mazamorra de esponjados granos,  
Más blancos que la leche en que se mezclan;

Que metieran en ella la cuchara,  
Y que de granos la sacaran llena,  
Cual isla de marfil que en leche flota,  
Como mazorca de nevadas perlas;

Y que dejando chorrear el claro  
La comieran después, y que dijeran,  
Si es que tienen pudor, si con las papas,  
Alguno habrá que compararlo pueda.

¡Oh, comparar con el maíz las papas,  
Es una atrocidad, una blasfemia!  
¡Comparar con el rey que se levanta  
La ridícula chiza que se entierra!

Y ¿qué dirían si frisoles verdes  
Con el mote de chócolo comieran  
Y con una tajada de aguacate  
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna?....

¿Si una postrera de espumosa leche  
Con arepa de chócolo bebieran,  
Una arepa dorada envuelta en hojas,  
Que hay que soplar porque al partirla humea?

¿Y la natilla?... ¡Oh! la más sabrosa  
De todas las comidas de la tierra,  
Con aquella dureza tentadora  
Con que sus flancos ruborosos tiemblan.

¡Y tú también, la fermentada en tarros,  
Remedio del calor, chicha antioqueña!  
¡Y el mote, los tamales, los masatos,  
El guarrús, los buñuelos, la conserva!...

Y mil y mil manjares deliciosos  
Que da el maíz en variedad inmensa...  
Empero, con la papa, la vil papa,  
¿Qué cosa puede hacerse?... No comerla.

A veces el patrón lleva a la roza

A los niños pequeños de la hacienda,  
Después de conseguir con mil trabajos  
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora, alegre turba,  
A asistir juguetona a la cogienda,  
Con carrieles y jíqueras terciados  
Cual los peones sus costales llevan.

.....  
Avaro guarda el corazón del hombre  
Esos recuerdos que del niño quedan;  
Ese rayo de sol en una cárcel,  
Es el tesoro de la edad proveceta.

También la juventud recuerdos guarda  
De placeres sin fin... pero con mezcla.  
Las memorias campestres de la infancia  
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho  
Son el idilio de la edad primera;  
Son la planta parásita del hombre  
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto, vosotros, pobres socios  
De una escuela de artes y de ciencias,  
Siempre en medio de libros y papeles  
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada  
De una casa sin patios y sin huerta,  
Y que jamás otro árbol conocisteis  
Que el naranjo del patio de la escuela;

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos  
Se dieron en alfombras y en esteras  
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!  
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa,  
Cruzando montes y saltando cercas,  
¡Oh! no podréis saber, desventurados,  
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros  
De la helada vejez las horas lentas,

Si no tuvisteis perros ni gallinas  
 Ni habéis matado patos ni culebras?  
 No endulzarán vuestros postreros días  
 El sabroso balar de las ovejas,  
 De las vacas el nombre, uno por uno,  
 La imagen del solar, piedra por piedra;  
 Las sabaletas conservadas vivas,  
 Sirviendo de vivero una batea;  
 Las moras y guayabas del rastrojo,  
 El columpio del guamo de la huerta;  
 La golondrina a la oración volando  
 Alrededor de las tostadas tejas,  
 La queja del pichón aprisionado,  
 La siempre dulce reprensión materna;  
 La cometa enredada en el papayo,  
 Los primeros perritos de Marbella...  
 En fin... vuestra vejez será horrorosa,  
 Pues no habéis asistido a una cogienda.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

### POÉTICA

Nacida entre la paz y la dulzura  
 De la dorada edad, la *égloga* amable  
 Su inocencia celebra y su ventura:  
 Sus blandos sentimientos,  
 Sus sencillos acentos,  
 Fáciles nacen en su pecho y labios;  
 Ni muestra ingenio, ni agrandar procura;  
 Y cándida, inocente,  
 Nos muestra fiel cuanto en el alma siente.

A par condena el fausto y el esmero  
 De altiva cortesana,  
 Y el tono vil y el hábito grosero  
 De rústica villana.  
 Con arte no aprendido

Cual el canto del ave,  
 Suena con voz suave;  
 Con las flores del prado se engalana;  
 Y en su inocencia pura,  
 Con la vecina fuente  
 Sus adornos consulta y su hermosura.  
 De campestres guirnaldas más ornado,  
 Y de artificio y pompa al par ajeno,  
 Muéstrase el tierno *idilio*,  
 De nativa bondad y gracia lleno:  
 Ya con fácil pincel en breves cuadros  
 Retrata de la plácida natura  
 La gala y hermosura;  
 Ya con eco sensible y lastimero  
 De Adonis nos describa el caso fiero.

.....  
 Mas la triste *elegía*  
 Con blanda voz y pecho enternecido,  
 Los casos llora de la suerte impía;  
 En su lánguido tono, en su descuido,  
 Descubre su dolor y su ternura,  
 Sin humillarse nunca torpemente,  
 Ni presumir de ingenio y hermosura.  
 Alivio busca el ánimo doliente:  
 Sus cantos son gemidos,  
 Y sus ecos sentidos  
 Nacen del corazón, no de la mente.  
 .....  
 Con mayor pompa, fuego y osadía  
 Que la tierna *elegía*,  
 Dioses, hazañas, ínclitos varones,  
 La *oda sublime* entusiasmada canta.

.....  
 Menos libre y audaz, pero al par noble,  
 Si la santa virtud al vate inspira,  
 Dulces himnos cantando en su alabanza,  
 Con grave majestad pulsa la lira...  
 Mas si la horrenda faz aborrecida

Le muestra el vicio y su furor provoca,  
 Inflámase su mente,  
 Su voz airada trueno,  
 Y al crimen insolente  
 A eterno oprobio y confusión condena.  
 ¡Con qué diverso tono  
 De Anacreonte la lira  
 Placeres sólo canta,  
 Tan sólo amor respira!...  
 Y sigue nuestra planta  
 Su canto alegre y vivo.

Si en más altas *canciones*,  
 Del son acompañado de la lira,  
 El sacro vate a remedar aspira  
 El ímpetu y ardor de las pasiones,  
 Sus imágenes vivas y animadas,  
 Su voz, su canto, el número, el acento,  
 Del corazón reciban  
 El tono, la expresión, el movimiento.

.....  
 Mas al festivo ingenio debe sólo  
 El sutil *epigrama* su agudeza;  
 Un leve pensamiento  
 Una voz, un equívoco le basta  
 Para lucir su gracia y su viveza,  
 Y, cual rápida abeja, vuela, hiere,  
 Clava el fino aguijón y al punto muere.

Sin aguda saeta venenosa  
 El ala leve y ricos los colores,  
 Cual linda mariposa  
 Que juega arrebolando entre las flores,  
 El tierno *madrigal* ostenta ufano  
 En su voluble giro mil primores;  
 Mas si al ver su beldad tocarle intenta  
 Áspera y ruda mano,  
 Conviértese al instante en polvo vano.

.....

No en tan estrechos límites cercado,  
 Breve, sencillo, fácil, inocente,  
 De graciosas ficciones adornado,  
 El *apólogo* instruye dulcemente.  
 Cual si sólo aspirase al leve agrado,  
 De la verdad oculta el tono grave;  
 Al bruto, al pez, al ave,  
 Al ser inanimado

Les presta nuestra voz, nuestras pasiones;  
 Y al hombre da, sin lastimar su orgullo,  
 De la razón las últimas lecciones.

.....  
 Menospreciando el frívolo artificio,  
 La *sátira*, maligna en la apariencia,  
 Sana en el corazón, persigue al vicio  
 Por vengar la virtud y la inocencia.

.....  
 ¿Visteis tal vez en mármol imitado  
 Del triste Laoconte el duro trance,  
 Cuando, de horribles sierpes relajado,  
 Ve a su vista expirar sus propios hijos,  
 Sin que su vida a redimir alcance?  
 A un tiempo mismo el alma consternada  
 Del arte imitador la magia admira;  
 Por el mísero padre  
 Ansia, teme, suspira;

Y al lamentar su acerba desventura  
 Templa su pena incógnita dulzura.  
 Tal es de la *tragedia* el dulce encanto:  
 No refiere, no pinta; representa  
 Un suceso terrible, lastimoso;  
 Y tan viva su imagen nos presenta,  
 Que con tierno placer arranca el llanto.

.....  
 La modesta *comedia* sólo admite  
 Estilo natural, leve y urbano,  
 Tan propio en su expresión, tan libre y fácil,  
 Que afán no muestre, ni artificio vano;

Si la viva pasión su pecho enciende,  
Elevando su voz la imita diestra;  
Y sin negar su condición humilde,  
Su tierno pecho y corazón nos muestra.

.....  
Con noble majestad la *épica* Musa  
Canta una acción heroica, extraordinaria,  
Simple en el plan, en los adornos varia:

Así Homero divino  
A la atónita Grecia narró un día  
De la gran Troya el mísero destino;  
De cien pueblos y reyes belicosos  
En sus cantos fundó la eterna gloria,  
Y del mayor imperio que vió el Asia  
Sólo dura en sus versos la memoria.

MARTÍNEZ DE LA ROSA

### EPÍSTOLA MORAL

Fabio, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al más astuto nacen canas;  
Y el que no las limare o las rompiere,  
Ni el nombre de varón ha merecido,  
Ni subir al honor que pretendiere.  
El ánimo plebeyo y abatido  
Elija en sus intentos temeroso  
Primero estar suspenso que caído;  
Que el corazón entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.  
Más triunfos, más coronas dió al prudente  
Que supo retirarse, la Fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna  
De contrarios sucesos nos espera  
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar como a la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su ribera

.....  
Más precia el ruiseñor su pobre nido  
De pluma y leves pajas, más sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido,  
Que adular lisonjero las orejas  
De algún príncipe insigne, aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

.....  
¿Qué es nuestra vida más que un breve día  
Do apenas sale el sol, cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué es más que el heno, a la mañana verde,  
Seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
¿Será que de este sueño me recuerde?

.....  
Como los ríos en veloz corrida  
Se llevan a la mar, tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
¿O qué tengo yo a dicha en la que espero,  
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,  
De aprender a morir, antes que llegue  
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue  
De la severa muerte dura mano  
Y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos  
Cayeron; y nosotros a porfía

En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor, que nos envía  
Las espigas del año, y aun la hartura,  
Y la temprana pluvia y la tardía;

No imitemos la tierra, siempre dura  
A las aguas del cielo y el arado,  
Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado  
El varón para rayo de la guerra,  
Para surcar el piélagos salado,

Para medir el orbe de la tierra,  
O el cerco por do el sol siempre camina?  
¡Oh! ¡Quien así lo entiende cuánto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina  
A mayores acciones es llamada,  
En más nobles objetos se termina.

.....  
¡Triste de aquel que corre y se dilata  
Por cuantos son los climas y los mares,  
Perseguidor del oro y de la plata!

¡Un ángulo me basta entre mis lares,  
Un libro y un amigo! Un sueño breve  
Que no perturben deudas ni pesares.

.....  
No quiera Dios que imite estos varones  
Que gritan en las plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones;

Esos inmundos trágicos, atentos  
Al aplauso común, cuyas entrañas  
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!

.....  
¿Es, por ventura, menos poderosa

Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar; la ira a las espadas,  
Y la ambición se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas  
Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro;  
De cuanto siempre amé rompí los lazos;  
Ven y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

FERNÁNDEZ DE ANDRADA

## LA LECHERA

Llevaba en la cabeza  
Una lechera el cántaro al mercado,  
Con aquella presteza,  
Aquel aire sencillo, aquel agrado  
Que va diciendo a todo el que la advierte:  
«¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!»

Porque no apetecía  
Más compañía que su pensamiento,  
Que alegre le ofrecía  
Inocentes ideas de contento.  
Marchaba sola la feliz lechera  
Y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche, vendida,  
En limpio me dará tanto dinero;  
Y con esta partida  
Un canasto de huevos comprar quiero,  
Para sacar cien pollos, que al estío  
Me rodeen cantando el *pio, pio*»

Del importe logrado  
De tanto pollo, mercaré un cochino:  
Con bellota, salvado,  
Berza y castaña, engordará sin tino,  
Tanto que puede ser que yo consiga  
Ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,  
Sacaré de él, sin duda, buen dinero;  
Compraré, de contado,  
Una robusta vaca y un ternero,  
Que salte y corra toda la campaña  
Hasta el monte cercano a la cabaña.»

Con este pensamiento  
Enajenada, brinca de manera  
Que, a su salto violento,  
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!  
¡Qué compasión! ¡Adiós, leche, dinero,  
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!

¡Oh, loca fantasía,  
Que palacios fabricas en el viento!  
Modera tu alegría,  
No sea que, saltando de contento,  
Al contemplar, dichosa, tu mudanza,  
Quiebre su cantarillo la esperanza.

¡No seas ambiciosa  
De mejor o más próspera fortuna,  
Que vivirás ansiosa  
Sin que pueda saciarte cosa alguna!  
No anheles, impaciente, el bien futuro:  
¡Mira que ni el presente está seguro!

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

## EL SERMÓN DEL CAIMÁN

(Fábula)

Largo, ojiverde y más feo  
Que un podrido tronco viejo,  
Pero veloz cual trineo,  
A pesar del bamboleo  
Con que anda el animalejo,  
Iba un paisano caimán  
Más hambriento que alma en pena,  
Corriendo tras de un gañán  
Que sorprendió de holgazán  
A orillas del Magdalena.  
Casi alcanzábalo ya,  
Cuando ocurrió al fugitivo  
Cambiar el rumbo en que va,  
Pues si no, no escapará  
De un juicio ejecutivo.  
Entonces, a diestra y siniestra,  
En zigzag, trotó el patán,  
Y fué táctica maestra,  
Porque en girar no es muy diestra  
La mole de don Caimán.  
Éste, colérico al fin,  
Gritó al gañán: — ¡Hola, amigo!  
Eso es cobarde y ruin;  
Así lucha un malandrín,  
Mas no un hidalgo enemigo.  
Ande usted siempre derecho,  
Cual lo exigen la virtud  
Y el honor de un franco pecho.  
¿Victoria sin rectitud  
A quién dejó satisfecho?  
— Aplaudo—gritó el zagal—  
Principios tan excelentes;  
Pero en lid de igual a igual

Debes, según tu moral,  
Arrancarte antes los dientes.

—  
La virtud del monstruo aquél  
Es la de todo malvado:  
Provechosa sólo a él  
Para enlazar su cordel  
Al cuello del hombre honrado.

RAFAEL POMBO

EL PATO Y LA SERPIENTE

(Fábula)

A orillas de un estanque  
Diciendo estaba un pato:

— ¿A qué animal dió el cielo  
Los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire:  
Cuando de andar me canso,  
Si se me antoja, vuelo;  
Si se me antoja, nado.

Una serpiente astuta  
Que le estaba escuchando  
Le llamó con un silbo,  
Y le dijo: — ¡Seor guapo,

No hay que echar tantas plantas,  
Pues ni anda como el gamo,  
Ni vuela como el sacre,  
Ni nada como el barbo!

Y así tenga sabido  
Que lo importante y raro  
No es entender de todo,  
Sino ser diestro en algo.

IRIARTE

LOS DOS CONEJOS

(Fábula)

Por entre unas matas,  
Seguido de perros,  
No diré corría,  
Volaba un conejo.

De su madriguera  
Salió un compañero,  
Y le dijo: — ¡Tente,  
Amigo! ¿Qué es esto?

— ¿Qué ha de ser? — responde —  
¡Sin aliento llego!

¡Dos pícaros galgos  
Me vienen siguiendo!

— Sí — replica el otro —;  
Por allí los veo.

Pero no son galgos.

— Pues ¿qué son? — Podencos.

— ¡Qué! ¿Podencos dices?  
¡Sí; como mi abuelo!

¡Galgos, y muy galgos!

¡Bien vistos los tengo!

— ¡Son podencos! ¡Vaya,  
Que no entiendes de eso!

— ¡Son galgos, te digo!

— ¡Digo que podencos! —

En esta disputa  
Llegando los perros,  
Pillan descuidados  
A mis dos conejos.

Los que por cuestiones  
De poco momento  
Dejan lo que importa,  
Llévense este ejemplo.

IRIARTE

## EL BURRO FLAUTISTA

*(Fábula)*

Esta fabulilla,  
Salga bien o mal,  
Me ha ocurrido ahora  
Por casualidad.

Cerca de unos prados  
Que hay en mi lugar  
Pasaba un borrico  
Por casualidad.

Una flauta en ellos  
Halló, que un zagal  
Se dejó olvidada  
Por casualidad.

Acercóse a olerla  
El dicho animal,  
Y dió un resoplido

Por casualidad.

En la flauta el aire  
Se hubo de colar,  
Y sonó la flauta

Por casualidad.

—¡Oh!—dijo el borrico,  
—¡Qué bien sé tocar!  
¿Y dirán que es mala  
La música asnal?

Sin reglas del arte  
Borriquitos hay  
Que una vez aciertan  
Por casualidad.

IRIARTE

## EL ASNO Y EL COCHINO

*(Fábula)*

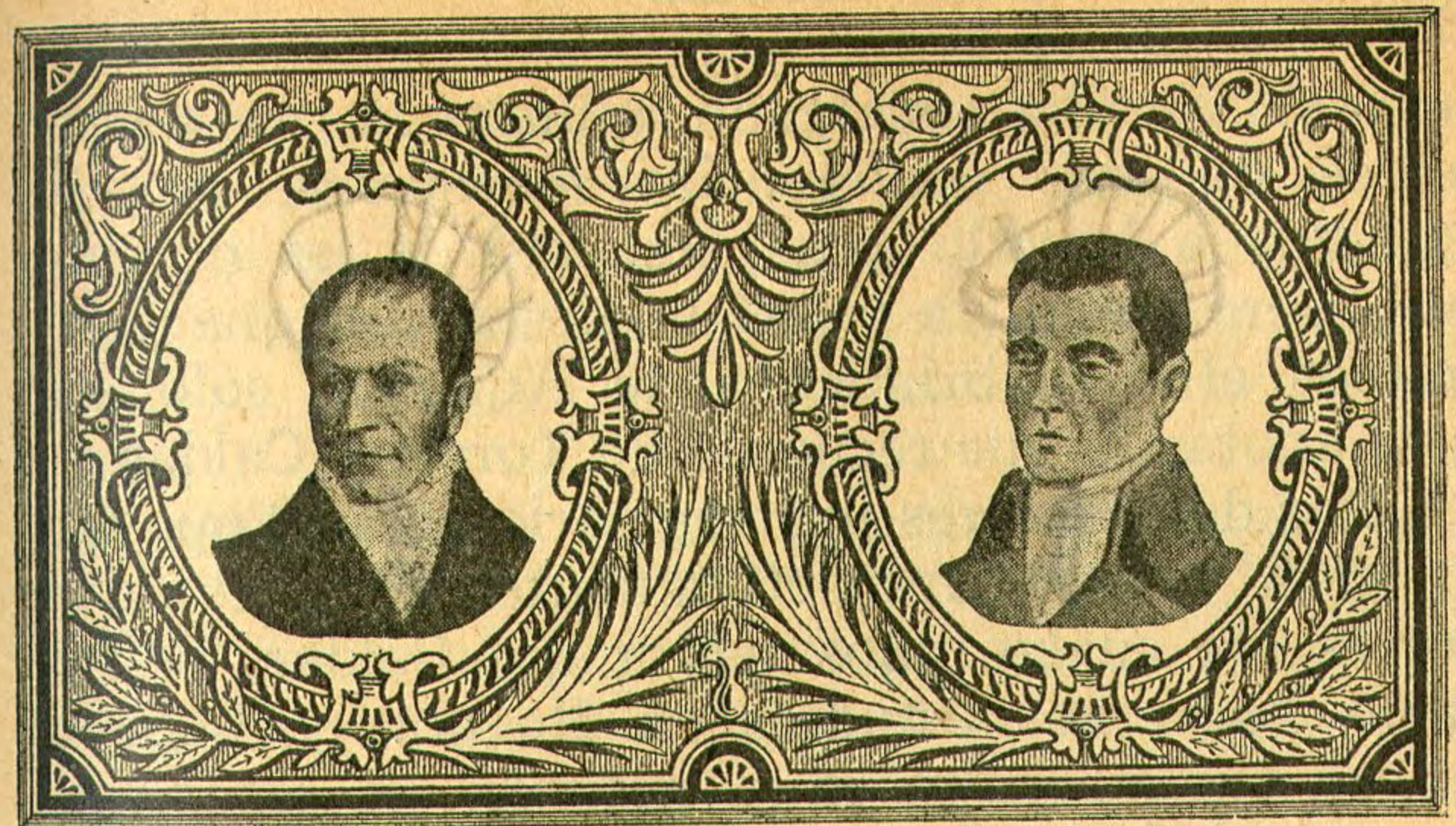
Envidiando la suerte del cochino,  
Un asno maldecía su destino.

—Yo—decía—trabajo, y como paja:  
Él come harina y berza, y no trabaja;  
A mí me dan de palos cada día:  
A él le rascan y halagan a porfía.  
Así se lamentaba de su suerte.

Pero luego que advierte  
Que a la pocilga alguna gente avanza  
En guisa de matanza,  
Armada de cuchillo y de caldera,  
Y que con maña fiera  
Dan al gordo cochino fin sangriento,  
Dijo entre sí el jumento:

—Si en esto para el ocio y los regalos,  
¡Al trabajo me atengo y a los palos!

SAMANIEGO



## CAPÍTULO XIV

TORRES Y CALDAS

*(Historia.)*

Hemos empezado el estudio de la historia de Colombia de una manera muy agradable. Porque el maestro no nos hace estudiar esta materia, ni la historia universal, de memoria; sino que en la clase cada cual abre el libro en la lección correspondiente y vamos leyendo por turno párrafo por párrafo. El maestro hace que le repitamos al sentido cada acontecimiento, y lo desmenuza luego, por medio de preguntas y respuestas, de modo que se entabla una conversación muy interesante.

Nada adelantariamos si hubiésemos de aprender de memoria esos libros tan gruesos; mientras que con este sistema leemos en cada lección muchas páginas, y el trabajo es muy agradable.

El maestro no se limita, en cuanto a la historia de Colombia, a estas lecturas ordenadas, sino que, además, nos refiere verbalmente los acontecimientos más notables que se conmemoran cada mes. Así, en este de octubre nos contó cómo fué el descubrimiento de América, nos habló de don Camilo Torres y de don Francisco José de Caldas, que fueron fusilados por Morillo el 5 y el 29 de octubre

de 1816. Nos ha encargado apuntar lo que recordemos de esas conferencias mensuales, por lo cual voy a hacerlo aquí, respecto de las de este mes; pero como ya referí la fiesta con que celebramos el descubrimiento de América, sólo me falta anotar lo que recuerdo de Torres y Caldas.

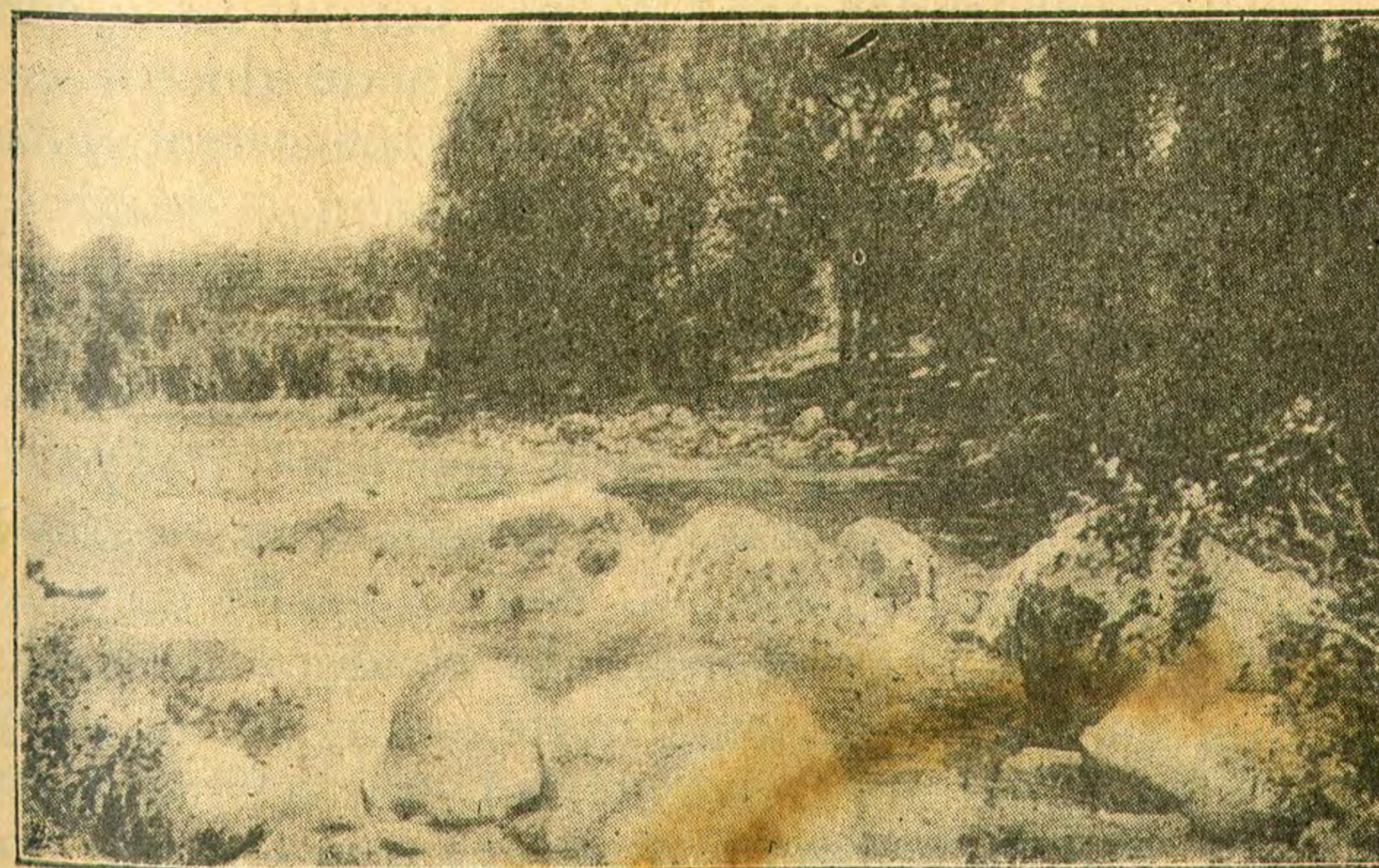
Estos dos próceres ilustres nacieron en Popayán en 1766 y 1770, respectivamente, de modo que Torres era cuatro años mayor que Caldas. Torres fué a hacer sus estudios en Bogotá, y llegó a ser un jurisconsulto muy notable. Se estableció en esa ciudad como catedrático de derecho y para ejercer su profesión. Tanto se distinguió, que pronto fué nombrado asesor o consultor del Cabildo de la capital. Cuando Napoleón invadió a España en 1808, una junta de españoles, que se reunió en Sevilla para organizar la resistencia contra el invasor, envió comisionados a las colonias de América para pedir recursos de dinero y para que cada colonia eligiese un diputado a Cortes, mientras que cada provincia de España había de enviar no uno, sino varios, desigualdad que irritó profundamente a los americanos. Además, en cada provincia española había asumido el Gobierno una junta de notables, mientras se reorganizaba el legítimo del rey Fernando VII, destronado por Napoleón; pero la Central de Sevilla no quería que esto se hiciese en América, sino que las colonias recibiesen los gobernantes que ella les enviase, como si fuesen inferiores en derechos a las provincias de España, y no miembros, iguales a ellas, de la monarquía española.

Don Camilo Torres, que era un escritor brillante, redactó entonces un Memorial de Agravios, que el Cabildo de Bogotá adoptó como suyo y presentó al virrey Amar. Este virrey desatendió la petición e hizo elegir un solo representante

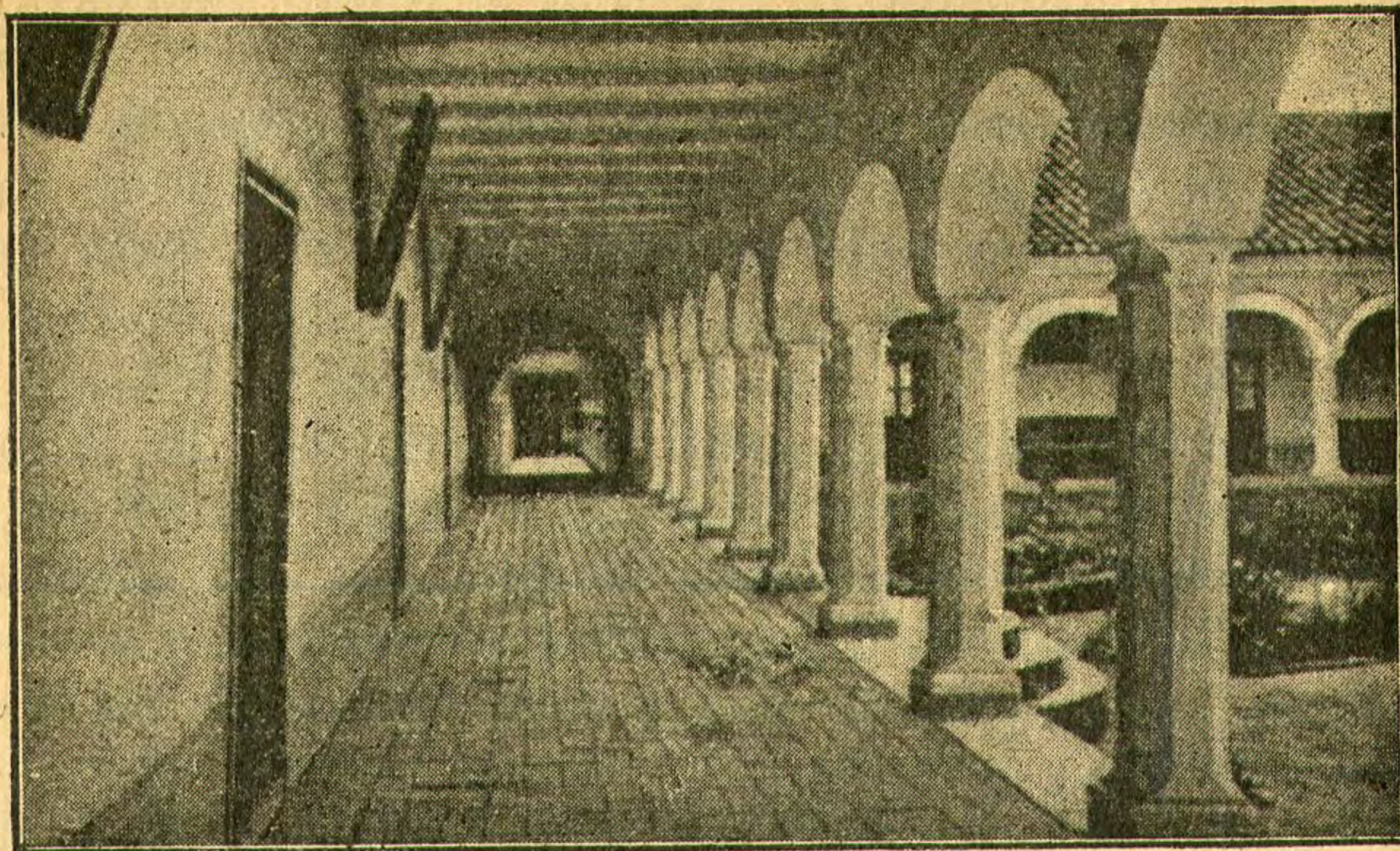
del virreinato, que lo fué don Antonio Narváez, de Cartagena. El Memorial hacía ver el peligro de que América se separase para siempre de España, si no se le hacía justicia, y es considerado como el pedestal de la gloria de Torres, por su hermosa redacción y las altas ideas que lo inspiran.

Cuando estalló el movimiento del 20 de julio de 1810, Torres fué vocal de la Junta Suprema, y después miembro del Congreso y Presidente de la República, distinguiéndose por su patriotismo, sabiduría y elocuencia. Pero, vencidos los patriotas en 1815 y 1816 por la gran expedición del ejército español que trajo el general Pablo Morillo, Torres, increpado de debilidad por algunos, renunció a la Presidencia, y luego se entregó a los españoles en el Cauca. Conducido a Bogotá, Morillo le hizo fusilar el 5 de octubre de 1816. En seguida su cadáver fué colgado de una horca; y luego se le cortó la cabeza para exponerla en una jaula...

Caldas hizo en Popayán sus primeros estudios



Río Cauca en los alrededores de Popayán



POPAYÁN.—Claustro de San Camilo, Seminario mayor

de latín, filosofía y ciencias físicas y matemáticas, las cuales le cautivaron completamente. La aurora solía sorprenderle estudiándolas, y aunque sus padres le apagaban la luz para obligarle a dormir, él se levantaba tarde de la noche y reanudaba en silencio sus estudios. Pasó luego a Bogotá a cursar jurisprudencia, sólo por complacer a sus padres; y aunque recibió el grado de doctor en ese ramo, lo que más estudió allí fue astronomía y las demás ciencias de su predilección.

Vuelto a Popayán, se ocupó algún tiempo en negocios de comercio, que le dieron mal resultado, por lo que resolvió dedicarse exclusivamente a las ciencias. Y como no tenía instrumentos para las observaciones físicas y astronómicas, se propuso construirlos él mismo, valiéndose de carpinteros, herreros y plateros; de madera diomate hizo un gnomón y un cuadrante solar; de un reloj viejo, un péndulo; reconstruyó un termómetro dañado, y esto le llevó a observar que el agua no hierve a igual temperatura en puntos situados

a diversas alturas, de donde dedujo que la elevación de las montañas sobre el mar se puede medir con el termómetro, como se hace con el barómetro, principio que él fué el primero en descubrir. Con estos instrumentos determinó las coordenadas de Popayán y otros lugares vecinos. Entonces concibió la idea de levantar una carta geográfica de todo el virreinato.

El Barón de Humboldt, que llegó a Popayán en 1801, se admiró de la ciencia de ese joven, adquirida donde los libros, los maestros y los medios de que se disponía para el estudio estaban muy por debajo del nivel a que Caldas la había levantado en su espíritu.

Hizo Caldas un viaje a Quito y escribió una memoria en que, refiriéndose a la región recorrida, determina la altura en que vegeta cada planta y el clima en que mejor se desarrolla; y envió a Bogotá, a don José Celestino Mutis, Director de la Expedición Botánica, un *Cuadro físico de las regiones ecuatoriales*. Con este motivo, Mutis le agregó a la Expedición Botánica en 1802, y le encargó estudiar la geografía y la vegetación del Ecuador.

Caldas acometió con entusiasmo el cumplimiento de este encargo. Exploró bosques enmarañados y malsanos, penetró en el cráter del Imbabura, midió montañas e hizo multitud de observaciones astronómicas y meteorológicas, trabajos geodésicos y numerosas herborizaciones. Sus estudios se extendían desde Loja, en los confines del Perú, hasta Bogotá, donde se presentó a Mutis con un herbario de seis mil ejemplares, dos volúmenes de descripciones, casi todos los datos necesarios para levantar la carta geográfica del sur del virreinato, los perfiles de los Andes en más de nueve grados, multitud de observaciones físicas, muestras de minerales, diseños de plantas, etc.

Mutis puso a Caldas al frente del Observatorio astronómico que acababa de montar en Bogotá, y ese fué otro campo glorioso para los talentos y virtudes de Caldas. Hizo allí multitud de observaciones, sin perjuicio de salir a las regiones vecinas a estudiar plantas, medir montañas, etc. Y cuando en 1808 murió el sabio Mutis, Caldas se dedicó a poner en orden y salvar del olvido y de una pérdida total los estudios de aquel sabio español, que inició en el virreinato los más altos estudios; pero no consiguió que el Gobierno le entregase el museo de Mutis, que comprendía el suyo, y uno y otro se perdieron casi completamente.

Caldas continuó dirigiendo el Observatorio y dando clase de matemáticas en el Colegio del Rosario. Entonces fundó (en 1808) con otros amigos el primer periódico importante que hubo en nuestra patria: *El Semanario del Nuevo Reino de Granada*.

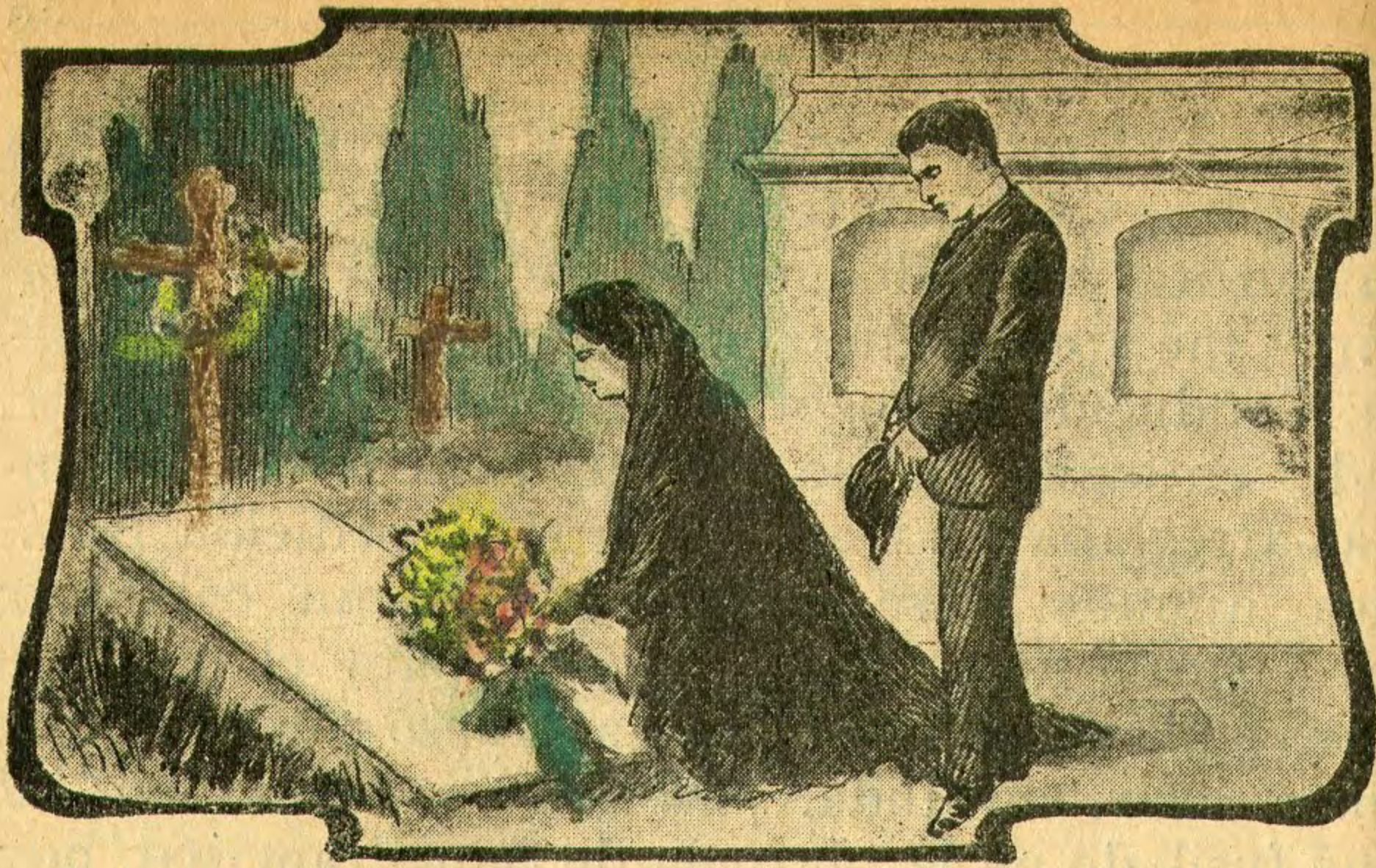
En él escribieron Caldas, Valenzuela, Lozano, Camacho, Tanco, Restrepo, Salazar, Fernández Madrid, Ulloa y otros más.

Cuando estalló el movimiento de independencia, Caldas lo secundó con entusiasmo. Se encargó entonces de dirigir el *Diario Político* que fundó la Suprema Junta. Se trasladó a Antioquía en 1813, y allí difundió las artes, montó una fábrica de pólvora, una nitrería, una fundición de cañones, una máquina de componer fusiles y una casa de moneda; y cuando Sámano amenazó con invadir a Antioquia, Caldas, con el grado de coronel de Ingenieros, fortificó el paso de Bufú y preparó armas y municiones para la resistencia. En 1814 abrió en Medellín un curso de ingeniería, y al año siguiente se trasladó a Bogotá con su familia, llamado por el Gobierno a fundar una escuela militar.

Cuando Morillo, vencedor en Cartagena, se dirigía a Bogotá, Caldas intentó salir del país por Buenaventura. No pudo embarcarse; se dirigió a Popayán y fué aprehendido en la hacienda de *Paispamba*. Conducido a Bogotá, fué condenado a muerte. Pidió entonces que se le concediera la vida mientras arreglaba los trabajos de la Expedición Botánica, aunque fuese encadenado en un calabozo; pero Enrile no accedió. Al salir para el patíbulo trazó en la pared una O, que atravesó con una raya; quiso decir, sin duda: *¡Oh larga y negra partida!* Fué fusilado en la plazuela de San Francisco, hoy parque de Santander, en compañía de Ulloa, Bunch y Montalvo.

El maestro agregó:

— Caldas es el gran modelo colombiano de los estudiantes. En todos los establecimientos de educación debiera tenerse su retrato.



## CAPÍTULO XV

## LAS ÁNIMAS

*(Religión y moral.)*

Noviembre 1.º

Mi José querido:

La Iglesia ha destinado este día especialmente a pedir por las almas de los fieles difuntos. Por esto viste hoy, cuando fuimos al cementerio, que toda la ciudad se encaminaba a ese lugar santo. Allí el respetuoso murmullo de la muchedumbre, el reposado clamor de los responsos, las coronas y flores con que cada cual adornaba las lápidas de sus deudos, el ir y venir de las gentes visitando diversas tumbas, todo llenaba el alma de piadoso recogimiento y le hacía pensar en la vanidad de cuanto no sirva para encaminarnos al cielo. La oración brotaba de todos los labios espontáneamente; y si uno que otro desgraciado había que se condujese como en una fiesta profana, buscando placeres donde los demás renovábamos dolores, sólo conseguía con ello mostrar que le faltaban corazón, inteligencia y cultura.

Nuestras oraciones alcanzan del Señor el alivio de las almas que en el purgatorio expían sus faltas.

Orar por ellas es una gran caridad, es un tributo de amor, es una prueba que les damos de que no se ha extinguido en nosotros el cariño que les tuvimos en vida. Cuando la muerte me separe de ti, no cortes, hijito mío, los lazos de amor que nos unen: tú irás a visitar mi tumba, y orarás todos los días por mí. ¿No es verdad? ¡Yo confío en tu amor! Pero no creas que me servirá de nada seguir viva en tu recuerdo cariñoso: si no pides mi descanso, ni ayudas a mi purificación con las oraciones e indulgencias de la Iglesia, será un amor inoficioso el tuyo, un amor sin alcance hasta mí.

Por eso he ido hoy contigo, tu padre y tus hermanitos a orar por nuestros deudos. Allí viste al pobre Gabriel llorando y rezando ante la tumba de su padre. Te pidió una oración, y todos nosotros atendimos su deseo. ¿No crees que su padre le bendecía por eso desde la otra vida?

Los cristianos de la tierra prestamos de esta manera un gran servicio a los del purgatorio. Ellos, en cambio, ruegan también a Dios por nosotros y nos alcanzan muchos beneficios. Muertos y vivos nos hallamos así en continua y santa comunicación.

Este día es propio para recordar la brevedad de la vida y formar sanos propósitos. La mayor sabiduría la tiene aquel que comprende que es preciso ir siempre por los caminos del Señor, sin ofenderle, a fin de llegar a puerto seguro. Por esto nos ha enseñado el Espíritu Santo que «el temor de Dios es el principio de la sabiduría». Y por esto también encierra tanta verdad la siguiente cuarteta, que mano desconocida escribió en un cementerio español:

«Como tú te ves, me vi;  
Como me ves, te verás...  
¡No ofendas a Dios, que estás  
Muy cerca de estar aquí!»

Tu madre, JULIANA

## NOVIEMBRE

Oíd cómo brama el río,  
oíd cómo sopla el viento,  
cerrad bien esas ventanas,  
arrojad un tronco al fuego  
y de la obscura bodega  
que suban del vino viejo.

Esta noche me hacen falta  
los que, por estar muy lejos,  
no habrán de alegrar ya nunca  
estas veladas de invierno,  
suaves como la esperanza  
para el corazón enfermo.

Esta noche me hacen falta  
los que tristes se durmieron  
y por el largo camino,  
sin compañía y sin regreso,  
lentamente se alejaron,  
lentamente se nos fueron.

¿Oís en las sombras algo  
como suspiros y besos?  
Son las sombras invisibles,  
son las almas de los muertos  
que a nuestra plática vienen  
como en los pasados tiempos.

¡Pobres difuntos queridos  
que en los fríos cementerios  
se estaban helando acaso  
sin el calor del recuerdo,  
bajo el rigor de la lluvia,  
a los azotes del cierzo!

¿No oís cómo brama el río  
y cómo resopla el viento?  
Y aquí dentro ¿no escucháis  
como suspiros y besos?  
Son las almas olvidadas....  
¡Recémosles!..... Padre nuestro...

Luis Tablanca



## CAPÍTULO XVI

## HURTO Y MENTIRA

(Religión y moral.)

José:

Nada contenta estoy de la afición que tienes al dinero y la inclinación a tomar lo que no es tuyo.

Cada vez que te envío a comprar algo te quedas con las vueltas, si me olvido de pedírtelas; y ayer viniste de la escuela con un boliche que nosotros no te hemos dado. Me dijiste que te lo había regalado Enrique, y yo sé que no es cierto. Otro día te apareciste aquí con una colección de tarjetas postales de cigarrillos, y me dijiste que un niño te las había dado a cambio de un trompo. Será verdad; pero ¿por qué no nos pides a tu padre o a mí lo que deseas, en vez de buscarlo en la escuela, por medio de regalos o trueques, para mí nada gratos?

Tu padre se queja de que desaparecen de su escritorio las plumas y cuadernos en blanco, y en casa no hay quien pueda utilizarlos, fuera de él, sino tú... ¡Ten cuidado! Tengo una sospecha que me atormenta mucho. ¡Piensa que en el camino del mal se entra por actos que parecen leves, por cosillas de poco momento, pero que van formando

un hábito, desarrollando una inclinación, y al fin la fuerza es incontenible y el desastre completo! ¡Hijito mío!...

Te prohibo aceptar regalos y hacer tratos en la escuela. Como devolví hoy su boliche a Enrique, devolveré en lo sucesivo todos los objetos que vea en tus manos sin que te los hayamos dado nosotros. No te expongas a las vergüenzas que esas devoluciones te ocasionarían.

Conténtate con tener lo que nosotros te demos. En cuanto podamos, tendrás los juguetes que quieras; pero cuando nuestros recursos no nos permitan complacerte, aprende a abstenerte. Nunca en la vida alcanza uno cuanto desea, y si está habituado a adquirirlo a todo trance, no podrá ser feliz, porque la ambición desordenada es un tormento, ni sabrá contenerse en el camino del delito. Aun los más ricos carecen de muchas cosas, porque hay muchas que no se adquieren con dinero. Por lo cual, si queremos ser felices y buenos, es preciso que nos acostumbremos desde niños a sufrir la carencia de muchas cosas y a no tratar de adquirirlas sino por medios legítimos, sufriendo con paciencia su falta mientras dure.

El deseo no reprimido de obtener lo que desees te ha hecho olvidar de pedirlo a nosotros y te ha inducido a la mentira. ¡No te excuses! Reconoce tu falta y confiésala, que así se forma el carácter y se corrige el vicio.

Una falta conduce a otra. Del hurto has pasado a la mentira. Y la mentira es el más vergonzoso defecto de los hombres, porque sólo apelan a ella los miedosos, que temen las consecuencias de la verdad. La mentira revela falta de carácter, de energía, de valor, y es el camino por donde se llega a la calumnia y al perjurio, espantosos crímenes que perturban hondamente a las familias y a la sociedad entera.

No, hijo mío: ¡no! Habitúate a ser franco y sincero y a no mentir, aunque ello te cueste la vida. Puedes callar la verdad cuando razones superiores lo exijan, pero no reemplazándola con la mentira, que es un velo asqueroso de que sólo echan mano las almas ruines.

Espero no tener que volver a reprenderte por estas cosas. Los consejos maternos son siempre seguidos por los hijos buenos. Pruébame que lo eres.

Tu madre, JULIANA

Madrecita:

Le prometo hacer todo esfuerzo para enmendarme. Es verdad cuanto me dice usted en la carta anterior, y comprendo que si no me acostumbro desde ahora a sufrir la falta de algunas cosas, llegaré a ser un ratero, un ladrón, un mentiroso. Yo no quiero ser nada de esto, porque temo a Dios, los amo a ustedes mucho y me da vergüenza de pensar que algún extraño llegue a saber que cometo estas faltas.

También me dijo ayer papá:

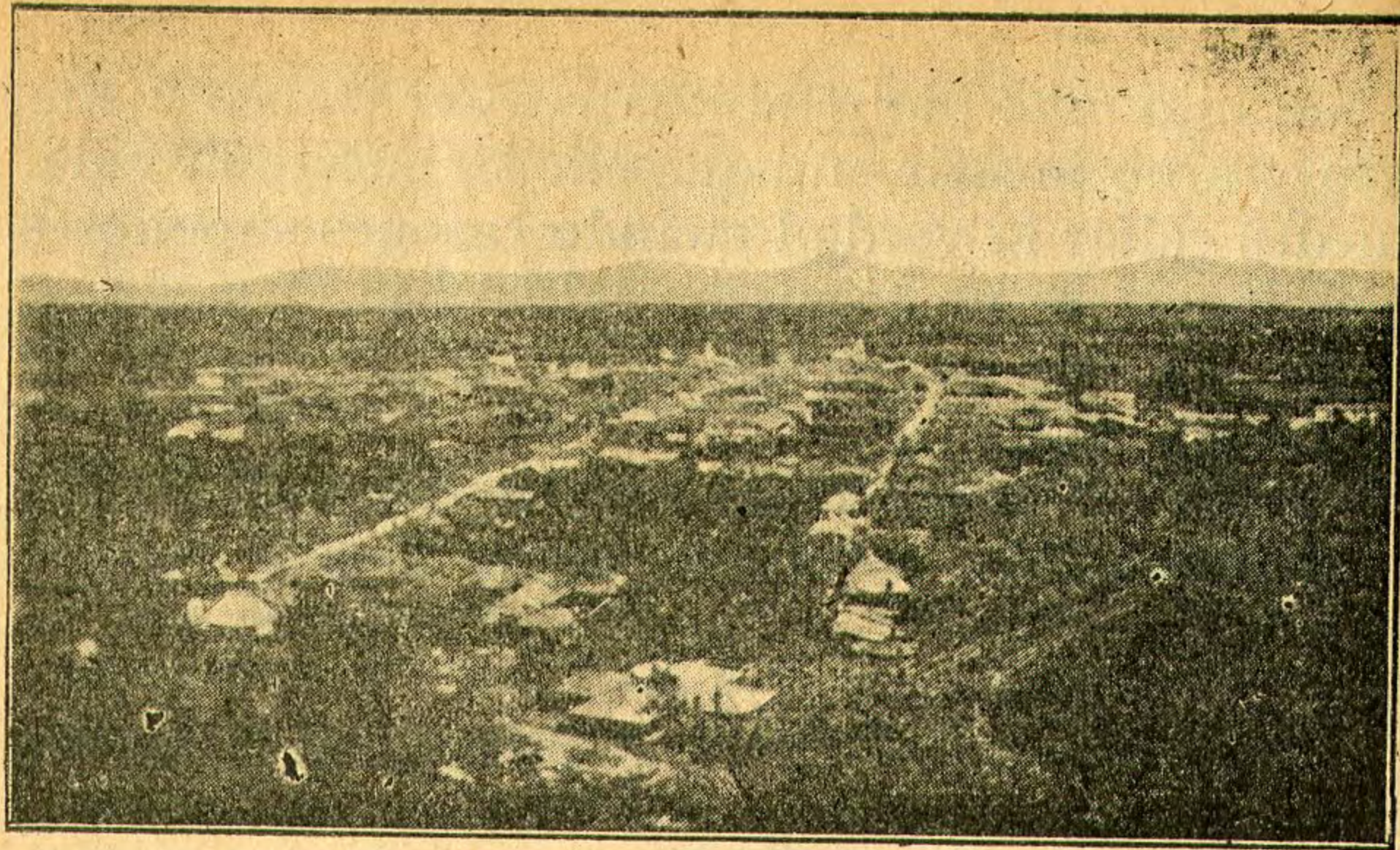
— José, has mentido, y el que miente lo hace por ocultar otra falta. De manera que son dos las que has cometido.

Y yo le pedí perdón y le hice la misma promesa que ahora le hago a usted.

¡Dios me ayude a cumplirla!

Su hijo, que le agradece mucho sus repreciones y consejos,

JOSÉ



## CAPÍTULO XVII

## POPAYÁN

(Geografía. — Viajes.)

Estuvo anoche en casa un amigo de papá, don Pedro Ortega, quien nos entretuvo mucho contándonos un viaje que hizo en 1904 de Popayán a Bogotá.

Papá me ha aconsejado escribir esa relación, y voy a hacerlo con mucho gusto. Noto que cada día me cuesta menos trabajo redactar; lo que me convence de que la constancia en hacer una cosa da al fin la facilidad de hacerla, aunque no se tenga mucho talento ni habilidad natural: la gota cava la piedra.

— Salí de Popayán—nos dijo—cuando acababa de pasar la espantosa guerra civil que empezó a fines de 1899 y duró tres años. ¡Qué desastrosa fué esa guerra! ¡Dios quiera que nuestros hijos tengan la cordura necesaria para que no se lancen nunca a las armas por disensiones políticas! Tú, José, obedece siempre al Gobierno, aunque te parezca malo, y no seas nunca rebelde. En la paz se puede poner

remedio a los malos gobiernos mejor que por medio de la guerra.

Pues bien, les decía que salí de Popayán...

— Pero antes díganos cómo es Popayán, don Pedro—me atreví a interrumpir.

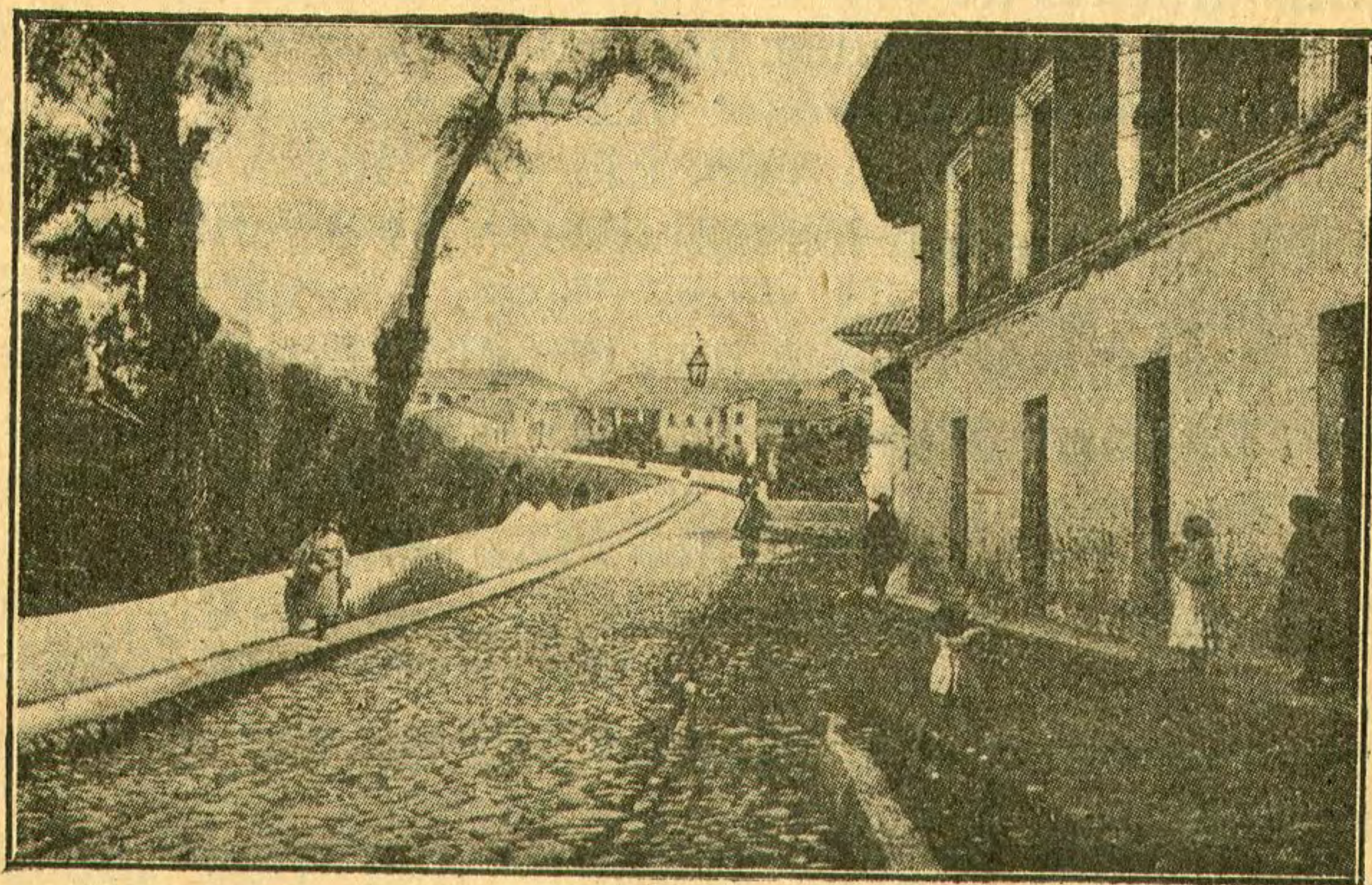
— Popayán, hijo mío, es una de las ciudades más antiguas y meritorias de Colombia. La fundó en 1536 el conquistador don Sebastián de Belalcázar, que fué el primero que descubrió el sur de Colombia, el valle del Cauca y el del Tolima, y que llegó a la sábana de Bogotá cuando Quesada acababa de dominar allí a los chibchas. Popayán fué una de las principales ciudades de la colonia: entonces figuraban como tales Santafé de Bogotá, Cartagena, llamada entonces de *Indias* para distinguirla de la de España; Popayán, Panamá, Santafé de Antioquía y Santamarta. Ahora hay en Colombia varias ciudades que han adelantado a algunas de éstas, como Medellín, que es la segunda en belleza, riqueza y población, Bucaramanga, Cúcuta, Barranquilla, Cali y Manizales.

Popayán fué poblada por familias muy nobles y ricas, dueñas de casi todos los minerales del Chocó y de grandes haciendas; propiedades que explotaban por medio de esclavos y que les producían rentas considerables. Esto permitió que los popayanos se dedicasen a los estudios y a los refinamientos de la vida social, y que diesen a la patria hijos tan distinguidos como don Camilo Torres y el sabio Caldas, próceres de la Independencia; los cuatro hermanos Mosqueras (don Manuel José, arzobispo de Bogotá; don Joaquín, último presidente de la Gran Colombia; don Tomás Cipriano, gran militar, que fué presidente de la República tres veces, y don Manuel María, que durante treinta años desempeñó con honra y acierto cargos diplomáticos en Europa); don José Rafael Mosquera, estadista eminente; don Julio Arboleda,

el poeta soldado, y su hermano don Sergio, gran escritor y estadista; don Rafael Pombo, asombroso poeta, y muchos más.

Todos los días enriquece Popayán a la patria con hijos distinguidos. Con razón la ha llamado su ilustre poeta don Guillermo Valencia la *ciudad fecunda*.

Pero esta fecundidad que le honra tanto y que la hace acreedora a la gratitud y al cariño de toda Colombia, no va acompañada de la prosperidad material. Su población no excede de 10.000 almas, y su comercio e industrias no tienen hoy mayor importancia. Como su clima es templado, sano, delicioso, será Popayán la ciudad donde se establezcan las familias ricas del Valle y demás regiones vecinas, cuando lleguen a ella los ferrocarriles; y siempre será la más propia para los estudios, por su clima, sus sanas costumbres, la cultura que distingue a sus habitantes, hasta a los más infelices, sus tradiciones aristocráticas, sus letrados y sus acreditados establecimientos de educación.



POPAYÁN.—Entrada norte

La ciudad es pequeña, pero muy bonita; y los campos de los alrededores son bellísimos y están llenos de casas en donde las familias pasan la deliciosa temporada de los meses de julio, agosto y septiembre, que son secos, o de verano.

Popayán está situado en un vallecito al pie del volcán de Puracé, que casi siempre está en actividad, y a unos cinco kilómetros al sur del río Cauca, que nace en un punto vecino de la Cordillera Central, llamado el Páramo de Las Papas.

En seguida nos contó don Pedro muy detalladamente su largo viaje hasta Bogotá, dándonos noticia de cómo son todas las poblaciones, territorios, ríos y montañas que encontró al paso. No soy capaz de reproducir con fidelidad todo su relato; y si lo fuera, necesitaría escribir un libro entero. Me contentaré, pues, con anotar aquí el curso e itinerario del viaje, como recuerdo de una interesante lección de geografía.

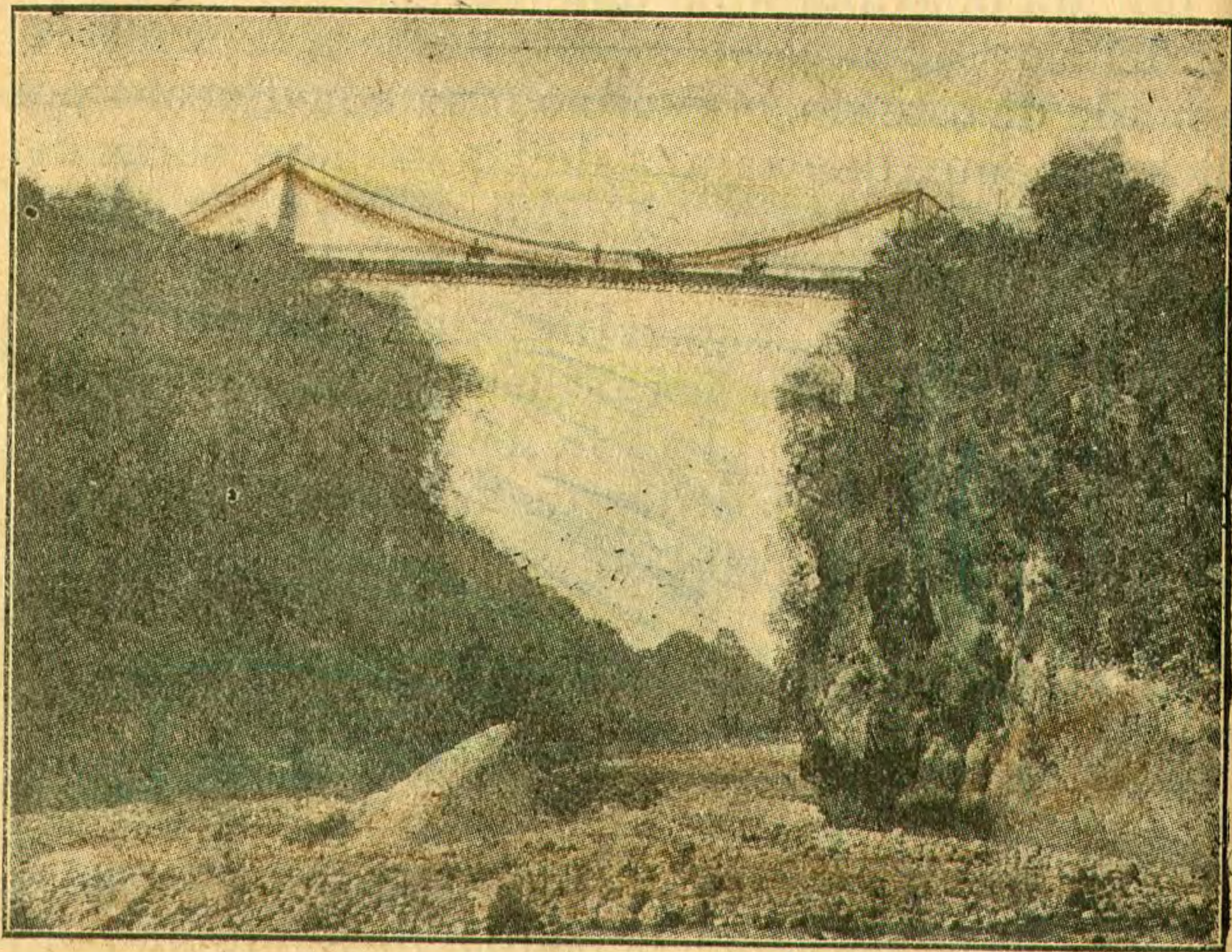
Como Popayán está a una legua al sur del puente del río Cauca, y por consiguiente a la orilla izquierda de este río, el camino pasa a la derecha por dicho puente, que es una de las grandes obras del tiempo de la colonia. Sigue al norte por una llanura ondulada que tiene el nombre genérico de Calibío y que termina a unos diez kilómetros del puente del Cauca, sobre las orillas de Rioblanco. En esos campos se dió el 15 de enero de 1814 la batalla de Calibío, alrededor de la casa de la hacienda de ese nombre, batalla en la cual venció a Sámano el gran Nariño.

Atraviesa después el camino varias estribaciones de la Cordillera Central, por entre las cuales corren a desembocar en el Cauca los ríos Victoria, Palacé y Piendamó.

Pasado este río, el camino se bifurca: sigue un ramal por la derecha a la ciudad de Santander, antes Quilichao, pasando por los pueblecitos de Tu-

nia y Pescador; y otro va por el de Morales, atraviesa el río Ovejas por Aganche, llega al pueblo de Buenosaires, baja de allí al paso del río Cauca llamado La Balsa, atraviesa el río de Las Cañas, el llano de este nombre, el Rioclaro, la hermosa llanura de Jamundí, el pueblo y río así llamados, y, por entre grandes haciendas y atravesando los ríos de Cañasgordas y Cañaveralejo, llega a Cali, capital del departamento, la sultana del valle, ciudad comercial, rica y de gran porvenir.

A ella viene también el ramal que de Piendamó baja a Santander, de donde pasa a Jamundí por el paso de La Bolsa o Taula; pero hay otro que va de Santander hacia el norte, por inmensas llanuras y, pasando por los pueblos de Corinto, El Espejuelo, Florida, Candelaria y Pradera, llega a la próspera ciudad de Palmira, edificada en lo que antes se llamaba Llanogrande. De Palmira



TOLIMA.—Puente de Chicoral



GIRARDOT.—Puente de Córdoba

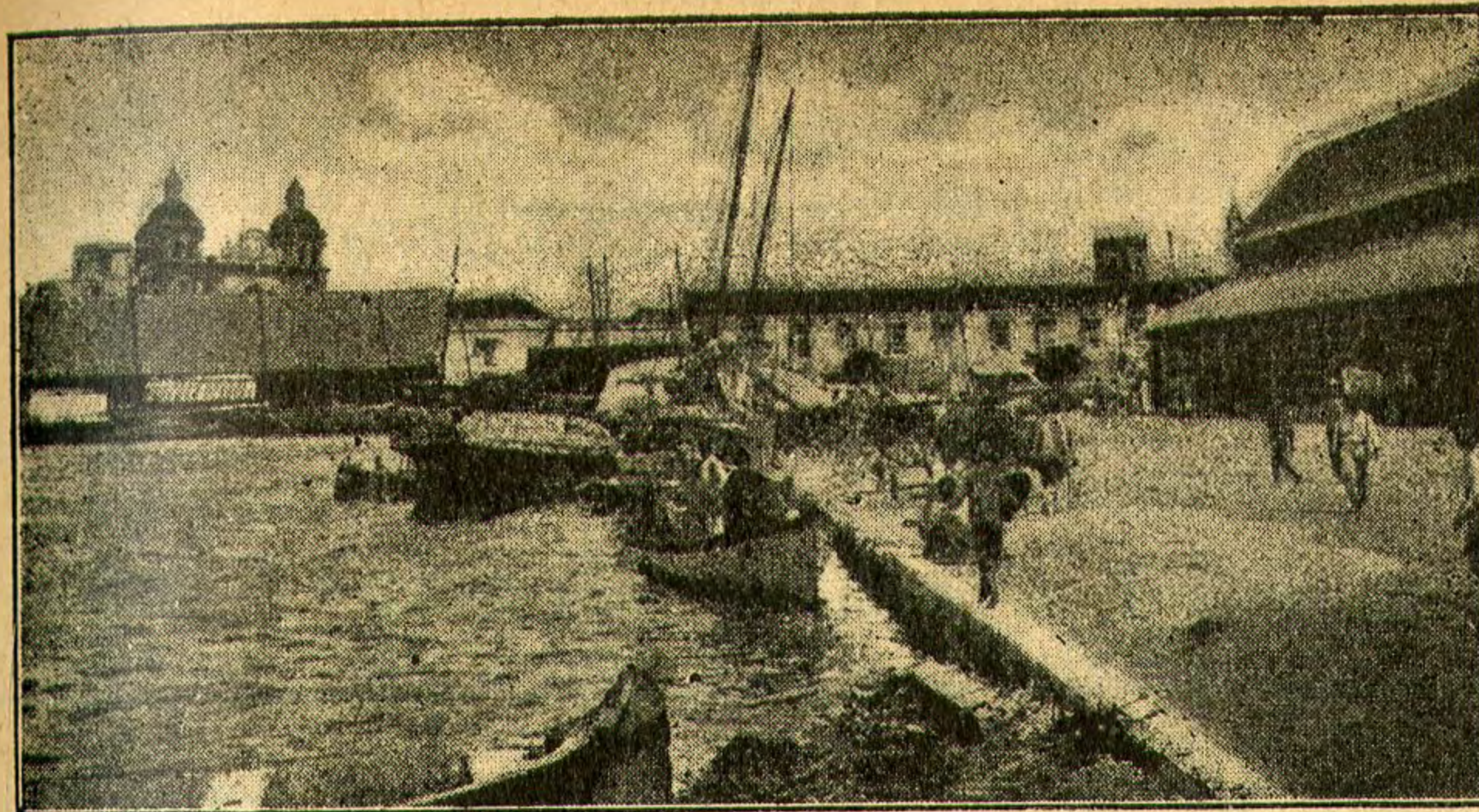
sale un camino al occidente para ir a Cali, y otro al norte, que pasa por los pueblos de Cerrito y Guacarí y por los ríos Amaime, Sabaletas, Guabas, Sonso y Buga, para llegar a la ciudad de este nombre, patria de hombres ilustres como los Cabales y el doctor Manuel Antonio Sanclemente, presidente de Colombia, ciudad de costumbres muy cultas y rodeada de espléndidas haciendas.

En seguida, hasta Cartago, va el camino por el valle al través de llanos y bosques y de los ríos y pueblos de San Pedro, Tuluá, Bugalagrande, San Vicente, La Paila, El Zarzal, La Victoria, El Naranjo y Zaragoza. De Cartago va un camino a Manizales, y otro al oriente; el cual, después de atravesar las colinas de Santa Bárbara, regadas de sangre en dos combates de nuestras guerras civiles, pasa el majestuoso río de La Vieja y sube

lentamente a la cima de la cordillera por el territorio llamado el Quindío, que los antioqueños han cultivado y donde han fundado los pueblos de Filandia y Salento (que el camino atraviesa), Calarcá, Montenegro, Armenia y Circasia (que deja a un lado). Trasmonta la cordillera, baja al río Toche, vuelve a subir y a bajar, y, al fin, llega a Ibagué, ciudad situada al principio del inmenso valle del Tolima, a las orillas del Combeima.

Se atraviesa este valle casi de occidente a oriente, y se pasan por buenos puentes los ríos Coello y Chicoral, y por uno espléndido de hierro el río Magdalena, para llegar a la próspera ciudad de Girardot, muy comercial.

Aquí se toma el tren, que hoy sube hasta Bogotá, pero que no llegaba sino a Anapoima cuando hizo don Pedro ese viaje. En el trayecto recorrido por el tren se encuentran las poblaciones de Anapoima, La Mesa, Anolaima, Facatativá, Madrid o Serrezuela, Mosquera y Fontibón, a la que sigue Bogotá.



## CAPÍTULO XVIII

### EL SITIO DE CARTAGENA

(Historia.)

«El 11 de noviembre de 1811 proclamó Cartagena su independencia absoluta de España, pero adoptando el sistema federal, tan débil para la defensa común.

Los primeros cinco años de la guerra de Independencia han sido denominados la Patria Boba, porque, si bien figuraron entonces hombres de los más grandes que pueda dar nuestra raza, por su inteligencia, saber y virtudes, tuvieron por lo general tan cándida confianza en la seguridad de su obra, que no consideraban la facilidad con que podía restablecerse la dominación de España si todas las regiones y todos los prohombres no unían sus esfuerzos para constituir una sola nacionalidad, atenta a los peligros de la situación.

Por lo contrario, cada provincia quiso gobernarse independientemente.

Entre el Congreso y el Gobierno surgió una apasionada diferencia por razón de federalismo y centralismo, que causó tres guerras civiles. Mientras

tanto, los Gobiernos seccionales no se acordaban del general sino para pedirle auxilio, que éste no siempre podía dar; todo lo cual hacía de la nascente República una entidad débil y expuesta a perecer fácilmente cuando España pudiese intentar en forma su reconquista.

Esto sucedió en 1815; porque vencido Napoleón, cuya actitud no había permitido a España pensar sino en defenderse, pudo entonces el Gobierno español destinar 10.000 soldados veteranos de las guerras napoleónicas y 4.200 de marina a someter a Venezuela y Nueva Granada. Vinieron al mando del mariscal de campo don Pablo Morillo, cuyo segundo era el brigadier don Pascual Enrile.

En abril desembarcó Morillo en Venezuela.

En pocos días ocupó los escasos puntos que en



CARTAGENA.—Palacio de la Gobernación

el norte de ese país dominaban los patriotas, los cuales tuvieron que retirarse a las llanuras de Guayana y Orinoco; y en agosto se aprestó para marchar sobre Cartagena, única ciudad de la costa que dominaban los patriotas neogranadinos.

Mientras tanto las disensiones civiles consumían los recursos de la patria. El Gobierno general había enviado a Bolívar, desde Bogotá, con un lucido ejército a ocupar a Santamarta, confiando en que Cartagena le apoyaría con fuerzas, dinero y elementos de guerra. Si esto hubiese sucedido, es casi seguro que no se efectuara la reconquista. Pero en Cartagena reinaba la anarquía. Dos bandos políticos se arrebataban el poder por sorpresa a cada paso, lo que tenía cegados de pasión todos los ánimos. Cuando Bolívar bajaba el río Magdalena con su ejército de 2.000 hombres, el jefe militar de Cartagena, coronel don Manuel del Castillo y Rada, que era enemigo personal suyo y temía que fuese a restablecer la facción de los Piñeres, obtuvo que el gobernador Amador prohibiese a Bolívar pasar de Mompós. Éste agotó inútilmente los medios de conciliación, y, al fin, exasperado, marchó sobre Cartagena en actitud de guerra.

Amador y Castillo concentraron sus fuerzas, y empezó la cuarta guerra civil de la Patria Boba! Durante un mes entero los patriotas estuvieron luchando tenazmente y consumiendo soldados y elementos de guerra, sin darse cuenta que los realistas estaban aprontándose para venirseles encima con un formidable ejército!

Bolívar fué el primero en reconocer este grave error; y entonces resolvió embarcarse para Jamaica, ya que no se le quería en Cartagena, y entregó al general Florencio Palacios los restos de su ejército para que ayudase a la defensa de la plaza. Pero Palacios sólo estuvo allí tres días, y luego

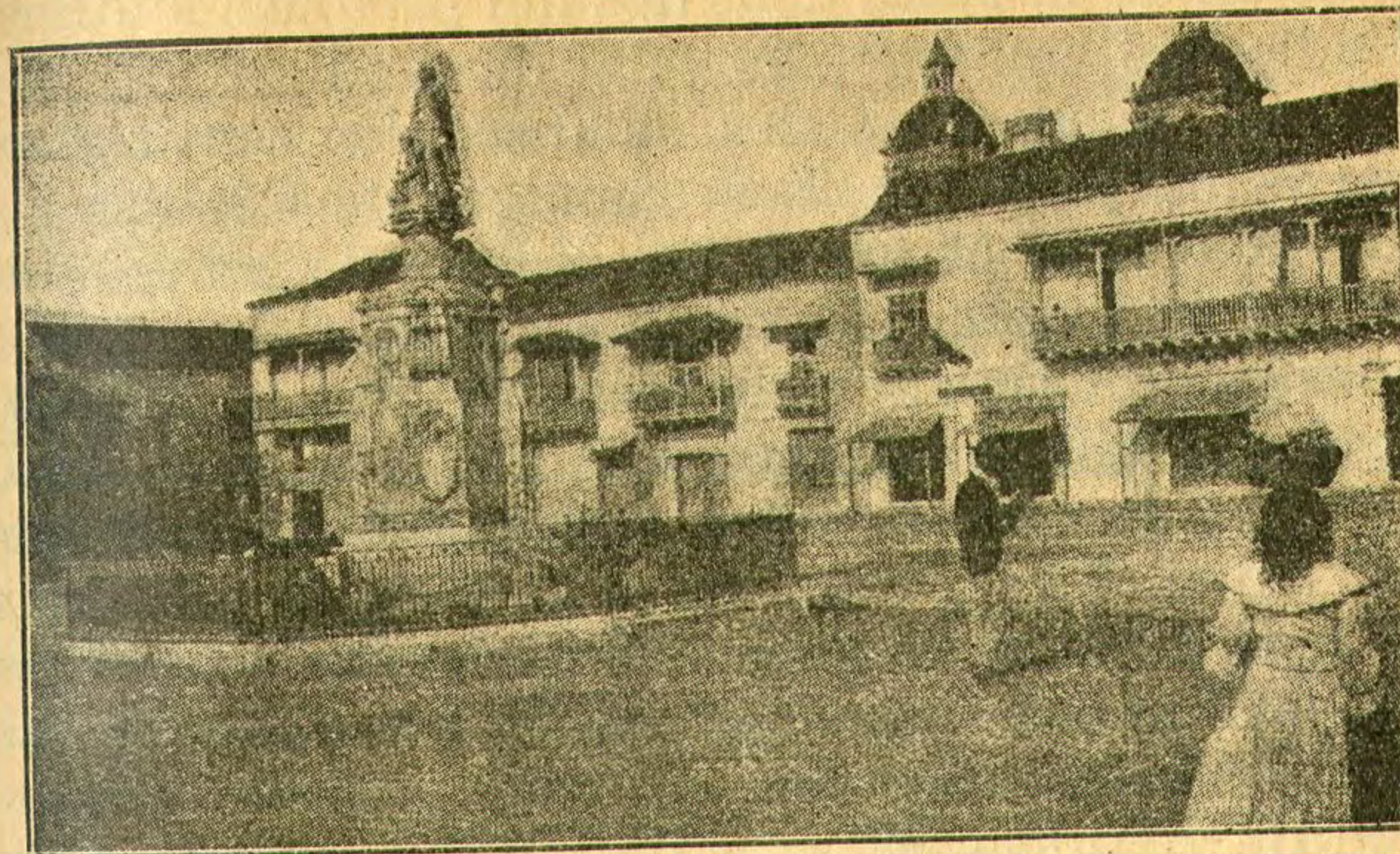
marchó con la fuerza al interior de la provincia, donde las fiebres y los enemigos acabaron con ella.

El 4 de agosto se supo en Cartagena que Morillo había llegado a Santamarta. El peligro inminente despertó las energías de la Ciudad Heroica, pero no puso fin a las diferencias políticas. Se había perdido un tiempo precioso para prepararse a la defensa, y ya no lo hubo sino para promulgar la ley marcial, con lo que ascendieron los combatientes a 3.600; astillar las murallas y mejorar los fosos; recoger ganados y víveres de los alrededores; enviar comisionados a las Antillas para buscar víveres, y al Gobierno general para pedir auxilios, e incendiar las poblaciones y haciendas vecinas para privar de recursos al enemigo.

Morillo se presentó el 18 de agosto a la vista de Cartagena. Su escuadra se situó al frente de Bocachica para impedir la introducción de víveres por mar y atacar desde allí la ciudad mientras el sanguinario Morales comandaba las fuerzas que en círculo de hierro la estrechaban por tierra.

Los patriotas tenían una escuadrilla de catorce buques corsarios, al mando del brigadier Eslava, con la cual defendían el estero de Pasacaballos, la Boquilla y la laguna de Tesca. Cuatrocientos hombres guarnecían el castillo de La Popa, al mando del general Bermúdez, y quinientos el de San Felipe, con el coronel Rieux. La defensa de la muralla que cae sobre la bahía fué confiada al capitán Herrera; la de la muralla y puerta de Santa Catalina a Cortés Campomanes, y la de la puerta de Santo Domingo al coronel Narváez. Entre los defensores de Cartagena se contaban oficiales que más tarde habían de figurar en primera línea entre los jefes y prohombres de Colombia; allí estaban Sucre, Soublette, Lino de Pombo, etc.

El 26 de agosto quedó completamente estableci-



CARTAGENA.—Plaza de Colón

do el bloqueo de la plaza. Fuerzas de Morillo interceptaron pocos días después en el Zapote una comunicación de Castillo al Gobierno nacional, en que se revelaba la escasez de guarnición y de víveres, lo que persuadió al jefe español de que podría tomar la plaza. Algún tiempo después fué vencida una tropa de 500 soldados, con la que el Gobierno general enviaba \$ 80.000 de auxilio a Cartagena. Esta suma y casi toda la tropa cayeron en poder de los españoles. Tampoco se habían podido introducir recursos por el mar, si se exceptúan unos pocos víveres traídos por cinco buques pequeños.

El hambre empezaba a hacerse sentir en la ciudad sitiada, de la cual no se habían hecho salir oportunamente las bocas inútiles. Diez y ocho mil habitantes tenía Cartagena, con solos 3.600 defensores. No había acopio de víveres suficientes siquiera para la guarnición, y fué preciso alimentarse de caballos, burros, perros, gatos, ratas y cueros. Pronto se levantó la peste y llenó de víctimas los hospitales. Las gentes empezaron a morir de hambre, y con dificultad se consiguió que

salieran de la plaza unas dos mil personas inútiles. Nadie, sin embargo, hablaba de rendición.

Para colmo de males, la discordia continuaba entre los patriotas. Los enemigos de Castillo hicieron contra él un motín militar, le apresaron, y pusieron en su lugar a Bermúdez. Con esto no consiguieron sino ayudar a los sitiadores, privándose de un defensor más.

El 25 de octubre empezó Morillo a bombardear la ciudad. Ya no eran sólo el hambre, la peste, las fatigas de la guarnición, las divisiones y mutuas desconfianzas, sino también el estallido de las bombas, que destruían edificios y hacían multitud de víctimas. A pesar de todo, nadie pensó en la rendición.

Una noche consiguieron los realistas subir, amparados por las sombras y en profundo silencio, por los declivos del castillo de La Popa, hasta poner en los muros las escalas para dar el asalto.

— ¡Ya son nuestros! — exclamó algún realista.

— ¡No, que aun vive Piñango! — contestó en los muros este valeroso comandante, quien al punto dejó muerto al primer asaltante. El castillo resonó entonces con el estruendo de los disparos, la lucha se trabó cuerpo a cuerpo, y con las primeras luces del alba huyeron los valerosos asaltantes, dejando multitud de sus compañeros muertos o heridos. Era el 11 de noviembre, aniversario de la proclamación de la Independencia en Cartagena.

Pero por la bahía fueron más felices los realistas. Morales se apoderó de las islas de Barú y Santa Ana, forzó la boca del estero, y desalojó a los patriotas de Tierrabomba. Esto agravó muchísimo la situación, pues quedó cortada la comunicación por mar con los castillos de Bocachica. Allí Morales destruyó el hospital de leprosos de Caño del Oro y degolló a los enfermos.

A fines de noviembre, los hombres de combate

no llegaban a mil. Varios centinelas fueron hallados muertos de hambre en sus puestos. En las calles y plazas la gente moría de inanición y los cadáveres se descomponían al aire porque no había como enterrarlos.

El 4 de diciembre murieron 300 personas de hambre. Ya no era posible resistir más. ¿Qué hacer? ¿Rendirse? ¿Pedir una capitulación honrosa, merecida por la heroica resistencia?

¡Nadie pensó en tal cosa! ¡Morir era menos para esos héroes, que entrar en tratos de rendición! Reunida una junta de guerra, se reconoció la imposibilidad de seguir luchando y se resolvió salir de la plaza en los buques de corsarios que componían la flotilla. ¡Entregarse a las olas, antes que a la inmisericordia de los vencedores!...



CARTAGENA.—San Pedro Claver

Cerca de dos mil personas se embarcaron en la tarde del 5 de diciembre. En la playa quedaron varios infelices soldados que no cupieron en las naves y que luego fueron cruelmente asesinados por Morales. Durante la noche del 5, la cuadrilla se hizo a la vela, rechazando las cañoneras enemigas que intentaron apresarla. ¡Al propio tiempo entraba un bergantín americano con mil barriles de ha-

rina y otras provisiones para los patriotas, y poco después llegaron diez más con abundantes víveres! Todos cayeron en poder de los realistas. Si hubiesen llegado un día antes, Cartagena no habría sido ocupada por el enemigo.

Al entrar en la ciudad, los realistas se aterraron de verla reducida a ruinas, por donde vagaban mujeres, ancianos y niños macilentos, que lloraban en silencio a los varones de sus familias, muertos o emigrados. Las casas y las calles llenas de cadáveres; el rostro esquivo de los sobrevivientes, reducidos a las dos terceras partes de la población; los hospitales colmados de heridos y enfermos; los estragos del bombardeo, todo les hacía ver que esa ciudad era digna hermana de Sagunto y de Numancia.

Morales, sin embargo, asesinó a 400 pescadores de Bocachica, que salieron de los montes confiados en sus promesas; y Morillo arrancó cien mil pesos a los habitantes de la ciudad, a quienes sujetó, además, a ser juzgados por un consejo permanente de guerra.

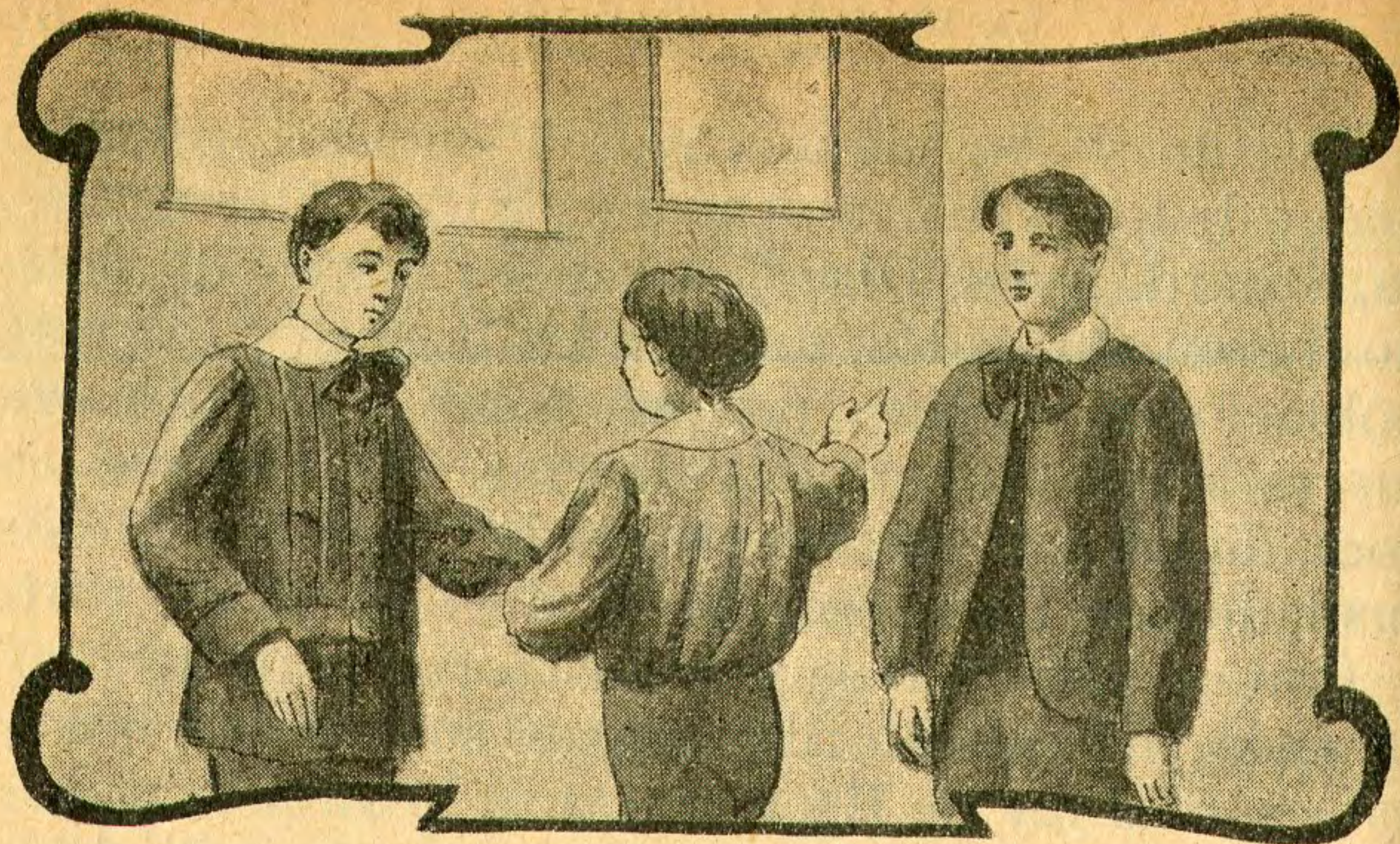
Mientras tanto, los buques de los emigrados fueron dispersados por los temporales y empujados en distintos rumbos. Como sus dueños eran corsarios que ya no esperaban ventaja alguna de los patriotas, trataron a éstos inicualemente, sin consideración a que iban allí familias enteras de lo más honorable de Cartagena. Les arrebataron el dinero y las alhajas que llevaban, y los maltrataron de mil maneras.

Las borrascas hicieron encallar uno de los buques, el cual cayó en poder de los españoles; otro arrojaron a las playas de Panamá; otro fué apresado y conducido a Cuba; unos pocos llegaron a Haití, donde fueron cariñosa y hospitalariamente acogidos por el gran negro Petión, libertador de esa isla y protector de los colombianos.

Castillo y Anguiano cayeron en Cartagena en poder de los realistas. Amador, Ribón, Portocarreiro, Stuard, Ayo, Díaz Granados y García de Toledo fueron apresados, unos en los buques y otros en poblaciones vecinas, porque, como a los dos primeros, no se les permitió emigrar. Estos nueve héroes, de los más notables hijos de Colombia, fueron fusilados en Cartagena el 16 de febrero de 1816.

Con su sacrificio se inició el torpe plan de *pacificación* con que Morillo intentó someter de nuevo este país al rey de España. Quizá lo hubiera conseguido con una conducta cristiana y conciliadora. Pronto se apoderó de Bogotá y de toda la Nueva Granada, excepto de una parte de los Llanos; pero el fusilamiento de cerca de mil patriotas distinguidos, la condenación de otros a trabajos forzados en apertura de caminos; el confinamiento de madres y viudas, llevadas a pie a lugares distantes; el envío de otros a los presidios de Cartagena, Ceuta y Omoa; la confiscación de bienes; la pena de azotes y el desprecio con que él y sus compañeros trataban a todos los colombianos, en vez de traer la pacificación produjeron la resolución de vencer o morir. Morillo decidió a nuestros padres con esa conducta a ser libres y romper a toda costa con España, la madre querida a quien tan mal representaba y a quien tanto mal hacía con eso el hijo cruel y torpe. Cuatro años después, Bolívar y Santander subieron de los Llanos con aguerrido ejército y vencieron en Boyacá: la libertad de Nueva Granada quedó asegurada con esa victoria.»

Tal fué la composición que nos hizo copiar el maestro para conmemorar las glorias de Cartagena en este mes de noviembre.



## CAPÍTULO XIX

## LA AUTORIDAD

(Educación cívica.)

Estoy encantado con Enrique Salcedo.

Aunque es mi pariente, no he venido a conocerle bien sino ahora que estamos juntos en la escuela. Puede tener unos tres años más que yo, pero tanto le gusta juntarse con los niños de mi edad como con los mayores. Es muy amigo de Jorge, el de las narices enormes, el orgulloso y antipático. ¿Por qué le gustará tenerle de amigo? No me lo explico, siendo él un muchacho tan bueno y tan inteligente. En esto se parece a Gabriel; pero Gabriel es muy tímido, mientras que Enrique tiene un alma que no le cabe en el cuerpo. Las respuestas que dió al maestro el día del paseo, me tienen sorprendido.

¡Pero lo que más me gusta en él es que es tan simpático, tan cariñoso con todos, tan alegre y a la vez tan juicioso! Todos, hasta Jorge, hacemos lo que él quiere; pero nunca propone nada malo.

Ayer le dijo el maestro:

— Enrique, escoja doce de sus condiscípulos

para que, de hoy en veinte días, sostengan una competencia sobre todo lo que han estudiado, con otros doce niños, a quienes encabezará León Pérez.

Entre los doce que escogió Enrique, estamos Jorge, Gabriel, Paco Gil, Antonio García y yo. Nos ha sujetado a repasar bajo su dirección todas las materias, y Jorge no le obedece menos que los demás.

Con este motivo, desde ayer estoy tratando más de cerca a Jorge, y sin embargo, no puedo acostumbrarme a la brusquedad de su carácter. Es un puerco espín, y no hay por dónde cogerlo. Pero empieza a parecerme que, si es áspero, no es orgulloso, como yo le creía, pues, de lo contrario, no se habría sujetado a Enrique, menor que él y no más inteligente. Además, le dije ayer:

— ¿Y tenemos que hacer los repasos dándole lecciones a Enrique?

— El que manda, manda—me contestó, y me dió la espalda.

La verdad es que tiene razón. Así es como se debe obedecer, y lo contrario sí es soberbia. ¿Que el que manda es menor, que es menos inteligente, que es esto, que es aquello? El que ponga estas objeciones, ése sí es soberbio, ése sí es orgulloso, ése sí es rebelde.

Pero Jorge no tiene en cuenta sino que el maestro encargó a Enrique de mandarnos, y está dispuesto a obedecerle. Luego no es orgulloso. Pero sí muy antipático, áspero y repelente.

Le conté anoche a papá esta conducta de Jorge y, aplaudiéndola, me dijo:

— Ese niño servirá para mandar, porque sabe obedecer. El que no obedece a sus superiores, por convicción de que debe hacerlo con humildad y sin discusión, no mandará después a sus inferiores como a seres racionales, sino que querrá imponer-

seles a la fuerza, y así no se establece el orden, que es el objeto y fin de la autoridad. El que es díscolo en la obediencia, lo será también en el mando. Saber obedecer es la primera cualidad del ciudadano; y se adquiere reconociendo que toda autoridad viene de Dios y que obedecer al que manda es obedecer a Dios mismo. Sin obediencia no hay orden, ni paz, ni se puede progresar en nada. Sólo que se nos mande algo evidentemente malo, algo contrario a la ley de Dios, debemos dejar de obedecer, sin faltar, sin embargo, al respeto a la autoridad. En los primeros siglos de la Iglesia, cuando las autoridades romanas ordenaban a los cristianos renunciar a su religión y adorar ídolos, ellos desobedecían esta orden y preferían sufrir el martirio; pero nunca se rebelaban ni dejaban de obedecer en todo lo demás que fuera lícito. Así se debe proceder siempre.



## CAPÍTULO XX

### LA PATRIA COLOMBIANA

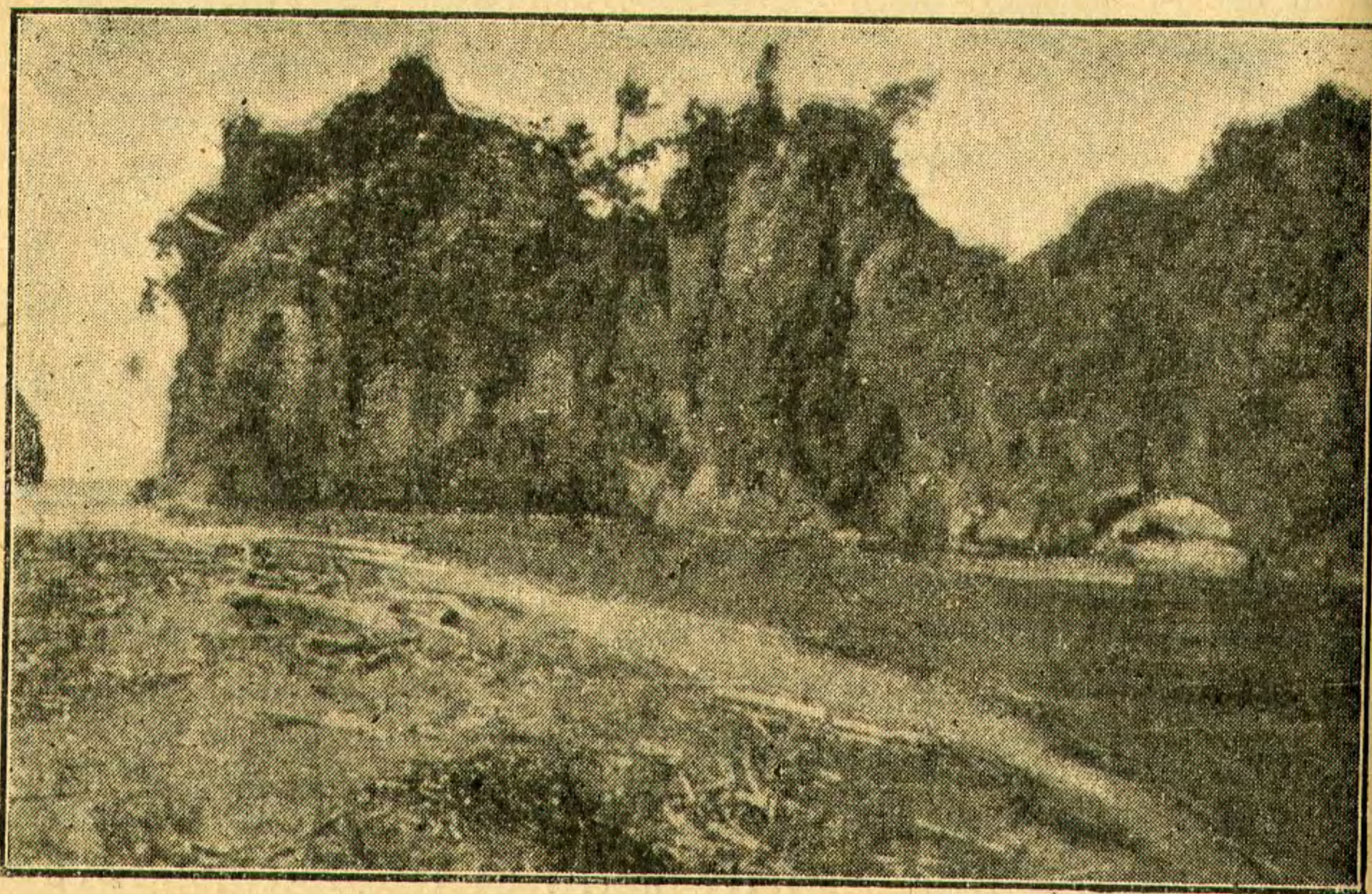
*(Educación cívica.)*

El maestro nos enseñó a levantar el plano de la escuela, y nos puso la tarea de levantar cada uno el de su propia casa.

Es un trabajo muy divertido.

Ayer nos hizo levantar el de la calle de la escuela, y vamos hacer el de todo el poblado, sobre el cual nos ha dado el maestro muy hermosas conferencias. Nos ha dicho la época en que se fundó, el nombre de su fundador, las personas más notables que ha producido y la historia de los principales acontecimientos que en él han ocurrido. Mi padre ha ampliado estas enseñanzas contándome todo lo que han hecho mis antepasados en servicio de la población, y resulta que ella es como una heredad en que toda mi familia ha trabajado. Con razón, pues, digo que es mía. Es mi tierra, es mi casa grande, es el lugar en que han dejado huella los esfuerzos de mi familia, donde yacen mis abue-

los muertos, donde mis padres, mis hermanos y yo hemos encontrado la vida; es la tierra que nos alimenta, que nos abriga, que nos alegra con sus campos y paseos y nos da todo cuanto tiene. Empiezo a amarla con todo mi corazón, y me propongo servirla como mis antepasados, hacer en su favor todo cuanto pueda, empezando por educarme bien para no ser descrédito de ella y, si es posible, para ser uno de los hijos que la honren y contribuir a que progrese y mejore cada día.



TUMACO.—Arco natural, hecho por el mar en la isla del Morro

Las lecciones de cosas que con motivo de la población nos ha dado el maestro estos días me han interesado mucho. Ya sé cómo está organizado su gobierno y todo lo que él hace en su servicio. Hay una corporación que se llama Concejo Municipal, elegido cada año, que ordena lo que debe hacerse para que sean bien administrados los bienes y rentas del distrito y mejoren los servicios públicos; un alcalde, que hace cumplir los

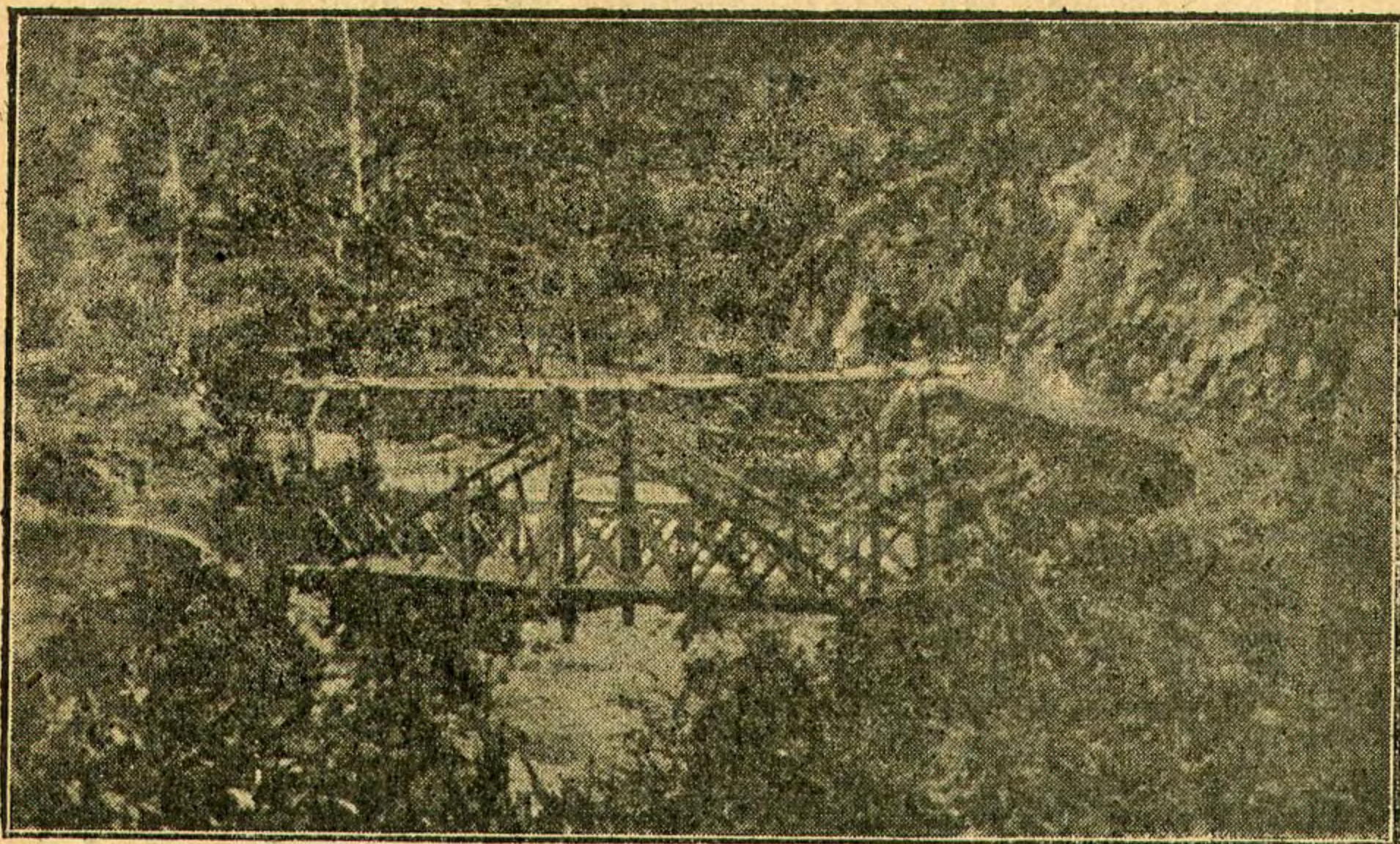
*acuerdos* del Concejo y las leyes del país, ayudado de varios empleados y agentes de policía; jueces que administran justicia; servicios de correos, telégrafo, aseo de calles y plazas, etc.

Sobre el alcalde, que sólo manda en el distrito, está el prefecto, cuya autoridad se extiende a todos los distritos de la provincia; sobre los prefectos está el gobernador del departamento, quien, ayudado por el secretario de Gobierno, el de Hacienda y el director de Instrucción Pública, cuida de que todos los subalternos llenen sus deberes y de que se cumplan las leyes y especialmente las *ordenanzas* que, para la buena marcha del departamento, dicta la Asamblea, corporación elegida cada dos años por el voto de todos los ciudadanos.

Los gobernadores son nombrados por el presidente de la República, quien ejerce la autoridad superior, ayudado por siete ministros que nombra a su gusto: el de Gobierno, el de Relaciones Exteriores, el de Guerra, el de Hacienda, el del Tesoro, el de Instrucción Pública y el de Obras Públicas. Su misión principal es hacer cumplir las leyes que para toda la nación dicta el Congreso, corporación formada de la Cámara de Representantes, a quienes eligen los ciudadanos que sepan leer y escribir o tengan alguna renta, y el Senado, cuyos miembros son elegidos por los Consejos Electorales que nombran las Asambleas Departamentales.

Resulta de todo esto que nuestras familias forman el distrito, varios distritos la provincia, y todos los departamentos la nación, la querida Patria Colombiana. Una familia sola, por rica que fuese, no podría proporcionarse todos los servicios que le da el distrito, que es la reunión de varias familias bajo el mando del alcalde. Un distrito solo no podría hacer en favor del público lo que alcanzan a hacer varios unidos en provin-

cia, bajo el mando de los prefectos, y en los departamentos bajo el del gobernador. Y los departamentos serían muy débiles para hacerse respetar de las demás naciones, realizar ciertas obras públicas y favorecer como se necesita el co-

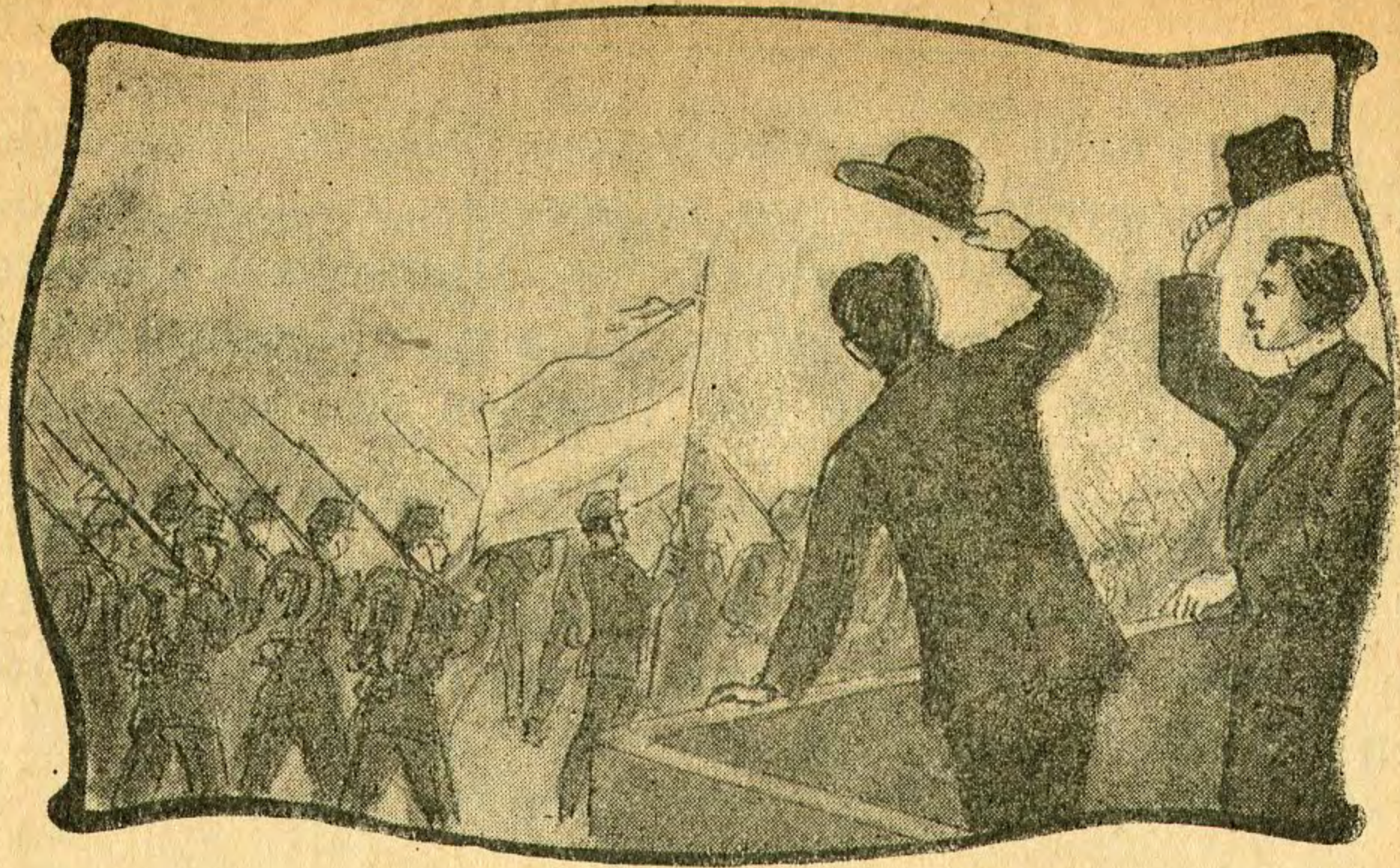


COMISARÍA DEL CAQUETÁ.—Puente en el camino de Florencia

mercio y las industrias, si no estuviesen unidos de modo de formar una sola nación.

Esto me hace ver que nariñenses y magdalenenses, por ejemplo, a pesar de vivir tan lejos unos de otros, que casi no tienen relaciones de ninguna clase, están unidos por el interés común de una misma patria; pues todo perjuicio que ella sufra en sus bienes, su honra o sus derechos, afectará a la vez a magdalenenses y nariñenses, antioqueños y santandereanos, caucanos y boyacenses, tolimenses, cundinamarqueses, bolivarenses y panameños. Todos estamos unidos, no sólo por la sangre, sino también por antecedentes comunes. Somos hermanos, herederos de unas mismas glorias, destinados a un mismo porvenir, hijos de una misma madre: COLOMBIA.

¡Patria mía! Yo te amo y te serviré en la medida de mis fuerzas. Sé que te serviré, aunque lo que haga no alcance a todo el país, sino sólo al distrito en que nací, a esta patria chica que alcanzo a ver con los ojos; porque los distritos son los granos de que te compones, y quien favorece a uno de estos granos, te favorece a ti. ¡Ojalá pueda servir a varios distritos, y sería feliz si pudiera servirlos a todos! Pero, si no puedo, al menos te serviré en mi pueblecito querido.



## CAPÍTULO XXI

## PATRIOTISMO

(Educación cívica.)

Querido José:

¡Muy bien, hijo mío, lo que acabas de prometer a la patria! Tu madre me ha mostrado lo que escribiste en la página anterior, y quiero que quede aquí, a continuación, mi voz de aplauso y estímulo, y decirte algo de lo que es el patriotismo y los deberes que impone.

Me has dado un gustazo muy grande con la revelación de tu amor a la patria. Quien desde niño procura desarrollar los sentimientos generosos y nobles, se coloca en buen camino e irá lejos. No quiero decirte que con ello se ponga fuera del alcance de la desgracia y los contratiempos, que antes acuden como aves negras sobre todo generoso luchador; pero sí que se asegure el aplauso de su conciencia y su propia estimación, que es el fundamento de la felicidad, y se hace acreedor a un premio en la vida futura.

No es por cálculo de ventajas e inconvenientes por lo que debemos ser generosos y buenos, sino

por dignidad y por merecer la aprobación de quien nos creó para que nos elevemos hasta ÉL por el camino de la perfección. Quizás tenga en la vida mayores ventajas el egoísta que el generoso que ama a sus semejantes y procura servirlos. Porque aquél aplica a su exclusivo provecho todo el esfuerzo de que es capaz, y no expone su tranquilidad ni sus bienes en servicio del prójimo, sino que todo lo reserva para sí. ÉL no se quejará nunca de ingratitudes ni sacrificios, porque no da lugar a que ocurran, como lo da el generoso; quien, ya de su familia, ya de sus amigos y relacionados, ya de la patria entera, puede recibir, a pesar de sus servicios, y a veces por envidia de ellos, ofensiva indiferencia, injustas censuras y aun acerbos ataques. Aquí Bolívar y Nariño y casi todos nuestros grandes hombres son de ello doloroso ejemplo. Pero el generoso no aspira a recompensas, ni le aterran ingratitudes, y en esto se distingue también del ambicioso, que sólo sirve pensando en las ventajas que alcanzará con sus servicios a la comunidad; mientras que el generoso aspira a hacer el bien porque ama y para ser digno de Dios.

Amar a la familia, amar a los conciudadanos, amar al prójimo y estar dispuesto a hacer en favor suyo todo el bien que podamos, ése es programa digno del hombre, dotado por Dios de inteligencia para conocerle y de corazón para amarle.

El hombre es una fuerza creada para que realice todas las obras de que es capaz: sus brazos, su inteligencia, su imaginación, todas sus facultades deben ponerse en actividad completa y ordenada, de modo que no deje de hacer, mientras viva, ninguna cosa buena a que sus fuerzas alcancen. Y el amor es el que estimula y mueve esa actividad, es el que la levanta y sostiene en las horas de desfallecimiento, es el que da mérito a las obras, el que

ennoblece la intención y hace hermosa y digna la vida.

El patriotismo es amor. Amor a la tierra en que vivimos y a las gentes con quienes compartimos en ella sus ventajas y desventajas, con quienes estamos unidos por los vínculos de la sangre y la comunidad de intereses, y con quienes formamos una agrupación social que ha dejado huella en la historia y se esfuerza por abrirse campo en el porvenir.

El que no ama a sus conciudadanos con amor de comunidad, ése no es patriota. Amarlos como semejantes, como hijos de un mismo Padre y destinados a un mismo fin eterno, es requisito primero e indispensable del patriotismo para que éste no implique el odio a los extranjeros, como sucedía en la antigüedad; pero el patriotismo no resulta formalmente sino cuando los amamos, además, como miembros de una misma comunidad social, en cuyo servicio debemos trabajar todos para que prospere como tal y sea respetable y poderosa en medio de las naciones.

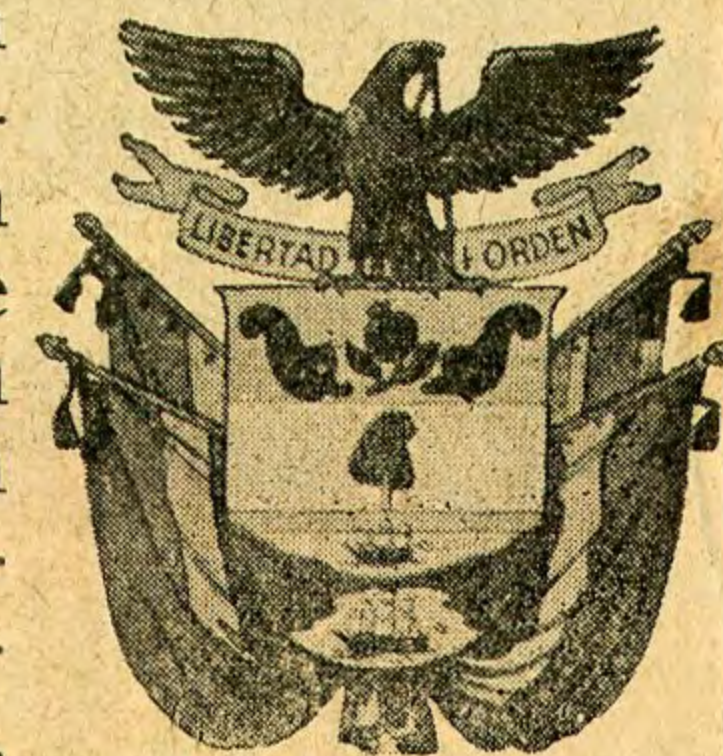
El patriotismo nos da aliento para consagrar parte de nuestro tiempo y de nuestros bienes al servicio de la patria, y en caso necesario todos nuestros bienes, todo nuestro tiempo y hasta la vida misma, porque es altísimo deber sacrificarnos por el bien común. No nos ha sido dada la vida para prolongarla en placeres (aunque es lícito disfrutar moderadamente de los que no se opongan a ninguna ley), sino para que se llene de méritos y se cubra de las flores de las buenas obras, que es lo que se llama servir a Dios.

En servir a Dios está comprendido el servir a nuestros semejantes, el servir a la patria, el dar por ella la vida y cuanto tengamos, cuando sea necesario. Por eso vuela el patriota a los campos de batalla, contribuye con sus bienes a los servicios públicos, educa a la juventud, da ejemplo

de obediencia y respeto a la autoridad, promueve mejoras y adelantos, lucha en los comicios, en la prensa y la tribuna por hacer triunfar los propósitos que, después de largos estudios y meditaciones, juzga más ventajosos para la patria, o se atiene al pensar de personas prudentes si no ha podido madurar sus ideas.

Por eso el patriota piensa que su verdadero bien personal resulta de la prosperidad de su familia; el de ésta, de la prosperidad de la patria; el de la patria, del imperio de la Verdad, que es Dios; y no busca su bien sino en el de la familia, ni éste sino en el de la patria, ni el de la patria sino en la ley de Dios.

La patria está simbolizada en su escudo y su bandera. Nuestro escudo tiene la forma de un corazón, como para indicar que la defensa de Colombia está en el ardiente y generoso corazón de sus hijos. Sobre él se levanta el cóndor, el ave más poderosa de nuestras montañas, símbolo de nuestra fuerza, con las alas extendidas y una corona de laurel verde que pende del pico, y entrelazada en ella una cinta con este lema, en que se encierran nuestras aspiraciones nacionales: *Libertad y Orden*.

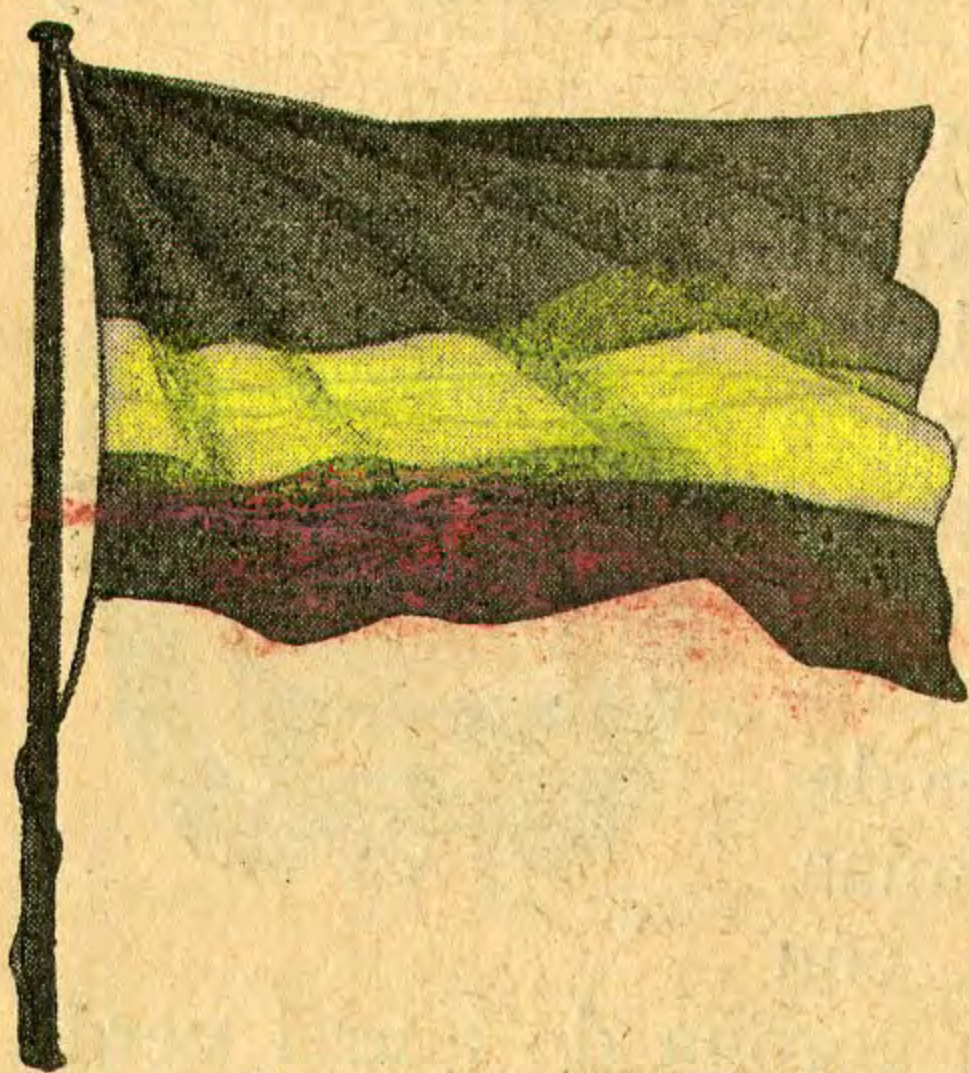


El escudo se divide en tres fajas horizontales: la primera, de fondo azul, tiene una granada de oro, que recuerda el nombre de Nueva Granada, que llevó primeramente Colombia, y a los lados dos cornucopias o cuernos de la abundancia, de los cuales derrama frutos el de la izquierda, y monedas de oro y plata el de la derecha; la segunda, de color de platino, lleva en una lanza el gorro frigio, emblema de la libertad, y la tercera representa de azul el Istmo de Panamá, con un navío en

cada uno de los mares plateados que lo bañan.

No importa que Panamá se haya querido declarar ahora desprendido de Colombia: el amor patrio le hará volver, tarde o temprano, al hogar común, al cual están vinculados sus más altos intereses.

Nuestra bandera es tricolor y las tres fajas están colocadas horizontalmente: arriba una faja amarilla, del ancho de la mitad de la bandera, símbolo de nuestro suelo rico y fecundo; en medio, una faja azul turquí representa el mar que nos separa de Europa, y abajo, una faja roja simboliza la libertad. Como nuestra bandera, lo mismo que nuestro



escudo, fué adoptada en medio de la guerra que sostuvieron nuestros abuelos, de 1810 a 1824, para emanciparnos de España, el ilustre Zea, uno de los fundadores de la República, explicaba así la bandera: «El mar azul separa a la rica Colombia de la sanguinaria España.» Pero hoy no consideramos a España sino como la

madre que nos dió su sangre y los elementos principales de nuestra civilización.

Descúbrete siempre delante de la bandera nacional. Cuando la veas, piensa que allí va Colombia entera con sus glorias y sus dolores, con la majestad de su grandeza y la solemnidad de los deberes que impone. Ella representa a los distritos y departamentos unidos en un solo cuerpo social, en el que se olvidan las denominaciones e intereses locales para que no seamos todos sino colombianos. Ella ondea sobre nuestros valles y montañas, del

Pacífico al Orinoco y del Atlántico al Amazonas, y extiende sus espléndidos colores en la amplitud de nuestro cielo, para exigirnos que nos amemos como hijos de una misma madre, que no desgarramos su seno con locos propósitos, y que antes nos esforcemos para conservar su unidad, promover su engrandecimiento y defender la integridad de su territorio y de todos sus derechos.

A todos los colombianos, aun los de las más apartadas regiones, nos defiende un mismo escudo y nos guía una misma bandera. No seamos enemigos de los demás pueblos, porque en esta forma el patriotismo, lejos de ser una virtud, sería un mal; por el contrario, debemos considerarlos a todos como miembros de la sociedad de las naciones, y por lo tanto, como amigos y hermanos del nuestro, empeñados todos en procurar el bien de la humanidad entera. Pero en esta labor somos una unidad determinada, que tiene razón de subsistir y de exigir que se respeten sus derechos.

Este es el patriotismo que quiero ver desarrollarse en ti, mi querido José; no el patriotismo antiguo, fundado en la soberbia, ni el de los salvajes, que es odio, envidia y ferocidad. Un patriotismo cristiano, y como tal, amplio y generoso, es el principal elemento de la prosperidad de los pueblos. Procura desarrollarlo en tu corazón, que así cumplirás el sagrado deber de honrar a tus padres.

Cuando seas hombre, espero tener la satisfacción de ver realizada la esperanza que de niño me has hecho concebir de que serás verdaderamente patriota. No dejes extinguir en tu pecho esa noble aspiración tuya y esperanza mía. Así honrarás mis canas, honrarás a la patria y te honrarás a ti mismo.

Tu padre, SILVERIO



## CAPÍTULO XXII

## OPTIMISMO Y PESIMISMO

(Educación cívica.)

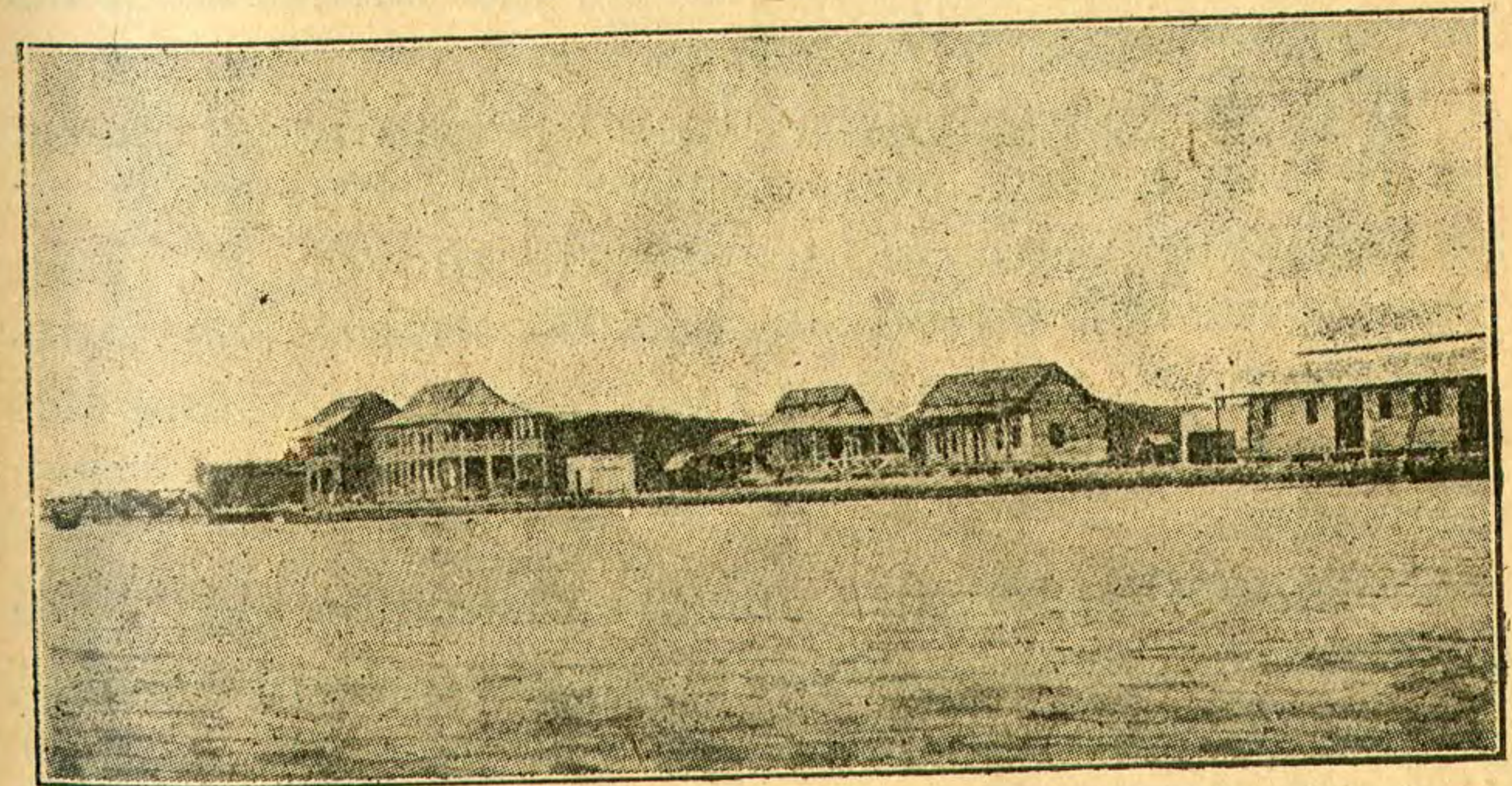
¡Dios bendiga a mi padre, que tan grandes cosas me enseña en la carta anterior, y a mi buena mamá, que dió ocasión a que él me la escribiera! La he leído y vuelto a leer varias veces, y la tendré siempre sobre el corazón y presente en la memoria. Resulta que para ser verdadero patriota casi se necesita ser santo; a lo menos se necesita ser buen cristiano. ¿Seré yo capaz de tanto?

A esto puede aplicarse lo que nos decía hoy el maestro a los de la competencia, y que voy a apuntar aquí para no olvidar esa enseñanza.

Los dos jefes de los bandos se quejaron al maestro de que algunos niños no se prestaban a los ejercicios y repasos con que estaban preparándose para la competencia: unos porque no temen ser derrotados; otros porque no esperan vencer ni aun estudiando mucho en los pocos días que faltan. Entonces el maestro nos reunió a todos, y nos dijo:

— Hay gentes que confían en que todo les sal-

drá bien, y otros que, por el contrario, no esperan sino desgracias. El porvenir es luminoso y lleno de prosperidades para los primeros, obscuro y triste para los otros. Los primeros trabajan llenos de ilusiones y esperanzas, y algunos no se detienen ante empresas temerarias; los segundos, por el temor de no alcanzar éxito alguno, en muchos casos llegan hasta abstenerse absolutamente de obrar. Damos el calificativo de *optimistas* a los primeros, porque todo lo ven bueno y óptimo; y el de *pesimistas* a los segundos, porque todo lo ven malo y pésimo.



Estación sanitaria de Puerto Colombia

¿Cuál de estas disposiciones del ánimo es más racional y conveniente? El optimismo da aliento para emprender, alegra el espíritu y le conforta con la esperanza; pero si no sabe dejarse guiar por la razón, si es un optimismo ciego, no ve los males que nos amenazan ni estudia detenidamente las empresas que nos provocan. El pesimismo, por el contrario, desalienta generalmente y apoca el espíritu; pero suele mover a la razón a estudiar las empresas y prever los peligros, aunque con tendencia a exagerarlos.

Hay, pues, algo bueno y algo malo en estas dos disposiciones o aptitudes del ánimo, y debemos tratar de adquirir lo bueno de cada una y rechazar lo malo.

Tan deplorable es el optimismo ciego que dice: «Eso no sucederá», como el pesimismo pasivo y desalentado que al prever un mal se contenta con decir: «¿Qué le hemos de hacer?»

El optimista que no se guía de la razón va de catástrofe en catástrofe, negando siempre la víspera lo que se realiza el día siguiente, para decir entonces: «¡Cómo creer que esto sucediera, que los hombres fueran tan malos, que no me alcanzaran las fuerzas!», o cosa semejante.

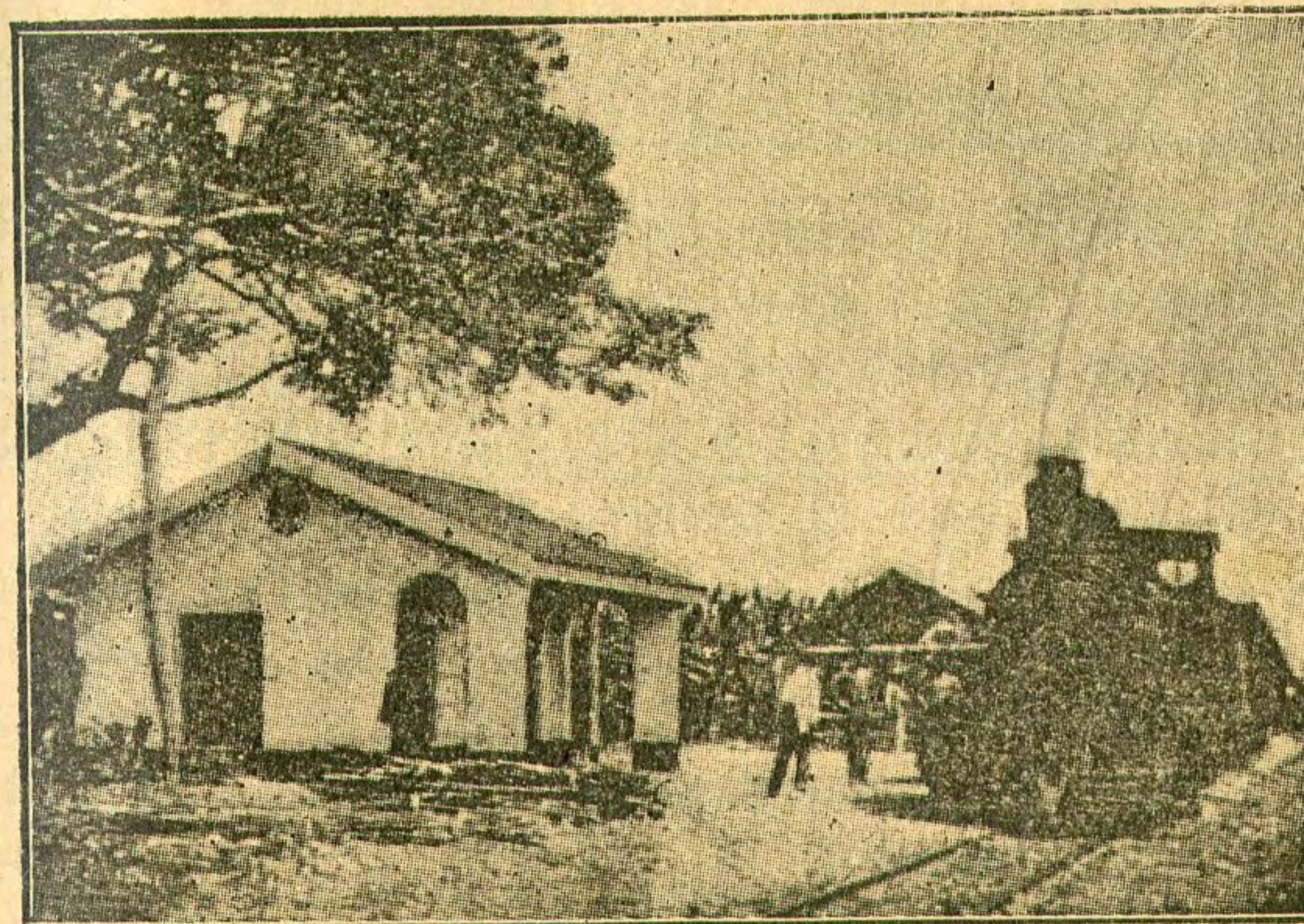
El pesimista desalentado no se sorprende ante las desgracias sociales o personales que prevé y se realizan; pero es incapaz de mover un dedo para evitarlas, cuando quizás eso habría bastado.

Hay, pues, optimismo racional y optimismo ciego; pesimismo activo y pesimismo pasivo o desalentado.

Comprendan ustedes que el optimismo ciego y el pesimismo cobarde son dos actitudes que deben evitar. Entre el optimismo que se guía de la razón y el pesimismo que está dispuesto a emprender y luchar contra el mal, no se trata de escoger, porque son actitudes naturales del espíritu. Nuestro carácter es naturalmente optimista o naturalmente pesimista, y casi puedo decir que es imposible cambiar el que nos dé la naturaleza. Pero sí puede el optimista acostumbrarse a consultarlo todo con la razón, haciendo un esfuerzo para ver las cosas como si fuera pesimista; y éste debe esforzarse por adquirir el hábito de no desalentarse ante las empresas que se le ofrezcan y los peligros que le amenazan, sino prepararse a la lucha con el ánimo levantado del optimista.

Entre ustedes, proceden como optimistas cie-

gos los que confían tanto en el triunfo que no se quieren tomar el trabajo de prepararse con los ejercicios organizados por Enrique y León; y



MAGDALENA.—Estación en Papares

como pesimistas pasivos y cobardes los que prevén la derrota y no se esfuerzan por evitarla.

Una y otra conducta son reprobables. Yo les aconsejo a todos que trabajen para ir a la competencia con las mayores probabilidades de vencer: los unos, pensando que es posible ser vencidos si se descuidan, por confiar demasiado en sus fuerzas; los otros, que no es imposible ser vencedores si aprovechan todos los momentos y todos los medios de preparación.

No quiero que se acostumbre nadie en mi escuela a ser optimista ciego ni pesimista cobarde. Esa clase de gentes sufrirán mucho en la vida y harán sufrir mucho a quienes de ellas dependan. Aspiren ustedes a proceder en todo con prudencia para no meterse temerariamente en ninguna empresa, esto es, sin buscar todos los elementos ne-

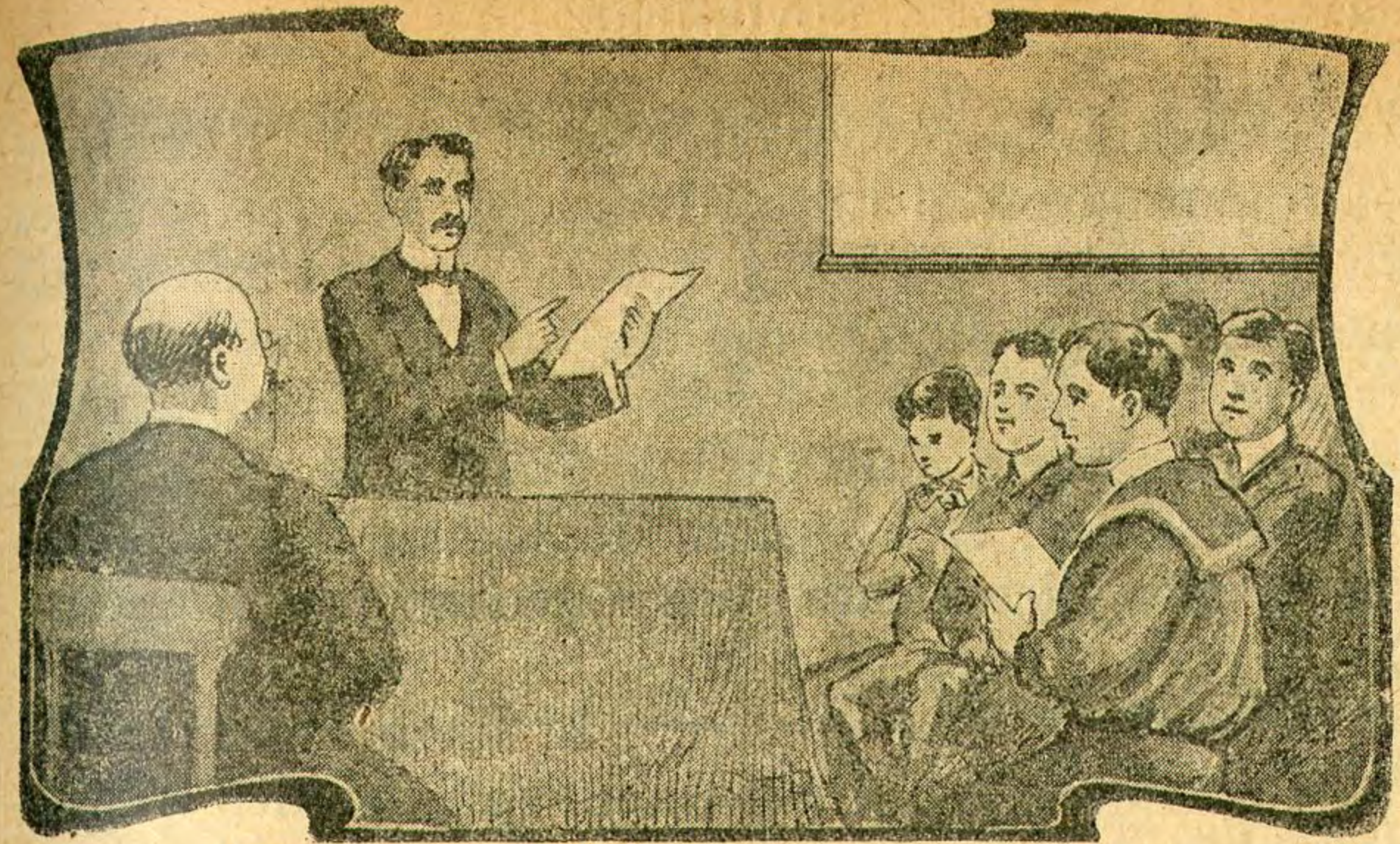
cesarios para realizarla; con justicia, para no empeñarse en ninguna cosa mala ni valerse de malos medios; con fortaleza, para no desmayar ante las dificultades y tener el entusiasmo y la perseverancia necesarias; y con templanza, para no deleitarse con exceso en el triunfo ni acobardarse en la derrota.

Los optimistas ciegos prescinden de la prudencia, que aconseja prever el peligro y poner todos los medios conducentes a evitarlo. Ellos debieran recordar siempre esta enseñanza del Espíritu Santo: «El que ama el peligro perecerá en él». Los pesimistas pasivos, que se desalientan hasta el punto de no querer prepararse para la lucha, pecan contra la fortaleza, y deben tener presente este verso del gran poeta ecuatoriano don José Joaquín de Olmedo:

*«Quien no espera vencer, ya está vencido».*

Estas palabras del maestro fueron atendidas por todos. Inmediatamente se organizaron los estudios a satisfacción de Enrique y León, y hay un gran entusiasmo en los dos bandos.

Por lo mismo, yo espero llegar a ser el gran patriota que desea mi padre.



## CAPÍTULO XXIII

### EMPLEO DE LOS TEXTOS

*(Arte de educar.)*

Los padres de los alumnos han atendido la excitación que el maestro les hizo de asistir a la escuela y presenciar sus trabajos.

Da gusto ver cómo muchos de ellos aprenden, a la par de sus hijos, a leer, escribir, contar y muchas otras cosas. Aun don Alvaro, el presidente del Concejo, que es un caballero muy respetable e instruído, nos dijo hace pocos días, cuando terminó la lección de agricultura que nos daba el maestro y que él oyó con mucha atención:

— «Niños: deben ustedes dar gracias a Dios y a la patria por la buena escuela en que se están educando. ¡Si tuvieran idea de las de mi tiempo! Se nos obligaba entonces a estudiar de memoria páginas enteras, y *dar la lección* era entregarle el libro al maestro para que él viera si sabíamos repetirla al pie de la letra. Si así lo hacíamos, aunque no la entendiésemos y sólo la supiéramos decir como loros, ganábamos buenas notas y podíamos marchar a nuestras casas; si teníamos puntos, el maestro

nos obligaba a repasarla hasta que la diéramos como estaba en el libro, dejándonos *arrestados*, si era necesario, mientras así la aprendíamos. El maestro era un simple tomador de lecciones.

¡Hoy, no! Veo que el maestro no les hace aprender de memoria sino definiciones y otros puntos indispensables; él es quien da las lecciones, y las repite y explica hasta que ustedes las entienden. En vez de gastar el tiempo en tomar la lección de memoria a uno por uno, la hace aprender de todos en la clase, y a la casa no van ustedes a estudiar, sino a descansar y servir a sus familias.

Para dar una lección, el maestro hace primero una explicación general de ella. En seguida les ordena a ustedes abrir el libro en la parte correspondiente. Uno de los alumnos la lee en voz alta; otros hacen lo mismo en seguida; otros la repiten al sentido; y, por último, se hacen los ejercicios del caso para ver si todos la han entendido. Después se reparte entre ustedes otro texto sobre la misma materia, y se ve si contiene alguna enseñanza que no esté en el primero; luego otro y otro. Aquí, pues, no se enseña por un solo libro, sino por varios, lo cual permite ampliar las enseñanzas, suplir los defectos que todos tienen, conocer y aprovechar los mejores procedimientos de los diversos autores. El aprendizaje resulta de la viva voz del maestro y de las enseñanzas combinadas de muchos autores.

Hubo un tiempo en que se creyó que el maestro debía enseñar todo oralmente, sin auxilio de textos. ¡Qué error tan grande! El hablar continuo durante todas las horas de clase es un trabajo que no resiste ningún maestro; pronto enferma del pecho y del sistema nervioso. Además, ningún maestro, por sabio que sea, alcanza a reemplazar a todos los autores: es imposible que sepa lo que todos ellos le pueden ayudar a enseñar. ¿Por qué ha

de privarse de estos ayudantes? Claro que no debe llevar los libros a la escuela para que se los aprendan de memoria los niños, sino para leer en ellos lo correspondiente a cada lección que les dé, pues así es como si muchos maestros vinieran a repetir y ampliar sus enseñanzas.

Este sistema de lecciones por medio de lecturas es excelente. Les confieso que hoy he aprendido mucho de agricultura en la lección que acabo de presenciar, en la cual el maestro les ha hecho leer a ustedes páginas muy interesantes de diversos autores, ya en libros, ya en revistas de agricultura. Voy a venir con frecuencia, pues deseo continuar ese estudio de modo tan ameno y racional.»



## CAPÍTULO XXIV

## POESÍA BUCÓLICA

Llámase bucólica la poesía que representa escenas de la vida campesina. Si predomina el lirismo, se llama *idilio*; si el carácter dramático, *égloga*.

## LA PESCA

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,  
 Como su nombre, hermosa:  
 Arde en sus ojos del placer la llama.  
 Su fresca boca, que al halago brinda,  
 Es dulce cual la guinda  
 Que el pájaro voraz pica en la rama.

No tiene la blancura de la nieve,  
 Que se deshace en breve:  
 Negros sus ojos son, negro el cabello.  
 Competir en su rostro parecía  
 La noche con el día;  
 Pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

Cayó en las redes de su amor cautivo  
 Miguel, el más activo

Y arriesgado patrón de aquella playa,  
 Que ágil en el timón, fuerte en el remo,  
 En el peligro extremo  
 Ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

.....  
 Juntos en deleitable compañía  
 Trabajan a porfía  
 Repasando la red, y tan molesta  
 Como pesada operación, sazona  
 La burla retozona,  
 La aguda chanza o la atrevida fiesta.

Reconcentrados en su amor profundo,  
 ¿Qué les importa el mundo?  
 Los sueños de ambición dan al olvido.  
 A su cariño sin temor se entregan  
 Y juegan, como juegan  
 Los pájaros incautos en su nido.

No lejos, en el término de un prado  
 Donde manso ganado  
 Con la hierba otoñal su gula aplaca,  
 La madre de Miguel, limpia y risueña,  
 Tranquilamente ordeña  
 Las llenas ubres de fecunda vaca.

Con frecuencia, a hurtadillas clava en ellos,  
 Tan jóvenes, tan bellos  
 Y tan rendidos a su mutuo encanto,  
 Los dulces ojos, que la edad apaga,  
 Y por sus labios vaga  
 Leve sonrisa, tierna como el llanto.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,  
 A quien tan sólo deja  
 Vanas memorias la cansada vida,  
 Con qué intenso y profundo regocijo

Siente y ve en aquel hijo  
Reverdecer su juventud perdida!

Él la hace recordar tiempos mejores  
Con sus castos amores,  
Sus ansias, sus placeres y congojas.  
Es como tronco roto que aun resiste  
Y el mes de mayo viste  
De nuevas ramas y de nuevas hojas.

Fijóse en ella embebecido el mozo,  
Y desbordando el gozo  
Que en sus plácidos ojos centellea,  
Dijo, llamando la atención de Rosa:  
— Mírala qué hacendosa  
Y entretenida está. ¡Bendita sea!

— ¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!  
Rosa exclamó. — Bien dices,  
Respondióle Miguel. Quieran los cielos  
Para colmar la dicha de esa anciana,  
Concederle mañana  
Inocentes y hermosos nietezuelos! —  
.....

G. NÚÑEZ DE ARCE

## PRIMAVERA

¡La campiña!  
Sobre el césped del cortijo va la niña  
Tierna, rubia, frágil, blanca;  
Bajo el brazo la muñeca  
De cartón, rosada y hueca,  
Salta, corre, canta, grita,  
Y sus fúlgidos ojazos copian toda  
La pureza de la bóveda infinita.

Vedla: es ritmo  
Y es donaire,  
Sus desnudos pies se agitan, y parece  
Que también tuvieran alas  
Como el aire.  
Dulcemente el aura toca  
El capullo de su boca,  
Que es esencia y es frescura  
Y es panal, húmedo y tibio,  
De miel pura.

Va contenta, retozona,  
Va de prisa;  
Y en sus labios aletea,  
Como un ave sobre el nido, la sonrisa.

¡Primavera! ¡En los jardines  
Bosques, valles y barrancas,  
Echa rosas, rosas, rosas,  
Rosas blancas!

Una crencha rubia miente  
Un celaje sobre el campo de su frente;  
Frente casta,  
Perla enorme que en el oro de sus rizos  
Arcangélicos se engasta;

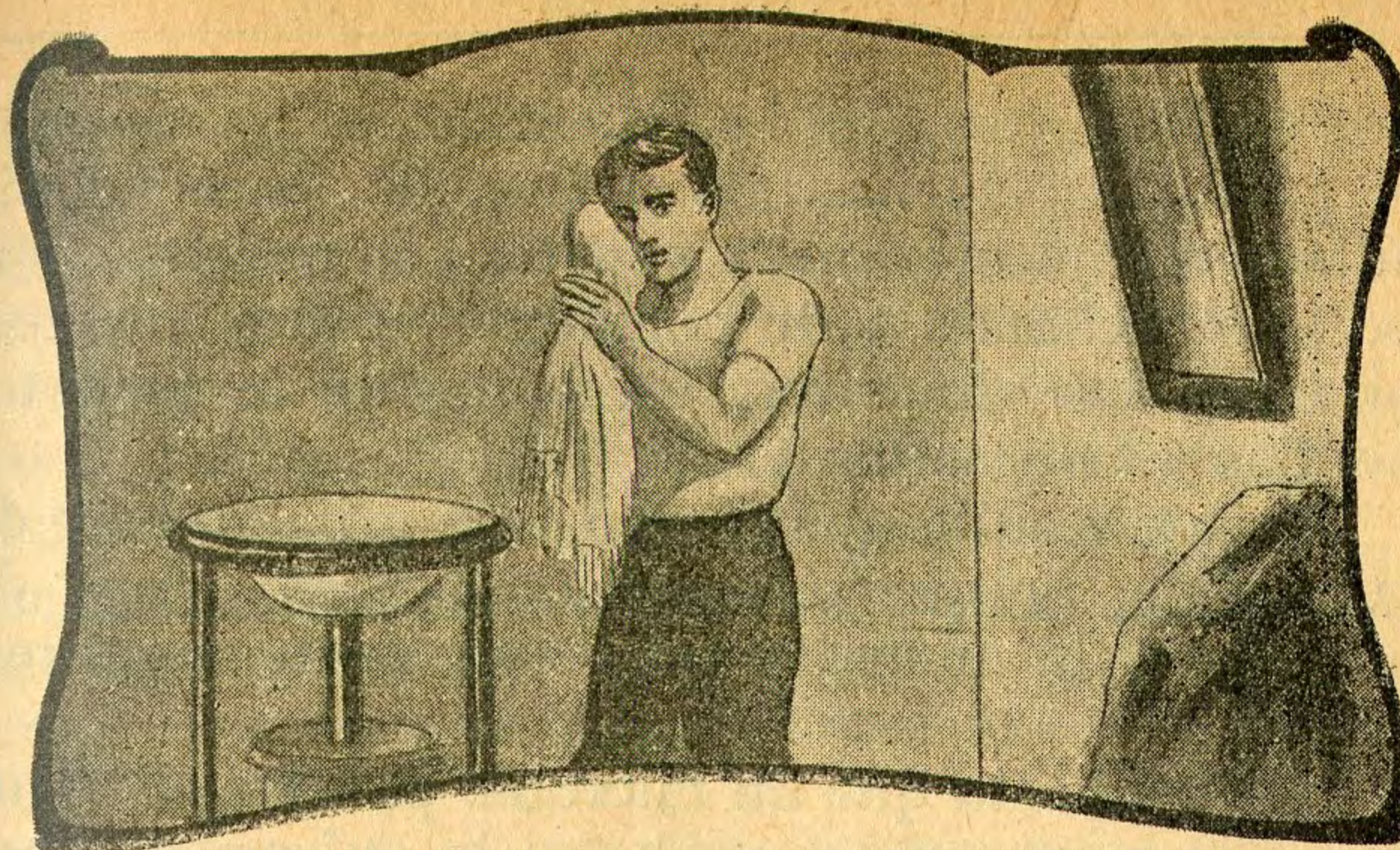
Frente pura que humedece  
 El sudor, y que parece,  
 Bajo el soplo sano y frío  
 De los céfiros, camelia  
 Empapada de rocío.

¡Va la niña! Tal vez sueña  
 Con las hadas, y se cuenta  
 Ella misma el cuentecillo  
 De la pobre cenicienta;  
 Y sus gritos melodiosos  
 En las ráfagas deslíe  
 Juguetona, parlanchina,  
 Mientras salta, corre y ríe.

Nace el alba; vibra el orto  
 Sus espadas de reflejos,  
 Y el espacio se sonrosa y un gran vaho  
 De perfumes acres llega  
 De muy lejos.

¡Primavera! ¡En los jardines,  
 Bosques, valles y barrancas,  
 Echa rosas, rosas, rosas,  
 Rosas blancas!

JULIO FLÓREZ



## CAPÍTULO XXV

### EL ASEO PERSONAL

(Higiene.)

Me ha impresionado mucho la conferencia sobre higiene que nos dió ayer en la escuela el médico, y, antes de que se me olvide, voy a tratar de reproducirla aquí.

— «Nosotros los médicos—nos dijo—nos hemos convencido de que no prestamos a la humanidad todos los servicios que podemos con dedicarnos a curar las enfermedades, sino que nuestro deber es también prevenirlas, enseñando a los hombres el arte de conservar la salud, que es lo que se llama higiene.

Observando ciertas reglas, el hombre no sólo crece robusto y capaz de todo trabajo, sino que aleja de sí, casi por completo, el peligro de muchas enfermedades. Y ustedes comprenden que es mejor no enfermar que ser curado.

Casi todas las enfermedades son causadas por los *microbios*, seres vivientes tan pequeños que no pueden verse sino con microscopio. Unos producen unas enfermedades y otros otras. Nos rodean

por todas partes, pues se cuentan por millones en el polvo, en las basuras y en toda suciedad. Se adhieren a nuestra piel y penetran en nuestro cuerpo aprovechando todo conducto: el aire que respiramos, los alimentos, los poros de la piel, las heridas y lastimaduras, etc.

De aquí resulta que el aseo es la primera base de la higiene, porque el aseo consiste en quitar de nosotros toda mugre, y por consiguiente, todo microbio.

Pero no basta que un microbio penetre en el organismo para que se produzca la enfermedad correspondiente. Porque al punto que penetra salen a combatirlo unos globulillos blancos que hay en la sangre y que se llaman *leucocitos*. Se traba un combate; si éstos triunfan, perdura la salud; si son vencidos, aparece la enfermedad, la cual dura hasta que los leucocitos, ayudados por los medicamentos u otros agentes, recuperan la victoria, o los microbios acaban por dar la muerte al organismo.

Cuando al principio del ataque el organismo está suficientemente vigoroso para asegurar el triunfo de los leucocitos, se dice que tiene inmunidad natural. Pero si está debilitado por los excesos físicos, morales o intelectuales, por las privaciones, penas o abusos de cualquier género, entonces se encuentra en estado de inferioridad y de propensión a las enfermedades. La inmunidad puede ser también adquirida, como la que da la vacuna contra la viruela, y, en ciertas enfermedades, como el tifo, el haberlas sufrido una vez.

Por consiguiente, la segunda base de la higiene es la moderación, la cual nos exige no abusar de nuestras fuerzas físicas, morales e intelectuales, a fin de que no se debilite el organismo.

Pero hoy no les hablaré sino de la primera: el aseo.

Ustedes habrán visto que toda máquina, por

sencilla que sea, se inhabilita para funcionar al cabo de cierto tiempo, si no se limpia con frecuencia. El cuerpo humano es una máquina delicadísima y de las más complicadas; y es necesario velar por su aseo y la expulsión de sus materiales de desgaste, que en gran cantidad salen por los poros de la piel cada día. Allí se depositan, los obstruyen y se cargan de microbios.

La acumulación del sudor sobre la piel y las materias sebáceas que salen del cuerpo y se mezclan con el polvo del exterior, no sólo impiden a los poros seguir dando salida a los desgastes del cuerpo, sino que provocan la reabsorción de éstos con los microbios que en ellos pululan, lo cual puede producir una intoxicación o envenenamiento.

Por término medio, hay siempre sobre la piel sucia ¡quinientos millones de microbios!...

De aquí resulta que el hombre desaseado no sólo pone en peligro su salud, sino también la de cuantos se le acerquen.

Por consiguiente, es de la mayor necesidad el aseo diario.

Todos los días, al levantarnos, debemos darnos un baño general en agua que no cause impresión de frío ni de calor, que es la de 25 a 30 grados. Este es el baño de aseo; pues los fríos y los calientes son para curar enfermedades, y sólo pueden ser prescritos por los médicos.

Los baños fríos bajan la temperatura del cuerpo, disminuyen la frecuencia del pulso y aumentan la combustión respiratoria, o sea la unión del oxígeno con la sangre. El agua fría no hace desprender con tanta facilidad como el agua caliente las materias grasas. Los baños calientes elevan la temperatura, aceleran el pulso y disminuyen las combustiones respiratorias. Los baños de aseo no ejercen influencia alguna sobre estas funciones.

Ningún baño debe darse durante las tres horas posteriores a cada comida, pero el de aseo puede darse inmediatamente después.

La simple mojada del cuerpo no basta para desembarazar la piel de la mugre depositada en ella. Debemos frotarnos primero, en seco, con una toalla áspera; en seguida humedecer todo el cuerpo con una esponja; luego darnos una fricción enérgica con mucho jabón y, por último, enjuagarnos hasta que el jabón desaparezca.

Las tinas y piscinas requieren una gran cantidad de agua, y como es tardío el cambio de ella para el enjuague, no es recomendable su uso para el aseo; sirven únicamente para baños de placer.

El jabón debe ser muy alcalino para que disuelva bien las materias grasas. Hay que desconfiar de los de potasa y de los muy coloreados.

Además del baño diario, debemos jabonarnos las manos cada vez que hayamos tocado cualquier cosa sucia, y en todo caso antes de las comidas: si no están entonces muy limpias, pueden contaminar el alimento al llevar el pan a la boca. Si se han untado de pus, téngase en cuenta que el jabón no mata los microbios que en ella se encuentran: es necesario aumentar su acción con la del agua caliente, el cepillo y el alcohol a 90°, y meter luego la parte untada de pus en una solución de sublimado a 1 por 100, durante tres minutos, y no enjuagarla.

El lavado de la boca se reduce a hacer gárgaras a mañana y noche con agua muy pura y, si es posible, ligeramente antiséptica; y a frotar la dentadura y encías con un cepillo después de cada comida. Sin esto, no sólo se vuelve la boca un depósito de microbios, a causa de los restos de comida que se alojan entre los dientes y demás cavidades, sino que las caries afean y destruyen pronto la dentadura.

Las orejas deben lavarse cuidadosamente cada día, y de vez en cuando debe introducirse en ellas un palito que lleve en la extremidad un poco de algodón humedecido de alcohol, para disolver la cera. Se enjugan luego con otro poquito de algodón seco.

Las narices deben lavarse por dentro todas las mañanas, sorbiendo agua pura y tibia y arrojándola en seguida mediante la compresión alternada de las ventanas.

Los pies deben jabonarse todos los días. Cuando se haya de caminar mucho, debe alcoholizarse el agua. Mejor aun es untar de sebo los pies.

El cabello debe lavarse con agua pura o con alcohol. Las grasas no son útiles sino cuando el cabello está muy seco. Hay que cuidar mucho de tener completamente limpios los útiles del peinado.»

Otras muchas cosas nos enseñó el médico, pero éstas son las principales. Me propongo seguirlas al pie de la letra, pues comprendo que sin aseo no hay salud física ni la inteligencia puede trabajar bien. Además, el aseo es una virtud y, por lo mismo, una necesidad de nuestro ser moral.



## CAPÍTULO XXVI

## OFENSAS Y REBELDÍA

(Arte de educar.)

¡Qué muchacho tan terrible es Tomás!

¿Pues no se le encaró hoy al maestro?

Nunca sabe ninguna de las pocas lecciones que se nos hacen aprender de memoria, ni atiende a las enseñanzas, ni puede repetir ninguna al sentido, ni lleva composiciones escritas. Y como si esto no bastara, no deja trabajar a nadie tranquilamente. Emborriona los cuadernos que alcanza a coger, procura introducir el juego y el desorden entre los alumnos, conversa con el uno, molesta al otro, y se burla de todos.

Ahora ha cogido a Gabriel por su cuenta: le ha puesto un apodo que no quiero conservar en este librito, y con sus burlas y groserías le tiene acobardado. Como Gabriel es tan tímido, esta mañana se puso a llorar porque Tomás, después de molestarle mucho, le dijo:

— Por más que te apliques, no dejarás de ser el hijo de ño Bartolo, el zapatero remendón....

— ¡Pero yo le quiero tanto—contestó Gabriel— como si fuera un príncipe!

— ¡El Príncipe de los Rotos!...— Y siguió diciendo tantas cosas, que al fin Gabriel, incapaz de contenerle, se puso a llorar.

Esto ocurría mientras cultivábamos el huerto. A poco pasó por ahí el maestro, y, al notar que Gabriel lloraba, se informó de lo ocurrido.

— Retírese, Tomás—dijo—, al salón de clases.

Tomás siguió removiendo la tierra, como si no hubiese oído nada.

— ¿Ha oído usted, Tomás?

— Sí, señor.

— Obedezca, pues.

— No quiero ir al salón.

— Vea usted que me obliga a castigarle...

Tomás guardó silencio, pero no obedeció. Entonces el maestro lo tomó de un brazo y casi a la fuerza lo llevó al salón, donde permaneció largo rato con él. No sé qué pasaría allí entre los dos; pero cuando el maestro regresó, dijo a Gabriel:

— Paciencia. ¡Tomás va componiéndose!...

Ninguno de nosotros ve lo que asegura el maestro. Cada día es peor Tomás. Es verdad que el maestro habla con él muchas veces a solas, y los domingos le convida a paseos, y parece que Tomás le tiene ya algún cariño. Pero de parte de éste no se ve mejora alguna. ¿Qué esperará el maestro?



## CAPÍTULO XXVII

## MURMURACIÓN

(Religión y moral.)

Mi hijito:

El domingo, en el paseo que hicimos al campo con la familia de Enrique, noté en ti una cosa que no me ha gustado nada.

Cuando estábamos almorzando sobre la grama a la orilla del río, te preguntó tu padre cómo había seguido Tomás en la escuela.

Con este motivo os pusisteis Enrique y tú a contarnos multitud de faltas cometidas por Tomás en la escuela y en la calle, y nos lo pintasteis como el muchacho más desaplicado, patán y soez.

— Es malo— dijo Enrique—. Yo creo que en su misma casa no pueden soportarlo.

— Será que lo miman mucho— agregaste—; porque si en su casa le reprendieran; no se manejaría tan mal.

— A él no le compone nadie— dijo Enrique.

— ¿Qué amigos tiene?— preguntó tu padre.

— Muchos— contestaste—. Pero creo que a nadie

quiere de veras, y que así como se burla del maestro, se burlará también de todos sus amigos. Seguro que de sus padres se burla también.

— Dicen que a su madre le contesta tieso y parejo, y que el papá se enfurece y le insulta, pero nunca le castiga.

— Es que él no siente vergüenza de nada ni quiere ser otra cosa que un guapetón.

— De seguro que ni reza ni oye misa con devoción.

— ¡Qué va a tener devoción! En la iglesia no piensa sino en los males que ha hecho y en los que se propone hacer.

Así continuasteis hablando con gusto de los defectos de Tomás y de sus travesuras hasta que, no sé cómo, conseguí cortar esa conversación que me tenía en ascuas.

Porque, hijo mío, esa es la murmuración, placer de gentes desocupadas y malévolas, alfiler con que, después de señalar los defectos ajenos, sin más objeto que sacar sangre desacreditando a la víctima, se pasa a fantasear los que no tiene, hasta no dejar parte sana.

Fácilmente caemos en la murmuración, porque a nuestra viciada naturaleza le es grato rebajar al prójimo y pintarlo de tal modo, que sobre los defectos que le atribuimos resalten las cualidades que creemos tener. Fíjate en que nadie habla de los defectos de otros si no puede negar que los tiene también: el desaplicado no censura a nadie de desaplicado, ni el mentiroso quiere hablar de la mentira. Es la murmuración un modo cruel de alabarnos a nosotros mismos, y esto es de almas bajas. Es la primera vez que te oigo murmurar; no vuelvas a hacerlo.

El que murmura se constituye en juez de su víctima. Y ¿con qué medios contamos los hombres para juzgarnos unos a otros con acierto? ¿Somos

capaces de penetrar en las conciencias y descubrir los verdaderos móviles de las acciones ajenas, todas sus causas, la intención verdadera? ¿No es verdad que, cuando nos empeñamos en juzgar a otro, más nos valemos de suposiciones que de hechos?

En el caso de Tomás, supusisteis tú y Enrique varias cosas sin fundamento alguno: que en su casa le miman con exceso, que él se burla de sus padres, que es un desvergonzado, que carece de devoción; y agregasteis varios *se dice, de seguro*, etc., frases que abren las puertas de la suposición malévol.

Sólo Dios es juez, porque sólo él conoce los resquicios del corazón humano. Entre las ievuones públicas que ejercen los hombres, ningtre padns-pira más sobresalto que la de los juecesntrevoce-sarias para conservar el orden social, pero, ¡cuánta ilustración y prudencia necesitan los jueces para acercarse a la verdad en sus fallos! Los que no hayamos recibido ese cargo formidable, no lo ejerzamos voluntariamente. Ante la conciencia ajena somos ciegos, y apenas tenemos luz suficiente para conocer la nuestra. Sírvannos de escarmiento los defectos que notemos en nuestro prójimo, pero sea eso una lección silenciosa para nosotros solos y las personas que de nosotros dependan: no un tema de conversación gozosa de la imperfección ajena.

«No juzguéis, y no seréis juzgados», dijo nuestro Señor Jesucristo.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO XXVIII

### LA COMPETENCIA

(Arte de educar.)

(Diciembre 1.º)

Hoy fué la competencia. ¡Qué emoción! ¡Qué susto! ¡Qué afanes! ¡Cuánta pena para unos y alegría para otros!

Triunfaron siete del grupo de Enrique y cinco del de León.

Con los vencedores ha organizado el maestro la Legión de la Bandera. Tenemos el derecho de llevar la bandera de la escuela cuando salimos en comunidad y de estar cerca de ella con la cucarda nacional en todos los actos públicos.

La bandera es blanca y lleva esta inscripción: *Virtud y Ciencia*.

Entraron en la Legión todos los alumnos de uno y otro bando que no fueron vencidos en ninguna materia. Los bandos se acabaron, y en la Legión quedamos numerados según la calificación que obtuvimos. Enrique Salcedo es el jefe, León Pérez el subjefe, Jorge el primer legionario, Paco el segundo, Gabriel el tercero, etc.; yo soy el séptimo.

Pero de los demás alumnos, cada mes tienen derecho los que hayan observado buena conducta, si aspiran a un puesto en la Legión, a llamar a competencia al inferior, al número 12, y el que le venza ocupará su puesto y podrá desafiar al que siga. De seguro que van a esforzarse mucho. Ellos han elegido jefe a Antonio García.

Además, entre los mismos miembros de la Legión, cada uno puede, una vez a la semana, desafiar al inmediato superior a una competencia sobre cualquier materia, y si vence, pasa al puesto del vencido. Pero nos advirtió el maestro que no permitiría la competencia sino cuando la conducta del inferior sea tan buena como la del superior, y que, si es mejor, se le computará como cuarta parte de ventaja.

La competencia de hoy, que sirvió para organizar la Legión, estuvo muy interesante. Yo desafié a Guillermo en aritmética, y pedí al maestro que nos dictara una multiplicación en que el multiplicador fuera un número comprendido entre 11 y 19. Dijo el maestro que multiplicáramos por 16 el número 83.015.976, y Guillermo lo hizo de este modo:

$$\begin{array}{r} 83015976 \\ 16 \\ \hline \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 498095856 \\ 83015976 \\ \hline \end{array}$$

$$1328255616$$

Pero yo gané porque, en mucho menos tiempo, obtuve el mismo resultado multiplicando sólo por 6 y poniendo el producto un lugar más a la derecha, para sumar en seguida. Así:

$$\begin{array}{r} 83015976 \\ 498095856 \\ \hline \end{array}$$

$$1328255616$$

Y volví a ganar por un procedimiento semejante cuando pedí al maestro que nos hiciera multiplicar un número por otro de dos cifras que acabara en 1. Nos ordenó multiplicar 7.856.493 por 91. Guillermo perdió mucho tiempo escribiendo el multiplicador debajo del multiplicando y repitiendo éste al multiplicarlo por 1, así:

$$\begin{array}{r} 7856493 \\ 91 \\ \hline \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 7856493 \\ 70708437 \\ \hline \end{array}$$

$$714940863$$

Mientras que yo hice la operación en un instante, de este modo:

$$\begin{array}{r} 7856493 \\ 70708437 \\ \hline \end{array}$$

$$714940863$$

Guillermo, que había trabajado con grande actividad, nervioso y emocionado, tomó asiento en silencio al oír que el maestro me declaraba vencedor, y me miró con un ceño de rabia. Poco después me desafió en geografía, y no pudo corregir ninguna de las respuestas que di a sus preguntas, mientras que, al examinarle yo, confundió los meridianos con los paralelos, y en el croquis que le hice dibujar de nuestra provincia olvidó un caserío y varios caminos municipales.

Estas dos derrotas le pusieron furioso, y al salir de la escuela me dió una trompada. Yo me defendí, y él resultó con las narices reventadas. Al ver que derramaba sangre, volvió a la escuela a dar la queja al maestro, quien me hizo llamar. Sin duda Guillermo había impresionado al maestro en contra mía, pues lo primero que éste me dijo fué:

— ¿Qué es esto, José? El vencedor que se burla del vencido se muestra pequeño moralmente e indigno de su victoria...

— ¡Señor! Él me pegó primero — contesté.

— Porque él salió burlándose de mí — dijo Guillermo.

Quedé como aturdido al oír esto, que era falso. Al fin, pude contestar:

— Salía contento con mi triunfo, pero ni vi a Guillermo.

El maestro nos observaba atentamente. Guardó silencio breves momentos, dando algunos pasos por el salón, y luego se paró delante de mí, y me dijo:

— ¿No vió usted a Guillermo?

— No, señor.

— ¿Salía hablando de él?

— Decía a Carlos que lo que más me gustaba era haber vencido a Guillermo, pero no vi que él pasara por ahí...

— ¿No quiere usted a Guillermo?

— Es que él me ha acusado tantas veces!...

— Pues ha manchado usted su triunfo con ese sentimiento de venganza. No ha debido reñir con él.

— Pero si él fué el que me buscó riña, empezando a pegarme...

— Usted le había vencido en la competencia, y no sólo se gozaba en su triunfo, sino en haberlo alcanzado sobre Guillermo. Por lo primero debía guardarle consideraciones, y no se las guardó; lo segundo es la venganza, sentimiento bajo, que empuja al que se deja dominar por él, como engrandecen el olvido y el perdón de las ofensas. Si usted, cuando se vió atacado por Guillermo, hubiera buscado el modo de apaciguarle, en vez de devolverle mal por mal, ahora yo le aplaudiría. Él no procedió bien, porque se mostró envidioso y vengativo; pero usted procedió peor, porque,

acabando de obtener una ventaja sobre él, ha debido ser generoso...

No pude contestar nada.

— ¿Reconoce su falta?

— Sí, señor — respondí.

— Guillermo — dijo el maestro —: vea usted cómo pierde el cariño de sus condiscípulos por el hábito de acusarlos. Sea usted tan amigo de ellos como mío, y hágase querer de todos, que en la vida es más necesario ser querido que preferido. Y en vez de envidiar a José por su fortuna de hoy y guardarle rencor por ella, esfuércese por alcanzar usted una igual en la próxima competencia.

El maestro reanudó su paseo, y entonces se me ocurrió acercarme a Guillermo, y decirle:

— ¡Seamos amigos!

— Bueno — dijo él.

Se acercó el maestro y nos hizo abrazar, diciéndonos:

— José ha perdido su puesto en la Legión, a menos que Guillermo quiera que lo conserve.

— Sí, sí — dijo Guillermo —; y le pido perdón.

— ¡Gracias! — contesté. — Y yo también espero que me perdone.

Salimos juntos, después de despedirnos del maestro, quien nos exhortó a una cordial amistad, y esta reconciliación es una de las cosas que hoy me tienen más contento.



## CAPÍTULO XXIX

ESTILO. — CORRECCIONES

*(Lenguaje y redacción.)*

Pero lo más interesante de la competencia de ayer fué el desafío de Enrique y León sobre lenguaje y redacción.

Enrique pidió a León que corrigiese esta carta:  
«Mi querido amigo:

Tengo el grande placer de dirigirle estas cuatro letras para saber de su importante salud en unión de toda su familia. Pues aquí no hay novedad.

Pues te contaré que ayer nos fuimos a pasar el día en el campo, con todos los de la casa, y mi papá y mi hermanito. Yo llevé ojaldras y alfiñiques en un pedazo de percala que me regaló mamá y que me amarré a la cintura, pero al llegar a la ciénega me dió un vaido y al caerme se dañaron las ojaldras y me lastimé un tubillo. Pues llevaba también los tabacos de mi papá, porque él huma, y se quebraron. Mi mamá trajo agua en una tutuma y me mojó el tulundrón que se me hizo en la frente y al fin me pasó. Después encontramos abier-

ta la puerta del golpe del potrero de don Joaquín, y entramos, y allí vi a Inacio, que había ido con unos piones a sacar los ovejos y pagar el pastaje. Pues don Joaquín cuando nos vió cerca de la casa, nos dijo que dentráramos para dentro; y yo fuí a la troja del maíz, y fuí a ver sacar las que-resas de los terneros, y me culumpié en el culumpio que hay en un árbol. En el gallinero había una culeca, que se me echó encima porque quise coger un pollito, y al quitarme el sombrero para espartarla se rompió el barbuquejo y tuve que añadirlo con una cabuya. Mi hermanita estaba media muerta de miedo.

Pues te contaré que después nos fuimos a la orilla de una quebrada que no está muy lejos de la casa, y mi mamá hizo una tulpa para calentar el fiambre en un sartén que había llevado. Yo recogí chamizas para prender el fogón, pero se me dentró una espina en el pie, y como no había pinza ni nada con qué sacarla y me dolía el tubillo, nos venimos pronto a casa.

Pues estuvimos muy contentos, pero hoy he amanecido costipado. Vos me hiciste mucha falta.

Pues deseo que me escriba pronto y me cuente todo lo que hace.

Su amigo muy afectísimo,

MANUEL.»

León leyó riéndose esta carta, y al acabar dijo:

— Son tantos los errores que Enrique ha puesto aquí, que emplearé mucho rato en señalarlos y puede pasárame alguno en la primera corrección. Tiene que darme tiempo.

— Bueno—dijo Enrique—. ¿Pero qué clase de correcciones necesita esa carta?

— Hay defectos de estilo y errores de lenguaje.

— ¿Qué necesita el estilo para ser bueno?

— Tres condiciones principales: originalidad, concisión y armonía.

— ¿Qué es la originalidad?

— Escribir cada cual según su modo de ser; con sencillez o elevación, pero sin imitar a otras personas sino en lo que contribuya a la belleza de las frases.

— ¿En esta carta hay originalidad?

— Sí la hay, menos en el primer párrafo, que es una imitación del habla de las gentes amaneradas.

— ¿Cómo habría escrito usted ese párrafo?

— Así: «Te escribo estas cuatro letras para preguntarte por tu salud y la de toda tu familia. Aquí no hay novedad.» El *pues* sobra completamente allí, como en otros lugares de la carta.

— ¿Qué es la concisión?

— No decir sino lo que sea necesario. Ella no se opone a algunos adornos, necesarios para la belleza del estilo.

— ¿Hay concisión en esta carta?

— Aquello de que fueron al campo «todos los de la casa, y mi papá y mi hermanito», encierra una redundancia, contraria a la concisión. Porque, con decir que fueron todos los de la casa, se entiende que fueron también el padre y el hermano, que son de la casa.

— ¿Qué es la armonía?

— Que todas las frases tengan un buen sonido al leerlas; que las palabras repetidas no queden muy próximas; que haya variedad en los períodos, animación en el relato, gracia en el decir, de modo que no sea un disgusto la lectura, sino como una música para el oído y el pensamiento.

— ¿Hay armonía en la carta?

— ¡Ninguna! Todo se refiere allí como en un inventario, y sería preciso redactarla de nuevo para suprimir la monotonía del estilo y las frases desmayadas y para darle animación y gracia.

— ¿Qué errores de lenguaje puede usted señalar en esta carta?

— En primer lugar, que unas veces trata a su amigo de *tú* y otras de *usted*. Al fin le trata de *vos*. Es preciso usar un solo tratamiento en cada escrito con respecto a una misma persona. En segundo lugar, hay que hacer los siguientes cambios:

León pasó al cuadro, donde estaba escrita la carta, y fue subrayando en ella las palabras incorrectas e impropias y diciendo por cuáles debían substituirse. Éstas fueron las siguientes: *ojaldre*, *alfeñique*, *percal*, *cintura*, *ciénaga*, *vahido*, *tobillo*, *cigarros*, *fuma*, *totuma*, *tolondrón*, *cancilla* (en vez de *puerta de golpe*) *dehesa*, *Joaquín*, *Ignacio*, *peones*, *ovejas* (porque no se habla sólo de los machos, sino del rebaño entero), *pasturaje*, *entrar* (y no *entrar para dentro*), *troje*, *maíz*, *cresas*, *columpié*, *columpio*, *clueca*, *barboquejo*, *añadirlo*, *medio muerta*, *arroyo*, *lejos*, *fogón*, *una sartén*, *chamarasca*, *entró*, *pinzas*, *vinimos*, *constipado*.

— ¿No hay más? — preguntó Enrique.

— No encuentro otro error.

— Sobra el *muy* en «muy afectísimo», porque la terminación *ísimo* expresa lo mismo que esa palabra.

Sólo en este punto le ganó Enrique a León. Éste empezó entonces un interrogatorio muy interesante y variado; y de él, como de las respuestas de Enrique, voy a anotar aquí lo que recuerdo.

— Corrija las palabras que voy a decir: *Escuelero*.

— Escolar.

— Maguey.

— Está bien dicho. También se dice *magüey*.

El error es decir *magué*.

— Padrasto.

— Padrastro.

— Polvadera.

— Polvareda.

— Tengo mucha aburrición.

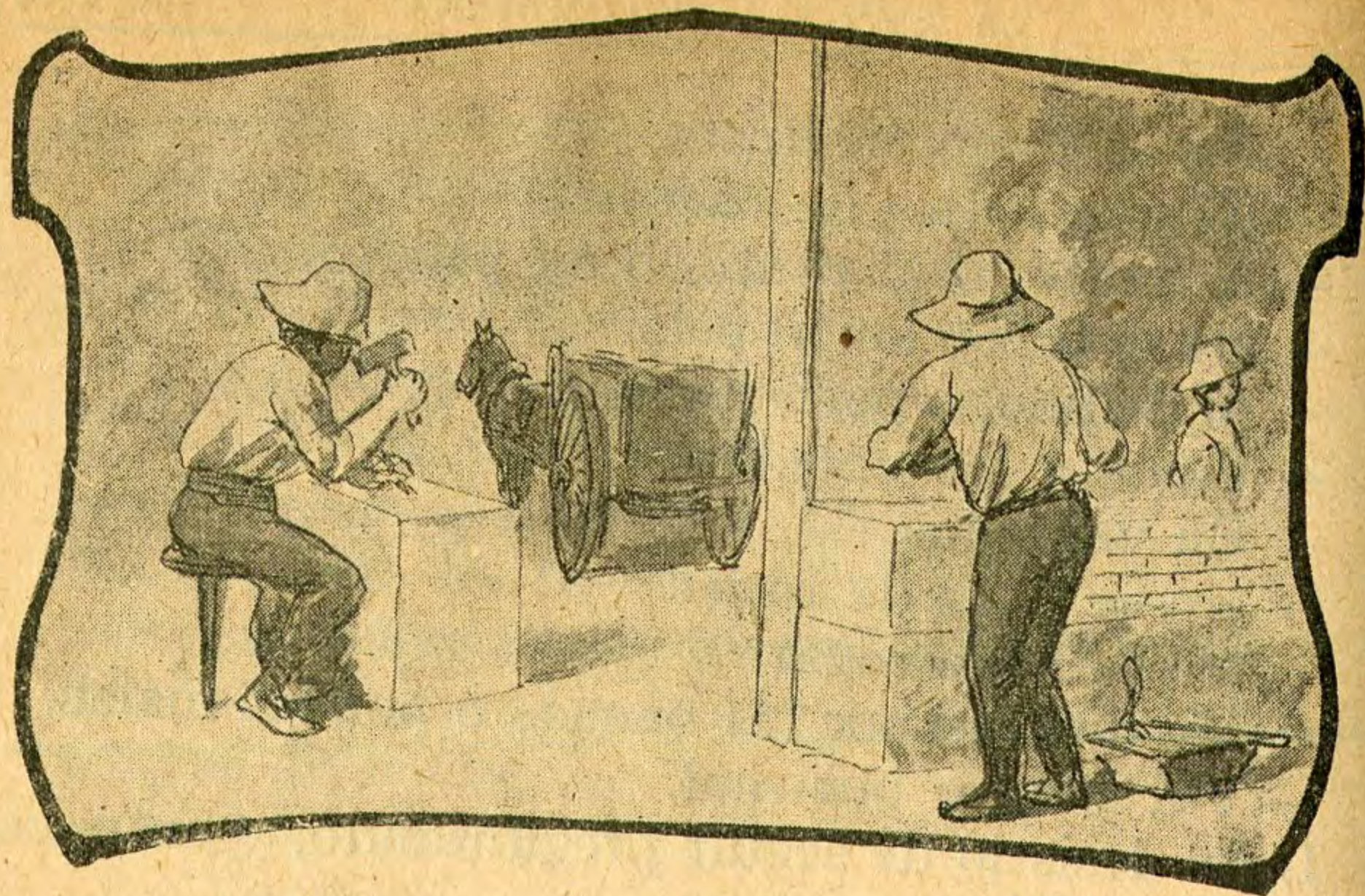
- Aburrimiento.
- Voy a tibiarse el agua.
- Entibiarse.
- Es riquísimo.
- Riquísimo.
- Volveré pasado mañana.
- Pasado mañana.
- ¿Puede decirse ayer noche?
- Sí, señor. Puede decirse ayer mañana o ayer de mañana, ayer tarde o ayer de tarde, ayer noche o ayer de noche.
- Que vacie la botella.
- Vacíe.
- Haceme el favor y decime dónde está Antonio.
- Hazme el favor de decirme, etc.
- Se riyó de lo que dije.
- Se rió. Pero hay que pronunciar esta palabra de modo que la *o* suene en sílaba distinta de *ri*.
- Ayer andamos todo el día a caballo.
- Anduvimos.
- Conducí al ciego hasta su casa.
- Conduje.
- Mi campo produjo poco trigo este año.
- Produjo.
- Este zapato me aprieta.
- Aprieta.
- Tiemple la guitarra.
- Temple.
- No suerba con tanto ruido.
- No sorba.
- Me enfermé porque me trasnoché.
- Enfermé porque trasnoché.
- Allí es que vivo.
- Allí es donde vivo.
- Entonces fué que hablé.
- Entonces fué cuando hablé.
- Así es que me gusta.

- Así es como me gusta.
- Estuve a tiro de caerme.
- A punto, o al canto, o en peligro.
- Me sé la lección al pelo.
- Al dedillo, o perfectamente.
- Viene a las voladas.
- En volandas.
- No se haga de rogar.
- No se haga rogar.
- Me das eso por las buenas o por las malas.
- Por bien o por mal.

León desistió de seguir preguntando, y entonces el maestro dijo:

— Ninguno de los dos ha sido vencido. Es verdad que Enrique tomó un punto a León, pero éste contestó a todo muy bien, por lo cual los declaro a ambos vencedores y miembros de la Legión de la Bandera. Por aquel punto, corresponde a Enrique el primer puesto y a León el segundo.

Todos aplaudieron y los dos competidores se dieron un estrecho abrazo.



## CAPÍTULO XXX

## ALBAÑILERÍA

(Ciencias y artes.)

El maestro ha cumplido su palabra de darnos cada ocho días un paseo instructivo, pero no quiere acompañarse sino de unos ocho o diez niños, para no incomodar mucho en las fábricas y talleres.

Por primera vez me tocó ayer a mí uno de estos paseos. Fuimos a ver los trabajos de varias casas que están edificando en la calle 4.<sup>a</sup>

Antes de salir, nos dijo el maestro:

— Vamos a ver los trabajos de los albañiles y canteros, que son quienes fabrican nuestras habitaciones bajo la dirección de los arquitectos. La diferencia entre albañil y arquitecto consiste en que éste debe conocer los diversos órdenes arquitectónicos y todo lo que la física y las matemáticas enseñan sobre el arte de edificar; mientras que al albañil le basta saber el oficio mecánico, que debe ejecutar bajo las órdenes del arquitecto.

El hombre habitó primero en cuevas, chozas y

tiendas. Aun hoy viven muchos árabes bajo tiendas. Ahora los arquitectos nos construyen habitaciones, procurando que sean cómodas, sólidas, higiénicas y hermosas. Antes de empezar los trabajos levantan el *plano* del edificio que puede construirse en el terreno con que se cuente y según el objeto a que se destine.

Hacen dos planos: el horizontal, o planta, y la sección transversal. En el primero se dibujan todas las partes de que ha de componerse el edificio, representando la disposición de las habitaciones, su anchura y longitud, el grueso de las paredes y la situación de las puertas y ventanas; en el segundo se indica la altura de las habitaciones y aberturas y la vista exterior del edificio, o sea el *alzado* o *frontis*.

La arquitectura varía mucho con los pueblos y las edades. Quedan en Escocia, Francia, España y otros países del viejo mundo restos de edificios antiquísimos, construídos con peñascos sin corte ni pulimento artificiales; se conoce que fueron hechos cuando el hombre carecía de instrumentos para labrar la piedra. Esa arquitectura se llama megalítica, ciclópea, pelásgica y céltica. Y hay arquitectura china, india, griega, romana, árabe, gótica, etc. Se distinguen unas de otras principalmente por la manera de construir el *macizo* de las paredes, las columnas y los arcos.

La arquitectura griega, que también se llama clásica, es quizás la más hermosa, aunque la cristiana la perfeccionó y superó en el estilo llamado gótico. Aquélla tiene cuatro estilos u órdenes: el corintio, en el cual llevan hojas de acanto los capiteles de las columnas; el dórico, que tiene por adorno metopas y triglifos; el jónico, que tiene el capitel adornado por dos grandes volutas; y el compuesto, en el que se combinan los tres anteriores.

En la arquitectura romana se distingue el orden toscano por su sencillez y solidez.

El orden gótico se caracteriza por la ojiva.

Terminada esta lección oral, nos fuimos. Siguiendo al maestro, recorrimos los edificios en construcción, y él nos fué explicando cuanto veíamos, y muchas veces pedía él mismo explicaciones al arquitecto, sobrestantes, maestros y obreros.

Porque el cuerpo de trabajadores está perfectamente organizado. El arquitecto no se asoma allí sino a ratos, para iniciar cada trabajo o para convencerse de que se lo ejecutan según sus instrucciones; pero hay sobrestantes, que son unos hombres encargados de vigilar los diversos grupos de obreros (a fin de que no pierdan tiempo ni incurran en desórdenes de ninguna clase), de recibir, depositar y entregar oportunamente a los obreros los materiales y herramientas y de cuidar de que los trabajos se ejecuten bien y según las órdenes del arquitecto. Cada grupo de obreros es dirigido por un albañil competente, que por eso se llama *maestro*.

En primer lugar, vimos cómo estaban haciendo los cimientos. En una parte habían abierto una zanja como de metro y medio de profundidad, y como allí el suelo era ya muy duro, pusieron una hilera de piedras, tan ancha como el doble de las paredes que se han de levantar encima, y las unieron con mortero o argamasa de cal y arena; encima pusieron otra hilera, y otra, y otra, hasta llegar a unos veinte centímetros sobre el suelo.

Pero vimos otros cimientos hechos de una manera más difícil. El terreno era allí muy blando y cenagoso, por lo cual, aunque profundizaron mucho la zanja, no dieron con suelo firme. Entonces clavaron en el fondo unas largas *estacas* o *pilotes*, dándoles con un *martinete*, que es un mazo enorme movido mecánicamente.

En otra zanja igual constituyeron la *fundación*, o base artificial del cimiento con una mezcla de piedras, cal y ladrillos desmenuzados, que es lo que se llama *hormigón*. Este sistema es mejor que el de pilotes, porque da más solidez al cimiento.

En otra parte, donde ya habían concluido el cimiento, estaban los obreros levantando una pared. Hasta la altura de un metro la hacían de piedra y después de ladrillos; pero puede hacerse toda de ladrillos, adobes o tapias, que es tierra pisada dentro de tapias.

Los canteros o picapedreros estaban a un lado labrando las piedras, traídas de las canteras en formas cuadradas, pero no perfectamente regulares. Con *escuadra*, *regla*, *compás* y *cinzel* las arreglan, según las instrucciones del arquitecto, hasta convertirlas en *sillares*, que es el nombre que se les da cuando ya están listas para ser colocadas en las paredes, por tener la forma y dimensiones requeridas. Con la escuadra comprueban los ángulos rectos; con el compás trazan arcos de círculo y toman medidas; con la regla se cercioran de si las superficies quedan planas, y con el pico, el cinzel y el martillo desbastan las piedras.

Listos los *sillares*, los colocan en hiladas, cuidando con el nivel de que queden bien horizontales y todos a altura igual; y con la plomada, de que las superficies exteriores queden verticales. Al poner una hilada sobre otra, cuidan también de que las juntas verticales de la inferior no coincidan con las de la superior, sino que las cubra un sillar o ladrillo con su parte central.

No van poniendo las diversas piezas unas sobre otras simplemente, sino que en las juntas les dan mortero o mezcla de cal y arena. La cal se hace quemando piedras calizas en grandes hornos, para que se desprenda el ácido carbónico, mediante lo cual se obtiene lo que se llama *cal viva* o

*cáustica*. Si esta cal se rocía con agua, se calienta mucho y despide gran cantidad de vapor, se resquebraja hasta reducirse a polvo, y aumenta de volumen: esta es la *cal apagada*, que es la que se usa en las edificaciones; pero para usarla en ellas se agita en más agua, la cual se pone blanca como leche y sirve para asear las paredes, y en el fondo se deposita una masa. Mezclada esta masa con arena, forma el *mortero o argamasa*, que se endurece al contacto del aire hasta adquirir la consistencia de la piedra, porque esa masa atrae el ácido carbónico de la atmósfera, con lo cual pierde por completo sus propiedades cáusticas y se convierte de nuevo en el duro *carbonato* de cal, o caliza.

Dentro del agua no se endurece la masa; por lo cual en ella no se emplea el mortero, sino la *cal hidráulica*, que es la que se hace de carbonatos de cal que contengan una quinta parte, por lo menos, de arcilla y algo de sílice; o el *cemento*, que se prepara de calcáreas que tengan de 30 a 60 por 100 de arcilla.

Mucho más había que estudiar allí; pero nos retiramos por ser llegada la hora y porque el maestro dice que es mejor observar poco y bien que mucho y mal. Otro día volveremos.



## CAPÍTULO XXXI

### LA INMACULADA CONCEPCIÓN

(*Religión y moral.*)

José, mi hijo querido:

El 8 de diciembre de 1854 es fecha que los católicos recordamos con alborozo. Siempre se había creído que la Virgen Santísima fué preservada por Dios, como escogida para ser su madre en el mundo, del pecado original con que todos somos concebidos; pero aunque ésta era una piadosa creencia general no había sido declarada dogma de fe. Ese día, en la Basílica de San Pedro del Vaticano, en presencia de doscientos obispos e innumera-

bles fieles, Pío IX definió que «es dogma de fe que la Bienaventurada Virgen María, desde el primer instante de su concepción, por privilegio y gracia especiales de Dios, en virtud de los méritos de Jesucristo, Salvador del linaje humano, fué preservada de toda mancha de pecado original».

Como el Pontífice Romano es infalible cuando enseña como Pastor y Doctor de todos los cristianos, que una doctrina es dogma de fe o moral, a nadie es lícito ya poner en duda la inmaculada concepción de Nuestra Señora.

El universo católico se llenó de alegría al saber que era indudable esa verdad en que creía por el amor y ternura que siempre ha inspirado María a todos los cristianos. Las ciudades y pueblos engalanaron con gallardetes y flores las calles, plazas y templos; se encendieron hogueras en los montes y colinas, y por todas partes resonaron cánticos de alegría.

La misma Virgen María, para ratificar la decisión pontificia, se apareció diez y ocho veces a Bernardita Soubirous, niña pobre, angelical y pura, en las rocas de Masabielle, cerca de Lourdes, ciudad de Francia, en 1858, diciéndole, entre otras cosas: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Es, pues, indudable que María es flor purísima del árbol de la humanidad, a quien no alcanzó el hálito ponzoñoso del pecado original. Vino a la vida tan pura como Adán; pero si éste cayó después en el pecado, ella se conservó siempre tan limpia como salió de las manos del Criador. Es la triunfadora; es la realizadora del pensamiento divino; es quien ha honrado a la humanidad mostrándola capaz de la santidad perfecta, y quien ha complacido por completo a Dios entre los hijos de los hombres.

Recibió de Dios la plenitud de la gracia santificante y correspondió a ella de una manera heroica

y sublime. Fué elevada a la maternidad divina, y se mostró la más humilde y agradecida, la más sufrida y piadosa de todas las criaturas. Fué llamada a ser corredentora del género humano, y aceptó el cáliz y lo bebió hasta las heces sin una queja, sin la más leve recriminación. Fué constituída en el Calvario madre de los hombres, y su protección se extiende sobre nosotros aun cuando más olvidados estamos de ella.

Única criatura que, habiendo sido creada en el lodo del mundo, tuvo el mérito de pasar por sobre él conservando incólume su pureza. Resplandece en el cielo sobre ángeles y arcángeles, constituída por Dios en Reina de todo lo creado; y allí, como madre de Jesús y a la vez de las miserables criaturas que somos, es meritísima mediadora e intercesora nuestra.

Amarla, es amar lo más perfecto de la humanidad; pedirle favores, es pedirlos a quien más desea alcanzarlos para nosotros y más méritos tiene para recabarlos de Dios; tener confianza en ella es tenerla en la mejor de las madres, en la más tierna, solícita y poderosa. ¡Olvidarla, es la más triste muestra de ceguera y dureza de corazón!

¡Tú no la olvidarás ni en la prosperidad ni en la desgracia, hijito mío, pues debes saber que ella te ama más que yo misma, porque su amor es más puro, más claro, más alto que el mío, con ser tanto lo que te quiero!

Vamos, pues, a comulgar mañana en honor suyo, a adornar con festones y banderas el frente de nuestra casa y a pedirle que te conserve puro y limpio de todo pecado.

Pídele, sobre todo, que tengas siempre gracia suficiente para que el pecado de la impureza (que nos iguala a los animales y que atrae sobre nosotros, con la muerte del alma, asquerosas lepras, la epilepsia, la locura y la impenitencia) no manche

nunca ni tu imaginación ni tu cuerpecito querido; que te ayude a vencer esa fiebre consumidora de las energías del alma y del cuerpo, ese desfreno del lodo, ese asalto formidable de la bestia sobre el espíritu, de tal manera que la pasión desordenada no venga a turbar el hermoso desarrollo de la vida cristiana, que funda los hogares, y en ellos y por ellos nos lleva hasta Dios.

María es el espejo de la pureza, la madre de la castidad, el ejemplar de la dignidad humana: ¡que ella pueda mirarte siempre complacida!

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO XXXII

AYACUCHO — NARIÑO — BOLÍVAR — GRAN COLOMBIA

(*Historia.*)

En este mes conmemora la patria cuatro grandes acontecimientos: la batalla de Ayacucho, la muerte de Nariño, la de Bolívar y la fundación de la Gran Colombia.

*Junín y Ayacucho.* — Después de libertar a Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, Bolívar llevó sus ejércitos al Perú, que no había podido alcanzar su emancipación, a pesar de los auxilios de Chile y la Argentina.

Llevó 6.000 hombres, entre los cuales iban Sucre, Córdoba y otros esclarecidos jefes colombianos.

Pero fué una campaña larga y llena de sinsabores la que tuvo que sostener para emancipar ese país y el que lleva hoy el nombre de Bolivia, en honor suyo, y que entonces se llamaba Alto Perú.

El general peruano Santa Cruz había dejado que se consumiese un ejército de 7.000 patriotas que tenía a su mando, por no confiarlo a la jefatura de

Sucre. Otro general peruano, Riva Agüero, y el mismo presidente del Perú, Torre Tagle, entraron en tratos con los españoles para fundar una monarquía, por lo cual Bolívar tuvo que desterrar al primero, y el segundo se pasó a la causa de los españoles, hasta morir en el sitio del Callao. En este puerto se sublevaron las fuerzas peruanas, chilenas y argentinas que lo guarnecían. El espíritu público decayó de tal manera, que el Congreso resolvió disolverse y dar a Bolívar la plenitud de los poderes públicos, o sea la dictadura, ya que sólo entre los colombianos quedó encendido el entusiasmo por la libertad.

En medio de tantas amarguras, llegó un día Bolívar a Pativilca, pequeño pueblecito de mar, situado unas treinta leguas al norte de Lima. La travesía de inmensos arenales bajo un sol de fuego le produjo intensa fiebre, que por varios días le tuvo reducido a sus habitaciones. Viéndole enfermo y débil, rodeado de tantas contrariedades, le preguntó don Joaquín Mosquera:

— ¿Qué piensa usted hacer, general?

— ¡Triunfar! — le contestó Bolívar, con tal acento de resolución y confianza, que claramente se veía que era un genio el que hablaba.

En efecto: de repente levanta su ejército de 9.500 hombres, trasmonta la cordillera, se presenta con él en Pasco y, por las orillas del Oroya, avanza en busca del ejército de 14.600 soldados que, al mando de Canterac, se hallaba en Jauja. Éste le sale al encuentro, pero retrocede cuando Bolívar intenta cortarle. El Libertador le persigue entonces precipitadamente con la caballería que comandaba el bravo argentino Necochea: eran 900 jinetes, y como Canterac tenía 1.200, hizo alto en la llanura de Junín, ordenó que la infantería siguiera su retirada a Jauja y, cuando sólo uno de nuestros tres cuerpos de caballería había podido entrar

en la llanura, da un formidable ataque sobre todos ellos. Los dos que aun se hallaban en el camino perdieron su formación y salieron dispersos a la llanura. Por fortuna, un escuadrón consigue situarse a retaguardia del enemigo y atacarle por la espalda. No se oía un disparo, sino el golpe de lanzas y espadas, el piafar de los caballos y los gritos de los combatientes. Miller, Silva, Carvajal, Córdoba, Lara y otros jefes consiguen, mientras tanto, reorganizar sus cuerpos, y un formidable esfuerzo dió pronto la victoria a los patriotas. Era el 6 de agosto de 1824.

Canterac huyó hasta unirse en las orillas del Apurímac con el virrey Laserna, quien tenía un poderoso ejército. Bolívar le siguió hasta Huamanga, hoy Ayacucho, y de allí regresó a Lima, dejando el mando de las fuerzas al inmortal Sucre.

Laserna creyó que podría deshacer estas fuerzas, como poco antes las de Santa Cruz, por medio de marchas, contramarchas y movimientos estratégicos; pero pronto se convenció de que Sucre era muy superior a estas estratagemas, y después de recorrer más de ochenta leguas por páramos desprovistos de toda clase de recursos y en medio de una población hostil a los patriotas, tuvo que aceptar el combate en la llanura de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

Los patriotas estaban reducidos a 6.000, mientras que los realistas eran 9.300. Trabada la batalla, Córdoba vence en el ala derecha, pero Lamar es arrollado en la izquierda y Miller resiste en el centro, con espantoso estrago, a la caballería realista. Reforzado Lamar, el combate continúa indeciso por largas horas, en las cuales la sangre corre a torrentes. Para decidirlo, Sucre dice a Córdoba:

— Tome usted, general, aquella altura desde donde dirige el combate el virrey Laserna, y seremos vencedores.

Córdoba da las órdenes del caso y agrega esta voz, que enloquece de entusiasmo a sus soldados:

— ¡Soldados! ¡Armas a discreción! ¡Paso de vencedores!

Vuelan todos a la altura, atropellando al enemigo, que intenta en vano cerrarles el paso. Lara ayuda con la reserva; Lamar se apodera de los cañones con que tanto estrago habían hecho los realistas, y, aunque los jefes y soldados españoles procuran todos morir en el campo antes que ser vencidos, al fin, el empuje de Córdoba lleva a los suyos a la cumbre, y el virrey, con gran número de jefes, tuvieron que entregarse prisioneros.

Esta batalla, que mereció a Sucre el título de Gran Mariscal de Ayacucho, fué la última de la guerra magna y selló la libertad de toda la América.

*Nariño.* — Un año antes de esa batalla, el 13 de diciembre de 1823, murió en la Villa de Leiva el ilustre general Antonio Nariño, llamado con justicia el Precursor de la Independencia.

En 1794 publicó en Bogotá los *Derechos del Hombre*, por lo cual fué severamente castigado por el Gobierno español.

En seguida buscó el apoyo de Inglaterra para emancipar este país, pero fueron vanos sus esfuerzos. Reducido a estrecha prisión en Cartagena le encontró el movimiento del 20 de julio de 1810; y de allí pasó a la presidencia de Cundinamarca.

En 1813 salió de Bogotá a combatir los ejércitos realistas de Popayán y Pasto; los venció en el Alto Palacé, Calibío, Cebollas, Tacines; pero avanzó casi solo hasta los ejidos de Pasto, y cuando regresó por su ejército para hacer frente al enemigo, encontró que había retrocedido, sin que se sepa por qué, y él cayó prisionero. Llevado a Pas-

to, los realistas pedían a voces su muerte al frente de la casa en que Aymerich le tenía. Entonces Nariño se presentó en el balcón, y dijo:

— ¡Yo soy Nariño!

La multitud, respetando ese acto de valor, guardó silencio, desistió de su reclamo y se dispersó lentamente.

Dos años estuvo preso en Pasto, Quito y Lima; después fué llevado a Cádiz por el Cabo de Hornos, cargado de cadenas y con grillos; y allí permaneció sepultado en una prisión hasta 1820, en que pudo regresar a la patria.

Su causa había triunfado, y el Libertador le nombró vicepresidente de Colombia para honrar los padecimientos y méritos del héroe. Pasó después al Congreso, donde hubo gentes que se atrevieron a irrogarle un cargo injusto. En su defensa relató los servicios que había prestado a la patria, y agregó:

— ¿En dónde estaban entonces esos hombres que hoy me calumnian? ¿Qué era de ellos cuando yo perdía hacienda, salud y libertad para dar prosperidad e independencia a la patria?

El Senado le absolvió, como era justo. Pero el dolor de esa ingratitud y los quebrantos sufridos en sus largas prisiones, le llevaron pronto al sepulcro. Retiróse a la Villa de Leiva, y allí murió cristianamente el 13 de diciembre de 1823.

Cuando observó que el pulso no latía, dijo:

— ¡He muerto ya! Ustedes hablan con un cadáver.

Hizo que se le cantasen los salmos penitenciales; y cuando su confesor le dijo, para animarle, que no tuviese cuidado, contestó dulcemente:

— ¡Jamás lo he tenido!

Al morir contaba cincuenta y ocho años.

*La Gran Colombia.* — El 17 de diciembre de

1819 el Congreso, reunido en Angostura (hoy Ciudad Bolívar) con diputados de Venezuela y las provincias granadinas de los Llanos, después de oír de labios de Bolívar cómo había sido conquistada la libertad de Nueva Granada con la batalla de Boyacá, expidió la ley fundamental de Colombia. Por ella se declararon reunidas en una sola república Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, con el nombre de *Colombia*, que pronto fué glorioso entre las naciones.

Bolívar fué nombrado presidente, y el granadino don Francisco Antonio Zea, vicepresidente. Este gran estadista, que presidía el Congreso, se puso de pie al sancionarse la ley fundamental y exclamó en alta voz:

— La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!

Fué un gran día, que nunca olvidaremos los hijos de estos tres pueblos.

Desgraciadamente, las rivalidades, las ambiciones y las diferencias políticas destruyeron esa obra grandiosa once años después. Las tres Repúblicas se constituyeron separadamente, de 1830 a 1831, pero sin que se haya extinguido en ninguna de ellas el deseo de volver a formar una sola nación, fuerte y poderosa. ¡Gloria a la generación que lo gre realizarlo!

*Muerte de Bolívar.* — Once años, día tras día, después de la proclamación de Colombia, el 17 de diciembre de 1830, a la una de la tarde, murió cerca de Santamarta, en la quinta de San Pedro Alejandrino, el Libertador de esta gran nación y del Perú y Bolivia.

Lleno de amargura por las disensiones civiles que desgarraban el suelo de la patria, por la división de Colombia en las tres Repúblicas de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, por la in-

gratitud con que era tratado (pues Venezuela le desterraba de su territorio y en Nueva Granada tenía apasionados enemigos) y perdida la esperanza de consolidar su obra, partía para el Exterior.

¡Iba enfermo, triste y pobre! El Libertador de un mundo no oía en torno suyo sino voces de censura. Por fortuna para él, como dice el historiador Cantú, sólo sus intenciones pudieron ser calumniadas, pues lo que decían sus obras era que no había tenido en su corazón sino el amor a la libertad y a la patria. Su testamento concluye con estas hermosas palabras: «Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos políticos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

Amemos y respetemos la memoria de Bolívar, Padre, Libertador y Fundador de la patria. Odió la servidumbre como el libertinaje. Para acabar con la primera luchó contra España hasta triunfar. Para hacer frente al segundo necesitó luchar contra sus mismos conciudadanos al término de su vida, cuando el cansancio, los desengaños y las enfermedades habían consumido gran parte de sus gigantescas energías. Sin embargo, no vaciló en hacer a la patria el sacrificio de comprometer su título de Libertador aceptando el de Dictador, por ver si podía contenerla en la vía del desorden y las guerras civiles a que la arrojaban los partidos. Pero todo fué inútil, y entonces apeló al último sacrificio que podía hacer: el de salir de la patria que había creado. No quiso Dios que esto sucediese, y la muerte le dió el descanso que la ingratitud le negaba.

Murió de cuarenta y siete años, cuatro meses y veintitrés días, pues había nacido en Caracas el 24 de julio de 1783.



## CAPÍTULO XXXIII

## FORMACIÓN DE LOS SUELOS

(Agricultura.)

En compañía de Gabriel, León, Tomasito y Paco Gil tengo una era del jardín y un rincón de la huerta, que el maestro nos ha dado para que los cultivemos, y todos los días les hago algún cariño. Pero son las mañanas de los martes y sábados las que el maestro nos permite dedicar enteramente a su cuidado, después de una hora de enseñanza oral de agricultura.

Nos ha dicho que al principio no había en nuestro globo tierra suelta, sino rocas; pero que éstas se han ido desmoronando lentamente por la presión de las grandes masas de hielo, la acción corrosiva del ácido carbónico de la atmósfera, los cambios de temperatura (pues con el calor se dilatan las rocas y con el frío se contraen, lo que produce grietas y disgregaciones), las raíces de las plantas, que penetran en las grietas y con sus ácidos desprenden partículas arenosas, los vientos, los ríos, el mar y todo lo que es causa de movimiento.

De aquí resulta que todos los suelos, sin excepción, se han formado por el desgaste de las rocas. Primero se forman arenas, que son de distintas clases, según la naturaleza de las rocas de que proceden. En ellas nacen luego las plantas que pueden vivir de esas arenas, y al morir les devuelven lo que de ellas tomaron, aumentado con otros elementos que sacaron de la atmósfera, y esto es lo que se llama *humus* o tierra vegetal.

De aquí resulta que hay en los suelos dos capas muy distintas: la más honda, llamada *subsuelo*, de color claro y consistencia dura; y el suelo superficial o tierra vegetal, floja y de color más obscuro, debido a las hojas y raíces en descomposición.

Pero esta capa no es buena para el cultivo si sólo contiene humus. La buena tierra se compone de cuatro elementos: humus, arena, arcilla y cal. El humus tiene muchas substancias necesarias para las plantas; la arena contiene otras, según su naturaleza (pues hay arenas calcáreas, micáceas y cuarzosas o silíceas), y, además, sirve para aflojar los terrenos y facilitar la entrada del agua, el aire y las raíces; la greda o arcilla da también ciertos alimentos a las plantas, templando el calor de la arena y detiene en el suelo la humedad necesaria; y la cal es de absoluta necesidad para todas las plantas.

Una cosa que me ha llamado mucho la atención es que más de las nueve décimas partes del cuerpo de la planta se forman de elementos que ella toma de la atmósfera, y sólo una décima parte a lo sumo procede del suelo.

Para probarnos esto, el maestro tomó una planta y la pesó sin quitarle hojas, frutos ni ramas. Pesó veinte libras. En seguida la quemó, recogió las cenizas, las pesó y sólo obtuvo libra y media, o sea 7 por 100 de lo que pesaba la planta. Nos dijo que algunas daban más y otras menos cenizas, pero que ninguna pasa de 11 por 100; que lo que falta

desaparece en forma de gas o vapor en la atmósfera, bajo la acción del fuego, y había sido tomado de ella; y que las cenizas son lo que la planta tomó del suelo.

Nos ofreció enseñarnos a analizar las cenizas; y dice que esto es muy útil, porque en ellas quedan los elementos que contiene la tierra en que creció la planta. De modo que, si al analizar las cenizas no se encuentra cal, por ejemplo, es señal de que en esa tierra no debe empeñarse el agricultor en cultivar trigo ni ninguna de las plantas que requieren mucha cal, sin proporcionarle primero esta substancia en la cantidad necesaria.

Pero sí sabemos ya hacer el análisis físico de los suelos, que sirve para averiguar qué cantidades de humus, arena, arcilla y cal contiene una tierra. Con mis compañeros analicé la que se nos ha dado en el jardín y la huerta. Es muy sencillo. Echamos dos libras de tierra en un poco de agua, como la que cabe en una botella grande, y la pusimos al fuego. Cuando hirvió el agua, la bajamos, la dejamos enfriar, y luego vaciamos todo en una jarra de cristal. Introdujimos en el líquido un pedacito de papel tornasol azul, que se puso rojo; lo que nos hizo ver que el suelo contiene humus muy ácido por falta de la cal, que es lo que neutraliza la acidez.

Pasamos entonces a averiguar la cantidad de arena que contiene la tierra; y para ello echamos más agua limpia, removimos el contenido y lo vaciamos en otra jarra, cuidando de que no saliese nada de la arena, la cual se había depositado en el fondo por su mayor peso. En seguida la lavamos varias veces con agua limpia hasta que no se enturbiaba. Pusimos a secar la arena, y cuando estuvo seca la pesamos, y resultó que pesaba trece onzas; lo que nos hizo ver que nuestra tierra tiene 40 por 100 de arena.

En la otra jarra quedaba junto el humus, la cal y la greda. Para separarlos y medirlos, dejamos que se asentasen hasta que el agua se vió clara. Entonces vaciamos el agua, hicimos una masa del sedimento y la pusimos a secar. Luego la pesamos y resultaron diez y nueve onzas. La sometimos por una hora más, en una olleta, al fuego. Con el calor se destruyó la substancia orgánica, el humus; y, volviendo a pesar la que quedaba, resultaron diez y siete y media onzas de arcilla y cal: la onza y media perdidas eran, pues, de humus.

De aquí resulta que nuestra tierra contiene, poco más o menos, 40 por 100 de arena, 55 por 100 de arcilla y cal, y  $\frac{1}{2}$  por 100 de humus. Más difícil es averiguar la cantidad de cal que quedó mezclada con la arcilla y la arena.

Como la buena tierra vegetal es la que tiene 50 por 100 de arena, 30 por 100 de arcilla, otro tanto de cal y a lo sumo 10 por 100 de humus, abonamos la nuestra con arena y con majada o estiércol, paja, heno y bagazos que hicimos recoger en las caballerizas, pocilgas y gallineros; con todo lo cual ha mejorado tanto, que nuestras plantas se están desarrollando admirablemente. Quizá haya contribuído también un poco de cal que le pusimos sin saber si la necesita o no: en ningún caso le había de hacer daño.



## CAPÍTULO XXXIV

## POESÍA LÍRICA

La poesía lírica es aquella que expresa las ideas y emociones que un asunto inspira al poeta. Según su estructura y tema, se llama *oda*, *elegía*, *canción*, *letrilla*, *balada*, *epigrama*, *madrigal*, etc.

El maestro nos ha hecho aprender los siguientes ejemplos de poesía lírica y nos enseña a recitarlos:

## ODA MORAL

## EL POBRE

¡El pobre! Al pobre menosprecia el mundo;  
El pobre vive mendigando el pan;  
Falsa piedad o ceño furibundo,  
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre;  
El poder le deniega su esplendor;  
La noche, el sueño; su amistad, el hombre;  
La mujer, el amor.

¡Oh verdes bosques! ¡Círculo del polo!  
¡Montes! ¡Desiertos donde el rico va!  
¡Mar insondable, eterno, inmenso y solo!...  
¡El pobre no os verá!

¡Ah! En los ojos del pobre brota el lloro  
Y no entenece un solo corazón;  
Que las lágrimas sólo en copa de oro  
Merecen compasión.

¡Vedle! Su pie la tierra triste pisa;  
Todo en él nos revela el padecer:  
Ojos sin luz, y labios sin sonrisa,  
Y vida sin placer.

Empero el pobre tiene una esperanza  
Que vale más que el mundo y mundos dos;  
Inmenso bien que el oro vil no alcanza:  
¡El pobre tiene a Dios!

J. E. CARO

## ODA HEROICA

## EL HIMNO DEL LATINO

¡Ampare la diestra divina  
De pueblos hermanos la unión!  
¡Mi gente es la raza latina,  
Su nombre mi rico blasón!  
Mi estirpe no es árida rama;  
Es árbol de copa gentil.  
Fecundas semillas derrama.  
¡Florezca mil años y mil!  
Mi patria no es breve comarca,  
Objeto de culto y amor:  
Mi patria dos mundos abarca  
Y siglos de inmenso esplendor.  
Es Roma mi madre adorada,  
La historia, cual regio ataúd,  
Encierra su cetro y espada,  
Mas viven su gloria y virtud.  
Doquiera yo escuche un idioma,  
Cantiga o fugaz yaraví,  
Que acentos repita de Roma,  
Mi patria, mi hogar está allí.

¡Oh gayos fablares latinos!  
 ¡Oh trovas de son celestial!  
 ¡Oh! y cómo sus altos destinos  
 Revelan al alma inmortal!

Los oigo, y mi rostro se inflama  
 En fuego de orgullo y placer,  
 Y ya por mi Dios y mi dama  
 Me lanzo a lidiar y vencer.

Vosotras, ciudades romanas,  
 Renuevos de la alma ciudad,  
 ¡Oh Galia! ¡oh Hesperias hermanas,  
 La santa cadena estrechad!

Y alcance a las cumbres andinas  
 El lazo fraterno también,  
 Pues brotan ciudades latinas  
 En este vivífico Edén.

¡Honor a la raza sublime  
 Que lleva a otros mundos la luz  
 Y pueblos sin cuento redime  
 Doquiera plantando la cruz!

¡Fatiguen la voz del poeta  
 Tus glorias, oh Roma sin par!  
 ¡Despierte en tu seno un profeta  
 Tu excelsa misión a cantar!

M. A. CARO

## ELEGÍA

### A LAS RUINAS DE ITÁLICA

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora,  
 Campos de soledad, mustio collado,  
 Fueron un tiempo Itálica famosa.  
 Aquí de Escipión la vencedora  
 Colonia fué; por tierra derribado  
 Yace el temido honor de la espantosa  
 Muralla, y lastimosa  
 Reliquia es solamente

De su invencible gente.  
 Sólo quedan memorias funerales  
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo.  
 Este llano fué plaza, allí fué templo;  
 ¡De todo apenas quedan las señales!  
 Del gimnasio y las termas regaladas  
 Leves vuelan cenizas desdichadas;  
 Las torres que desprecio al aire fueron  
 A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro  
 Impío honor de los dioses, cuya afrenta  
 Publica el amarillo jaramago,  
 Ya reducido a trágico teatro,  
 ¡Oh fábula del tiempo! representa  
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.  
 ¿Cómo en el cerco vago  
 De su desierta arena  
 El gran pueblo no suena?  
 ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
 Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
 Todo desapareció: cambió la suerte  
 Voces alegres en silencio mudo;  
 Mas aun el tiempo da en estos despojos  
 Espectáculos tristes a los ojos,  
 Y miran tan confusos lo presente,  
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
 Gran padre de la patria, honor de España,  
 Pío, felice, triunfador Trajano,  
 Ante quien muda se postró la tierra  
 Que ve del sol la cuna y la que baña  
 El mar, también vencido, gaditano.

Aquí de Elio Adriano,  
 De Teodosio divino,  
 De Silio peregrino,  
 Rodaron de marfil y oro las cunas.  
 Aquí, ya de laurel, ya de jazmines,  
 Coronados los vieron los jardines

Que ahora son zarzales y lagunas.  
 La casa para el César fabricada  
 ¡Ay! yace de lagartos vil morada...  
 Casas, jardines, Césares murieron  
 Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
 La vista en luengas calles destruidas.  
 Mira mármoles y arcos destrozados.  
 Mira estatuas soberbias, que violenta  
 Némesis derribó, yacer tendidas,  
 Y ya en alto silencio sepultados  
     Sus dueños celebrados.  
     Así a Troya figuro,  
     Así a su antiguo muro,  
 Y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,  
 ¡Oh patria de los dioses y los reyes!  
 Y a ti, a quien no valieron justas leyes,  
 Fábrica de Minerva, sabia Atenas,  
 Emulación ayer de las edades,  
 Hoy cenizas, hoy vastas soledades:  
 Que no os respetó el hado, no la muerte  
 ¡Ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.  
 ¿Mas para qué la mente se derrama  
 En buscar al dolor nuevo argumento?  
 Basta ejemplo menor: basta el presente;  
 Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,  
 Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.

Tal genio o religión fuerza la mente  
     De la vecina gente,  
     Que refiere admirada  
     Que en la noche callada  
 Una voz triste se oye que llorando,  
 ¡Cayó *Itálica!* dice, y lastimosa  
 Eco reclama ¡*Itálica!* en la hojosa  
 Selva que se le opone, resonando  
 ¡*Itálica!*; y al claro nombre oído

De *Itálica*, renuevan el gemido  
 Mil sombras nobles de su gran ruina.  
 ¡Tanto aun la plebe a sentimiento inclina!...

RODRIGO CARO

## ELEGÍA

A LA MUERTE DE NAPOLEÓN

(Traducido de Manzoni)

¡Murió! Cual sin el ánimo  
 Grande que le ha regido,  
 Su cuerpo inmóvil quédase,  
 Dado el postrer latido,  
 Así la tierra atónita  
 Con la noticia está;  
     Piensa en las horas últimas  
 Del adalid, y calla,  
 Dudando que en el hórrido  
 Polvo de la batalla  
 Otro varón tan inclito  
 La huella estampe ya.

Enmudecí yo viéndole  
 En trono refulgente:  
 Cayó, se alzó y postráronle  
 Luego, alternadamente,  
 Y al clamoroso estrépito  
 Nunca me quise unir.  
     Virgen de panegírico  
 Y ultraje vergonzoso,  
 Mi voz, hoy que tan súbito  
 Se oculta el astro hermoso,  
 Rompe; y quizá mi cántico  
 Eterno ha de vivir.

Del Alpe a las pirámides  
 Del Tajo al Rin, primero  
 El rayo que el relámpago  
 Lanzaba aquel guerrero,  
 Terror de Scila y Tanais,  
 Y de uno y otro mar.

Si esto fué gloria dígallo  
 Futura edad: la nuestra  
 Humíllese al Altísimo,  
 Porque tan larga muestra  
 De su creador espíritu  
 Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo  
 Que un gran designio cría;  
 Los indomables ímpetus  
 De quien reinar ansía  
 Y obtiene lo que fuérale  
 Vedado imaginar;

Todo lo tuvo; obstáculos  
 Grandes y grande gloria,  
 Y proscripción y alcázares,  
 La fuga y la victoria;  
 Se vió dos veces ídolo,  
 Y dos rodó su altar.

Guerra de muerte hacíanse  
 Dos siglos cuando vino:  
 Se le rindieron dóciles  
 Como a poder divino;  
 Silencio impuso, y árbitro  
 Sentóse entre los dos.

Y de honda envidia y lástima  
 Objeto en su caída,  
 De ocio en angosto límite  
 Se consumió su vida,  
 Odio y amor llevándose  
 Desenfrenado en pos.

Envuelve y hunde al náufrago,  
 Ola que alzándole antes,  
 Dejaba que en el piélagos  
 Con ojos anhelantes  
 Buscara en vano el mísero  
 Tierra distante de él.

Tal su memoria al héroe  
 Le hundía en un abismo;  
 Mil veces ¡ay! propúsose  
 Trazar su historia él mismo,  
 Y mil su mano lánguida  
 Cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico  
 Fin de enojoso día,  
 Bajas las ígneas órbitas,  
 Al pecho recogía  
 Los brazos, recordándose  
 Su prístino poder,

Y al par las tiendas bélicas  
 Y valles resonantes,  
 Los brutos ligerísimos  
 Y aceros centellantes,  
 Y aquel mandar despótico  
 Y el pronto obedecer.

¡Ay! a tamaña pérdida,  
 Quizá de aliento falto  
 Desesperó. Mas próspera  
 Mano acudió de lo alto  
 Y a respirar vivíficas  
 Auras se le llevó;

Donde entre flores, tránsito  
 Da fácil la esperanza  
 Al campo en que magnífico  
 Premio el mortal alcanza,  
 Y noche muda tórnase  
 La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica  
 Fe por doquier triunfante,  
 De un nuevo lauro alégrate:  
 Cerviz más arrogante  
 Al deshonor del Gólgota  
 Jamás se doblegó.

Aleja tú del féretro  
 La detracción sañuda:  
 Dios, que alza y postra rígido,  
 Y aflige y presta ayuda,  
 Veló ese lecho fúnebre,  
 Y el alma recibió.

HARTZENBUSCH

### ODA MORAL

#### LA VIDA DESCANSADA

¡Qué descansada vida  
 La del que huye el mundanal ruido,  
 Y sigue la escondida  
 Senda por donde han ido  
 Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho  
 De los soberbios grandes el estado,  
 Ni del dorado techo  
 Se admira, fabricado  
 Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama  
 Canta con voz su nombre, pregonera;  
 Ni cura si encarama  
 La lengua lisonjera  
 Lo que condena la verdad sincera.

¡Qué presta a mi contento  
 Si soy del vano dedo señalado,

Si en busca de este viento  
 Ando desalentado,  
 Con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh río!  
 ¡Oh secreto seguro deleitoso!  
 Roto casi el navío,  
 A vuestro almo reposo  
 Huyo, de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño  
 Un día puro, alegre, libre quiero;  
 No quiero ver el ceño  
 Vanamente severo  
 De a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértente las aves  
 Con su cantar sabroso, no aprendido;  
 No los cuidados graves  
 De que es siempre seguido  
 El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo;  
 Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
 A solas, sin testigo,  
 Libre de amor, de celo,  
 De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera  
 Por mi mano plantado tengo un huerto,  
 Que con la primavera,  
 De bella flor cubierto,  
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
 De ver acrecentada su hermosura,  
 Desde la cumbre airosa  
 Una fontana pura  
 Hasta llegar, corriendo se apresura.  
 Y luego, sosegada,  
 El paso entre los árboles torciendo,

El suelo de pasada  
De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil olores al sentido.  
Los árboles menea  
Con un manso ruido,  
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
Los que de un falso leño se confían,  
No es mío ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
Cruje, y en ciega noche el claro día  
Se torna; al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla  
Mesa de amable paz, bien abastada  
Me basta; y la vajilla  
De fino oro labrada  
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
Mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando,  
Tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al son dulce, acordado,  
Del plectro sabiamente manejado.

FRAY LUIS DE LEÓN

## BALADA

### ABANDONADOS

En manto de tinieblas la tierra se envolvía;  
Sopló de agreste páramo un hálito glacial,  
Y allá, donde se junta la noche con el día,  
Desconocidas manos en la región vacía  
Prendieron las antorchas del mundo sideral.

En esas horas místicas en que su rojo fuego  
Apaga entre las sombras la luz crepuscular,  
En que la lucha cesa de la jornada, y luego  
Los seres se retiran en busca de sosiego,  
Las aves a su nido, los hombres a su hogar...

Yo miro con mirada desconsolada y honda  
Un grupo de niñitos que van, al parecer,  
En busca de algún sitio que su miseria esconda,  
Do no rueden carruajes, do no llegue la ronda  
Ni estorben al que pasa por el angosto andén.

Son tres desheredados, vencidos de la vida,  
Que, hambrientos y haraposos, entre la sombra van  
Y llegan a una calle angosta y escondida,  
Do puedan, cual la fiera que duerme en su guarida,  
Entre su lecho de hojas dormir bajo el alar.

Se internan donde el foco no dé sus luces rojas;  
Y luego de rodillas, con argentina voz,  
Desde su red de harapos, desde su lecho de hojas,  
Desde sus desnudeces, y su hambre y sus congojas,  
Aquellos infelices alzaron su oración.

Plegarias que inconsciente su labio balbucía,  
Las mismas que su madre les enseñó a rezar  
En la buhardilla obscura, desmantelada y fría:  
¡La madre que a sus niños recuerda en la agonía  
Que empieza en esa hora quizá en el hospital!

¡Misericordia piden y gracias dan al cielo!  
Después, piadoso el sueño sus párpados veló.  
No sé si la plegaria subió tendiendo el vuelo,  
Mas de una espesa nube la luna rasgó el velo,  
Y un rayo de la altura su frente acarició.

Y yo me fuí a mi lecho, mullido y abrigado,  
Con paso melancólico, pensando con dolor  
En aliviar la suerte de tanto desgraciado;  
Mas sólo puedo darles, en lágrimas bañado,  
Un eco de mi vida y un hálito de amor.

¡Vosotros, rubios ángeles que en la dorada cuna  
Dormís, al tibio arrullo del beso maternal!  
Rogad por esos niños, sin dicha ni fortuna,  
Que el ambarino beso de un rayo de la luna  
Tan sólo en la alta noche los viene a acariciar.

DIEGO URIBE

### EPIGRAMA

#### A LA ABEJA

A la abeja semejante,  
Para que cause placer  
El epigrama ha de ser  
Pequeño, dulce y punzante.

### REFLEXIÓN MORAL

La calavera de un burro  
Miraba el doctor Pandolfo,  
Y enternecido exclamaba:  
—¡Válgame Dios, lo que somos!

N. MORATÍN

### SABER SIN ESTUDIAR

Admiróse un portugués  
De ver que, en su tierna infancia,  
Todos los niños en Francia  
Supieran hablar francés:

— Arte diabólica es,  
Dijo, torciendo el mostacho;  
Que para hablar en gabacho  
Un fidalgo en Portugal  
Llega a viejo y lo habla mal,  
Y aquí lo parla un muchacho.

N. MORATÍN

### MADRIGAL

#### EL TELÉFONO

Humilla su arrogancia  
Y fascina tus débiles sentidos  
Esta invención, que hollando la distancia  
Transmite la palabra, el lloro, el canto  
Y todos los sonidos.

—¡Pues no te admires tanto!  
Que nada nuevo la invención encierra:  
Siempre que un padre con amante anhelo  
Besa a su niño huérfano en la tierra,  
Oye el beso la madre desde el cielo.

JUAN J. HERRERA

### OJOS CLAROS

Ojos claros, serenos:  
Si de dulce mirar sois alabados,  
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?  
Si cuanto más piadosos  
Más bellos parecéis a quien os mira,  
¿Por qué a mí sólo me miráis con ira?...  
Ojos claros, serenos,  
Ya que así me miráis, miradme al menos.



## CAPÍTULO XXXV

## EL DOLOR Y LA ALEGRÍA

(Religión y moral.)

Amado José:

Hoy celebramos la Nochebuena, la noche en que nació Jesús, la noche que brilla en la historia de la humanidad como un día esplendente; por lo cual quiero dejar en tu librito un recuerdo que te sirva para conmemorar siempre con espíritu cristiano la Natividad de Nuestro Señor.

Pocas fiestas dan materia para consideraciones tan dulces y consoladoras como la Natividad. A la medianoche del 24 de diciembre, al expirar esa

fecha y empezar la del 25, nació el Niño Dios en un portal de Belén, en el rigor del invierno de la zona templada, del que tú no tienes idea porque aquí vivimos en un clima siempre igual y siempre tolerable, aun para los más pobres, como lo era el divino recién nacido.

Allá se congelan los ríos en esta época, y a veces puede hasta pasarse sobre ellos a caballo; casas, montes y llanos se cubren de nieve, de tal modo que parece como si se hubiese echado una sábana blanca sobre el mundo; y el frío es tan intenso, que están expuestos a morir quienes no han podido ahorrar lo necesario para procurarse techo, fuego y vestidos durante esos tres meses...

¡Qué habían de tener todo esto san José y la Virgen, si acababan de llegar a Belén desde Nazaret, donde vivían del trabajo del primero como carpintero, que no les permitía acopiar riquezas!

Venían porque el emperador romano que dominaba en Judea había dispuesto que todos los judíos fuesen a empadronarse en las ciudades a que perteneciesen sus respectivas familias. Y como eran descendientes de David, tuvieron que ir a Belén, que era la ciudad de esa ilustre familia.

Cuando llegaron, estaba la ciudad colmada de gente, por lo cual no encontraron alojamiento en ninguna parte. Para pasar la noche se refugiaron en un pesebre, y allí nació el Niño Dios.

Y ¿sabes bien a qué venía al mundo? No estará por demás que te lo repita. Venía a dos cosas: a enseñar y a redimir. Venía a enseñarnos la verdad religiosa, alma y vida de todas las verdades, de tal manera que cualquier pensamiento que se profundice va a dar en ella, y si con ella no armoniza no es verdadero, aunque lo parezca. Es, pues, el Maestro Incomparable, el Maestro Supremo, el Maestro Infalible. Y venía también a redimirnos, sufriendo por nosotros la pena eterna que debíamos

por nuestro pecados y que sólo ÉL, por ser Dios, podía expiar suficiente y abundantemente, y uniéndose a nosotros íntimamente para que en ÉL y con ÉL entrásemos al cielo: actos de un amor infinito, alma y vida de todos los amores, de tal manera que el que con él no armoniza, no es amor aunque lo parezca. Es, pues, el Amor Inagotable, el Amor Altísimo, el Amor Verdadero.

Enseñó con la palabra y con el ejemplo. Y todos sus actos eran ejemplo, lección y redención. Para redimirnos necesitaba sufrir; con sufrir nos mostraba el camino de salud; con mostrarnos este camino llevaba la luz de la verdad a nuestro entendimiento.

Antes que los pastores de los contornos, le visitó el Dolor, pues nació en la mayor pobreza, en el mayor desamparo y en el rigor del invierno: ¡ÉL venía en busca de los dolientes! Antes que los Reyes Magos, le visitó la Humildad en la persona de los pastores de Belén: ¡ÉL venía en busca de los humildes! Antes que los honrados y sabios de la tierra, fueron discípulos suyos Magdalena y Mateo: ¡ÉL venía en busca de los pecadores!

Reclinado en esas pajas parece estar llamando a los pecadores con estas palabras: «¡Venid a aprender de Mí la lección salvadora de la humildad y el dolor. Sed humildes como lo soy yo al tomar vuestra naturaleza y nacer como el último de los hombres, y acercaos a Mí con la sencillez de estos pastorcillos que me adoran. Sed sufridos, como lo soy yo al aceptar las mayores penalidades de vuestra vida, y venid a Mí, bajo el sol y la lluvia, como estos Magos que me vienen buscando! Sabed que sólo por el camino del dolor, humildemente aceptado, podréis llegar a la felicidad. Necesitáis elevaros hasta Mí: yo bajaré a levantaros sobre mis alas cuando no me lo impidáis con la niebla del orgullo».

Adora, hijo mío, a ese Niño, que es el humilde Señor de los señores. Dile que sabes corresponder al amor tan grande con que te ama, y que estás dispuesto a sufrir humildemente las penas que te depare en la vida.

¡Ah!... Bien le pidiera yo que me diese a mí solo todas las que te reserve el porvenir como necesarias para tu salvación. Así como ÉL sufrió por ti la parte de tus penas que necesitaban una víctima de mérito infinito, yo, tu padre, en competencia con tu santa madre, le imitaría en amarte pidiendo para mí las demás, si no supiese que cada cual debe ayudar a llevar la cruz, si quiere tener parte en el reino de los cielos.

Pero me consuelo pensando que al verdadero cristiano (y espero que lo seas) no le hacen tan honda mella las penas de la vida como al que no lo es; que la pobreza, las enfermedades, las injurias, las humillaciones no quemán su cerebro ni llevan su alma a los abismos de la desesperación, porque el cristiano sabe que esos males son relativos y pasajeros, medios de salud, pruebas de amor; y en vez de la obscura noche de la angustia y la desesperanza, despierta en su horizonte el alba de una alegría santa, preludio de la felicidad.

¡La alegría es el sol de la vida! Sin alegría no cantan los pajarillos, ni murmuran las fuentes, ni los campos se visten de flores. Sin alegría se va secando el alma del hombre, hasta convertirse en algo como una roca, en que no se reflejan los cielos ni crecen las plantas perfumadoras de la vida. Para que el hombre pase por el mundo como una nota del concierto universal, es necesario que esté encendido en el fuego de la alegría, que nace de una posesión o de una esperanza inmutables.

Por otra parte, el dolor es para todos los hombres: buenos y malos, pobres y ricos, ignorantes

y sabios; es como una atmósfera en que todos estamos sumidos, y nadie puede evitarlo.

Pero para que haya vida, y vida fecunda, es preciso que el dolor, lejos de consumirnos, sea inferior a la alegría fundamental del alma humana, de tal modo que ésta pueda penetrarlo y dominarlo dándole su ser. ¡Ay de quien no tenga en sí una causa de alegría superior al dolor! La anulación y la muerte serán el término de su inútil vida. Además, cada cual necesita ser llamado a reconocer lo que es la vida por dolores especiales y tan intensos que remuevan lo más hondo de su naturaleza.

Cuando el hombre se encierra en la contemplación de sus dolores, y en ese oscuro calabozo no tiene nada que encienda la luz de la alegría, sino, al contrario, las sugerencias tenebrosas del orgullo, que le hace exclamar: «Yo no merezco esta desgracia», crecen las penas, el alma se ahoga en la desesperación, y el Desaliento, el Suicidio, el Crimen, la Locura, le llaman con espantoso gesto desde los ángulos oscuros.

Por eso Cristo, cuyo nacimiento vamos a celebrar, ha salvado al hombre. ÉL ha traído al mundo la alegría, la verdadera alegría, dándonos la seguridad de un término feliz y haciéndonos ver que las penas de la vida no son sino pruebas y preparaciones para llegar a ese término. ÉL ha vencido al dolor, lo ha ahogado y disuelto, por decirlo así, en el agua pura de sus galardones y promesas.

No es que el alma cristiana soporte el dolor, sino que lo domina, lo penetra con los rayos de su esperanza y lo transforma en lucero anunciador del día. En ella el dolor no lacera, no asfixia, no entristece. El alma cristiana no conoce la tristeza del mundo, aquella tristeza que nace de la pérdida de placeres o bienes pasajeros, y sólo siente la de ver que se desconozca tanto el medio de ser feliz.

Cuando desaparece algo de aquello a que en el curso de la vida nos vamos apegando (lugares, bienes, amigos, parientes), el alma cristiana, sorprendida, sufre y llora; pero al punto la vivificante alegría que encierran sus creencias empieza a surgir en el ánimo, supera al dolor y muestra que lo perdido o es nada en comparación de lo esperado, o en esto se encuentra comprendido. Y así se habitúa a desprenderse de lo temporal, para no fundar la alegría sino en lo eterno.

El mundo busca la alegría en los placeres, en lo más fugaz y pasajero de la vida, y se encuentra desarmado en presencia del dolor que su pérdida produce. Ésa no es verdadera sino engañosa alegría. ¡Cristo es quien ha llenado de luz y de contento invencible las almas de los hombres!

Por eso esta fiesta de la Natividad se celebra en todo el mundo con cánticos alegres. Por eso vais los niños a los montes a recoger musgo, y hacemos con ellos graciosos pesebres, en que la Santa Familia, la estrella de Belén, los pastorcillos, los Reyes Magos en lujosas caravanas, los torrentes, los montes, los valles, todo resplandece en la más pura alegría. Por eso al acercarse esta fiesta rezamos la novena del Niño Dios al pie del pesebre y cantamos villancicos, y suenan las rústicas chirimías, y viejos y niños nos gozamos en quemar fuegos artificiales y en aderezar la cena con los buñuelos, natillas y demás bocados que recuerdan la vida de los humildes y los pobres.

Celébrala siempre así, hijo mío. ¡Con alegría y con profunda piedad! Y procura comunicar este entusiasmo a todos tus amiguitos, a fin de que en ninguna casa se olviden estas santas costumbres ni se deje pasar esta fiesta en el silencio de la ignorancia o la indiferencia, ni se ahogue en el estruendo de las fiestas profanas. Eleva tu corazón a Jesús, y dile siempre en este día, aun cuando seas anciano:

—¡Hermanito mío, aquí está José para agradecerte la eterna alegría en que has ahogado las penas pasajeras del mundo!

Tu padre, SILVERIO

## RISAS Y CANCIONES

Procura cuando caminas  
Coger la flor de las cosas,  
Que es sabio arrancar las rosas  
Sin clavarse las espinas.

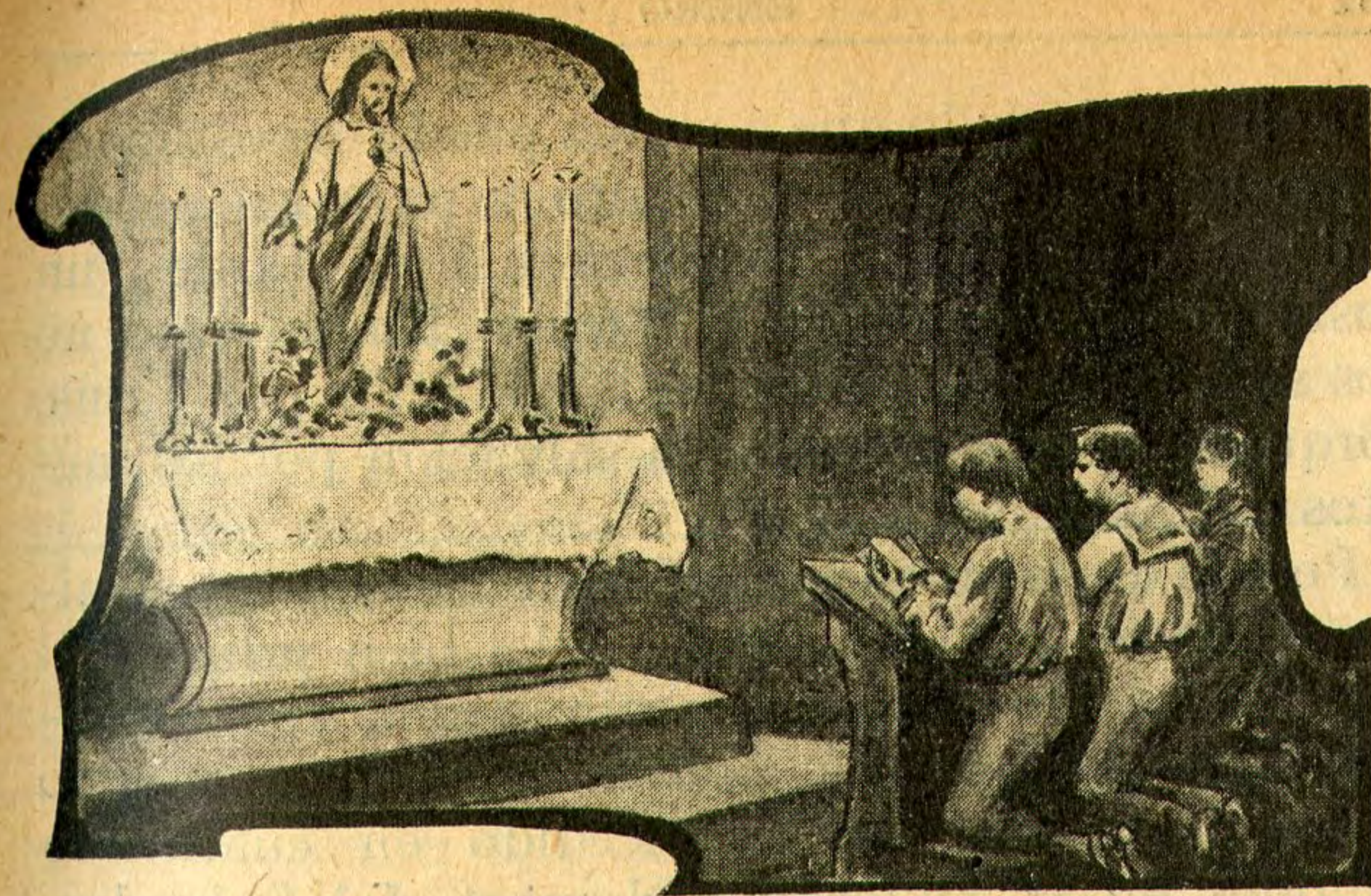
De estas artes peregrinas  
Son maestras primorosas  
Hormigas y mariposas,  
Abejas y golondrinas.

Alivia con tus cantares  
El rigor de los pesares,  
Y hallarás consolaciones.

Que es don humano y divino  
El de alegrar el camino  
Con risas y con canciones.

RICARDO LEÓN

*Gonzalo Parra J.*



## CAPÍTULO XXXVI

EL DULCE NOMBRE DE JESÚS — LA ORACIÓN

(Religión y moral.)

Enero 1.º

Hijito mío:

Celebra en este mes la Iglesia el Dulce Nombre de Jesús; y tú debes asociarte a ella, para honrar ese nombre querido, que tantas alegrías ha traído a la tierra, que resuena con gloria infinita en los cielos y que hace temblar a los demonios en los abismos.

Recuerda que nuestro Señor Jesucristo dijo a sus discípulos: «Todo lo que pidieres a mi Padre en mi nombre os será concedido». ¡Todo! Pero en su nombre, esto es, por los méritos que ÉL alcanzó en la tierra, y que están resumidos en su nombre. Y como Jesús quiere decir *Salvador*, nos será concedido todo lo que pidamos por los méritos de Jesús, en cuanto no se oponga a nuestra salvación.

Cuando oramos pedimos bienes al Señor. Pero ¿sabemos con certeza si son verdaderos bienes los que como tales pedimos? Nuestra inteligencia es

muy limitada, y lo que a su luz puede ser estimado como un bien por el momento y para las necesidades materiales, quizás sea un mal más tarde y un obstáculo para nuestra salvación. En tal caso no nos será concedido, aunque lo pidamos por Jesús, porque sería como perder la salvación por los méritos del Salvador.

Pero lo que armonice con lo que ese nombre significa; todo lo que quepa dentro del bien primordial de la salvación eterna, que vino Jesús a asegurarnos; todo lo que sea *añadidura* y no obstáculo a ese bien, nos será concedido en cuanto lo pidamos en el Dulcísimo Nombre del Salvador. Por eso nos dijo Jesús: «Pedid el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura».

No lo olvides, hijo mío: «Todo lo que pidieres a mi Padre en mi nombre os será concedido». Ese nombre es el título con que podemos llamar a las puertas de la misericordia, seguros de no ser desoídos. Si lo que pidas a Dios en nombre de Jesús no ha de oponerse a tu salvación, ten seguridad de que te será concedido. Si te fuere negado, ten la de que era un mal para tu suerte futura lo que pedías. Y en ambos casos da gracias a nuestro Señor, porque en ambos ha sido oída tu oración.

Así cuando a mí misma me pides alguna cosa, te la doy si te conviene, y te la niego si te ha de hacer mal, y en ambos casos sólo miro por tu bien.

Dios ejerce su providencia, o sea el cuidado y gobierno del mundo, por medio de las leyes naturales. Estudiarlas y proceder en todo de conformidad con estas leyes, es como una oración respetuosa, racional y humilde. El que quiere salud, debe buscarla en la observancia de las prescripciones higiénicas; el que quiere lo necesario para alimentarse y vestirse, debe trabajar y economizar; el que quiere ser sabio o siquiera tener una pro-

fesión cualquiera, debe estudiar y someterse a la dirección de maestros.

Esta conducta equivale a pedirle a Dios como *ÉL* quiere que se le pidan, la salud, el pan, la ciencia; porque si le pedimos estos bienes descuidando los conductos naturales por donde *ÉL* ha establecido que nos lleguen, es pedirle milagros temerariamente, es tentar a Dios, es provocar su ira, porque *ÉL* no ha de hacer milagros para contentar nuestra pereza.

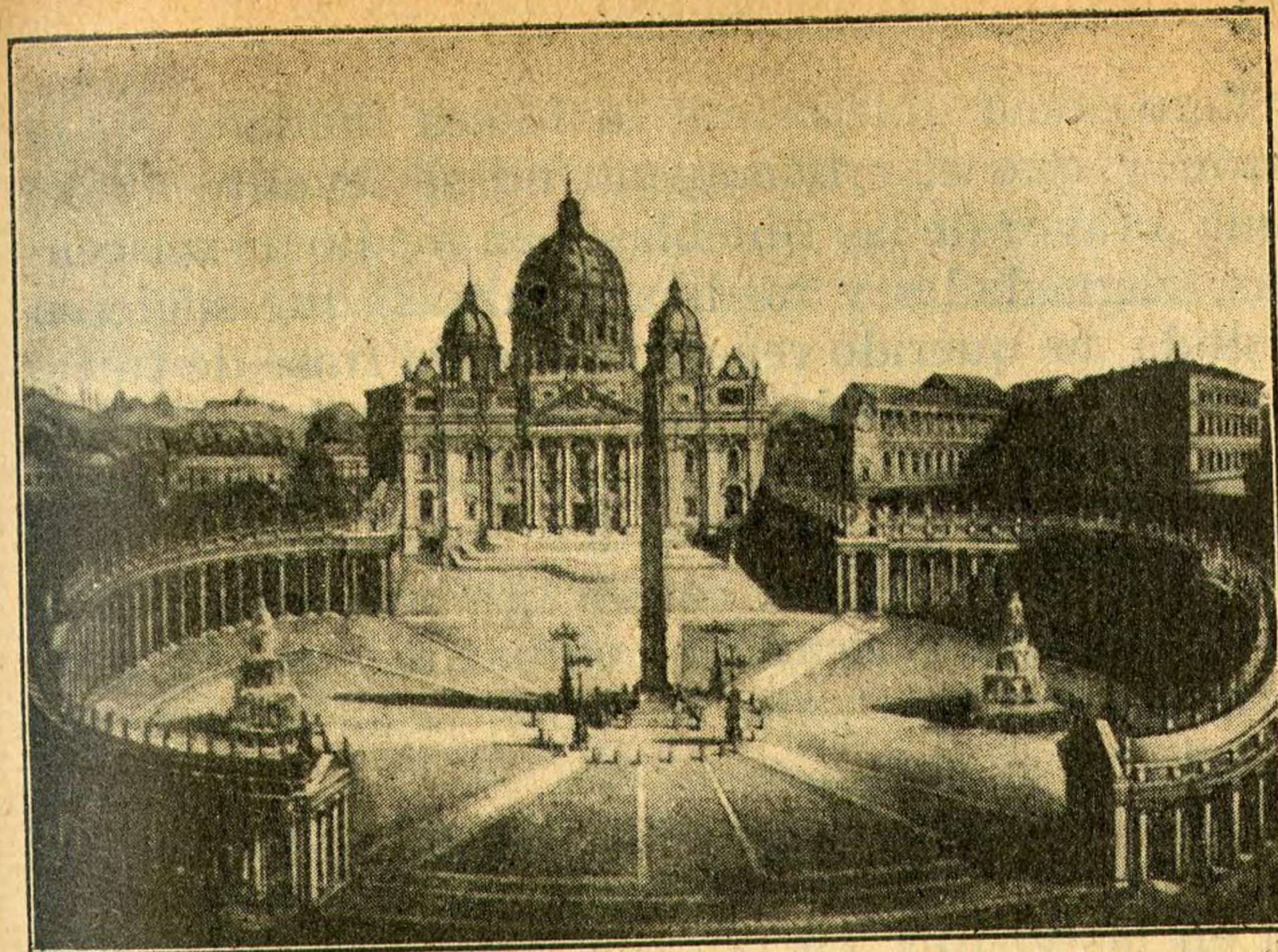
La oración, en estos casos, se emplea como un reconocimiento de que esos bienes, aunque se alcancen por medios naturales, nos vienen de *ÉL*; y para pedirle que nos ilumine a fin de conocer bien el orden natural a que estamos sujetos y dentro del cual obramos; que bendiga nuestro trabajo y lo haga fecundo; que aparte aquellos obstáculos que no prevemos o no somos capaces de superar; que en todo caso recompense nuestra sujeción a las leyes que impuso a la naturaleza. Pero la oración no sólo nos alcanza el acierto en las operaciones dentro del orden natural, sino también el milagro en lo relativo a esas leyes, cuando es pedido con fe y sin descuido ni violación temeraria de ellas y para fines santos, si hay razones superiores para que sea concedido, y fuera de ese orden está el sobrenatural, cuyos bienes alcanzamos principalmente por medio de la oración. De donde resulta que ésta es medio necesario, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, para obtener los beneficios de Dios.

Trabajar es orar, y orar es completar el trabajo; y es mucho más que el trabajo, porque no sólo mira a bienes temporales, sino también a los eternos.

Ora siempre con humildad, porque no serás oído si pides con orgullo o para complacer tu orgullo: de esta manera no salva Jesús. Ora con

entera confianza en el poder y la misericordia divinas, porque sin fe no salva Jesús. Ora con perseverancia, pues Dios muchas veces no concede desde luego lo que le pedimos, porque quiere que nos purifiquemos en el dolor, nos ejercitemos en la fe y desarrollemos la piedad: si no perseveras, no te salva Jesús. Ora con amor, porque el amor es el fundamento de la salvación, radicada toda en el Dulcísimo Nombre de Jesús.

Tu madre, JULIANA



San Pedro de Roma

## CAPÍTULO XXXVII

### NATURALISMO Y CRISTIANISMO

(*Religión y moral.*)

Querido José:

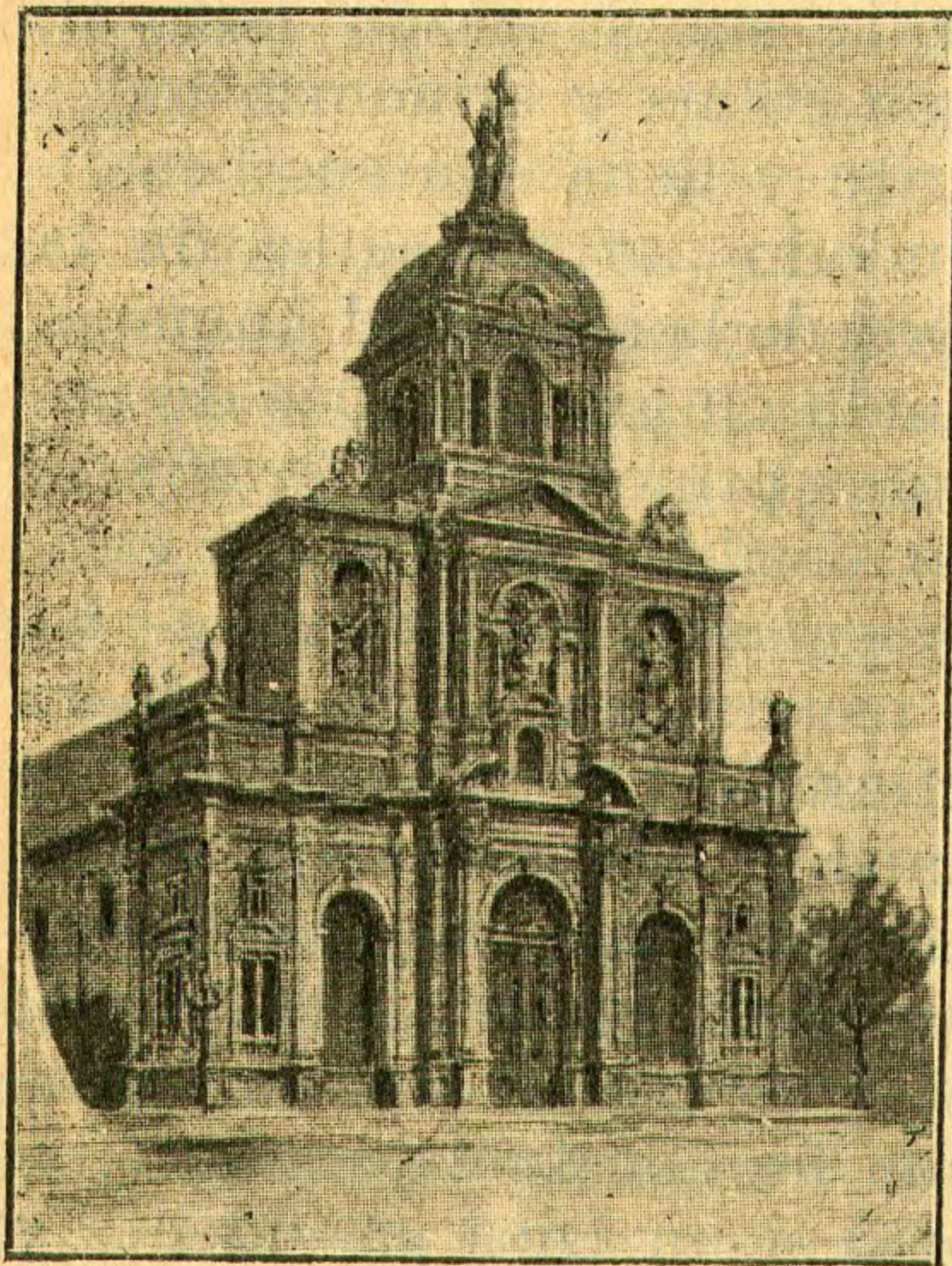
Oíste anoche una frase de tu tío Antonio, que ha debido causarte impresión. Era despectiva de la Iglesia y sus ministros; de la Religión en general. ¿La recuerdas? De seguro que sí. Dijo: «... Porque los clérigos tienen su oficio y han de vivir de él como todo hijo de vecino; pero en la vida basta ser honrado y no hacerle mal a nadie: lo demás que ellos dicen, no sé si es verdadero, ni me importa saberlo, porque no es necesario».

Notando tu presencia, cambió de conversación. Es un hombre culto, y esto le bastó para comprender que debía abstenerse de contrariar la educación que estamos dándote. O tal vez surgió la duda en su espíritu ante una vida que empieza.

Sea como fuere, calló; y yo le agradezco esa consideración para contigo y nuestra obra.

table, pero no basta para regir toda la actividad humana, porque ella no se emplea rectamente con sólo observarlo, sino en cuanto se encamina a todos los fines para los cuales fuimos creados, y estos fines no están todos comprendidos en aquel precepto negativo, que nos dice algo que debemos evitar, pero no todo lo que debemos hacer.

Los fines para que fuimos creados no los conoceremos sino por las soluciones de aquellos gran-



Fachada en construcción del Templo del Voto nacional al Sagrado Corazón de Jesús, en Bogotá

des problemas de si existe Dios, si es providente, si el alma es inmortal, si nos espera un orden de vida superior a este de la naturaleza y que por lo mismo se llama sobrenatural. De modo que esto, que a tu tío Antonio le parece innecesario conocer e indiferente para la moralidad de nuestros actos, es precisamente lo más necesario para saber vivir la vida digna del hombre.

La razón resuelve estos problemas en sentido afirmativo, como lo verás cuando estudies filosofía; pero como ella no tiene medios para descubrir las leyes del orden sobrenatural, reconoce la necesidad de que nos sean reveladas, y se limita a exigir y valorar las pruebas de la revelación.

Las que exhibe el cristianismo son tales, que el

mayor número de las más poderosas inteligencias del mundo las han reconocido como concluyentes para que sirvan de fundamento a la fe. Reconocidas esas pruebas como tales, la razón se humilla convencida — no ciega — ante los dogmas de la Religión, distingue a ésta de los errores que la natural tendencia del hombre a reconocer lo sobrenatural ha permitido extender entre los pueblos con el nombre de *religiones*; y sobre la razón, como base robustecida por la gracia, se levanta el espléndido edificio de la fe.

El fin que naturalmente corresponde al hombre es la satisfacción de conocer a Dios por el estudio de sus obras y de honrarle con la práctica de las virtudes naturales. Para alcanzarlo le bastaría haber sido creado en el estado natural, que es aquel en el cual las pasiones están sujetas a la voluntad, y ésta no quiere obrar sino dentro del orden conocido por la razón.

Pero Dios quiso que tuviésemos un fin más grande, un fin superior al que nos correspondía por naturaleza, un fin *sobrenatural*. Quiso que pudiésemos unirnos a ÉL íntimamente, y así le conociésemos en sí mismo, y no sólo por sus obras, y alcanzásemos esa unión por virtudes superiores a la naturaleza y que ÉL encendería por *gracia* en nuestros corazones.

En este estado sobrenatural fué creado el hombre; pero pecó, y cayó de ahí en otro inferior al natural: en el estado de pecado, en el cual las pasiones dominan fácilmente a la voluntad, no dejan entrada a las virtudes sobrenaturales y ponen límites arbitrarios al florecimiento de las naturales. Por fortuna, la Redención nos permitió volver al estado sobrenatural por la aplicación a nuestras almas de los méritos de Jesucristo mediante los sacramentos, fuentes de perdón y de gracia.

Las virtudes naturales, que tanto satisfacen a

tu tío Antonio, no son capaces de llevar al hombre a su fin. Si aun las sobrenaturales (llamas que enciende Dios mismo en nosotros) se suelen apagar mientras no estamos confirmados en la gracia; si en vez de robustecerlas con la frecuentación de los sacramentos las exponemos al soplo de las pasiones, ¿qué podemos esperar de las naturales?

Hay hombres naturalmente honrados, naturalmente enemigos de la mentira y la violencia, naturalmente compasivos y generosos; pero estas débiles inclinaciones cederán muchas veces ante las exigencias del interés, del placer, de la pasión.

La historia nos enseña, en efecto, que donde ha faltado la Religión, sólo han florecido las apariencias de virtud que suele dar el orgullo y las virtudes que corresponden a la fuerza física: altanería, tenacidad, engreimiento, desprecio de los hombres y sus favores, valor, odio, crueldades, y aun ello en medio de una corrupción general de costumbres. Y nos enseña también que, si todo esto se observa con frecuencia en los pueblos cristianos, es porque dejan de vivir como tales para hacerlo como paganos, pues las virtudes sobrenaturales revelan, en los santos, que ellas hacen al hombre capaz de vencer siempre sus pasiones y de embellecer su vida con las flores inmortales que sólo en el terreno de la humildad cristiana florecen: el amor a todos los hombres, la energía para el bien, el respeto al derecho, la sujeción de las pasiones, la caridad, la mansedumbre, la justicia y la prudencia.

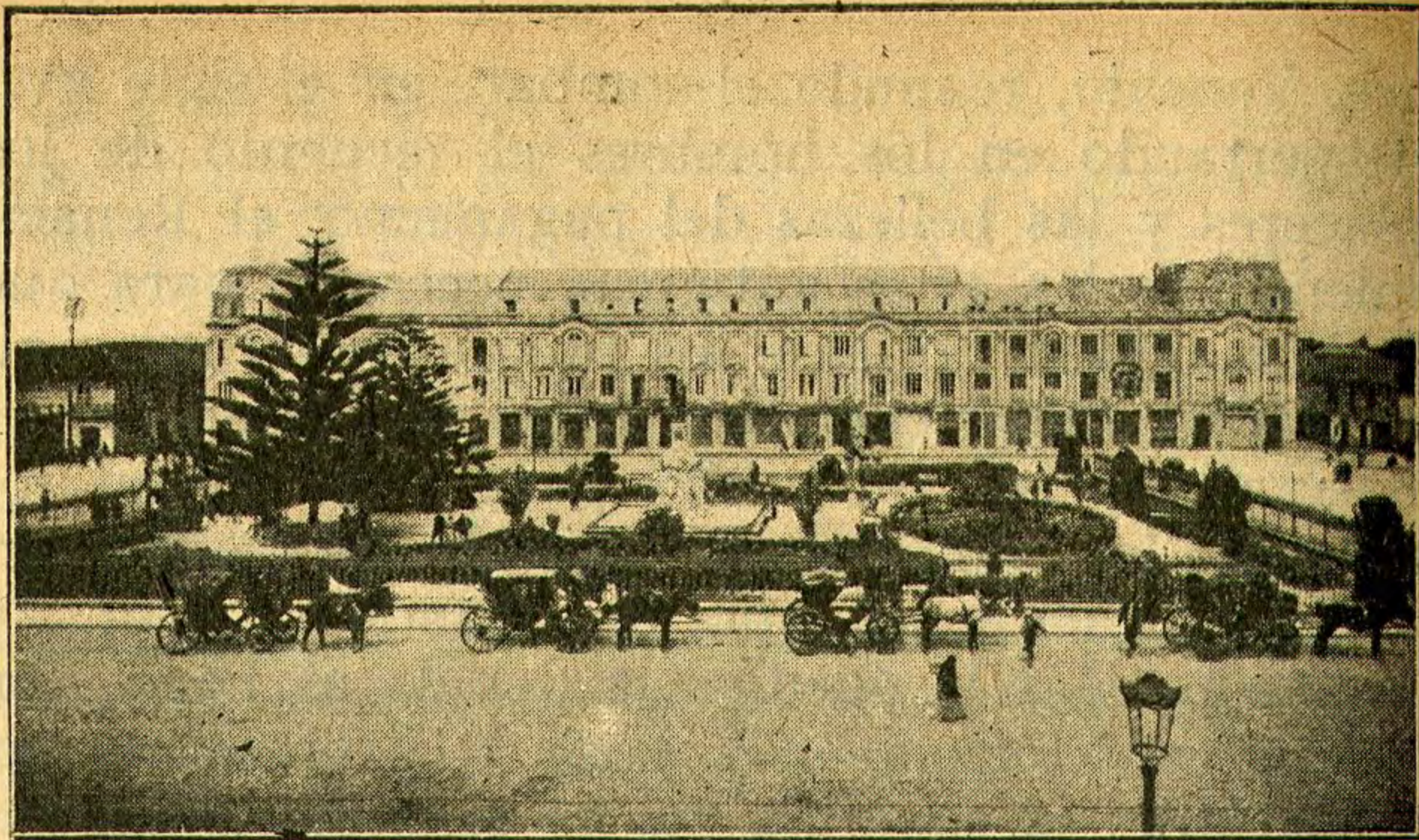
Para que ese orden sobrenatural que Jesucristo restableció entre los hombres pudiese dar todos sus frutos, y ni fuese mal entendido, ni mal practicado, era necesaria la Iglesia Docente, esa admirable corporación que veinte siglos de existencia hacen la más respetable del mundo.

El naturalismo se revolvió contra ella en el orbe pagano y quiso inútilmente ahogarla en san-

gre. Vencido, reanudó el combate en el siglo XVI, despertando en los hombres el recuerdo de los placeres y las bellezas del paganismo: el Renacimiento de las artes antiguas, necesario para que la humanidad utilizase los progresos entonces alcanzados, fué, sin embargo, un medio de que el naturalismo se aprovechó para susurrar en los oídos de los hombres sus voces de sirena. Despertó en seguida la soberbia de algunos cristianos, y les hizo negar la obediencia debida al Papa, con lo cual ganó terreno en la forma del protestantismo. Más tarde, la soberbia ya no sólo quiso desobedecer dentro del orden religioso, sino salirse de él y enfrentarse a toda autoridad. Esto es la Revolución, que ha asumido todas las formas imaginables: es ya una locura que echa por tierra en Francia, a fines del siglo XVIII, tronos, templos e instituciones seculares y anega en sangre el suelo de Europa; ya la internacional, que quiere unir a todos los pueblos contra todos los gobiernos; ya el comunismo, que aspira a una imposible y absurda repartición igual de todos los bienes de la tierra y los frutos del trabajo; ya el socialismo, que pretende hacer desaparecer los gobiernos, dando todas sus atribuciones a la sociedad misma; y ya... Pero ¿cómo seguir? El error tiene formas innumerables.

Mientras tanto, la Iglesia de Cristo permanece inmutable, como roca clavada en medio de los mares, sobre la cual se levanta el faro de la verdad. Su luz ilumina el hórrido vaivén con que la soberbia agita a los pueblos de ella desprendidos. Y permanecerá allí hasta la consumación de los siglos, a despecho de la soberbia, impasible, serena, victoriosa, ofreciendo a los hombres la única pero completa palabra de salud que han oído los siglos: JESUCRISTO.

Tu padre, SILVERIO



## CAPÍTULO XXXVIII

## BOGOTÁ

(Geografía.)

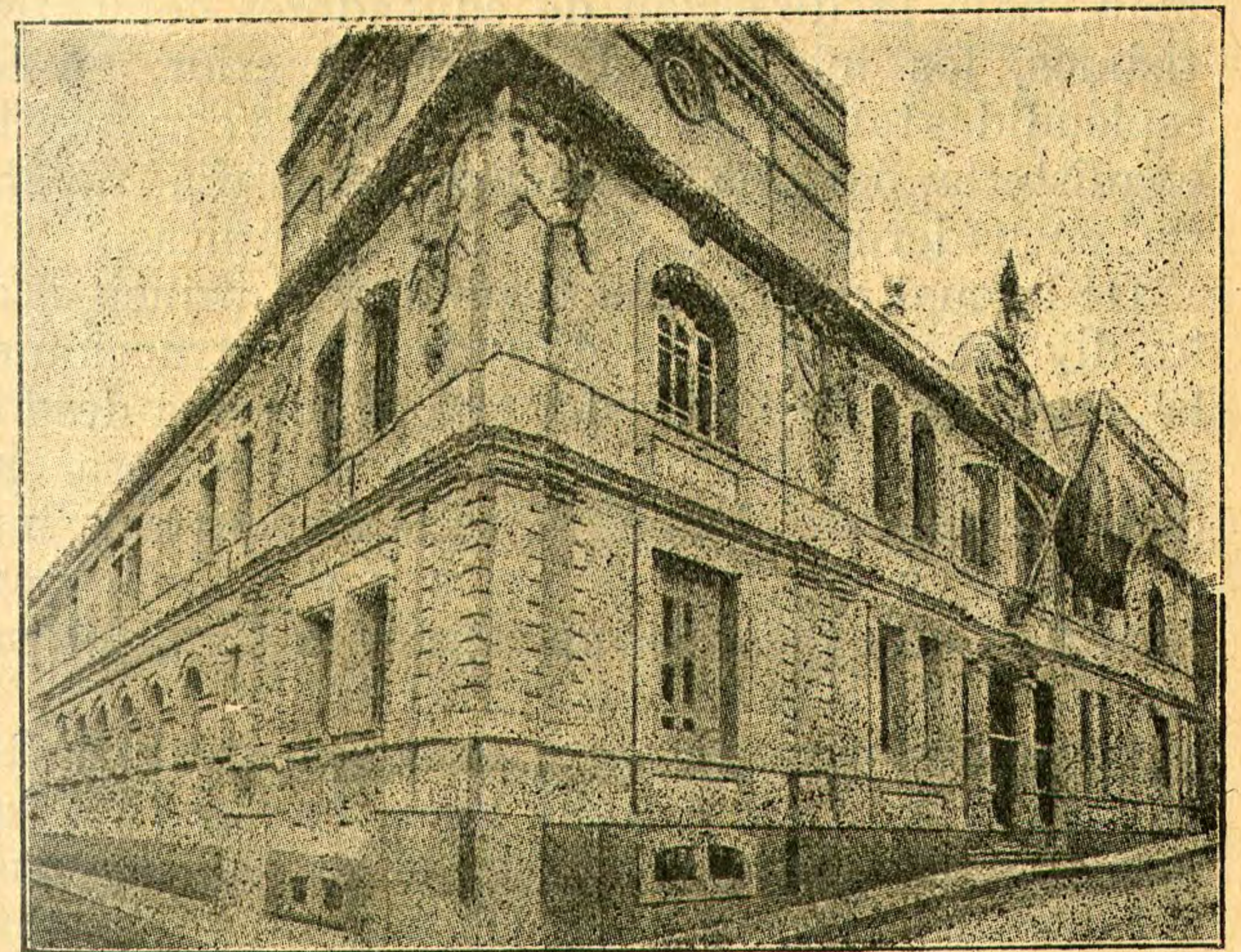
— Cuéntenos cómo es Bogotá, don Pedro.

— Con mucho gusto. Como les dije en días pasados, estuve allí en 1903, y entonces se hallaba esa ciudad en una gran decadencia, a causa de la guerra. Pero cuando volví en 1910 a las fiestas del Centenario, la encontré muy embellecida.

Yo le tengo mucha simpatía a Bogotá. Todos los colombianos debemos querer esa ciudad de una manera especial, porque es como la sala de la casa colombiana. Es la cabeza de la nación, y por ella juzgan de todo el país los empleados diplomáticos y demás extranjeros que nos visitan. El Gobierno debiera esforzarse mucho por darle el brillo y las comodidades de la civilización moderna, tanto por decoro nacional como para que irradian de allí a todo el país. En Bogotá se inició la guerra de nuestra emancipación el inolvidable 20 de julio de 1810, y su influencia ha sido siempre muy grande sobre todo el país, por su acción política, sus colegios, su riqueza y el empeño que toman sus

habitantes por perfeccionar las industrias y estar al corriente de todos los adelantos del mundo.

Hay en Bogotá dos establecimientos de educación en que se formaron la mayor parte de los próceres más ilustrados de nuestra emancipación: el de San Bartolomé y el de Nuestra Señora del Rosario. Son dos establecimientos históricos, dignos de veneración y profunda gratitud por los altos servicios que prestaron en el pasado, y de respeto y



BOGOTÁ.—Edificio de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería

aplauzo porque, en vez de decaer de su antiguo esplendor, día por día lo aumentan con la profundidad de sus enseñanzas y los ópimos frutos que cosechan.

De las facultades universitarias salen cada año numerosos médicos, abogados e ingenieros, formados sobre el más exigente plan de estudios, los cuales se riegan por todo el país llevando la semilla

del saber y los medios de ser verdaderamente útiles a sus conciudadanos.

La Escuela Militar y la Escuela Superior de Guerra difunden la ciencia, la disciplina y un alto espíritu en el ejército: aquélla por medio de los cadetes que educa, y ésta por los cursos a que somete sucesivamente a jefes y oficiales.

En el Conservatorio de Música y la Escuela de Bellas Artes, éstas alcanzan maravillosos progresos; en las Escuelas Normales Superiores se forman, bajo la dirección de educadores competentísimos, los maestros de grado superior; en los espléndidos talleres salesianos se enseña carpintería, ebanistería, herrería, fundición, tipografía, zapatería, encuadernación y otras artes mecánicas.

De lo cual resulta que Bogotá es el principal de los diversos centros que difunden la instrucción en la República; de tal modo, que si por una desgracia impensada desapareciese de repente esa ciudad del seno de Colombia, serían necesarios muchos años y muchos esfuerzos y sacrificios para reunir en otra todos los elementos de progreso nacional que en Bogotá se encuentran hoy.

Bogotá es, por otra parte, el exponente de la República entera; porque allí, como la sangre al corazón, acuden la mayor parte de los hombres más notables del país por su ilustración, riqueza y aptitudes de cualquier género. Allí se conoce por esta causa todo lo que es Colombia, y se manifiestan a la vez las virtudes y los defectos del pueblo colombiano. Error muy grande es pensar que todo el bien y todo el mal que de Bogotá dimanen al país es obra de los hijos de esa ciudad exclusivamente, siendo así que siempre se hace sentir la influencia de las numerosas gentes de los departamentos que allí residen. Puede creerse que éstas forman una cuarta parte de la población bogotana, principalmente las de procedencia caucana, antioqueña,

costeña, santandereana, boyacense y tolimense. De modo que en esa ciudad está representada toda la nación, en proporción suficiente para que pueda considerarse como verdadera obra nacional cuanto allí sucede.

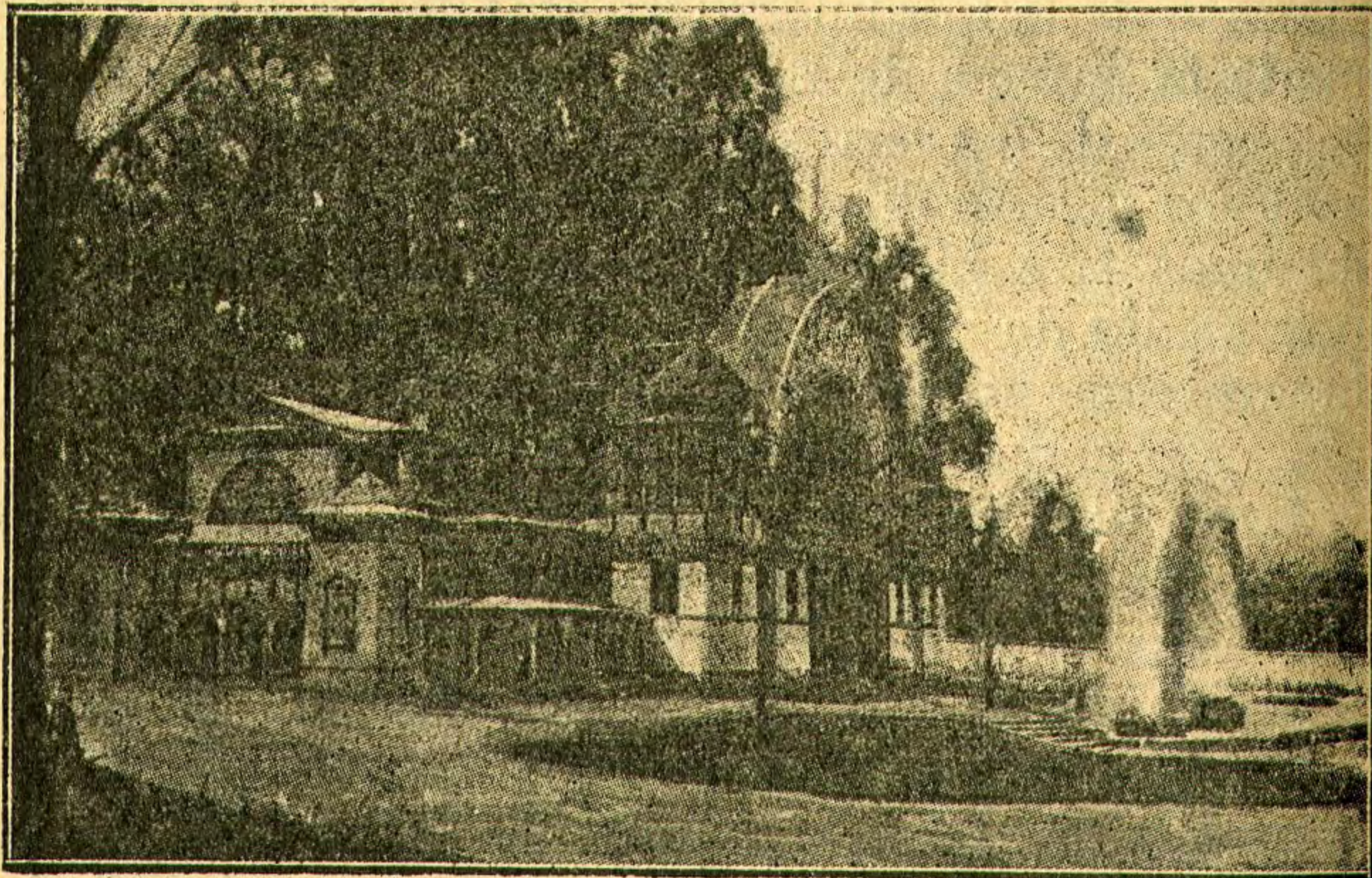
Está Bogotá hacia el centro de una extensa altiplanicie de la Cordillera Oriental de los Andes, llamada la Sabana de Bogotá, pero en su lado oriental, cerca de los cerros de Guadalupe y Monserrate, a cuyos pies se dilata de sur a norte por espacio de unos tres kilómetros, para unirse en seguida, por medio de una serie de hermosas quintas, con la graciosa población de Chapinero, considerada por esto como un barrio de la ciudad.

Las calles que van de sur a norte han recibido de la Municipalidad la denominación de *carreteras*, y conservan aquel nombre las que bajan de oriente a occidente. Por lo general son angostas, si se exceptúan unas pocas, como la parte norte de la carrera 7.<sup>a</sup>, que lleva el nombre de *Avenida de la República*, la cual es ancha y está sombreada a lado y lado por coposos pinos y cauchos, y termina en los bellísimos parques del Centenario y la Independencia.

También es muy ancho y hermoso el paseo que se dilata de la plaza de Nariño hacia el occidente, y sobre el cual se encuentran la Estación de la Sabana, término del ferrocarril que sube desde Girardot, y la del Ferrocarril del Sur, que va hasta Sibacé, cerca del Salto del Tequendama. Anchas son también las calles que se van formando al extenderse la población en esa parte de la ciudad, lo mismo que La Alameda, que de la plaza de Nariño se dirige a Chapinero, y sobre la cual está la Estación Central del Ferrocarril del Norte, línea que pasa por Chapinero, el Puente del Común, Cajicá y Zipaquirá, y termina hoy en Nemocón.

El amplio y hermoso paseo de Bolívar arranca

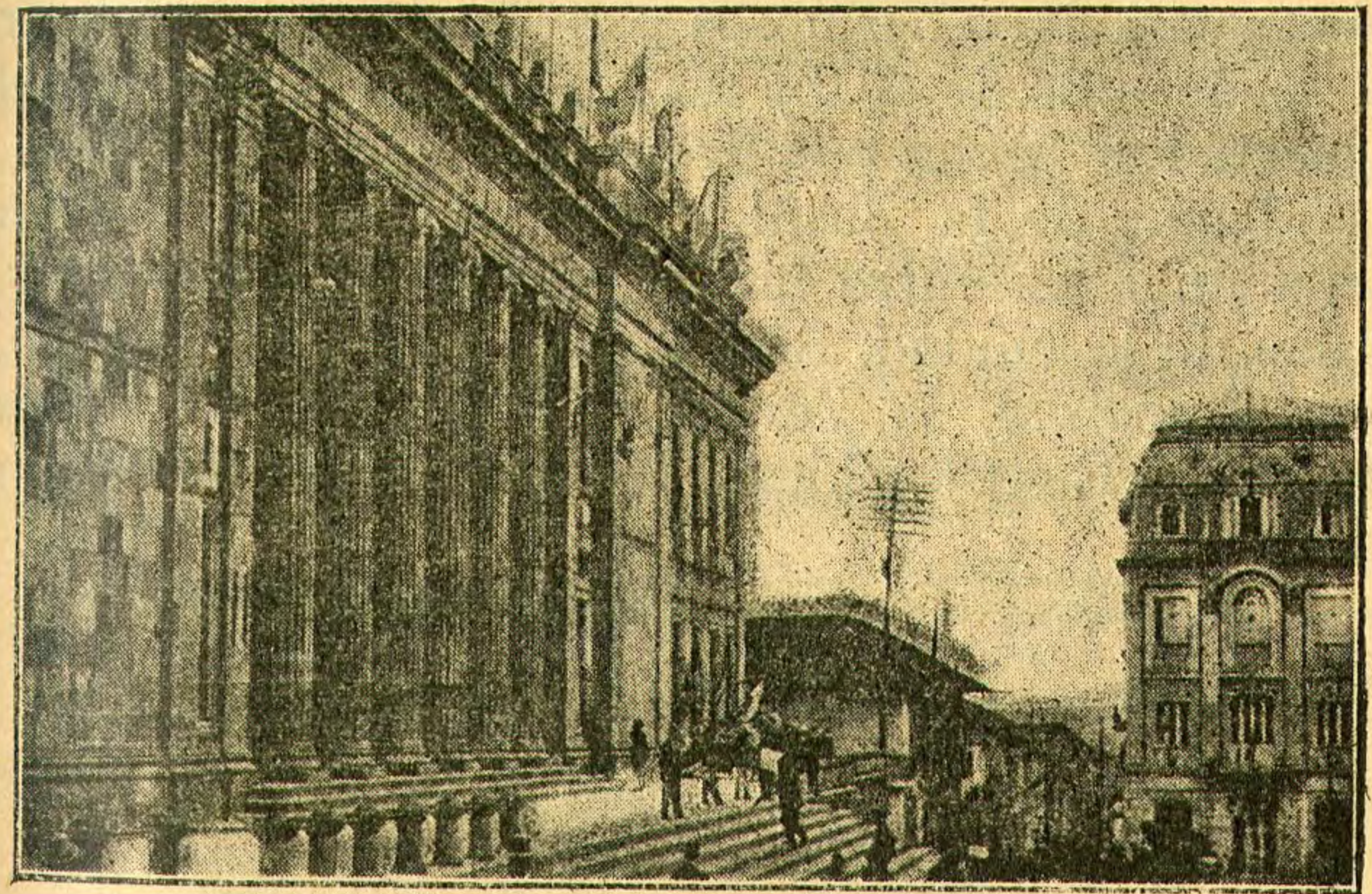
del Parque de la Independencia, y por las faldas de los cerros se dirige al sur, atravesando los pintorescos puntos llamados Aguanueva, Padilla y Egipto, hasta bajar a la plaza de Armas o de las Cruces.



BOGOTÁ.—Pabellón de Industrias (Parque de la Independencia)

Tiene Bogotá, en el centro, la plaza de Bolívar, con la admirable estatua de este héroe, fabricada por Tenerani y regalada a la ciudad por don José Ignacio París. En el costado oriental se levantan la Basílica Menor o Catedral Primada, que es uno de los más hermosos templos de Suramérica, y la Capilla del Sagrario, cuyo altar mayor es de carey, a pesar de ser muy grande. El costado sur está todo ocupado por el Capitolio Nacional, grandioso edificio que empezó a construirse en la administración del general Tomás Cipriano de Mosquera, en 1846, y que aun no se ha terminado. Los costados occidental y norte ostentan espléndidos edificios particulares y el Palacio Municipal, en

cuyo patio está el busto del gran *Tribuno del Pueblo*, don José Acebedo y Gómez.



BOGOTÁ.—El Capitolio

Tiene, además, Bogotá las siguientes plazas, fuera de plazuelas de menor importancia: la de las Cruces o de Armas; la de Ayacucho (antiguamente San Agustín), con la estatua de Sucre; la de Nariño, con la de este benemérito hijo de la ciudad; la del Parque de Santander, donde está la estatua del primer gobernante de Colombia; la de las Nieves, con la estatua de Caldas; la de las Aguas, con la de la Pola; la de la Capuchina, con una placa conmemorativa del patriota Padre Rosillo, y la de los Mártires, con un obelisco levantado a la memoria de tantos patriotas fusilados por los españoles en ese lugar, llamado entonces Huerta de Jaime.

En la Avenida de Colón se levantan las estatuas de Isabel la Católica y Cristóbal Colón; en el Parque del Centenario se ven los bustos de Ricaurte y Torres y un hermoso templete en el centro, levan-

tado en honor de Bolívar en el primer centenario de su nacimiento; y en el de la Independencia (que queda al frente, y en donde se construyeron y se conservan cinco hermosos pabellones para celebrar el 20 de julio de 1810) está la estatua ecuestre del Libertador, hecha por Fremiet.

Además de la Basílica Primada, se distinguen los siguientes, entre los veintiocho templos y capillas de la ciudad: San Ignacio, Santo Domingo, San Francisco, la Veracruz, San Agustín y San Antonio. En Chapinero se está concluyendo un



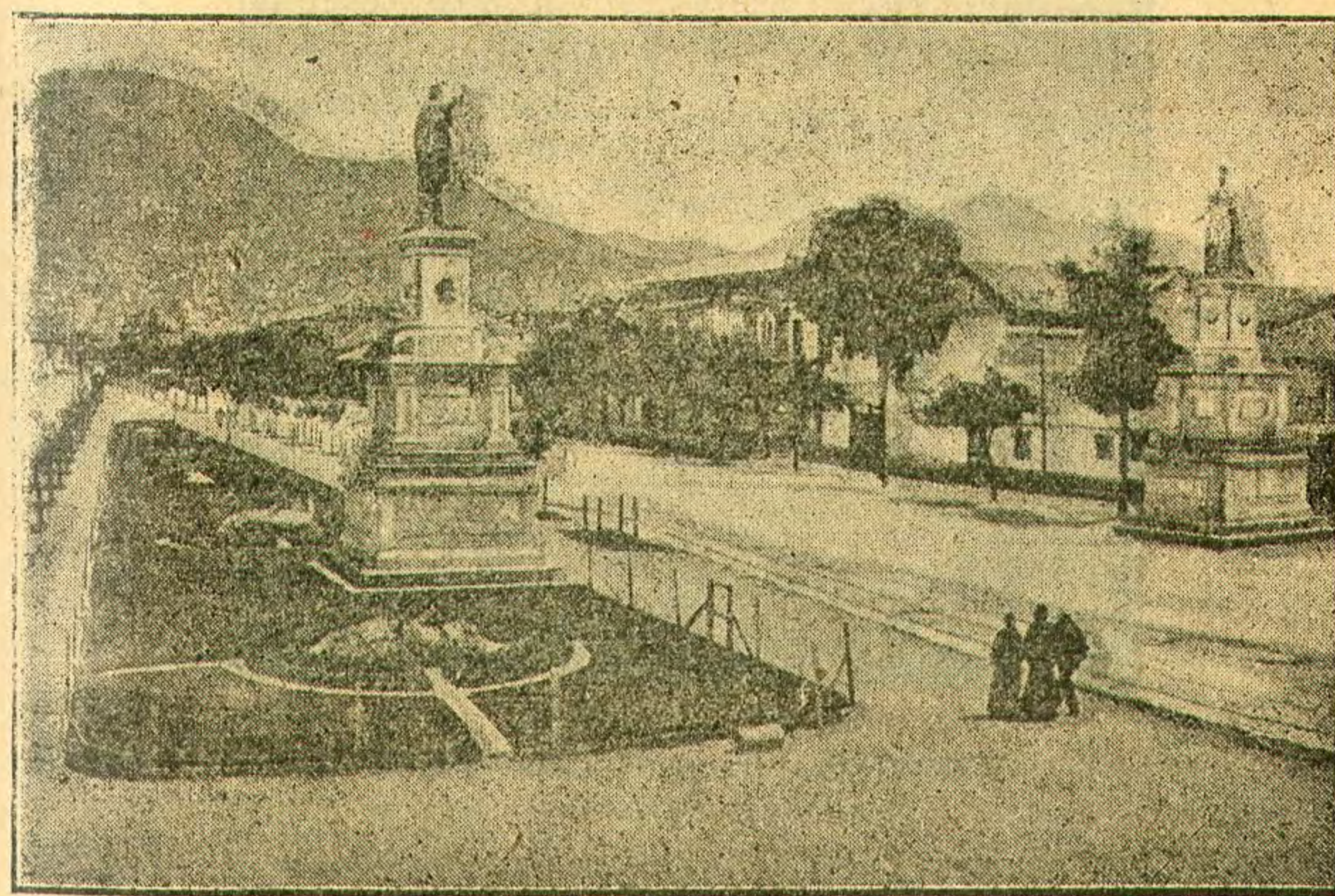
BOGOTÁ.—Palacio presidencial

hermoso templo de orden gótico, y otro se construye frente al Parque de los Mártires, en honor del Sagrado Corazón y como voto nacional.

Además de los edificios públicos de que les he hablado ya, merecen mención el Palacio de San Carlos, el de la Carrera, el Pasaje Rufino Cuervo, el Teatro de Colón, el Teatro Municipal, Santo Domingo, San Francisco, el Palacio Municipal, la Escuela de Ingeniería y el Asilo de la Infancia Desamparada, construido recientemente a esfuerzos de un meritísimo sacerdote.

Hay en Bogotá una gran Biblioteca Nacional, Museo de Antigüedades, muchos colegios y escuelas públicos y privados para ambos sexos, Academia de la Lengua, Academia de Historia, Academia de Jurisprudencia, Sociedad de Geografía, muchas imprentas y litografías, fábricas de tejidos, de cerveza, de cementos y otros productos, luz eléctrica, tranvía, teléfono, acueducto, cantidad considerable de coches y automóviles, gran número de periódicos, bancos, notable comercio y todo género de instituciones de beneficencia y caridad, como Hospicio para niños expósitos, Hospital de San Juan de Dios, Hospital de la Misericordia, Hospital de San José, Asilo para niños desamparados, Casa de Ancianos, Anfiteatros, Sala de Maternidad y Asilo para locos.

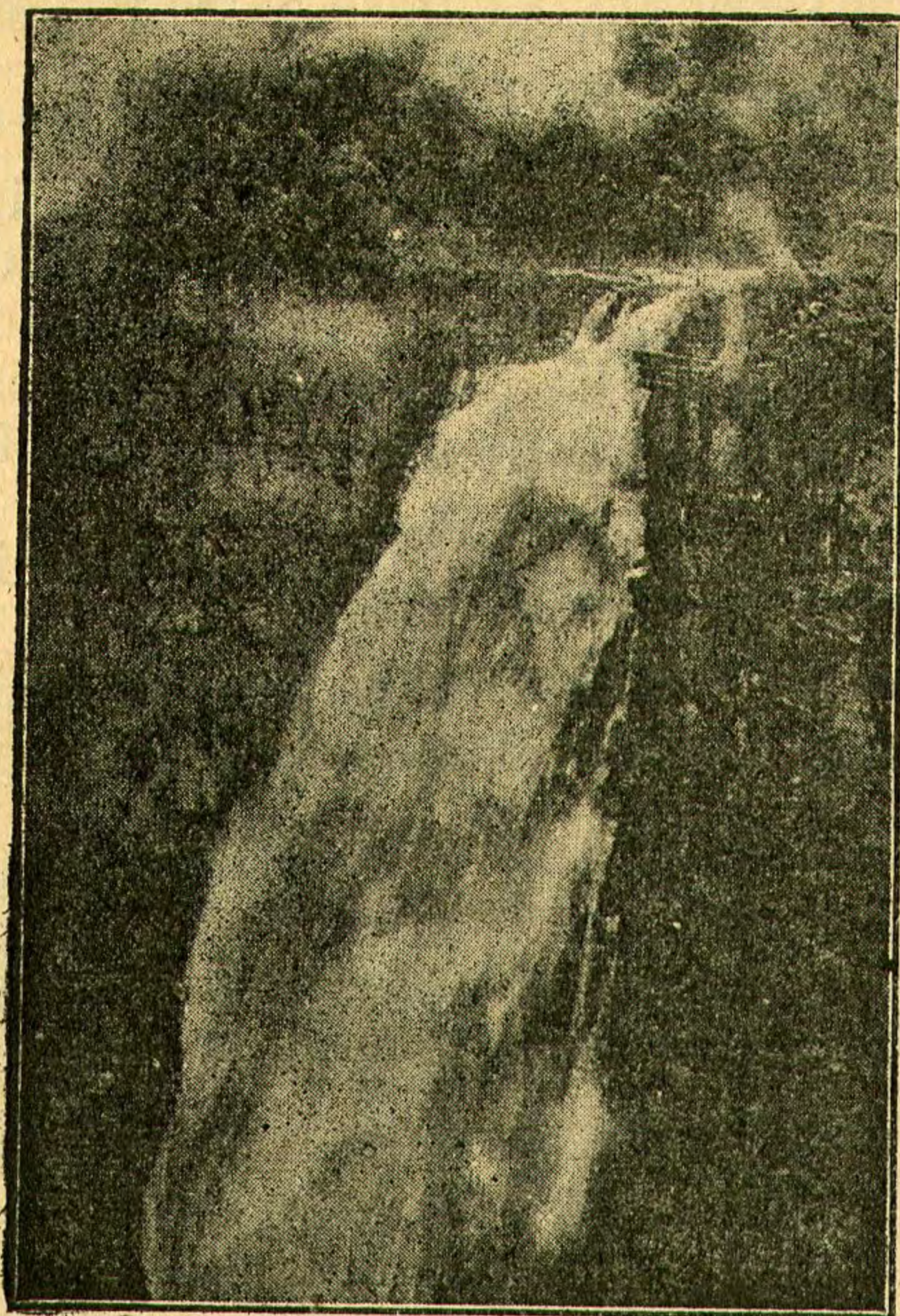
No tiene Bogotá menos de 130.000 habitantes.



BOGOTÁ.—Estatuas de Colón e Isabel la Católica

Fué fundada por el conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada el 6 de agosto de 1538, y allí se establecieron numerosas, nobles y ricas familias

españolas. Ha dado grandes hombres al país: militares, como Nariño, Maza, Ricaurte, Ortega, París, Neira; sabios, como Uricoechea, Caro, Cuervo, Zerda; literatos y poetas, como los Samperes, Caro, Vergara y Vergara, Marroquín; políticos y hombres de Estado, como Nariño, Caro, Samper,



COLOMBIA.—Salto de Tequendama

Camacho Roldán; artistas, como Vázquez, Ponce de León, Garay, Acebedo Bernal, etc.

El clima de Bogotá es delicioso y sano. Su temperatura media es de 14 grados centígrados; y su salubridad es tan grande que, a pesar de que los servicios de aseo y de aguas dejan mucho que de-

sear, la mortalidad no es alarmante. Toda la Sabana goza de excelente clima.

La Sabana es una llanura que se extiende más de veinticuatro leguas de sur a norte, desde Sibaté hasta Nemocón, y que está cerrada al oriente y al occidente por serranías bajas y rocallosas, a seis leguas de distancia, poco más o menos, las unas de las otras. A lo largo de la Sabana, que es muy fértil y hermosa, aunque monótona a trechos, se desliza, de norte a sur, lentamente, en silencio y por un lecho de lodo, el río Funza o Bogotá, de muchas aguas. Entre Soacha y Sibaté tuerce hacia el occidente y rueda entonces bullicioso y alborotado, golpeándose en las peñas, unas dos leguas, al cabo de las cuales encuentra de repente que el terreno le falta y cae a una profundidad de 145 metros, en busca de cauce que lo lleve, por las faldas de la cordillera, a mezclar sus turbias aguas con las del Magdalena. Es el famoso Salto de Tequendama, donde el agua que se precipita se oculta hacia la mitad de la caída en la columna de vapores que suben del fondo, teñidos con los colores del iris, y cae retumbando en el abismo, con estruendo que se oye en muchas leguas a la redonda. Pocos espectáculos hay tan imponentes.



## CAPÍTULO XXXIX

## POESÍA DESCRIPTIVA

Llámase así la poesía cuyo principal objeto es describir la naturaleza física.

## LA LUNA

Ya del oriente en el confín profundo  
La luna aparta el nebuloso velo,  
Y leve sienta en el dormido mundo  
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,  
Su faz humilde al cielo levantada;  
Y el hondo azul con elocuencia muda  
Orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,  
Por himno funeral silencio santo,  
Por solo rumbo la región vacía  
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, a lo alto del espacio  
Por el turquí del éter lenta subes,  
Con ricas tintas de ópalo y topacio  
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso  
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;  
Y de la noche el iris vaporoso  
La regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre,  
Y en argentadas gasas se despliega  
De la nevada sierra por la cumbre  
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda obscura  
A largos trechos el follaje tocas,  
Y tu albo resplandor sobre la altura  
En mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humea,  
Con el matiz de la azucena bañas  
La blanca torre de vecina aldea  
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,  
Vense a tu luz las fuentes y los ríos,  
En sus brillantes roscas envolviendo  
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!  
Vuelvo a través de solitarias breñas  
A los lejanos valles, do en su cuna  
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del desierto reverbera,  
Adormecido, nítido, sereno,  
Sus montañas pintando en la ribera,  
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,  
Donde la humana voz jamás se escucha,  
Laberintos de selvas y peñones  
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada:  
Hijas del Caos, por el mundo errantes,  
Náufragos restos de la antigua Nada,  
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,  
Luce del cerro en la áspera pendiente,

Y a trechos ilumina en la espesura  
 El ímpetu salvaje del torrente;  
 En luminosas perlas se liquida  
 Cuando en la espuma del raudal retoza;  
 O con la fuente llora, que perdida  
 Entre la obscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las ninfas,  
 Hendiendo el bosque, a penetrar alcanza;  
 Y alumbra, al pie de despeñadas linfas,  
 De las ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,  
 Ni árbol ni flor en el desierto agita;  
 No hay en los seres voz ni movimiento:  
 El corazón del mundo no palpita...

¡Se acerca el centinela de la Muerte!  
 ¡He aquí el silencio! Sólo en su presencia  
 Su propia desnudez el alma advierte,  
 Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito  
 Que del silencio la insondable calma  
 De los sepulcros, es tremendo grito,  
 Que no oye el cuerpo y estremece el alma.

Y a su muda señal, la Fantasía,  
 Rasgando altiva su mortal sudario,  
 Del infinito a la extensión sombría  
 Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende;  
 Y desde allí contempla arrebatada  
 El piélago de mundos que se extiende  
 Por el callado abismo de la nada...

El que vistió de nieve la alta sierra,  
 De obscuridad las selvas seculares,  
 De hielo el polo, de verdor la tierra,  
 Y de hondo azul los cielos y los mares,  
 Echó también sobre tu faz un velo,  
 Templando tu fulgor, para que el hombre  
 Pueda los orbes numerar del cielo,  
 Tiemble ante Dios y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento;  
 A sumergirme torno entre mí mismo;  
 Y se pierde otra vez mi pensamiento  
 De mi propia existencia en el abismo.

Delirios siento que mi mente aterran...  
 Los Andes a lo lejos enlutados  
 Pienso que son las tumbas do se encierran  
 Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el levante  
 Asoma, y triste tu partida llora:  
 Cayó de tu diadema ese diamante,  
 Y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho  
 El vil lenguaje maldecir del hombre,  
 Que tantas emociones en su pecho  
 Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,  
 Sintiendo en la carne prisionera;  
 Recuerda al verte su misión sublime,  
 Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas, si del polvo libre se lanzara,  
 Esta que siento, imagen de Dios mismo,  
 Para tender su vuelo no bastara  
 Del firmamento el infinito abismo.

Porque esos astros, cuya luz desmaya  
 Ante el brillo del alma, hija del cielo,  
 No son siquiera arenas de la playa  
 Del mar que se abre a su futuro vuelo.

DIEGO FALLON

## LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

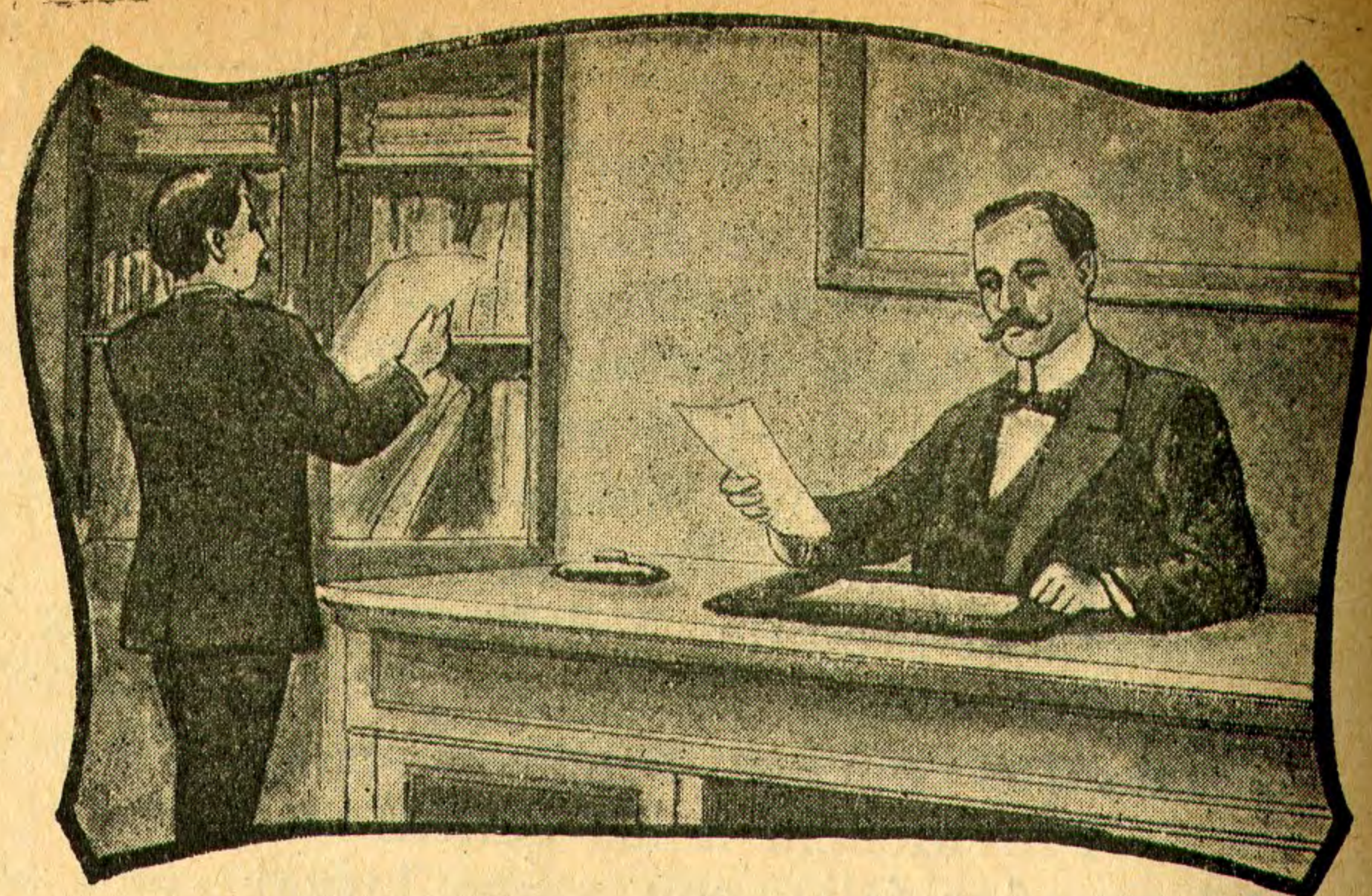
¡Salve, fecunda zona,  
 Que al sol enamorado circunscribes  
 El vago curso, y cuanto ser se anima  
 En cada vario clima,  
 Acariciada de su luz, concibes!

Tú tejes al verano su guirnalda  
 De granadas espigas; tú la uva  
     Das a la hirviente cuba;  
 No de purpúrea fruta, o roja, o gualda,  
     A tus florestas bellas  
 Falta matiz alguno, y bebe en ellas  
     Aromas mil el viento;  
 Y greyes van sin cuento  
 Paciendo tu verdura, desde el llano  
 Que tiene por lindero el horizonte,  
     Hasta el erguido monte.  
 De inaccesible nieve siempre cano.  
 Tú das la caña hermosa  
 De do la miel se acendra,  
 Por quien desdeña el mundo los panales;  
 Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
 Que en la espumante jícara rebosa:  
 Bulle carmín viviente en tus nopales  
 Que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
 Y de tu añil la tinta generosa  
 Emula es de la lumbre del zafiro.  
 El vino es tuyo que la herida agave  
     Para los hijos vierte  
 Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya  
     Que, cuando de suave  
 Humo en espiras vagarosas huya,  
 Solazará el fastidio al ocio inerte.  
     Tú vistes de jazmines  
     El arbusto sabeo,  
 Y el perfume le das que en los festines  
 La fiebre insana templará a Lïeo.  
 Para tus hijos la procera palma  
     Su vario feudo cría  
 Y el ananás sazona su ambrosía,  
     Su blanco pan la yuca,  
 Sus rubias pomas la patata educa  
 Y el algodón despliega al aura leve  
 Las rosas de oro y el vellón de nieve.

Tendida para ti la fresca parcha  
 En enramadas de verdor lozano,  
 Cuelga de sus sarmientos trepadores  
 Nectáreos globos y franjadas flores;  
 Y para ti el maíz, jefe altanero  
 De la espigada tribu, hincha su grano;  
     Y para ti el banano  
 Desmaya al peso de su dulce carga:  
     ¡El banano! ¡Primero  
 De cuantos concedió bellos presentes  
     Providencia a las gentes  
 Del ecuador feliz, con mano larga!  
 No ya de humanas artes obligado  
     El premio rinde opimo:  
 No es a la podadera, no al arado  
 Deudor de su racimo:  
 Escasa industria bástale, cual puede  
 Hurtar a sus fatigas mano esclava;  
 Crece veloz y cuando exhausto acaba,  
 Adulta prole en torno le sucede.

.....

ANDRÉS BELLO



## CAPÍTULO XL

## CARGOS PÚBLICOS

(Educación cívica.)

Mi padre fué nombrado alcalde del distrito para este año; pero no había querido encargarse de ese puesto hasta ayer, en que lo hizo a instancias de sus numerosos amigos.

Al retirarse de casa la gente que con ese motivo acudió anoche a saludarle, le dijo mamá:

— No sé por qué te denegaste por tanto tiempo a encargarte...

— Principalmente por no alterar la tranquilidad de nuestra vida. Ahora no podré atender, como antes, mis negocios ni la educación de nuestros hijos.

— ¡Es cierto! Me aterra pensar en los compromisos y dificultades que se te han venido encima. Pero si nunca has sido indiferente a la política, y antes bien has tomado siempre empeño en discutir cuanto se relaciona con el servicio público, no tenías derecho a excusarte de aceptar un puesto que te facilita la implantación de tus ideas.

— Por eso he aceptado al fin. Me resistía cuando pensaba que era sólo un honor que se me quería hacer. Les tengo horror a los honores públicos. Deseo que mis conciudadanos me aprecien y me quieran, y deseo servir en cuanto pueda a la sociedad; pero la superioridad de un cargo como éste es muy peligrosa.

— ¿Por qué, papá? — le pregunté.

— En primer lugar, porque puede uno engreírse poco a poco y, hasta sin darse cuenta, llegar al abuso de su autoridad; y en segundo lugar, porque, aunque uno evite ese peligro, la gente no cree que lo haya procurado y conseguido. Ustedes deben conducirse ahora con mayor moderación y prudencia que nunca. El orgullo y la vanidad ahogan toda virtud, y a lo sumo dejan la apariencia de ella en nuestros actos. Sin humildad no hay virtud; y para conservarla cuando uno recibe honores, en vez de ver para abajo debe ver para arriba y compararse con los que ocupan puestos superiores. En todo caso debemos considerar que delante de Dios todos somos miserables y que tenemos mayor responsabilidad los que recibimos algún cargo u honor. Piénsenlo así ustedes, hijos míos; y en vez de mostrarse engreídos y orgullosos con sus discípulos o amigos porque yo soy alcalde, sean tan sencillos como hasta hoy, y pidan a Dios que no incurramos, ni ustedes ni yo, en la tontería de adoptar una conducta altanera.

— A mí me felicitaron ayer el maestro y los niños—contesté—. Sólo unos pocos no me dijeron nada. Paco Gil me dijo con esa risita de burla que tiene siempre: «No te vayas a poner muy crecido».

— Ahí ven ustedes —contestó papá— otro peligro. Aunque conservemos la humildad en nuestro interior y delante de Dios, de fuera se nos vienen encima la envidia, la maledicencia, la oposición inmotivada. Siempre le creen a uno engreído. Tiene el

hombre que esforzarse por conseguir que los demás toleren las superioridades o ventajas que alcance sobre ellos, como si fueran una falta y necesitara que se la perdonaran. El rico, el sabio, el inteligente, el que obtiene alguna autoridad, tienen que conducirse de tal modo que, sin rebajarse a la adulación de sus inferiores ni a temerles como si aquellas condiciones fueran faltas, les den motivo para persuadirse de que no están dominados por el orgullo, a fin de conservar así su aprecio y cariño.

Y es que, en realidad, Dios no nos concede ninguna superioridad para provecho propio exclusivamente, sino para que la empleemos en su servicio; y ya te he dicho, José, que en servir a Dios está comprendido el servir a nuestros semejantes. No alcanzamos la riqueza para gozarla, sino para administrarla de modo que haga el mayor bien posible a propios y extraños; ni la ciencia para nuestra satisfacción y provecho, sino para difundirla y que contribuya a la felicidad común; ni la virtud para salvarnos solamente, sino para que derrame el bien sobre la tierra y que sirva de ejemplo, estímulo y edificación a todos; ni la autoridad para supeditar a nuestros semejantes, sino para hacer en su favor cuanto podamos.

— Y si, a pesar de todo, continúan muchos creyéndole engreído, ¿qué hará usted, papá?

— ¡Qué he de hacer! Por eso les decía que me causan horror los honores públicos.

— Lo que más me preocupa son los adversarios políticos—dijo mamá.

— ¡Tienes razón! La pasión política no nos deja ser justos. Rara vez los de un bando reconocemos la buena conducta de los mandatarios del otro. Debemos esforzarnos para que el sentimiento de la justicia reemplace la pasión política. Sólo seremos capaces de vivir en paz y armonía y de hacer verdadero bien al país, cuando sepamos aplicar

nuestras ideas con moderación y sin herir el derecho de nadie.

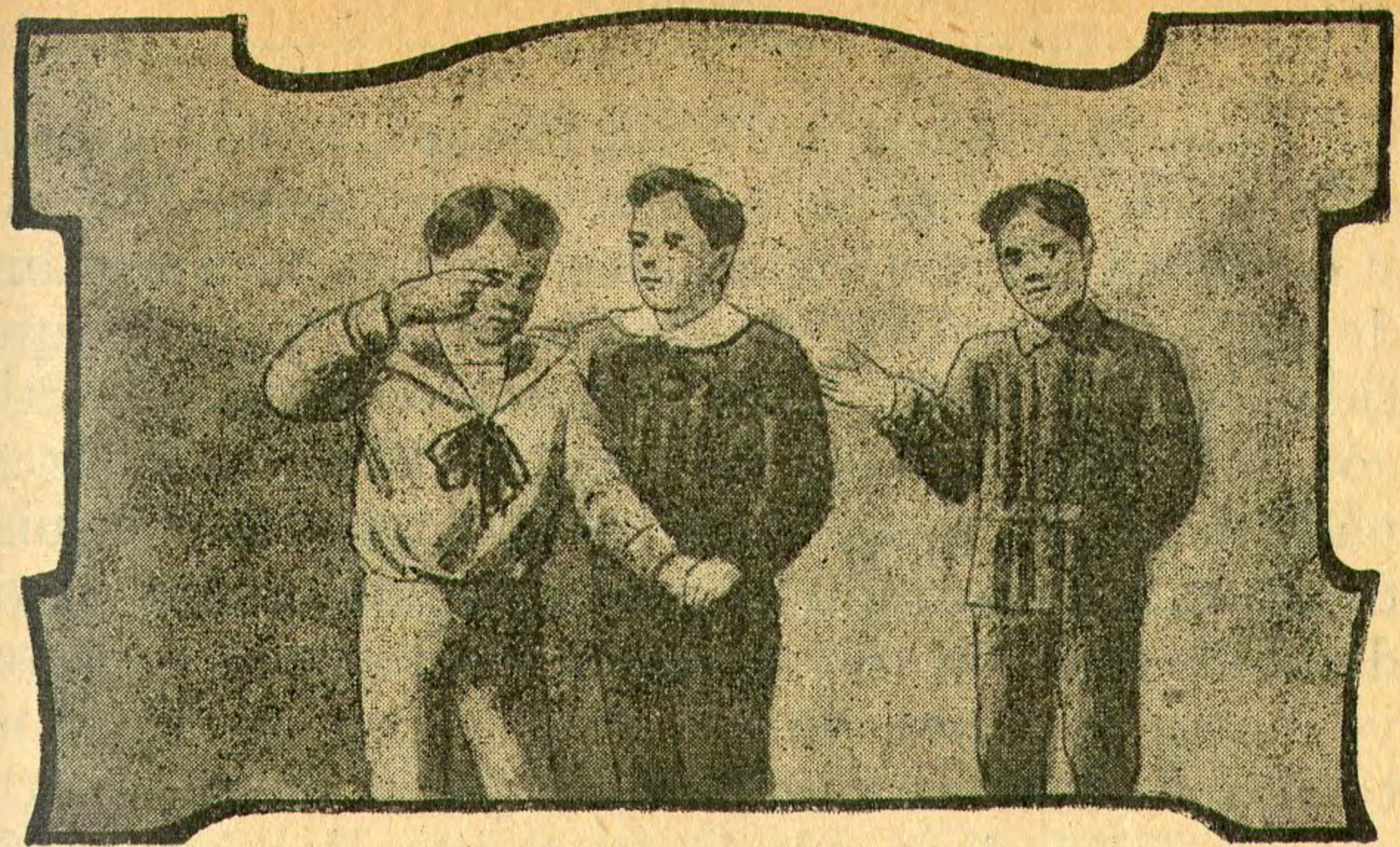
— Pero aun suponiendo—dijo mamá—que todos te juzguen sin pasión política y te ayuden como deben, en vez de hacerte oposición, ¿qué sucederá si desaciertas en algunos de tus actos?

— Esto es seguro, hija mía—le contestó papá.— Los hombres más competentes desaciertan, sin embargo, alguna vez, y las gentes se fijan más en un error que en cien aciertos. Para proceder en todo con tino y cordura se necesita especialísima protección de Dios. ¡Es tan difícil apreciar bien todas las circunstancias en cada asunto y prever a la vez las que traerá el porvenir! Por eso necesito que ustedes pidan por mí en sus oraciones. Pero si a pesar de todo errare yo alguna o algunas veces, lo que me importa ante Dios y mi conciencia es que ello no se deba a descuido de mis obligaciones, ni a maliciosa voluntad. Ante mis conciudadanos, ni esto me servirá de excusa. Veán, pues, que no tenemos motivos de enorgullecernos, sino, al contrario, de temblar y de redoblar nuestras súplicas a Dios.

— Entonces sería mejor que casi no hiciera nada como alcalde, papá—me atreví a decir.

— Tampoco, hijo mío; tampoco hay que llevar el temor de errar hasta la inacción y la debilidad. Eso sería otra falta de que, ya no sólo ante los hombres, sino ante Dios y mi conciencia, tendría que reconocerme culpado. Prefiero incurrir en aquella clase de faltas que sólo no excusan los hombres porque ellos no miran muchas veces la intención, sino el éxito solamente, al contrario de lo que hace Dios. En estos casos, el hombre debe tener resolución y energía para cumplir su deber, todo su deber, como lo entienda: con tal que proceda en conciencia, debe exponerse a errar antes que permitir, por vacilante y débil, que se propa-

que lo que juzgue malo o deje de hacer lo que crea bueno y necesario. La autoridad es el eje del organismo social; y como este organismo nunca se detiene, si lo hace el eje, todo se trastorna y revuelve.



## CAPÍTULO XLI

FANATISMO — HIPOCRESÍA — RELIGIOSIDAD

*(Religión y moral.)*

Me contabas anoche, hijo mío, que Paco Gil es muy afectuoso amigo tuyo, que te quiere, te busca y, como es inteligente y aplicado, te ayuda mucho en las tareas escolares; pero que es de espíritu burión, hábil para descubrir y señalar con agudeza los defectos ajenos, para poner apodos y para encontrar el lado ridículo de todas las cosas.

Me contaste también que, con motivo de haberme encargado de la alcaldía, Tomás procuró que le oyeses decir:

— ¡Ahora están los hipócritas de mandones!

Y que Paco Gil, que estaba a tu lado, te dijo:

— ¡No hagas caso! Tu padre es un hombre muy bueno, que bien merece estar de alcalde y a quien no se le puede llamar hipócrita, aunque sí es un poco fanático, pues te hace ir a misa y comulgar todos los días.

Tú me preguntaste qué diferencia hay entre hipócrita y fanático, y quiero repetirte por escrito mi respuesta.

Ante todo, te advierto que la amistad de Paco

dulce, puro, humilde, y te hará amar a todos los hombres con inmensa caridad...

¡Esto! Esto último es la diferencia entre la religiosidad y el fanatismo. El hombre religioso funda su virtud en el amor, que es siempre indulgente; el fanático, en el odio, que no sabe distinguir entre la culpa y el culpado. Aquél se reconoce como un pecador que se esfuerza por ser bueno. Éste se cree en posesión de la santidad. Aquél mira a los demás hombres como pecadores que pueden venir al redil. Éste como malvados a quienes hay que destruir sin misericordia. El uno es humilde, y ama. El otro es soberbio, y odia.

Nadie más perjudicial para la religión que el fanático, porque parece que procede de ella, que es fruto suyo legítimo, que es su más decidido defensor, cuando sólo es un creyente que no ha alcanzado a entrar en el espíritu de la religión (que es amor, caridad infinita), y que, por lo mismo, está siempre dispuesto a apelar a los medios violentos, a ella tan contrarios.

Los mahometanos son fanáticos por inspiración de su propia religión, que quiere imponerse a la fuerza, y por medio del alfanje se propagó en un principio. La Religión es convicción y amor; quien apela a otros medios para difundirla o defenderla, es un fanático, pero no inspirado por ella.

Conque, hijito mío, ya sabes la diferencia entre ser piadoso, hipócrita y fanático. Por supuesto que los impíos confunden voluntariamente estas tres cosas tan distintas y aun opuestas, porque el odio a la Religión les aconseja ocultar lo bueno que hay en ella con lo malo que a su sombra se practica. Sé tú piadoso: jamás hipócrita ni fanático. Pero cuando los impíos te den estos nombres, en vez del de piadoso u observante, acepta el injurioso calificativo, como que en él va envuelto el bueno!

Tu padre, SILVERIO



## CAPÍTULO XLII

### LA CANDELARIA

(Religión y moral.)

Febrero

Admira, hijito mío, la humildad con que la Virgen María fué al templo el 2 de febrero, a cumplir con el precepto que la ley imponía entonces a las madres de presentar allí sus primogénitos, cuarenta días después de nacidos, para ser consagrados al Señor, y de purificarse con una ofrenda de dos tórtolas o palomas.

¿No necesitaba el Divino Niño ser ofrecido, porque *ab aeterno* lo estaba y, sin embargo, fué puesto sobre el altar y rescatado con cinco ciclos; ni la purísima Virgen, preservada por Dios del pecado original y no manchada con ninguno propio, tenía de qué purificarse. Pero uno y otra quisieron darnos ejemplo de la humildad y respeto con que deben ser obedecidas las leyes que no se opongan a otras superiores.

El Santo Patriarca Simeón, iluminado por Dios, conoció que ese niño era el Salvador, y, tomándole en sus brazos, bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, sacarás en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa, porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado.

Al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz brillante que ilumine a los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel.»

Y luego dijo a María:

«Este Niño que ves está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción de los hombres; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma...»

Observa cómo estas profecías se cumplieron al pie de la letra, lo que no deja duda de que Jesús era el Salvador. ÉL fué y sigue siendo causa de ruina para quienes reniegan de su fe, y de resurrección para quienes la abrazan. Fué expuesto en la cruz a la vista de todos los pueblos, y desde allí ha iluminado al mundo. Hace dos mil años que los hombres discuten sobre su divinidad, aumentándose cada día el número de sus prosélitos; y todas las discusiones de los sabios y los políticos se reducen, en último análisis, a ese tema fundamental; es el blanco de la contradicción de los hombres...

La Iglesia celebra esta fiesta con los nombres de la *Presentación del Niño Dios* y la *Purificación de Nuestra Señora*. Se llama también la *Candelaria*, porque se hace una procesión con cirios o candelas.

En nuestro país es la época en que los campesinos queman los bosques derribados, para hacer en seguida las siembras, e invocan con amor a la Virgen de la Candelaria para que bendiga sus labores. Pídele tú también que bendiga las tuyas.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO XLIII

### PEREZA Y TRABAJO

(Educación cívica.)

Estás perezoso, hijo mío; hace días que lo vengo notando. Ya no estudias como antes, ni escribes en tu libro todas las noches. ¿Por qué no has vuelto a hablarme de la competencia? ¿No has sostenido ninguna en estos días? Menos grave sería que hubieses sido vencido, porque esto, a lo menos, indicaría que trabajas. ¿Por qué no me cuentas tus derrotas y los esfuerzos que haces para repararlas?

¡Bien lo sé! Porque de un mes a esta parte vienes descuidando tanto tus deberes, que has bajado al último puesto en la Legión de la Bandera. ¿Crees que no hablo con el maestro? Cada ocho o quince días lo hago para saber cómo vas y poderle ayudar en tu educación, pues si los padres dejamos esta tarea exclusivamente a los maestros, rara vez podrán realizarla ellos solos.

Sí, hijo mío. Estás perezoso, pero vas a corregirte desde hoy. No lo aplaces para mañana, pues los

vicios deben sacudirse de repente y con fuerza cuando empiezan a formarse y al punto en que de ello nos damos cuenta. Cada día que se deja pasar sólo sirve para que se arraiguen y sea más difícil vencerlos. Si eres un niño inteligente y de pundonor, te bastará que tu padre te advierta el mal para que lo evites. ¡Ea! ¡No vaciles!

Como te dije en mi primera carta, la actividad humana es una fuente que no cesa de manar. Cuando no se aplica ordenadamente, que es lo que se llama trabajo, ella se concentra en el corazón y pide placeres, o en la imaginación y fantasea desórdenes. Las facultades inactivas se atrofian, y las demás dominan de tal manera que desequilibran el obrar humano.

Huye de la pereza como del mayor enemigo del bien obrar. El perezoso no hace nada bueno, pero sí mucho mal, pues sólo con no hacer aquello queda esto hecho. Además, nunca es completa la pereza, a menos que proceda de enfermedad. El perezoso por vicio lo es para las cosas útiles y buenas, pero no para las malas. Observa a los vagos y ociosos: siempre están dispuestos para cualquier truhanería.

El estudio es el trabajo del niño. Si no te acostumbres a ejecutarlo con gusto y constancia, no servirás cuando seas hombre para el trabajo productivo. Y todos debemos ejecutar este trabajo; nos fué impuesto por Dios desde el principio de los tiempos; es el único medio de que prosperen el individuo, las familias y las naciones; es un intenso y sano placer del espíritu, hasta el punto de que más gratamente se descansa por lo común cambiando de ocupaciones que suspendiéndolas del todo; aparta las ocasiones de pecar y produce salud y alegría.

No pienses que el trabajo es sólo para los pobres. ¿Por qué ha de privarse el rico de un medio

de conservar su riqueza, acrecentar sus virtudes, propender a la prosperidad de la patria y proporcionarse la noble satisfacción de ser útil? El rico (y el que, sin serlo, no necesita para vivir sino lo poco que tenga) debe trabajar, porque el trabajo es un acto bueno.

En cuanto al fin con que trabajen, cristiano será que lo hagan para reemplazar a tantos infelices que no pueden hacerlo. ¡Qué cosa más bella que ver a un rico afanado en producir para llevar un pan a los hogares pobres! Así los monjes y frailes trabajan. Tú has visto los talleres de los Salesianos, en donde se trabaja con el empeño del más acucioso empresario. ¿Para qué? ¿Para acopiar dinero? Has visto que es para poder recoger cada día más y más niños pobres, educarlos, vestirlos y alimentarlos.

Es el espíritu humilde y caritativo del cristianismo el que hace que unos trabajemos para otros. La soberbia ha querido imitarle, pero sólo ha producido un monstruo: el *comunismo*, que en cierta forma se llama *socialismo*. Quiere que no haya ricos, que el producto de todo trabajo no sea para el que lo hace, sino para todos; que la sociedad reparta el trabajo y sus frutos. Esto es contrario a la naturaleza humana. Aquí se ve cómo el cristianismo, con ser una virtud sobrenatural, lejos de oponerse a la naturaleza, la toma tal cual es, la deja seguir por sus propias tendencias, y luego la eleva a virtudes heroicas, pero armónicas con ella; mientras que la soberbia de lo que se llama *naturalismo* pretende ciegamente cosas contrarias a la naturaleza misma. El problema de la pobreza no sabe resolverlo sino el cristianismo, inspirando el trabajo de unos en favor de otros.

Cosa triste es que el hombre se consagre al trabajo productivo por codicia, olvidando otras nobles ocupaciones de la actividad humana y los be-

néficos empleos que puede y debe dar a sus ganancias. Cosa triste y reprehensible que se convierta en máquina de producir dinero. Verdadero pecado contra el Espíritu Santo si pretende *asegurar* el porvenir de hijos y nietos, como si cada uno de ellos no debiese tener, por ley natural, su parte de fatiga en la vida, y como si el padre pudiese reemplazar a la Providencia. Pero en todo esto hay un abuso de una cosa lícita y buena en sí, como es el derecho al producto del trabajo, mientras que el comunismo y el socialismo son la cuasa del perezoso contra el que trabaja; y también la causa de los infelices, pero de los infelices soberbios, que quieren se les dé por fuerza lo que gustosos les damos por caridad, como cristianos.

La pereza lleva al hombre a aceptar esas teorías dissociadoras, y a lo mismo conduce la desgracia no soportada con humildad y espíritu cristiano. El trabajo, aunque puede encender la codicia, conduce de suyo a la satisfacción de las propias y las ajenas necesidades. Es el purificador y el consolador del orden natural, y por él nos acercamos a Cristo, Purificador, y al Espíritu Santo, Consolador, en el orden sobrenatural.

Ponte a su sombra desde niño.

Tu padre, SILVERIO



## CAPÍTULO XLIV

### POESÍAS VARIAS

(Literatura.)

¡Tiene razón mi padre querido! Confieso que de un mes a esta parte no trabajo con la actividad que antes, y he bajado al ínfimo puesto en la Legión de la Bandera. Pero no es sólo pereza, sino que estoy cansado, a pesar de las vacaciones de navidad. Sin embargo, como es poco lo que falta para terminar el año escolar, me esforzaré por volver a trabajar como antes, y empiezo hoy por copiar los modelos de poesía que nos ha dado últimamente el maestro y que por pereza no había escrito aquí.

## ÉXTASIS

(DE VÍCTOR HUGO)

A la orilla del mar yo estaba solo.  
Era una noche espléndida de estrellas:  
Bajo el límpido cielo ni una nube,  
Sobre la mar dormida ni una vela.

Mis ojos insaciables traspasaban  
De ese horizonte vago las barreras,  
Y todo el universo, el monte, el valle,  
Las florestas oscuras, la alta peña,  
En confuso murmurio parecían  
Interrogar a la celeste esfera,  
A la apacible lumbre y a las ondas  
Que abraza en su confín la mar inmensa.  
La innumerable armada desparecida  
De temblorosas, nítidas estrellas  
«¡Es el Señor!» humildes murmuraban,  
Bajo la viva luz de sus diademas;  
Y las azules ondas, perturbando  
El solemne silencio de la tierra,  
En lánguido *crescendo* respondían,  
Jugando con la espuma de sus crestas:  
«¡Es Dios! ¡El Señor Dios! En las alturas  
Gloria al que al mar con su poder sujeta!»

JOSÉ IGNACIO TRUJILLO

## AURES

De peñón en peñón, turbias saltando  
Las aguas de Aures descender se ven;  
La roca de granito socavado  
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de la orilla  
Temblorosos condensan el vapor,  
Y en sus columpios trémulas vacilan  
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,  
Entretejido, el verde carrizal,  
Como de un cofre en el obscuro fondo  
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda  
Forman grutas do no penetra el sol,  
Como el toldo de mimbres y de palmas  
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra ¡cuántas veces  
Vi mi casa a lo lejos blanquear,  
Paloma oculta entre el ramaje verde,  
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba  
El humo tenue en espiral azul....  
La dicha que forjaba entonces el alma  
Fresca la guarda la memoria aun.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,  
Correr los años de mi infancia vi;  
Los poblé de ilusiones cuando joven,  
Y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...  
¡Basta! Las penas tienen su pudor,  
Y nombres hay que nunca se pronuncian  
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta  
Blancoazulado el humo del hogar...  
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,  
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja  
Ve de la tarde a la rosada luz  
La amarilla vereda que serpea  
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan  
Al pasado su mágico color:  
Al través de las lluvias son más bellas  
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,  
Visiones de placer, sueños de amor,  
Herencia de mis padres, hondo río,  
Casita blanca... y esperanza, ¡adiós!

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

¿CUÁL?

(DE LONGFELLOW)

¿Cuál ha de ser, cuál ha de ser, Dios mío?  
Yo al esposo miré y él me miró;  
Querido Juan, que me ama todavía  
Con la misma ternura que aquel día  
En que el cielo bendijo nuestra unión.

Ambos mudos estábamos; yo quise  
Ese triste silencio interrumpir,  
Y en voz muy baja y trémula le dije:  
— Repite lo que ofrece y lo que exige  
En su carta Roberto. — Dice así:

Y Juan leyó: «De vuestros siete hijos  
Dadme uno para siempre, el que escojáis,  
Y yo, en cambio, os daré tierras y casa;  
Tendréis fortuna y bienestar sin tasa,  
Y el hambre ahuyentaréis de vuestro hogar.»

Torné a mirar a Juan: en su vestido  
Vi la pobreza; en su semblante vi  
Las huellas del insomnio y la fatiga  
Del trabajo tenaz, que yo, su amiga,  
A mi pesar, no puedo compartir.

Y pensé en nuestros hijos; ¡ay, son tantos!  
¡Siete que mantener y que educar!  
Luego exclamé con aparente calma:  
— Mientras durmiendo están, ¡hijos del alma!  
Ven y escojamos al que se ha de dar.

Con paso lento, asidos de la mano,  
La penosa revista al comenzar,  
Llegamos a la cuna de María;  
¡Oh, cuán hermosa estaba! Parecía  
Una rosa entre lirios y azahar.

El pobre padre quiso acariciarla  
Y con su tosca mano la tocó.  
Ella hizo un ligero movimiento,  
Él retiró la mano, y con acento  
Que nunca olvidaré, dijo: — ¡Ésta no!

Fuimos a una camita donde juntos  
Formaban dos un grupo encantador;  
¡Tan lindos, tan pequeños, tan queridos!  
¡Y cómo cuando están así dormidos,  
Inspiran más ternura y compasión!

Una lágrima vi que humedecía  
La rosada mejilla de Julián;  
La enjuagué con un beso de ternura,  
Y dije: — El pobre es una criatura;  
A éste tampoco lo podemos dar.

Allí está Luis; su pálido semblante  
Aun en medio del ensueño deja ver  
Las huellas del dolor; ¡padece tanto,  
Que a veces me pregunta con espanto  
Si mi suerte será llorar por él!

Por largo espacio, con los ojos húmedos  
Mirándolo estuvimos; Juan, al fin,  
Dijo, sintiendo como yo sentía:

— A éste nunca jamás lo entregaría,  
Ni por un mundo, ni por mundos mil!

Allí Pepillo está: ¡muchacho malo!  
Nunca sumiso, siempre en rebelión,  
No me deja un momento de reposo:  
¡Es tan inquieto, altivo y caprichoso,  
Tan díscolo y travieso el picarón!

— ¡Pobrecito!, para este sacrificio  
¿Le tocará la suerte al infeliz?  
— ¡Oh, nunca!, dijo el padre con ternura;  
Que sólo de una madre la dulzura  
Lo puede soportar y corregir.

Al lado de la cama de Eloísa  
Caímos de rodillas Juan y yo;  
¡Hija del alma, la queremos tanto!  
Es nuestro orgullo y del hogar encanto  
Por su bondad, su gracia y su candor.

Mi corazón latía con violencia  
Cuando dije temblando: — A ella quizá  
Para su educación... le convendría...  
Mas Juan me interrumpió con energía:  
— ¡Calla, calla, por Dios! ¡Ésta, jamás!

Sólo falta Tomás, el mayorcito:  
¡Tan sincero, tan noble, tan leal!  
Es el vivo retrato de su padre:  
— A éste, exclamé, del lado de la madre  
Nadie del mundo lo podrá arrancar!

— ¡A ninguno! exclamamos en concierto;  
— ¡A ninguno, a ninguno!, repetimos  
Con expresión de gozo indefinible;  
Y luego le escribimos

En términos corteses a Roberto,  
Que aceptar su propuesta era imposible.

Después de aquel momento  
Sentimos más valor, más energía,  
Y sostenemos con mayor aliento  
El rudo trabajar de cada día.

Verdad es que ganamos el sustento  
Con afanes prolijos:  
Empero en el hogar reina el contento  
Y no falta ninguno de los hijos.

Si la miseria alguna vez alcanza  
A llegar al umbral de nuestra puerta,  
No la ha de hallar abierta,  
Porque tenemos puesta la esperanza

En Aquél, que de todos es consuelo,  
Y con los ojos en la tierra fijos,  
A los pobres protege desde el cielo  
Y el pan les da para sus tiernos hijos.

CÉSAR CONTO

## EN LA CRUZ

Dicen que cuando Cristo agonizaba,  
Llegó del Occidente,  
En medio de las auras vespertinas,  
A posarse en la cruz ensangrentada,  
Un enjambre de errantes golondrinas.

Y cuando el populacho enfurecido  
Colmó al mártir de escarnios y salivas  
Y el sol horrorizado  
Cerró los ojos y enlutó sus galas,  
Las aves compasivas,  
En torno al moribundo revolando,  
De sus sienas divinas

Sacaban con los picos las espinas  
Y enjugaban la sangre con las alas.

En memoria de aquello, desde entonces  
Cuando en cruz de dolores  
Clava la humanidad, ingrata siempre,  
A los que por su bien son luchadores,  
El Mártir del Calvario les envía  
Consuelos y esperanzas,  
Cual bandada fugaz de golondrinas,  
A arrancarles del alma las espinas.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

### LA NOCHE

.....  
En fácil cantinela  
Melancólico adiós al sol envía  
El ave, y rauda vuela  
Al dulce nido, y pía  
Lleva el sustento de la tierna cría.

El grave, majestuoso  
Toque de la oración da la campana;  
El eco sonoro  
Vibra en cumbre lejana,  
Y se hace oír en la conciencia humana.

Y bajo el techo amado  
Del pacífico hogar se aviva el fuego;  
El niño, ya cansado  
Del bullicioso juego,  
Busca el regazo y se adormece luego.

El campo vierte aromas  
Y en el aire el olor se desparrama;  
Sobre las verdes lomas  
Rastrera se derrama,  
Alegrando la vista inquieta llama.

Por la tendida vega  
Resbala lento y murmurando el río;  
En hoja que se pliega,  
Por prado y bosque umbrío,  
Cuaja efímeras perlas el rocío.

.....  
¡Oh! todo, todo encumbra  
A serena mansión el pensamiento:  
Los ecos, la penumbra,  
La niebla, el firmamento...  
¡He aquí la paz, aquí el recogimiento!

Dios, en el cielo;  
Dios, en todo patente o reflejado;  
Se mira lo infinito  
En lo inmenso enmarcado,  
Si se copia en la mar cielo estrellado.

Este es el gran momento  
Cuando al Señor el universo adora:  
En la caverna, el viento;  
Muda el ave canora;  
¡Prostérnate mortal: medita y ora!

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ

### A ESPAÑA

Dejad que bogue y siga la galera  
Bajo la tempestad, sobre la ola:  
Va con rumbo a una atlántida española  
En donde el porvenir calla y espera.

No se aplaque el rencor ni el odio muera  
Ante el pendón que el bárbaro enarbola:  
Si un día la justicia estuvo sola,  
Lo sentirá la humanidad entera.

¡Y siga entre las olas espumantes,  
Y bogue la galera que ya ha visto  
Cómo son las tormentas de inconstantes!

¡Esté la raza en pie y el brazo listo,  
Que va en el barco el Capitán Cervantes  
Y arriba flota el pabellón de CRISTO!

RUBÉN DARÍO

### COLOMBIA

Colombia es una tierra de leones,  
El esplendor del cielo es su oriflama;  
Tiene un trueno perenne: el Tequendama,  
Y un olimpo divino: sus canciones.

Siempre serán soberbios sus pendones  
Bajo la gloria que a la gloria inflama;  
Siempre será la patria que derrama  
La savia de los grandes corazones.

En sus historias nobles y triunfales  
Resplandecen egregios paladines,  
Coronados de lauros fraternales.

Y se oyen en sus campos y confines  
Boyacá y sus tambores inmortales,  
El Santuario y sus épicos clarines.

RUBÉN DARÍO

### MI BANDERA

Por el espacio diáfano bates el ala  
Como un ave de ensueños y de alegría,  
¡Bandera de la patria, bandera mía!  
A cuya sombra el libre su vida exhala.

Si cabalga en los vientos la melodía  
De los himnos triunfales, vistas de gala,  
Y entonces, ¡oh bandera, bandera mía!  
Por el espacio diáfano bates el ala.

Tu tricolor encarna muchos cariños...  
Tu azul brilla en los ojos de aquellos niños  
Que mi hogar iluminan con risas locas.

Tus oros me recuerdan su cabellera,  
Y es tan rojo tu rojo como sus bocas  
Cuando gritan: «¡Que viva nuestra bandera!»

JULIO VIVES GUERRA

### A COLOMBIA

.... Que parece llevar en sus entrañas  
La inagotable juventud del mundo.

OLEGARIO V. ANDRADE

Presiento tu grandeza del futuro,  
Como en la noche el labrador presiente  
El santo despertar de la simiente  
Y el grano de oro del trigal maduro.

Fué tu brazo, al vencer, noble y seguro.  
Vibra tu verbo como brasa ardiente,  
Y no vieron los hombres en tu frente  
Lauro mezquino ni esplendor impuro.

Acendraste dolor; y, pensativa,  
Desamando los bélicos blasones,  
Ciñes corona de preclara oliva;

Y en dulce paz tu corazón profundo  
Paréceles mostrar a las naciones  
La inagotable juventud del mundo.

MAX. GRILLO



## CAPÍTULO XLV

## PASEO GENERAL — JUEGOS GIMNÁSTICOS

(Arte de educar.)

Mucho nos divertimos en el paseo general de este mes. Fuimos a una explanada muy linda que hay cerca del río, cubierta de prado y sombreada por árboles corpulentos. Después de corretear, jugar, bañarnos y almorzar, nos dijo el maestro:

— Vamos a jugar al *pichón vuela*.

— ¿Cómo es? ¿Cómo es? — preguntamos todos.

Entonces el maestro nos hizo formar un gran círculo, y, colocándose él en el centro, nos dijo:

— Cada vez que yo nombre un animal u objeto cualquiera, agregándole la palabra *vuela*, daré un salto. Ustedes lo darán también si nombro una ave; si no, deben quedarse quietos. Los que se equivoquen sufrirán una penitencia, que les diré cuál es, si llega el caso.

Y empezó el juego. El maestro gritó:

— ¡El canario vuela!

Todos saltamos, e hicimos lo mismo a las siguientes voces:

— ¡La gallina vuela! ¡El pichón vuela! ¡El loro vuela!

Pero en seguida dijo el maestro:

— ¡El canasto vuela!

Y entonces algunos se quedaron quietos, pero muchos saltamos. A éstos nos dijo el maestro:

— En penitencia, ustedes deben saltar en lo sucesivo cada vez que yo nombre un objeto que no vuela; y si nombro un ave, deben hacer una reverencia hasta tocar el suelo con la punta de los dedos.

La diversidad de movimientos y las continuas equivocaciones nos hicieron estallar al fin en una risa general, que puso término al entretenido juego.

— Ahora — dijo el maestro — voy a enseñarles a jugar al *marro*.

Con una estaca hizo trazar en la explanada dos líneas paralelas, a unos cincuenta metros de distancia una de otra; tras de cada una puso la mitad de los niños y designó a Enrique para jefe de uno de los bandos y a Jorge para el otro. Entonces nos explicó el juego, y cuando lo entendimos empezó la partida.

Enrique avanzó hasta ponerse a tres metros del campo opuesto, y gritó:

— ¡Carlos!

Éste salió corriendo sobre Enrique, quien huyó haciendo *marros* o *zigs-zags* para evitar ser tocado siquiera, con lo cual quedaría prisionero. Pero al salir Carlos gritó:

— ¡Manuel!

Y éste se vino sobre él gritando:

— ¡León!

Quien voló a tocar a Manuel, desafiando en alta voz a otro de los adversarios suyos.

Y así entramos todos rápidamente en el juego, cuidando cada cual de tocar a su desafiador, sin

dejarse alcanzar de su adversario. Los que eran tocados pasaban al campo enemigo, y allí permanecían con los brazos extendidos hacia el suyo, hasta el fin del juego, en el cual triunfa el bando a que pertenece el último *tocador* que no ha sido tocado por nadie.

Después de descansar un rato, jugamos al *gavilán y las palomas*.

El maestro nos designó a León, a Guillermo, a Gabriel y a mí para *gavilanes*, y ocupamos el campo comprendido entre las rayas. Todos los demás niños se situaron al frente de uno de éstos, y su propósito era pasar por el campo intermedio, sin ser tocados por nosotros, hasta más allá de la otra raya. Entonces gritamos: ¡*A la caza!* Todos corrieron al campo intermedio, y nosotros a tocarlos para convertirlos en prisioneros. Los que por miedo de ser tocados no pasaron al campo intermedio, quedaron de hecho prisioneros. Cada vez que se reunían cuatro prisioneros, se daban las manos para formar una *cadena auxiliadora*, la cual pasaba al campo intermedio a coger prisioneros; pero de estas cadenas sólo podían coger a los niños los que ocupaban los dos extremos. Los cogidos se agregaban a ella.

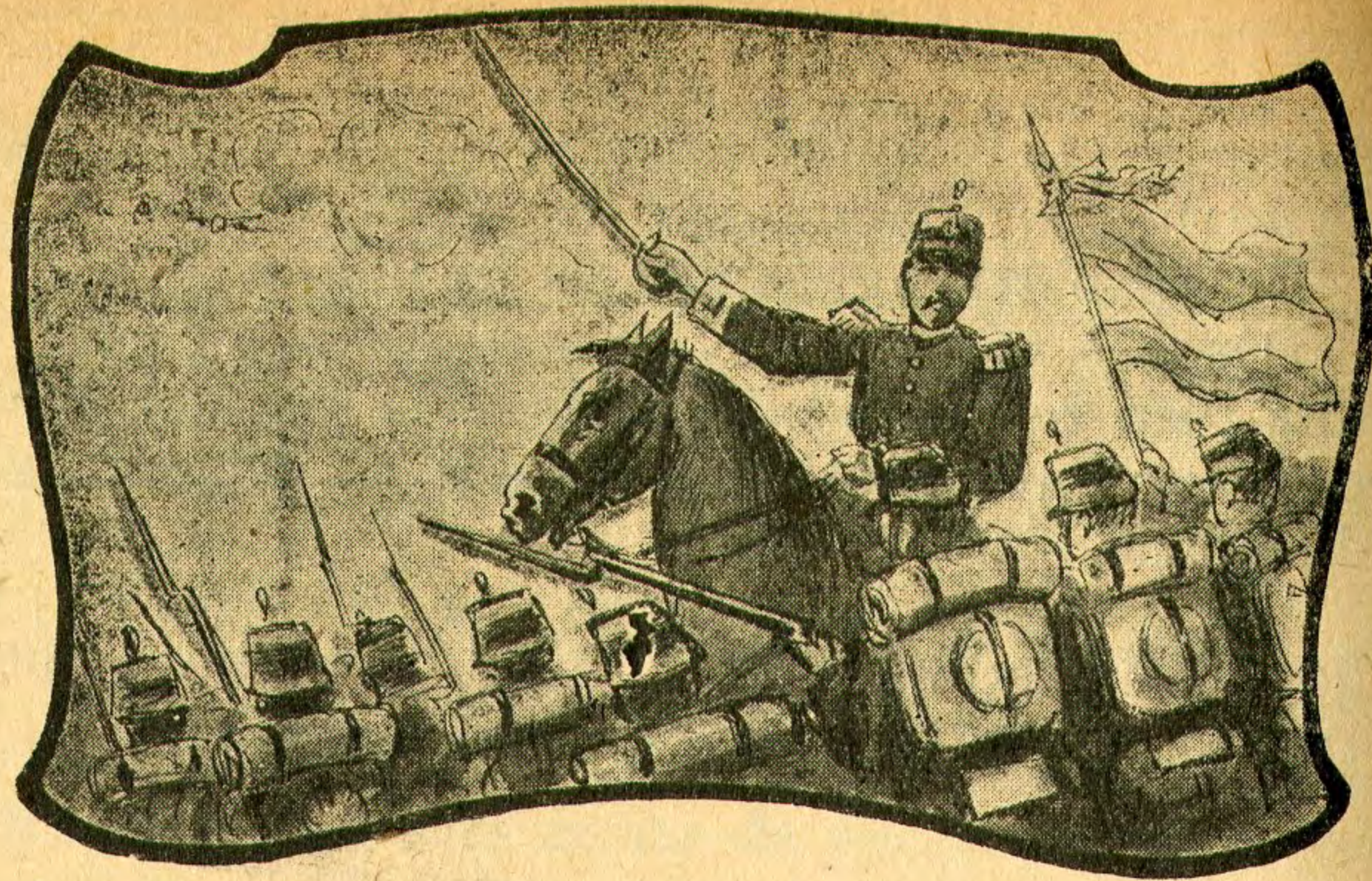
Los niños sueltos, o *palomas*, tenían por jefe a Jorge. Para evitar el ser apresados podían romper las cadenas, con tal que no se dejasen tocar de los extremos, y los niños del centro de la cadena no debían oponerles resistencia si lograban llegar a ellos sin ser tocados. Rota la cadena, no podía volver a unirse; y cuando algún trozo de ella quedaba reducida a dos o tres niños, éstos pasaban como libres a su campo primitivo. Había de ganar el grupo de las *palomas* si conseguía formar un círculo alrededor de los *gavilanes*, antes de que éstos tuviesen una cadena de prisioneros, o si lograba rescatar las dos terceras partes de éstos, y los *ga-*

*vilanes*, cuando hubiésemos apresado y convertido en *auxiliares* igual número de cazadores.

En esa partida ganamos los *gavilanes*.

Después nos entretuvimos en arrojar piedras a una roca vecina, situándonos cada vez más lejos, para ver quiénes atinábamos a darle desde mayor distancia.

Fué un paseo delicioso, en que esta clase de juegos nos entretuvo mucho. Cuando volvimos a nuestras casas, estábamos rendidos de cansancio.



## CAPÍTULO XLVI

## LA BATALLA DE TARQUI

(Historia.)

Nos dijo el maestro que el 27 es aniversario de la batalla de Tarqui, una de las grandes glorias de Colombia, y nos contó muchas cosas a ella relativas. Luego nos ordenó escribirlas, con expresión de los sentimientos que nos inspirasen. Nos dió ocho días para hacer esa composición y entregársela, y él ha empleado varios en el examen y la calificación.

La de León Pérez ganó el primer puesto. Con razón, pues León no olvidó nada de lo que nos refirió el maestro, y la escribió con mucho entusiasmo y belleza. Dice el maestro que la de Jorge merece el segundo puesto, principalmente porque hace resaltar muy bien la magnanimidad y modestia de Sucre. La mía obtuvo el tercero, y como esto me ha causado un gran placer, voy a dejar copia de ella en este librito:

Dice así:

«Al mando de Bolívar y Sucre, un ejército co-

lombiano pasó al Perú en 1823 para ayudar a la independencia de ese país, y la aseguró con las victorias de Junín y Ayacucho, alcanzadas en 1824. El Perú se mostró muy agradecido de Colombia, y dió el mando supremo a Bolívar. Sucre fué nombrado Presidente de Bolivia, país que quedó libre también a consecuencia de aquellas victorias. Pero el Libertador tuvo que venirse a Colombia en 1826, e inmediatamente empezó el Perú a trabajar por apoderarse del territorio meridional de Colombia, que hoy forma la República del Ecuador. ¡Escandalosa muestra de ingratitud!

Era Presidente del Perú el Mariscal Lamar, nacido en Guayaquil; y, como para ejercer tan alto empleo se requería ser peruano de nacimiento, quiso que Guayaquil y todo lo que es hoy el Ecuador pertenecieran al Perú: así podría decir que era peruano de nacimiento.

Para lograr sus fines, el Gobierno del Perú devolvió a Colombia la 3.<sup>a</sup> División del ejército que habíamos enviado a libertarlo, pero poniéndola al mando de traidores, que con ella ocuparon a Guayaquil en nombre del Perú. Sin embargo, el general Flórez recuperó muy pronto esta ciudad, y la 3.<sup>a</sup> División se sometió a la obediencia debida a los jefes leales de Colombia.

Prosiguiendo el Perú en su propósito, vió que necesitaba sacar a Sucre del gobierno de Bolivia, porque este gran colombiano le atacaría por el sur cuando él se viniese al norte a arrebatarnos por la fuerza esas provincias. Para conseguirlo, promovió desavenencias en Bolivia, a consecuencia de las cuales Sucre renunció al mando y se vino a Quito. Pero, si con esto se libró el Perú de que Bolivia nos ayudase a defendernos de su ataque, nos hizo venir un general que por sí solo valía más que un ejército: el vencedor en Pichincha y Ayacucho, el táctico más hábil de los guerreros de la Inde-

pendencia, el más querido y respetado del ejército después de Bolívar.

A la vez fomentaba el Perú la guerra civil en Colombia y avanzaba sobre la frontera un ejército de más de 8.000 hombres.

Deseando nuestro Gobierno evitar esta guerra vergonzosa e inexplicable entre dos pueblos hermanos, envió un comisionado a tratar de asegurar la paz, pero el Perú no quiso recibirle. Entonces nombró el Libertador al mariscal Sucre jefe del ejército de 4.000 hombres que teníamos en el sur. Al encargarse del mando, Sucre dió una proclama en que decía a los soldados que era necesaria una paz honrosa o una victoria espléndida: «La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas.»

Fuerzas del Perú atacaron a Guayaquil, que contaba con muy reducida guarnición, y lo ocuparon.

Sucre instó de nuevo a Lamar (que con su ejército había pisado ya territorio colombiano y ocupado la provincia de Loja) para que buscasen un avenimiento; pero Lamar no convino en nada, porque quizás creía que le era fácil apoderarse del Ecuador con el numeroso ejército que tenía, bien provisto de todo lo necesario, mientras que el nuestro era la mitad del suyo, y sólo era rico en glorias y valor.

Durante las conferencias, Lamar hizo que parte de sus fuerzas ocuparan a Cuenca, como para envolver a Sucre. ¡Conducta desleal! La poca fuerza que allí había se batió valerosamente, pero tuvo que rendirse. Poco después envió Sucre, de noche, un destacamento a dar una sorpresa al enemigo, en el puente de Saraguro: ésta se realizó con tanto éxito, que el enemigo se llenó de pánico y huyó dejando en nuestro poder muchos prisioneros y elementos de guerra.

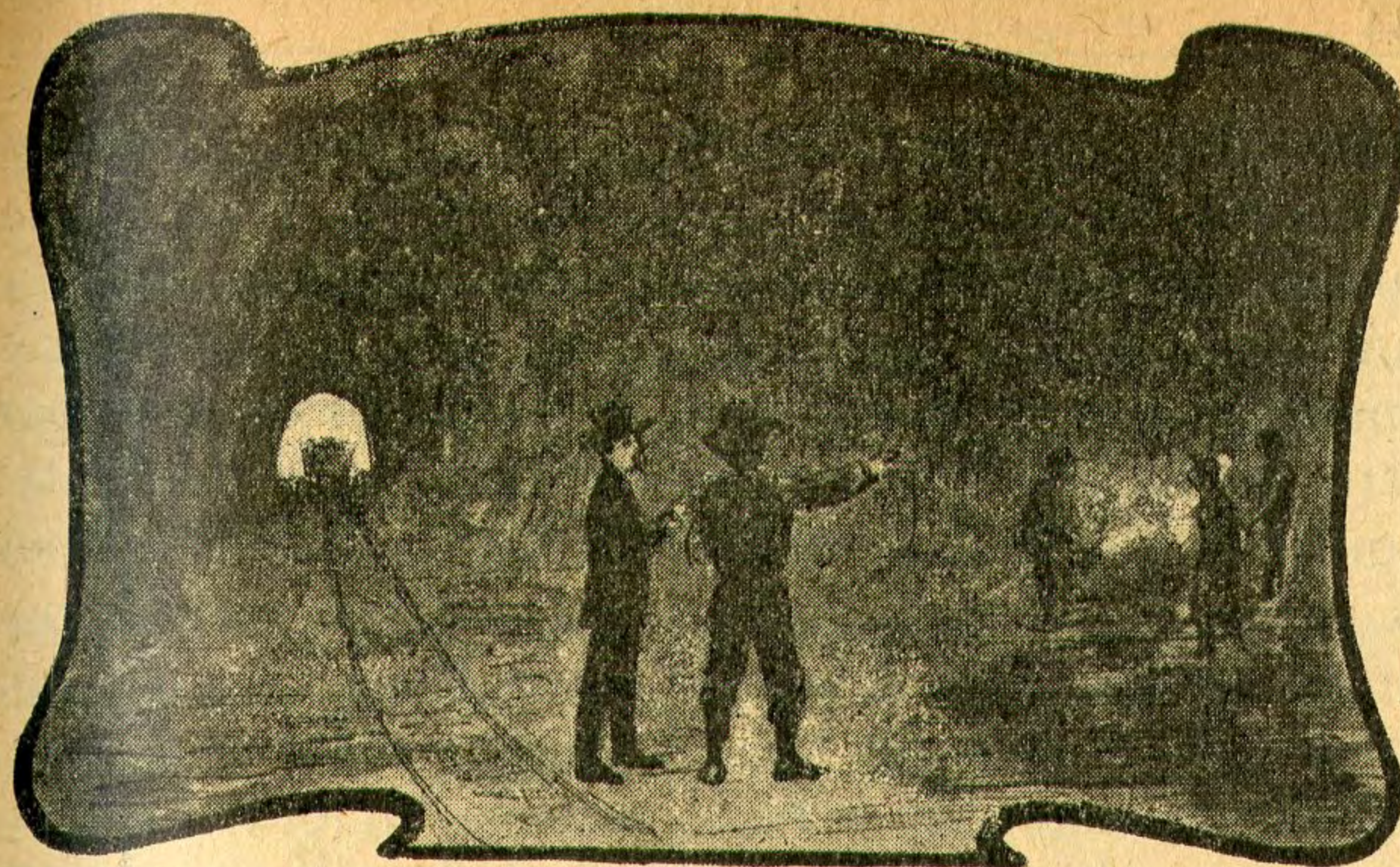
En seguida quiso Sucre atacar una fuerza ene-

miga que estaba en Girón, pero una fuerte lluvia no le dejó llegar oportunamente a ese punto, y acampó en la llanura de Tarqui. La fuerza de Girón avanzó a su encuentro y se situó en unos fragosos desfiladeros que están al sur de la llanura y que se conocen con el nombre de Portete de Tarqui. Cualquiera hubiera creído imposible vencerla en esta posición; pero Sucre no vaciló en atacarla allí, y al amanecer del siguiente día, 27 de febrero de 1829, hizo romper los fuegos. Sus soldados subían por las breñas como un torrente enfurecido, y casi tenían ya derrotado al enemigo, cuando llega Lamar con el resto del ejército peruano y restablece con ventaja el combate. Varias horas se lucha con denuedo de una y otra parte; pero, al fin, el enemigo, después de resistir valerosamente hasta perder gran número de soldados y elementos, ceja y se declara en derrota.

Para conmemorar esta gran victoria ordenó Sucre que se levantara allí una columna de jaspe con esta inscripción: «El ejército peruano de 8.000 soldados que invadió la tierra de sus libertadores, fué vencido por 4.000 bravos de Colombia el 27 de febrero de 1829». Pero en seguida, obedeciendo a los impulsos de su corazón generoso, y pensando tal vez que esto contribuiría a fomentar odios entre pueblos vecinos y hermanos, abandonó ese propósito y ofreció una capitulación tan ventajosa al mariscal Lamar, que en Colombia se le censuró el exceso de generosidad que usó con el vencido. Él sabía vencer, pero no humillar.

Debemos recordar con patriótico orgullo esta campaña tan corta como gloriosa. Aunque ofendida por la más negra ingratitud y el más infundado ataque a sus derechos, Colombia agotó los medios de conciliación para evitar esa guerra; pero, llegado el momento del combate, el valor, el arrojo, la pericia de sus hijos fueron tan grandes como su

magnanimidad antes y después de la victoria. De modo que debemos gloriarnos en el recuerdo de esa lucha, porque en ella vencimos al primer extranjero que invadió nuestro suelo y porque fué ocasión de que desplegásemos virtudes de prudencia, energía y generosidad, y ello debe servirnos de ejemplo para lo sucesivo.»



## CAPÍTULO XLVII

### SALINAS DE ZIPAQUIRÁ.

(Geografía.)

Marzo.

El excelente y simpático don Pedro nos visita casi todas las noches. Como a mí me han interesado las relaciones de viajes que nos ha hecho algunas veces, con frecuencia le pido otras nuevas.

— Don Pedro—le dije anoche—: cuando estuvo usted en Bogotá, ¿no visitó las salinas de Zipaquirá y Nemocón?

—Viseté la de Zipaquirá—me contestó—. La de Nemocón no se explotaba entonces. Y visité también las minas de esmeraldas de Muzo. Con mucho gusto voy a darte algunas noticias de esas dos grandes riquezas nacionales, pues veo que te complaces en oír mis pesadas relaciones.

Tomé en Bogotá el tren del norte, que partió a las ocho de la mañana y llegó a Zipaquirá minutos antes de las diez. Son 46 kilómetros, que pueden correrse también por la espléndida carretera que enlaza a Cundinamarca, Boyacá y Santander. Hacia la tercera parte de la vía, el tren alcanza las

orillas del río Bogotá en el punto en que el virrey Ezpeleta construyó el gran *Puente del Común*, de mampostería, con arcos y terraplenes a lado y lado, que dan a la obra un aspecto imponente y una gran longitud. El tren no pasa por él, sino por otro de hierro, construido un poco más adelante, donde el río se desarrolla con tanta dificultad por la falta de pendiente, que en muchas partes podrían unirse diversos trayectos de su cauce por medio de cortes de tres o cuatro metros de longitud únicamente; pero si esto se hiciera, inundaría gran extensión de tierra, que de allí en adelante es de primera calidad.

Llegamos a Cajicá, graciosa población cuyos alrededores están divididos en pequeñísimas porciones entre sus vecinos y muy bien cultivadas con plantaciones de trigo, maíz, arvejas y papas, y en seguida entramos en la hermosa región que domina Zipaquirá, compuesta de inmensas praderas de un verde intenso, muy nutritivas y tan cargadas de sal, que allí no se les da esta substancia a los ganados. A trechos las praderas se ven interrumpidas por campos de cultivo, y por todas partes se levantan frondosas hileras de eucaliptus. Es una de las regiones más bellas que conozco en el país.

Zipaquirá se recuesta al pie de la serranía que cierra la Sabana por el occidente, y alcanza a subir sus calles por la falda de la colina, verde y llena de casitas, que encierra en su seno el gran depósito de sal gema que tanta riqueza representa.

Subí a pie hasta el punto en que se encuentra la entrada de los socavones. Hay allí varias casas del Gobierno, que siempre están llenas de sal *vijua*, o sea mezclada con tierra, tal como se extrae de la mina, y de compradores con sus recuas y carros tirados por bueyes.

Uno de los empleados, sin desatender las ventas que estaba haciendo, ni la pesada de sal en enormes

básculas, ordenó a otro que me atendiese y me facilitase la visita que quería hacer a la salina. En efecto, el agente me hizo esperar la salida de un carro cargado de sal; cuando éste llegó y fué descargado, el agente extendió sobre él unos costales, y allí nos sentamos.

Un peón impulsó el carro hacia adentro, y éste se deslizó así lentamente sobre los rieles. El peón lo siguió a pie, impulsándolo a mano, y pronto la obscuridad del socavón me impidió ver hasta las paredes del mismo, y empecé a sentir dificultad para respirar, por la escasez de aire. Poco a poco mis ojos se acomodaron a recoger los débiles rayos de luz que allí había, y entonces vi que las paredes del socavón, unidas arriba por gruesos maderos, lo eran más adelante por la sola roca de sal, que forma bóvedas caprichosas e irregulares. Las paredes se ven cada vez más y más apartadas, de modo que marchábamos por en medio de inmensos salones, oscuros e imponentes.

Como a medio kilómetro de la entrada termina la vía de rieles. Allí nos bajamos y seguimos la marcha a pie. Del socavón principal se desprenden otros nueve, que en la época de la federación recibieron, y aun conservan, los nombres de los nueve Estados en que se dividía entonces la República.

Siguiendo los pasos de mi guía, con temor de tropezar y caer en grandes pozos de agua salada que se forman a lado y lado del camino, a profundidades que en esa obscuridad aterran, subía y bajaba yo hacia el interior del cerro, por uno de los nueve socavones. Por él se difundía de repente el estruendo de algún taco de pólvora que reventaba, y de continuo el chirriar de los carros y carretillas, los golpes de pica y las voces de los trabajadores que aun no veía yo.

Al fin descubrí algo como un altar inmenso: era la pared que cerraba el socavón y sobre la cual

habían fijado multitud de velas de sebo para alumbrar el trabajo. A la distancia se veían los obreros entre esas luces como hormigas o moscas sobre la pared. Me acerqué y contemplé por largo rato el trabajo. Dos peones iban a poner un taco, mientras los demás recogían en carros y llevaban afuera los pedazos de roca salada que habían producido los tacos anteriores. Uno de aquéllos había fijado sobre la pared la punta de una barra, que sostenía sobre el hombro derecho y retenía allí firmemente con ambas manos. El compañero, situado atrás, descargaba sobre el extremo de la barra formidables golpes con enorme martillo. Yo sufrí con la idea de que ese hombre podía errar un golpe y darlo sobre su infeliz compañero, quien permanecía inmóvil y tranquilo como si ningún peligro corriese. Es tanta la habilidad de estos obreros, que mi guía me aseguró que no tenía noticia de que nunca hubiese ocurrido lo que yo estaba temiendo a cada martillazo.

Abierto un agujero a la profundidad deseada, se introdujo allí el taco. El capataz hizo retirar a los obreros, se prendió la mecha, y un estallido formidable hizo temblar el suelo y los muros y arrojó en todas direcciones grandes trozos de sal.

Algunas corrientes de agua se hacen pasar por los socavones para que salgan al exterior saturadas con 20 ó 22 grados. Esta agua se vende a los dueños de hornos de caldero y de compactación; en los primeros la convierten, por la evaporación del agua al fuego, en sal en polvo; en los segundos, en grandes piedras que resisten la humedad y no necesitan empaque para ser transportadas a grandes distancias.

Cuando el carro de mano me acercó a la puerta del socavón y vi la alegre claridad del día aumentarse poco a poco y entró en mis pulmones aire espeso y oxigenado, sentí el mayor placer de esa visita.

Es la salina un lugar imponente, admirable, riquísimo, digno de ser conocido. Pero su explotación es rudimentaria. Es la misma que empleaban los indios antes de la conquista. ¿Por qué no hay allí un servicio completo de tranvías, luz eléctrica (1) y maquinaria? Sus productos son tan grandes, que bien puede pensarse en todo esto.

La sal de Zipaquirá, Nemocón, Chita y Muneque es consumida por no menos de un millón de habitantes de las regiones circunvecinas, y se lleva en no despreciables cantidades a casi todos los demás departamentos por su excelente calidad, aunque en ellos se consuman de preferencia otras sales que allí se consiguen con menos recargo.

(1) Acaba de instalarse (1913) la luz eléctrica.



## CAPÍTULO XLVIII

## PASEO GENERAL — RESISTENCIA

(Arte de educar.)

El paseo general de ayer fué una caminata continua por los cerros y montes vecinos de la ciudad. Sólo reposamos un rato durante el almuerzo.

Salimos muy temprano y con tiempo que parecía anunciar un día primoroso; pero de las dos de la tarde en adelante llovió a cántaros, a pesar de lo cual no se interrumpió el paseo y anduvimos bajo la lluvia como antes bajo el sol.

Cuando estuvimos en la cumbre de un alto cerro pedregoso y sin más vegetación que hierbas raquílicas, el maestro nos dividió en tres escuadras, encabezada y dirigida cada una por un niño. Ordenó a una de ellas que bajase hasta el arroyo del fondo por el lado sur del cerro, siguiendo la dirección de una cerca de piedra, y que, tomando hacia el norte por la orilla del arroyo, volviese a la cima del cerro por el lado opuesto al de partida; otra escuadra debía hacer la misma correría, pero en dirección contraria; y a la tercera le ordenó bajar en-

tre aquéllas, en línea recta, pasar el arroyo, subir a la cumbre de un cerrito muy bajo que a continuación se veía, y volver por el mismo camino al punto de partida.

Se trataba de ver cuál de las escuadras vencía mejor los obstáculos y regresaba primero. El maestro nos esperaba en la cima.

A mí me tocó ir en la del centro. La pendiente era muy fuerte, y no había sendero ninguno trazado por el frecuente tránsito. Los matorrales dificultaban la marcha, y a veces el piso formaba escalones de piedra muy altos, que bajábamos con pérdida de tiempo. Al fin llegamos al arroyo, donde Jorge, que era el jefe de la escuadra, nos ordenó cortar palos delgados que nos sirviesen de apoyo para el ascenso, ya que allí se encontraba un bosquecillo. Con el auxilio de nuestras navajas, pronto estuvimos provistos de buenos báculos; nos remangamos los pantalones, pasamos el arroyo y empezamos el ascenso del cerrito.

Trabajo nos costó subir, porque la falda era muy arenosa y multitud de guijarros sueltos hacían inseguro el paso. Desde la cumbre saludamos a grandes voces al maestro, que se veía en la del alto cerro de donde habíamos partido, y sin pérdida de tiempo emprendimos el regreso. La subida al cerro grande se nos facilitó por el apoyo que nos daban los palos; pero hubo un momento en que la fatiga general fué tan grande, que Jorge nos ordenó sentarnos.

— Pero nos ganan las otras escuadras— dijo alguno.

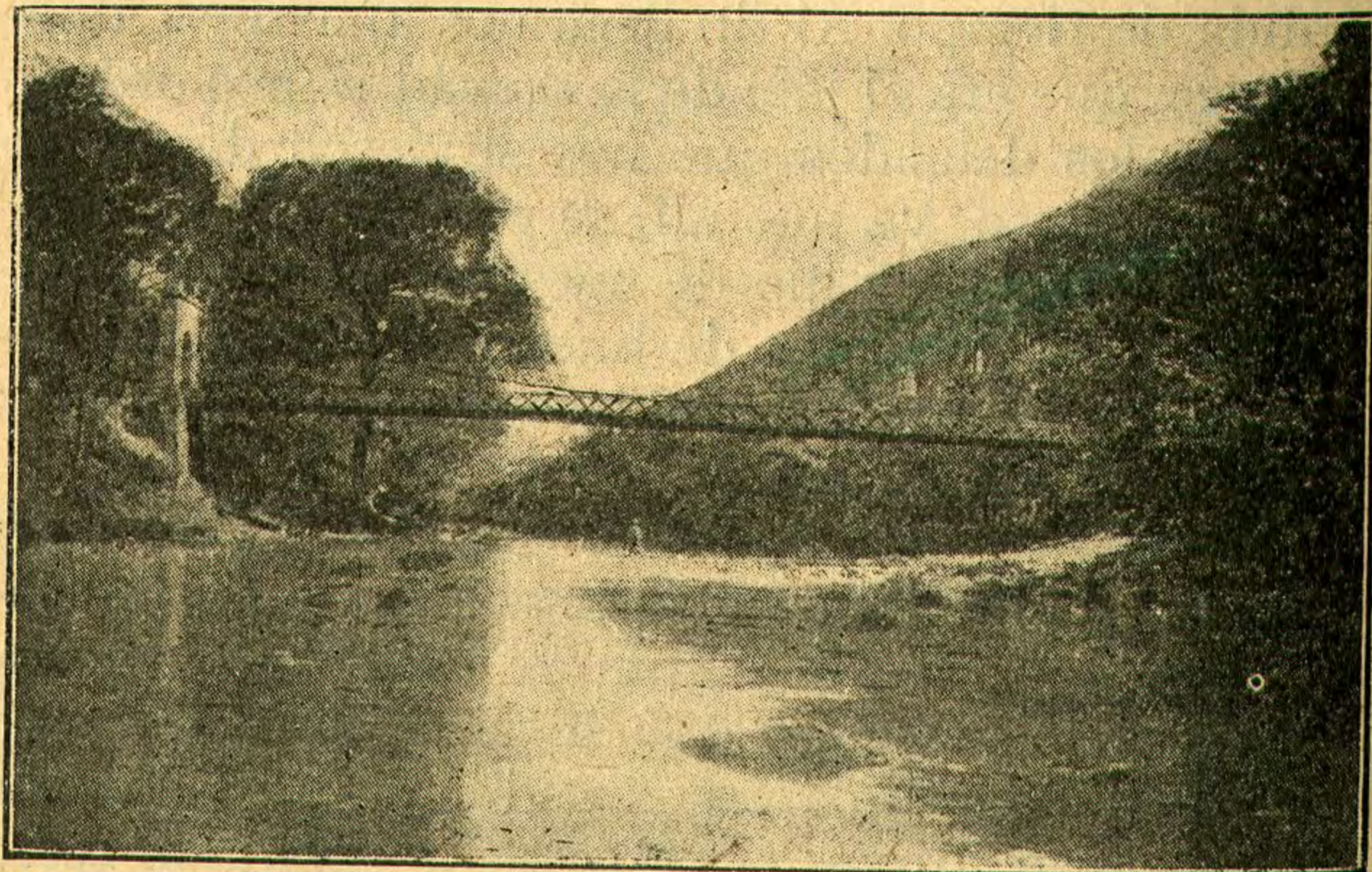
— De ninguna manera podemos ganarles nosotros sin recuperar fuerzas— contestó Jorge—. Ya no avanzamos casi nada, y si así seguimos, pronto no podremos dar un paso.

Cuando las demás escuadras nos vieron sentados, empezaron a darnos voces de burla. Jorge reprimió

nuestra impaciencia, y sólo cuando vió que todos respirábamos sosegadamente, nos dijo:

— ¡Ahora sí! ¡Sin detenernos hasta donde nos espera el maestro, y lo más aprisa posible!

Con gran brío y entusiasmo nos lanzamos todos hacia arriba. Al vernos, las otras escuadras gritaron y empezaron a subir casi corriendo. Jorge no permitió que corriésemos nosotros, y esto nos dió el triunfo; pues las escuadras rivales se rindieron pronto, mientras que nosotros llegamos al punto de partida primero que ellas.



Puente en el sitio llamado «El paso de Fusagasugá»

En seguida bajamos a almorzar en un verde prado que a las orillas del río se extendía y que sombreaba un guadual. El almuerzo fué animado con la relación de las dificultades y afanes que habían tenido las escuadras.

Terminado el almuerzo, reposamos una media hora, divididos en grupos y tendidos sobre el prado. Era ya la una de la tarde cuando el maestro nos ordenó ponernos en pie, y nos dijo:

— Ahora vamos a subir por este camino hasta el alto de Santa Lucía; de allí bajaremos a la hacienda de don Fermín y atravesaremos el llano hasta encontrar el camino que viene a la población por el norte.

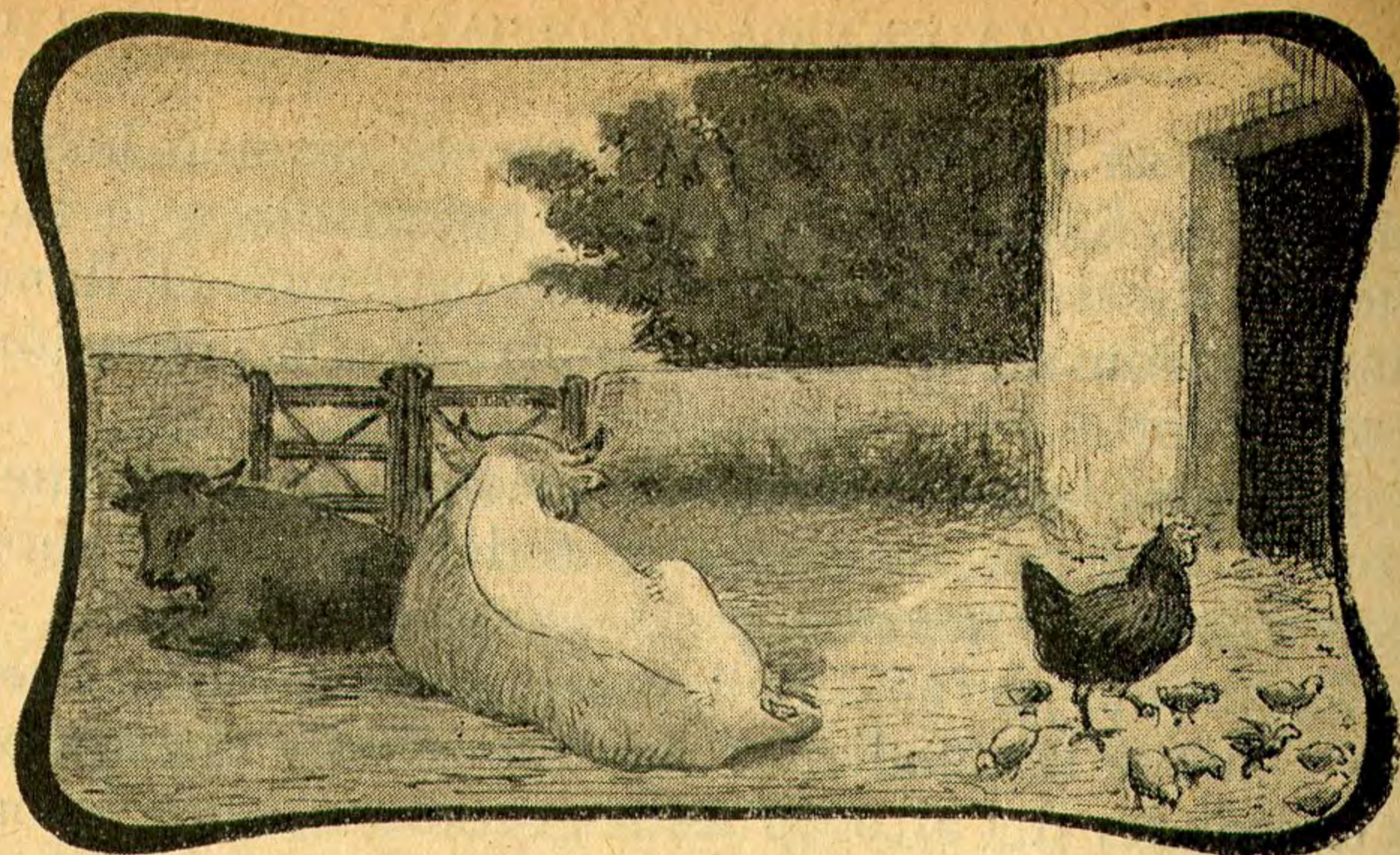
Era una larga correría de más de cinco kilómetros la que nos proponía, y todos la acometimos con voces de alegría.

La subida no fué difícil, porque el camino es bueno y suave la pendiente. Pero cuando empezamos a descender del alto, gruesos goterones anunciaron una lluvia torrencial, que muy pronto cayó sobre nosotros en medio de truenos y relámpagos, que no dejaban de aterrarnos.

El maestro tuvo la precaución de ordenar que cada uno de los niños más grandes se pusiese al lado de otro pequeño y se encargase de cuidar de él especialmente. Así llegamos sin novedad, pero empapados, al llano, y aunque pasamos cerca de las casas de la hacienda, el maestro no quiso que nos refugiáramos en ellas.

— Ya no hay objeto — nos dijo —. Estamos bien mojados. Además, quiero que hagan cuenta que no hay aquí tales casas para que se acostumbren a sufrir el agua y las contrariedades. Por otra parte, mejor es llegar pronto a nuestras casas y cambiarnos estas ropas mojadas, que permanecer con ellas esperando que escampe.

Continuamos, pues, la marcha. Cerca de las cinco llegamos al camino, y ya obscuro a nuestras casas, donde no acabábamos de contar las aventuras del día cuando el sueño nos tenía en sus brazos.



## CAPÍTULO XLIX

## ALIMENTOS ANIMALES

(Higiene.)

*Carne.* — La carne es el mejor de los alimentos, porque en pequeño volumen contiene una gran cantidad de sustancias alimenticias: 48,4 por 100 de agua, 13,5 de elementos albuminoides, 34,4 de grasas y 3,7 de cenizas. No es un alimento completo porque escasean en ella los no azoados.

Pero es preciso que provenga de animales sanos: la tuberculosis, el carbón, la lepra, las tenias, son enfermedades que puede producirnos la mala carne. La buena presenta en el corte un mosaico de granos finos y unidos, entre los cuales se extienden arborizaciones grasas de color amarilloso. Debe ser fresca, sin olor y jugosa. La mejor es la de buey de cuatro a ocho años, lo mismo que la de vaca que no pase de cinco años; la de ternero y la de aves es menos nutritiva.

Los mamíferos salvajes dan carne negra, de la cual no debe abusarse. Es pesada y excitante y favorece fermentaciones intestinales, que pueden convertirse en verdaderos envenenamientos.

Las carnes muy grasas, como la de puerco y la de pato, son indigestas.

El valor nutritivo de la carne cocida es casi igual que el de la asada; pero es menos agradable y de más laboriosa digestión. Los guisos y las salsas son indigestos.

No debe creerse que la cocción y los condimentos sanifiquen la carne infecta o en descomposición; esa carne debe desecharse del todo: es un veneno.

La carne puede contener también parásitos animales y vegetales, como la *triquina*, que causa vómitos, dolores de vientre y musculares, diarrea, fiebre y, con frecuencia, la muerte; y otros que producen la tenia o lombriz solitaria, o los gérmenes del carbunco, la tuberculosis y otras enfermedades.

*Pescado.* — El pescado, los crustáceos y los moluscos, si no son muy frescos, pueden producir peligrosas intoxicaciones. El pescado muy graso, lo mismo que el salado o ahumado, es indigesto, por lo cual no debe abusarse de las anguilas ni de las sardinas u otros pescados en conserva. Los crustáceos (cangrejos, langostas, etc., son de difícil digestión y muy excitantes. Los moluscos estimulan el apetito; pero debe cuidarse de que procedan de aguas puras.

*Huevos.* — El huevo ocupa el primer lugar, después de la carne, como sustancia alimenticia. El de gallina pesa, por término medio, 60 gramos, de los cuales 36 pertenecen a la clara, 18 a la yema y 6 a la cáscara. La yema tiene la mitad de agua, cerca de una cuarta parte de albúmina, y otro tanto de grasa; mientras que en la clara hay 87 por 100 de agua y 13 por 100 de albúmina. De modo que en todo el huevo hay cerca de 8 gramos de albúmina y 4 de grasa, lo que corresponde en valor nutritivo a 40 gramos de carne gorda, o 150 de leche.

La yema es más digerible que la clara, y el huevo blando que el muy cocido y el frito, porque en éstos se coagula la clara.

Al través de la cáscara se evapora el agua del huevo, por lo cual éste se corrompe al envejecerse. Puede conservarse sano por mucho tiempo en arena, ceniza, o con un baño de vaselina boricada. Echándolos en agua, sobrenadan los que están dañados.

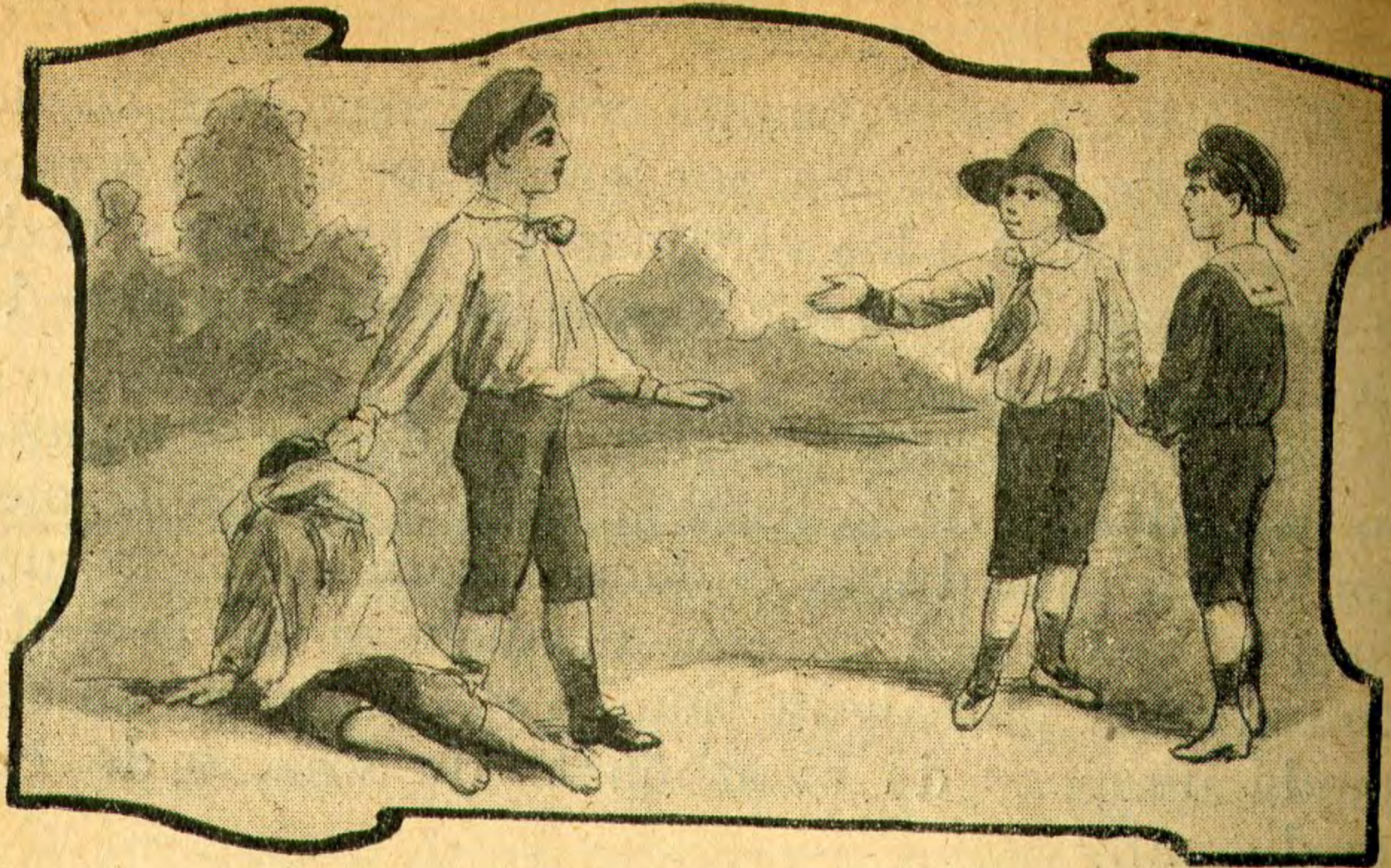
*Leche.* — La leche es un alimento completo. Contiene todos los principios nutritivos necesarios para la formación de los tejidos y la producción del calor y la fuerza del cuerpo humano: caseína, albúmina y pepsina, entre las substancias azoadas; grasas y azúcar, sales y agua, entre las no azoadas. Pero hay personas que no la soportan, por aversión natural, o por tener el estómago débil o lleno de ácidos; para ellas es nociva. La bondad de la leche depende, en gran parte, de la raza, la edad y la salud del animal de donde procede, de la hora del ordeño, de la calidad de los pastos, la salubridad del establo y la manera de tratar y ordeñar al animal. La más rica es la de vaca, y siguen la de oveja, cabra y burra, en su orden. Tiene menos agua la que se ordeña por la tarde, que la de la mañana; la del fin del ordeño (la *postrera*) es menos rica en albúmina y azúcar, pero más en grasa que la primera: la cruda es preferible a la cocida, porque el cocimiento la descompone, y la fresca a a que ha sido ordeñada horas antes de tomarse.

La leche es nociva cuando ha sufrido un principio de fermentación y cuando procede de animales enfermos, especialmente si están afectados de tuberculosis pulmonar.

Varios bacilos producen la acidez de la leche. El más común es el ácido láctico, que se desarrolla tanto más rápidamente cuanto más alta es la temperatura, y produce la coagulación de la leche.

En la leche se transmite con frecuencia el bacilo del tifo, llevado a ella por las manos de las personas que cuidan a las víctimas de esta enfermedad, o en el agua infecta con que se lavan las vasijas de la leche.

Para evitar estos peligros, cuando no se conoce la procedencia de la leche que va a usarse, lo mejor es hervirla durante cinco minutos, por lo menos; lo cual debe hacerse también si se necesita conservarla por algún tiempo, y agregarle en seguida un poco de bicarbonato de sosa, o de cal medicinal.



## CAPÍTULO I

## PROVOCACIÓN

(Religión y moral.)

Querido papá:

Como me ha dicho usted que le consulte por medio de cartas escritas en este librito sobre la conducta que deba observar en los casos dudosos que se me presenten, voy a contarle lo que me sucedió esta tarde al salir de la escuela.

Yo venía con Gabriel detrás de un grupo de cinco niños de los más desaplicados y malcriados de la escuela. Al llegar a la esquina de Santo Domingo tropezaron con el bobo *Piedritas*, llamado así porque cada vez que le molestan coge una piedra y dice:

— ¡Te tiro una piedrita!

Pero jamás cumple su amenaza.

Aquellos niños, repitiéndole el apodo con que es conocido, cogieron chinas y se las arrojaron sin cuidar de no darle con ellas. Él se asustó horriblemente. Haciendo gestos y tratando de huir (aunque con gran dificultad, porque, como sabe usted,

tiene las piernas como envaradas) cogió una piedra y hacía su amenaza de costumbre. Mis condiscípulos reían cada vez más y seguían arrojándole cuanto encontraban a mano. Gabriel y yo los excitábamos inútilmente a dejar a ese infeliz. De repente, acertaron a golpearle con un tejo. Dió un grito y se sentó llorando, a pesar de lo cual siguieron gritándole:

— ¡Piedritas! ¡Piedritas!

Yo no pude contenerme entonces, y, en compañía de Gabriel, me acerqué al bobito, gritándoles a los muchachos que no fueran crueles. Le di la mano para que se levantara y le dije que siguiera con nosotros sin temer nada.

Entonces me dijo Tomás:

— ¡Cuándo había de faltar un *lambido*!

Y acercándose más, agregó:

— Eres un cobarde, y no te pego de lástima.

¡Adulador! ¡Hipócrita!

Recordando el consejo que usted me ha dado de no contestar insultos, o de hacerlo con razones y no con la fuerza, guardé silencio y seguí acompañando al bobito, mientras los compañeros de Tomás me silbaban. Al fin se dispersaron, y yo pude seguir a casa. Al despedirme de Gabriel, éste, que había venido tratando de disipar la vergüenza y turbación en que me encontraba, me preguntó:

— ¿Qué vas a hacer?

— Lo que me aconseje papá — le contesté.

Espero, pues, que me diga usted, papá, qué debo hacer. Le confieso que su consejo de aguantar insultos sin dar trompadas, le hace pasar a uno por cobarde y sin vergüenza y le desacredita entre los muchachos. Además, yo no sé si seré capaz de contenerme mañana si Tomás vuelve a provocarme y noto que sus compañeros se burlan de mí.

Su hijo, JOSÉ

Querido José:

Aplaudo tu conducta de ayer con el bobito, y estoy seguro de que la aplaudirá cualquiera que de ella tenga noticia.

Mofarse de los desgraciados es mofarse de Dios, quien permite que unos sean ciegos, otros bobos, para fines que ÉL conoce bien; mientras que nosotros, a lo sumo — y sólo a veces —, podemos descubrir las causas.

Nuestro deber es ser compasivos con los infelices y ayudarles a soportar sus desgracias. Corazón duro e inteligencia torpe se necesita para gozarse en la desgracia ajena.

Te bendigo, pues, hijo mío, por haberte puesto a favor del bobo *Piedritas*, y esto vale más para ti que la mortificación que esa conducta te produjo.

En cuanto a la manera como soportaste los insultos de Tomás, no te arrepientas. Es preciso que desde niño te acostumbres a conducirte como cristiano cuando se te causen ofensas. Cristo nos ha trazado para ese caso una línea de conducta muy superior a la que aconseja la naturaleza, inspirada por el orgullo. ÉL mira a la paz y la purificación. Ella, a la guerra y la venganza.

Óyeme bien. Cuando alguien te provoque a pelea atribuyéndote defectos que no tienes, injuriándote con cargos de que tu propia conciencia no te acusa, o calumniándote con faltas que no cometiste, él se sitúa en el terreno de la injusticia, porque nadie tiene derecho a ofender o mortificar a otro. Pero si tú contestas con puñetazos, pasas también al terreno de la injusticia, porque te dejas arrastrar de la ira y porque la palabra se refuta con la palabra, y un puñetazo no es argumento.

La autoridad debe reprimir al que insulta: el insulto sólo tiene derecho a esa protección y a exponer la injusticia de la imputación. Si no se le quiere oír, calle y sufra: Jesús fué insultado y ca-

llaba, y ÉL es nuestro eterno modelo. No te avergüences nunca de imitar a Jesús; que mayor valor se requiere para ello que para buscar la vana satisfacción de parecer valiente ante los hombres.

Otra cosa es si la agresión pasa de las palabras a las obras. Entonces, el derecho de la propia defensa, que antes no se extendía sino a las palabras y a la protección social, se extiende también a la fuerza física. La energía contenida ante las ofensas de palabras, redobla la fuerza de los brazos y el aliento para combatir. Entonces herimos y matamos, no por hacer mal, sino por evitarlo, y la intención permanece pura, que es lo que importa en todos los actos humanos.

Duro es sufrir sin reacción violenta las injurias de palabras; pero ello es una mortificación que purifica, es un ejercicio de la humildad, es un acto de represión de la ira, es una prueba de civilización y alteza de espíritu; y todo esto eleva a quien es capaz de ejecutarlo, porque le pone por sobre la tendencia brutal de la naturaleza y contribuye a conservar la paz y el imperio de la razón y la justicia entre los hombres.

No sólo quiere Cristo que no ofendamos a nadie, sino que suframos con paciencia las injurias de quienes olvidan su enseñanza, pues, de lo contrario, ésta no tendrá aplicación alguna en la vida. Sólo es lícita la defensa en el terreno en que se sitúe el ataque; pero aun entonces sin odio, y ofendiendo sólo en cuanto sea necesario para rechazar el golpe. Aun en el caso de ataque a la fuerza, si el daño es leve, no es lícito rechazarlo con la fuerza. Recuerda que Cristo, abofeteado por un criado del Pontífice, limitóse a decir: «Si he obrado mal, muéstrame en qué: si no, ¿por qué me hieres?» Si la agresión avanza, debemos defendernos, porque tampoco es lícito permitir que la maldad impere y triunfe.

Esta doctrina es dura para la naturaleza humana, concebida en la ira, la rebeldía y el orgullo. Se oye decir a cada paso: «Una palabra hiere más a un hombre de honor que un latigazo a un villano». Y se piensa que el hombre de posición elevada tiene excusa cuando se deja arrastrar a la agresión violenta, si es injuriado aunque levemente. ¡Error! La doctrina de Cristo no distingue entre orgullosos y humildes, entre grandes y plebeyos. Precisamente el más distinguido por la cultura del espíritu es el que más obligado está a dar ejemplo de sujeción a esa doctrina y a contribuir así a que prevalezcan las costumbres de la civilización cristiana.

Si el más civilizado se muestra tan susceptible y violento como el retrasado y el bárbaro, ¿de qué sirve la civilización? Ésta consiste en hacer prevalecer la razón sobre las pasiones, el espíritu sobre la materia. Mientras mayor superioridad alcancemos, más obligados estamos a mostrarnos moderados y dulces. Quien sufre una injuria sin dejarse arrebatar de la ira, se muestra tanto más grande cuanto menos lo deba al miedo y más a la virtud.

El valor ostentoso, el que quiere mostrarse en toda ocasión, y en vez de acompañarse de la moderación va siempre alentando el orgullo, es valor de salvajes, que perturba la sociedad y arrastra al crimen. El valor del hombre cristiano es guardián de la virtud propia y del orden social.

Podría pensarse que de la observancia de esta doctrina están exceptuados los militares. Si ellos se dejan insultar impunemente, ¿no se muestran indignos de su espada e incapaces de guardar el honor militar? ¡Error! ¡Error también! La doctrina de Cristo es *católica*, esto es, *universal*; lo que vale decir que es para todos los tiempos, todos los pueblos y todas las clases. El militar vanidoso, pendenciero, propenso a requerir la espada a cada instante, incapaz de requerir y reservar sus ener-

gías para el servicio exclusivo de la patria, ha sido una de las causas de nuestras continuas guerras civiles, esto es, de la barbarie y el atraso. Manéjese dignamente el militar y no haga ostentación en la paz sino de un valor sereno, reservando el agresivo para la guerra.

Y aun las naciones mismas, si observan la ley de Cristo, no irán a la guerra sino cuando alguna de ellas se aparte de aquella ley para agredir a otra violentamente. De modo que la paz universal, a que la civilización aspira, resultará de que penetre en todos los pueblos la doctrina de Cristo, y no de combinaciones humanas. Por eso, al despedirse de sus discípulos, les decía Jesús: «La paz os doy. La paz os dejo».

Los antiguos educaban a sus hijos para la guerra. Después de Cristo se los educa para la paz. Pero la paz resulta del respeto al derecho y de dejar a la autoridad el castigo de su violación; de perdonarnos mutuamente las ofensas; de no hacernos justicia por nuestra propia mano, sino cuando sea indispensable para defendernos de un mal grave e inminente.

A esto debes acostumbrarte desde niño, porque los hábitos morales que no se adquieren en tu edad difícilmente se adquieren después. Elige entre ser un valentón y perdonavidas, o ser un caballero cristiano.

SILVERIO

Querido papá:

Hoy, al verme con Tomás en la escuela, me dijo:  
— ¡Al salir me pagarás la de ayer!

Yo callé, pero en la primera ocasión que se me presentó de ver a solas al maestro, le dije que Tomás me amenazaba y que yo estaba resuelto a defenderme. Quiso el maestro saber todo lo ocurrido,

y para ello le di a leer las dos cartas anteriores. Leyó la de usted dos o tres veces, y me dijo que no me apartara una línea de sus consejos y que me aprendiera de memoria esa carta. En seguida, en vez de la clase de geografía, nos dió a todos una conferencia en que no hizo sino repetir la carta de usted, pero sin referirse para nada a mi desavenencia con Tomás. Recuerdo que dijo que «la familia de los guapos e insultadores es un rezago de la de los salvajes». Cuando salimos, me dijo Tomás:

— Ahora vas a hacerte un santurrón para corrérteme...

— No te tengo miedo, Tomás, aunque eres mayor que yo; pero tampoco quiero pelear, y menos dar un escándalo en la calle.

Ya iba a ultrajarme, cuando Enrique lo notó y dijo interponiéndose:

— ¡El que toque a José tiene que seguirla conmigo!

Enrique es muchacho más forzado que Tomás, y éste, disimulando, se perdió en otro grupo de niños.

Lo que me ha hecho pensar que es muy feo darla de guapo si ha de ser sólo con los menores y para correrse de los mayores. Hermoso será no tenerle miedo a nadie; pero provocar a unos y huir de otros no es cosa que honre.

De todo lo que me suceda con Tomás le daré aviso; y le ofrezco ser prudente y sufrido, sin ser cobarde en ningún caso.

Suyo, JOSÉ



## CAPÍTULO LI

### SAN JOSÉ

(Religión y moral.)

Hijito mío muy amado:

Hoy es el día de tu santo, del gran Patriarca San José, bajo cuyo patrocinio recibiste la vida de la gracia, hace trece años, en la pila bautismal. Él, que está adoptado por la Iglesia como su Patrono Universal, es también el tuyo especial; y te protegerá en todos los casos de la vida y en el terrible de la muerte, si sabes honrarle con tu devoción, tu amor y tu buena conducta e imitar sus virtudes. El nombre que recibimos en el bautismo nos re-

cuerda que debemos tener por modelo especial en todo el curso de la vida al santo que lo engrandeció e hizo inmortal.

Llevas tú el de quien fué modelo de castidad hasta merecer el honor de ser esposo de la Virgen Inmaculada; modelo de trabajadores humildes, de pobres y perseguidos, de creyentes, de esposos y padres de familia. Quien tome por modelo a San José, siempre será casto, humilde, sufrido, trabajador, buen esposo, buen padre, buen ciudadano.

Cuando fué injustamente perseguido por Herodes, no cruzó por su mente la idea de resistir al superior, aunque malo: huyó, en vez de promover la rebelión, como tantas veces se ha hecho entre nosotros por causas menores. Cuando la pobreza afligía a la Sagrada Familia, no le ves reclamar de Dios la abundancia a que pudiéramos creerle con derecho como padre putativo del Hijo hecho hombre, sino trabajar abnegadamente como carpintero para ganar el pan de cada día. Cuando la gloria de Jesús iba a señalarle un alto puesto en el cielo, él pasaba su hermosa vida en el trabajo, el silencio, la obscuridad y la oración.

Imítale, hijo mío. Procura pasar por el mundo como una fuente silenciosa que va fecundando las tierras que atraviesa y reflejando los colores del cielo.

Las ocupaciones humildes, de obrero, artesano, agricultor, industrial, son las más propicias a este género de vida. San José enseñó con su ejemplo a los trabajadores de esa clase a ser, con la humildad, la consagración y la honradez, los más felices y los más útiles ciudadanos.

Si te depara la suerte ser de ese número, da gracias a Dios, y corresponde con tu conducta a tan gran favor, sin pretender mezclarte nunca en asuntos extraños, para que no seas engañado como lo

fué el pueblo judío por los fariseos. Si te correspondieren más arduas labores en la vida, ama siempre a los artesanos y nunca quieras agitar ese lago sereno con pasiones políticas, teorías extrañas y soberbias, ni empresas revolucionarias.

Ninguna de las cuelgas que has recibido hoy vale nada en comparación del modelo que te hemos propuesto al darte el nombre de José. ¡Que seas siempre digno de llevarlo!

JULIANA



## CAPÍTULO LII

LOS COMUNEROS — BAJO PALACÉ  
RICAURTE EN SAN MATEO

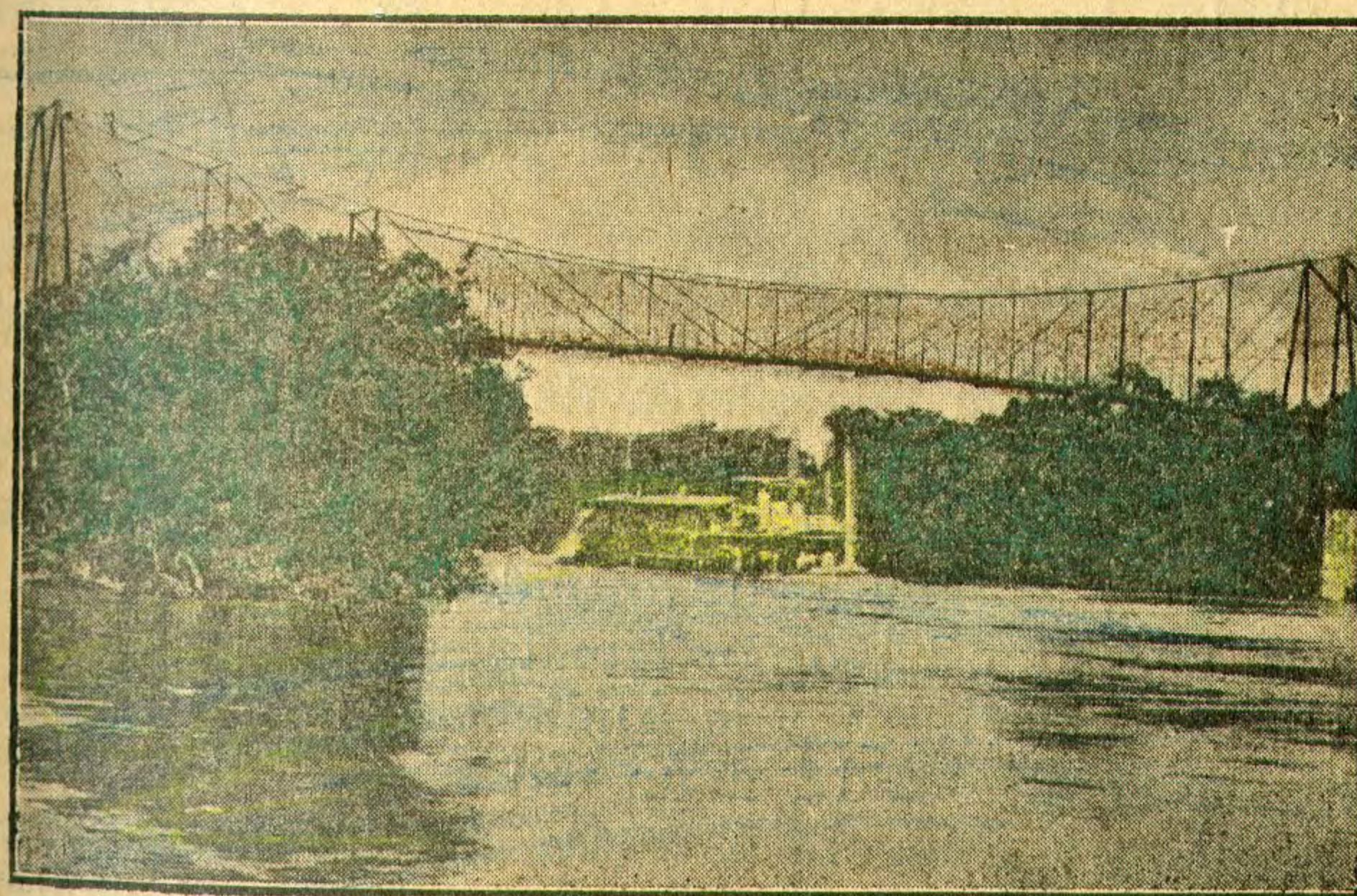
(Historia.)

El mes de marzo tiene tres fechas muy importantes en la historia de Colombia, y el maestro nos ha referido con mucho entusiasmo los acontecimientos que en ellas se conmemoran. Son éstos: el alzamiento de los comuneros del Socorro, la batalla del Bajo Palacé y la de San Mateo. Nos ha aconsejado escribir lo que recordemos de cuanto nos ha dicho sobre estos hechos gloriosos, y por mi parte voy a hacerlo aquí.

*Los comuneros.* — En 1780 era virrey de lo que es hoy Colombia, y entonces se llamaba Virreinato de Nueva Granada, don José Solís Folch de Cardona; y aunque era muy capaz de desempeñar bien sus funciones, el Gobierno español le puso bajo las órdenes de un regente visitador, llamado don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres.

Este señor aumentó los impuestos de una manera excesiva, hizo destruir los tabacales pequeños

para que, no quedando sino los grandes, fuese fácil recaudar los derechos que se cobraban sobre esa industria, y elevó el precio de la sal, el aguardiente, el tabaco y los naipes, artículos que sólo podía vender el Gobierno. Impuso, además, un gravamen de uno o dos pesos sobre todos los habitantes, con el nombre de *derechos de armada de Barlovento*, para atender a los gastos de una guerra que sostenía entonces España con Inglaterra.



COLOMBIA.—El puente de Girardot

Los colonos habrían soportado estos gravámenes patrióticamente, si los guardas encargados del cobro no hubieran procedido con tanta crueldad, que en todas partes atropellaban, vejaban y arruinaban a las gentes. A fines de 1780 los vecinos de Simacota, Mogotes y Charalá sostuvieron con ellos encuentros sangrientos.

A esto se agregó que un indio del Perú, descendiente de los Incas, llamado Tupac-Amarú, parece que se había puesto de acuerdo con los de Quito

y el Nuevo Reino para sublevarse contra los españoles.

De todo lo cual resultó que el 16 de marzo de 1781, día de mercado en el Socorro, una mujer, Manuela Beltrán, arrancó el edicto en que se ordenaba el cobro de los impuestos, quitó de la puerta del estanco las armas reales y puso en conmoción a todo el pueblo. Éste se amotinó y nombró jefes que lo dirigieran, el principal de los cuales fué don Juan Francisco Berbeo.

Todas las poblaciones vecinas se agregaron al movimiento, el cual se extendió también a los llanos de Casanare y algunas provincias de Venezuela.

Los comuneros, en número de más de diez mil, marcharon sobre Santafé de Bogotá, y en Puente Real vencieron una fuerza del Gobierno. En Nemocón se les unió el último descendiente de los Zipas, Ambrosio Pisco, quien tomó posesión de las salinas en nombre de los indios.

El visitador huyó por Honda a Cartagena, donde estaba el virrey; y la Audiencia, llena de pánico, envió al alcalde, a un oidor y al arzobispo Caballero y Góngora a tratar con los comuneros en Zipaquirá. Berbeo puso varias condiciones para entrar en arreglos, y a la vez despachó al heroico José Antonio Galán a fomentar el movimiento entre las poblaciones de las orillas del Magdalena.

Al fin se celebraron y se juraron sobre los santos Evangelios, en el campo del Mortiño, cerca de Zipaquirá, unas capitulaciones por las cuales los comuneros se comprometían a disolverse y regresar a sus hogares, y el Gobierno a expulsar al visitador, suprimir los nuevos impuestos, dar destinos públicos a los hijos del país, y otros puntos importantes.

En consecuencia, los comuneros se dispersaron.

Mientras tanto, Galán había extendido la revolución a Honda, Ambalema, Mariquita, Tocaima, Coello, Ibagué, Aipe, Neiva. Pero, llegadas unas fuerzas que envió el virrey de Cartagena y la noticia de que él improbaba las capitulaciones, la Audiencia se declaró libre de sus compromisos y restableció los impuestos.



COLOMBIA.—Puente de Honda

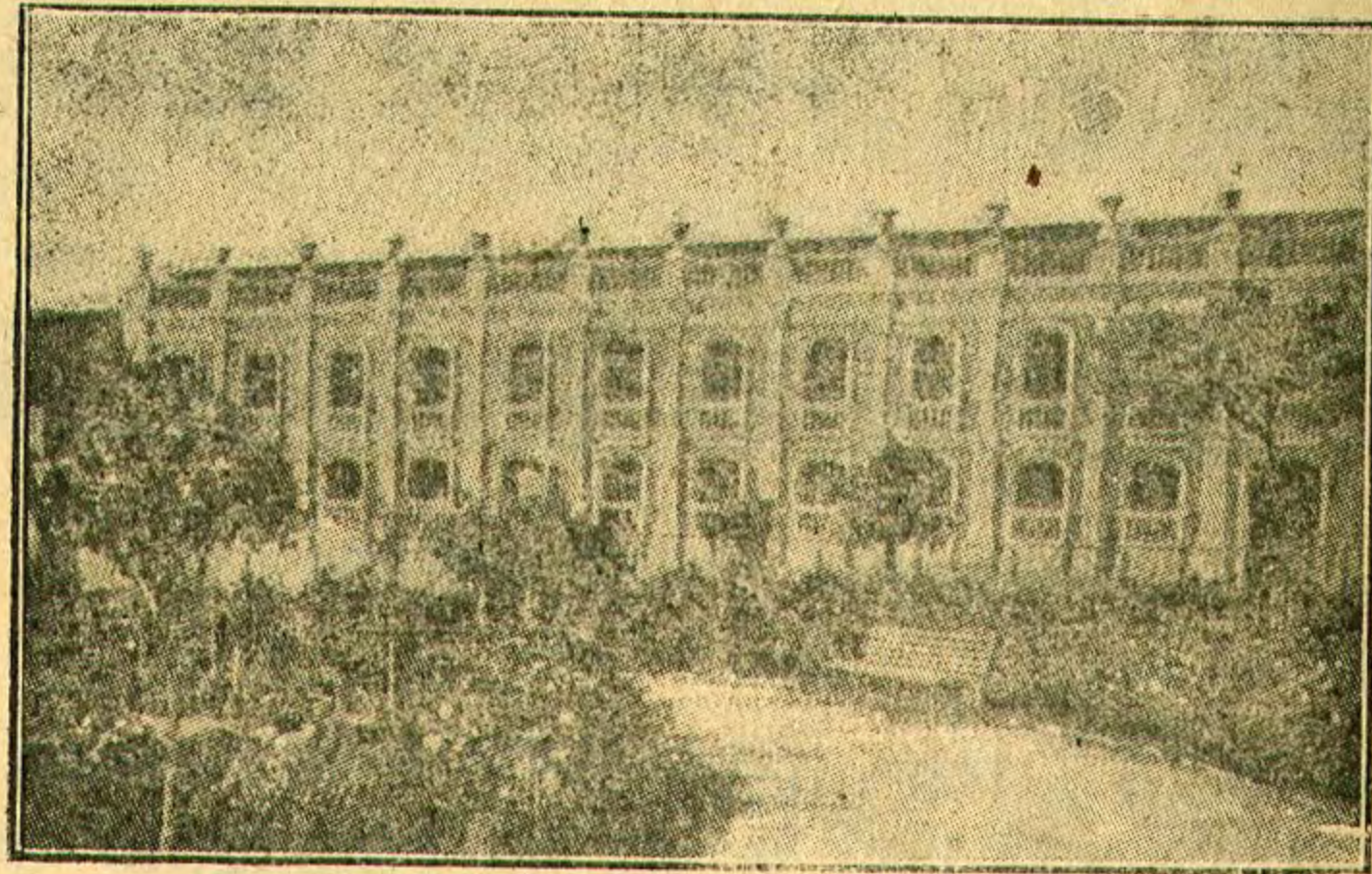
Galán voló a los pueblos del norte, pero los encontró desalentados, y ya no consiguió que quisiesen defender sus derechos. Él fué apresado, llevado a Bogotá y condenado a muerte con Lorenzo Alcantuz, Isidro Molina y Manuel Ortiz. Después de ahorcados, fueron descuartizados, quemado el tronco, las cenizas arrojadas al viento, y los miembros y cabezas se pusieron en escarpías en diversas poblaciones. Pisco fué enviado a las bóvedas de Bocachica.

¡Primeros mártires de la libertad de la patria!  
¡Yo os bendigo!

Este movimiento, que pudo producir la emancipación del Nuevo Reino, quedó vencido. Tampoco se realizaron los planes que dos años después idearon para este fin don Vicente de Aguilar y don Dionisio de Contreras. También Tupac-Amarú fué vencido en el Cuzco y sacrificado con su esposa y compañeros.

*Bajo Palacé.* — Después del levantamiento del pueblo bogotano el 20 de julio de 1810, siguieron su ejemplo casi todos los pueblos del Nuevo Reino; pero en Popayán burló el gobernador Tacón los esfuerzos de los patriotas. Varios se trasladaron a Cali, en donde habían constituido una junta los del Valle y organizaban un ejército.

Esta junta pidió apoyo a Bogotá, de donde se



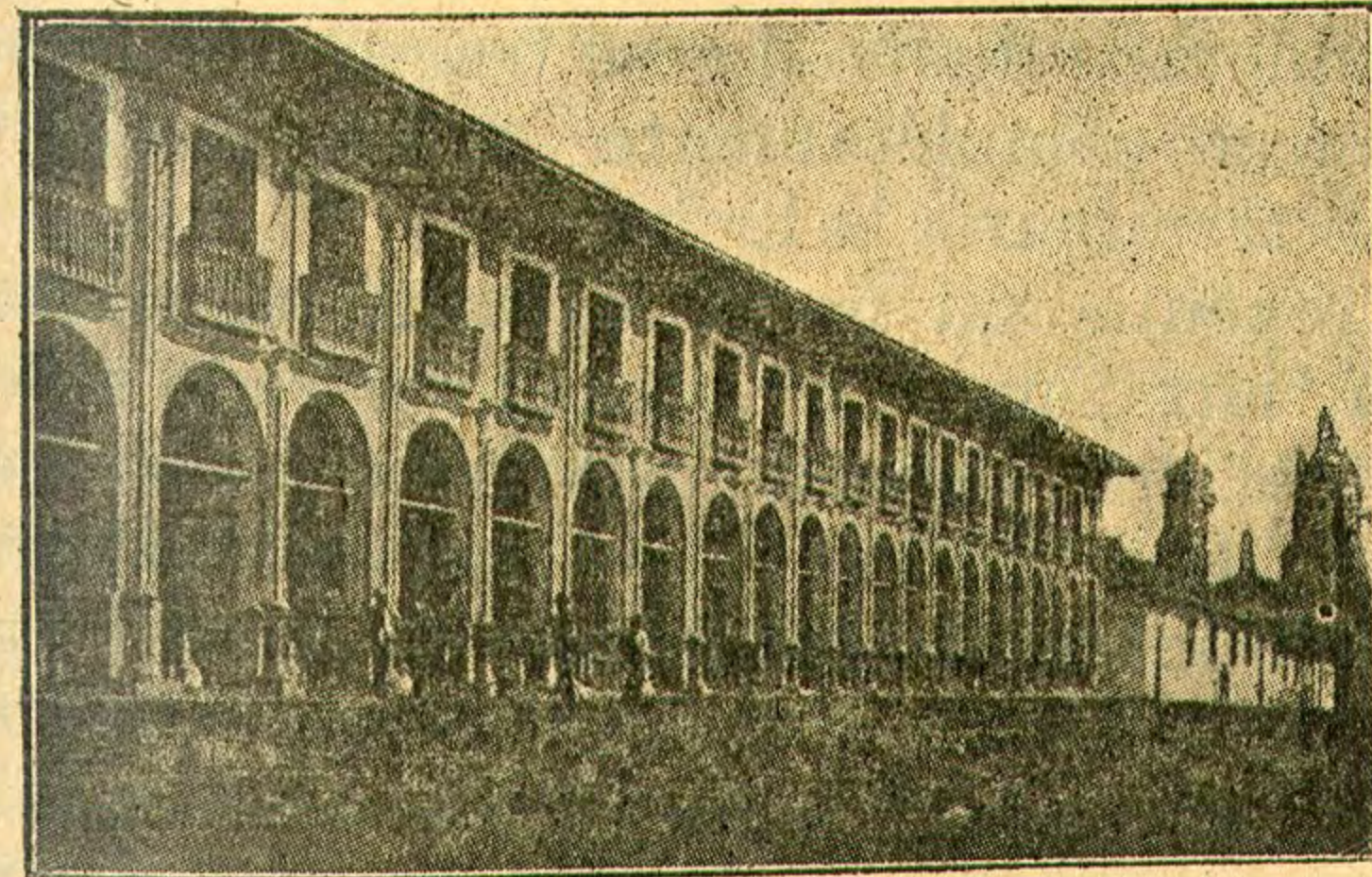
BUGA. — Palacio del Gobierno

les envió una columna a órdenes de Antonio Baraya. Con este refuerzo avanzaron sobre Tacón, quien los esperaba en el puente del río Cauca, una legua al norte de Popayán.

El brigadier don José Díaz, con fuerzas de Neiva y Tierradentro, le hostigaba a la vez por la cordillera.

Al saber Tacón que estaban en Piendamó las

fuerzas del Valle, avanzó con las suyas hasta las orillas del río Palacé, donde se trabó el combate con la descubierta de los patriotas, comandada por el que más tarde había de morir como héroe en el Bárbula: Atanasio Girardot, hijo de Medellín. El combate arreciaba a medida que llegaban las fuerzas patriotas, a cuyo favor se decidió cuando llegó con la caballería el coronel Miguel Cabal, bugueño, y dió una carga formidable. Por desgracia, murió en ella Cabal, quien acababa de cambiar por la espada el puesto de miembro de la Expedición Botánica, encargado de todo lo relativo a la química. Tacón huyó a Pasto, y los patriotas ocuparon a Popayán, donde fueron recibidos con alborozo.



Galerías de Buga

*San Mateo.* — La campaña de 1814 en Venezuela fué de las más terribles que se hicieron en la guerra de la Independencia. En el mes de marzo hacía frente Bolívar con 1.700 hombres a 7.000 que comandaba Boves. El 28 de febrero anterior resistió victoriosamente en la hacienda de San Mateo el primer ataque de Boves. El 1.º de marzo depositó en la casa del ingenio el cuantioso parque que tenía, y lo confió a la custodia del capitán

granadino Antonio Ricaurte, con sesenta soldados.

Boves ocupó las alturas, y todos los días se empeñaban combates parciales, hasta que el 25 fué general el ataque. Después de largas horas de lucha, ambos ejércitos la suspendieron de repente y sin acuerdo ni orden de nadie, porque todos los combatientes se pusieron a contemplar lo que pasaba en la casa del ingenio.

Una columna de 800 realistas había conseguido acercarse a ella ocultamente, y a paso redoblado subía a ocuparla. Mientras tanto, salían de ella, precipitadamente, los 60 soldados de Ricaurte.

El ejército patriota consideraba, aterrado, que iba a perder el parque y, por consiguiente, los medios de proseguir su heroica resistencia; el español se consideraba dueño de ese tesoro, que le permitiría vencer completamente: todos comprendieron que allí terminaría la lucha.

De repente, un pavoroso estruendo hace temblar la tierra; una espantosa llamarada se levanta, y el espacio se llena de cadáveres y escombros de la casa. Ricaurte había esperado solo al enemigo, y cuando le vió dentro de la casa, puso fuego a un barril de pólvora, y murió, como Sansón en el templo, por salvar a la patria. Desalentados los sitiadores, pronto se declaró la victoria por los patriotas.



## CAPÍTULO LIII

### CARIDAD

*(Religión y moral.)*

*Abril.*

Enrique está enfermo.

Hace tres días que no va a la escuela porque le ha dado reumatismo y sufre unos dolores espantosos. Cuando le vi, hace pocos momentos, me partió el alma encontrarle tan flaco, tan triste, tan adolorido en esa piececita obscura y fría.

Al llegar de la escuela esta tarde, mi madre me esperaba lista para ir a visitarle. Doña Teresa nos recibió con muchas atenciones y agradecimiento. Es viuda de un lejano pariente de mi madre, y sumamente pobre. Vive en una tenducha de la plaza de mercado, compuesta de dos piezas; en la de entrada, con estante y mostrador, revende algunos víveres y tiene una máquina de coser, que casi no deja descansar un instante, y una hornillita en un rincón, donde prepara los alimentos; en la segunda (tan pequeña, obscura y húmeda, que al entrar lo que provoca es salir) están dos camitas: la de la señora y la de su hijo.

Porque no tiene más que a Enrique. Pero vive tan contenta de él, que un día le decía a mi madre:

— ¿Qué me importa pasar ahora trabajos, si este muchacho va para arriba como una bendición?

Y tiene razón, porque muchachos tan buenos, inteligentes y llenos de energía como Enrique, son raros. Como yo la oí, mi madre me dijo luego:

— No se lo cuentes a Enrique, porque puede envanecerse, y la vanidad debilita y tuerce a los hombres... Fíjate en que la felicidad de los padres depende de los hijos.

Hoy estaba muy triste la señora.

— Vea usted, doña Juliana — dijo a mi madre —, cómo Dios no quiere que yo tenga un momento de descanso. ¡Tan bien que estaba mi hijito, y en tres días se ha acabado!...

— ¿No le ha visto algún médico? — preguntó mi madre.

— El doctor Rosales vino ayer, al momento que le llamé; pero figúrese que dice que hay que sacarle a tierra caliente.

— Pues, si no es más que eso, voy a decirle a Manuel que llame al mayordomo de *La Esperanza* para que venga con las bestias y peones necesarios y le lleve allá con usted. Mañana estará aquí por la tarde, y se podrán ir pasado mañana. Prepárese, doña Teresa, y verá que allá se mejora Enrique en un momento.

*La Esperanza* es nuestra hacienda de tierra caliente.

A la señora se le humedecieron los ojos de lágrimas, y dijo:

— ¡Ustedes han sido siempre mi providencia! ¡No tengo cómo pagarles, pero Dios les pagará!...

— No diga nada, doña Teresa. Uno goza haciendo que lo que tiene le sirva, no sólo para sus necesidades, sino también para las ajenas. ¡Que las co-

sas presten todo el servicio posible! ¡Para eso las hizo Dios, y para eso las tiene el hombre!

— Pero no piensan así todos, sino que cada cual las quiere para sí solo. Se necesita ser muy caritativo para pensar como usted.

— Yo no hago mayor sacrificio con eso. Conozco una señora tan pobre como usted, que nunca almuerza sin reservar un bocado para el primer mendigo que llegue a su puerta. Esa caridad con sacrificio es más meritoria.

Comprendí que la señora a quien se refería mi madre es la misma doña Teresa, quien me instó entonces para que entrase a saludar a Enrique.

— ¿Muy mal estás? — le dije.

— Mucho, José. Me duelen las piernas y los hombros horriblemente. Yo no me había imaginado lo que es el reumatismo.

— En esta pieza tan húmeda, tenías que enfermar... — dije yo tontamente.

— ¡Qué hacer! ¡Cuando esté grande creo que ganaré para poder vivir mejor con mi madre! Por eso estudio con empeño.

Los dolores de huesos le obligaron a interrumpirse. Poco después agregó:

— ¡Nos vamos a *La Esperanza*! He oído lo que ha dicho tu madre a la mía. Tú apruebas, ¿no es cierto? (¡Ay!...) Y me voy a apoderar de tu caballo...

— Por supuesto, Enrique. Móntalo cuanto quieras.

— Despideme del maestro, y dile que por tu madre y por ti podré volver pronto a la escuela.

— ¡No seas bobo! ¡Cómo voy a decirle yo eso! Lo que sí le diría es que tú pareces más agradecido de nosotros por un servicio material, que de él por la educación que te da.

— ¡No! La caridad de ustedes es tan grande en la intención como la suya. Un pedazo de pan se

puede dar con tanto amor como un mundo. Pero no desconozco que, como él nos ha dicho, «la caridad de doctrina es la primera caridad». Dile, pues, que le quiero mucho.

En ese instante se despedía y me llamaba mi madre.

— Vendré a verte partir pasado mañana — dije a Enrique —. ¡Adiós!

Contándole a mi padre, hace pocos momentos, esta visita, me dijo:

— Hacerles bien a los que amamos, es un gratísimo ejercicio de la caridad; pero la gracia es hacerlo con igual gusto a nuestros enemigos. Orar por ellos, no hablar de los males que nos han hecho y estar listos a servirles, llegada la ocasión, eso sí es prueba de que sentimos verdadera y completa caridad. Porque la caridad es amar a todos los hombres como destinados a unirse en el seno de Dios, sean cuales fueren las diferencias que nos hayan separado en la vida.



## CAPÍTULO LIV

¡NO SOY COBARDE! — POESÍAS

(Literatura.)

¡Hoy estoy muy contento!... ¡Y muy adolorido!

Con mi recitación subí del último puesto (el duodécimo) al cuarto, en la Legión de la Bandera.

Dijo el maestro que casi es igual la mía a las de León y Jorge (Enrique no ha venido todavía de *La Esperanza*), y que me felicitaba porque en este mes me he aplicado mucho.

Tomás, que me veía en el último puesto de la Legión, me desafió a una competencia sobre crítica de composiciones poéticas, y no sólo le gané a él, sino a nueve legionarios. Fué un verdadero triunfo y una sorpresa para muchos que me creían muy atrasado por la pereza con que trabajé algún tiempo.

Tomás se llenó de envidia y me esperó oculto tras de la esquina próxima a la escuela. Cuando llegué, saltó sobre mí y me dió un terrible puñetazo en el ojo izquierdo. Retrocedí algunos pasos

aturdido; pero casi al momento volví sobre Tomás con una lluvia de golpes y una resolución completa de vencerle, como si estuviera seguro de conseguirlo. Tantas mortificaciones me había dado Tomás, que la fuerza con que yo las había sufrido subió como un torrente largo tiempo en represa.

Muchos niños formaron corro a nuestro rededor, y Jorge quiso apartarnos, diciendo a Tomás:

— No seas cobarde, que José es más pequeño que tú.

Pero yo seguí atacando con grande empeño y ganando campo, pues Tomás retrocedía; y aunque sus golpes eran muy fuertes, se veía que deseaba que yo me aplacase.

Entonces gritó Jorge:

— ¡Dale duro, José! ¡Dale duro!

Conseguí abrazar a Tomás, derribarle con una zancadilla y ponerle la rodilla en el pecho. Entonces me tomó Jorge de un brazo y, apartándome de Tomás, entre los aplausos de los demás niños, me dijo:

— Los que te creían cobarde porque aguantabas ultrajes por no pelear, ya saben que eres valiente. ¡No sigas! ¡Vámonos!

Tomás se levantó, y al ver que yo me iba, empezó a insultarme, hasta que llegó un agente de policía, el cual le obligó a callar y dispersó el grupo.

Jorge y otros amigos me acompañaron a casa y allí contaron a mis padres lo ocurrido. Mamá se consternó mucho, pero papá dijo abrazándome:

— ¡Has hecho muy bien, José! Quiero que seas paciente y sufrido, como cristiano, pero no cobarde. Llegado el caso, no te corras nunca de nadie y entra en la lucha como hoy: resuelto a vencer a todo trance. Soporta insultos, desecha provocaciones, reprime la tentación de pelear; pero una vez atacado, haz sentir que tienes todo el ánimo de un

hombre. Así pruebas que la paciencia con que soportas las injurias nace de valor y no de cobardía. Esta noche escribirás en tu libro esa escena y en seguida copiarás las poesías que sirvieron para la competencia, para que queden juntos los dos hermosos recuerdos. Ya te daré yo un premio por ambas cosas.

Y como ya está hecho lo primero, voy a hacer lo segundo.

## EL SUICIDA

La luz del genio en su apacible cielo  
Para él brillaba con claror divino,  
Y, cual poeta, al fin de su camino  
Debió la gloria coronar su anhelo.

Pero fué desgraciado, y un consuelo  
Demandó en vano al porvenir mezquino:  
Cobarde ante el horror de su destino,  
Rasgó de su existencia el frágil velo.

Y cuando libre el alma del suicida  
Dejó a la tierra la materia inerte,  
En las eternas puertas esculpida

Leyó temblando su futura suerte:  
*A quien por no sufrir deja la vida,  
Vida para sufrir le da la muerte.*

ERNESTO LEÓN GÓMEZ

## DIJO LA LECHUZA...

Ave, por mi fealdad, aborrecida;  
 Símbolo de desgracia y de reproche;  
 Vivo a los esplendores escondida  
 Y es mi imperio la sombra de la noche.

Y si duerme la aldea fatigada,  
 Bajo la muda soledad tranquila,  
 Sólo se oye una voz: ¡mi carcajada!  
 Sólo un faro refulge: ¡mi pupila!

Cuando el sol por los ámbitos del mundo  
 Tendiendo va su roja cabellera,  
 ¡Cuántos me burlan con desdén profundo,  
 Y cuántos compadecen mi ceguera!

Pero si llega, ya vencido el día,  
 La noche con sus lóbregos enojos,  
 Todos envidian mi falaz miopía,  
 Todos la perspicacia de mis ojos:

Imagen de la fe, que a los fulgores  
 De la razón esquiva su mirada,  
 Pero sabe cruzar por los horrores  
 De la duda, vencer los estertores  
 De la muerte y mirar entre la nada.

GUILLERMO VALENCIA

## LEÑO SACRO

¡Oh! mortal, soy un símbolo: yo abarco  
 Con dos líneas cruzadas  
 El destino del hombre; yo sustento  
 Sobre mi extraña contextura frágil

El cadalso de un Dios. Con tardo vuelo,  
 Llegan a mí las aves del martirio  
 A posarse en mis hombros de esqueleto.

Soy un signo que aleja la locura;  
 Un leño florecido de esperanza  
 Sobre la árida roca del desierto;  
 Soy el ánora firme  
 Que sostiene el bajel de los ensueños,  
 En medio de la turbia marejada  
 Que salpica de lodo al pensamiento.

Adonde quiera que giréis los ojos  
 Por el vasto horizonte,  
 Veréis alzarse mi perfil escueto:  
 Ya sobre la morada de los hombres  
 O la gigante mole de los templos,  
 Ya en el fondo turquí del infinito  
 Marcando el sur, formada de luceros.

En las humanas pompas  
 Brillo también; la espada del guerrero  
 Lleva mi efigie; la imperial corona  
 Me forma pedestal; y sobre el pecho  
 De bravos y gentiles caballeros,  
 Soy una flor de gloria que se abre  
 Como un emblema del honor y el mérito.

¡Oh! mortal, yo me alcé sobre tu cuna,  
 Y en el albor de maternales besos,  
 Como paloma al extender sus alas  
 Acaricié tu frente  
 Con la primera bendición, y luego,  
 Dulce guardián de tu niñez tranquila,  
 Calmé tus ansias, y velé tu sueño.

Mañana, cuando mueras,  
 Te seguiré piadosa hasta el asilo  
 En que reposen tus cansados restos;

Y, grabada en la piedra silenciosa,  
Escudo funerario de tu cuerpo,  
¡Como una madre extenderé los brazos  
Llenos de amor, para estrecharte en ellos!

ALFREDO GÓMEZ JAIME

### ILUSIÓN Y ESPERANZA

Pasaron ya, como fugaces flores  
Los sueños todos de mi edad primera,  
Y el presto fin de mi mortal carrera  
Me anuncian mi cansancio y mis dolores.

Mas no en la tierra concentrado llores,  
¡Oh corazón! tu corta primavera;  
Fueron tus sueños cual febril quimera,  
Hermosos, sí, pero también traidores.

Duerme al arrullo del dolor: la pena  
Tiene también su lumbre y su bonanza,  
Como la noche claridad serena:

Nueva niñez asoma en lontananza,  
Y al extinguirse la ilusión terrena,  
Prende a otro sol su antorcha la esperanza.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS

### ANTE LA HOSTIA

¡De rodillas cayó la muchedumbre!  
Pintada luz desciende por la ojiva;  
Como alas de ángel tiembla, fugitiva,  
La honda de humo en el jirón de lumbre.

Y lanza el bronce hasta remota cumbre  
Su ronca voz, hirviente, imperativa,  
Cuando el sol de las almas, la Hostia viva,  
Se alza bajo la cóncava techumbre...

El pueblo, en tanto que sus ojos vela,  
Dobla, cual selva al huracán, la frente,  
Y a Dios su culpa y su dolor revela;

Y alada sube la oración ferviente,  
Como nube de pájaros que vuela  
Cuando apunta la luz en el oriente.

E. W. FERNÁNDEZ

### A JESÚS SACRAMENTADO

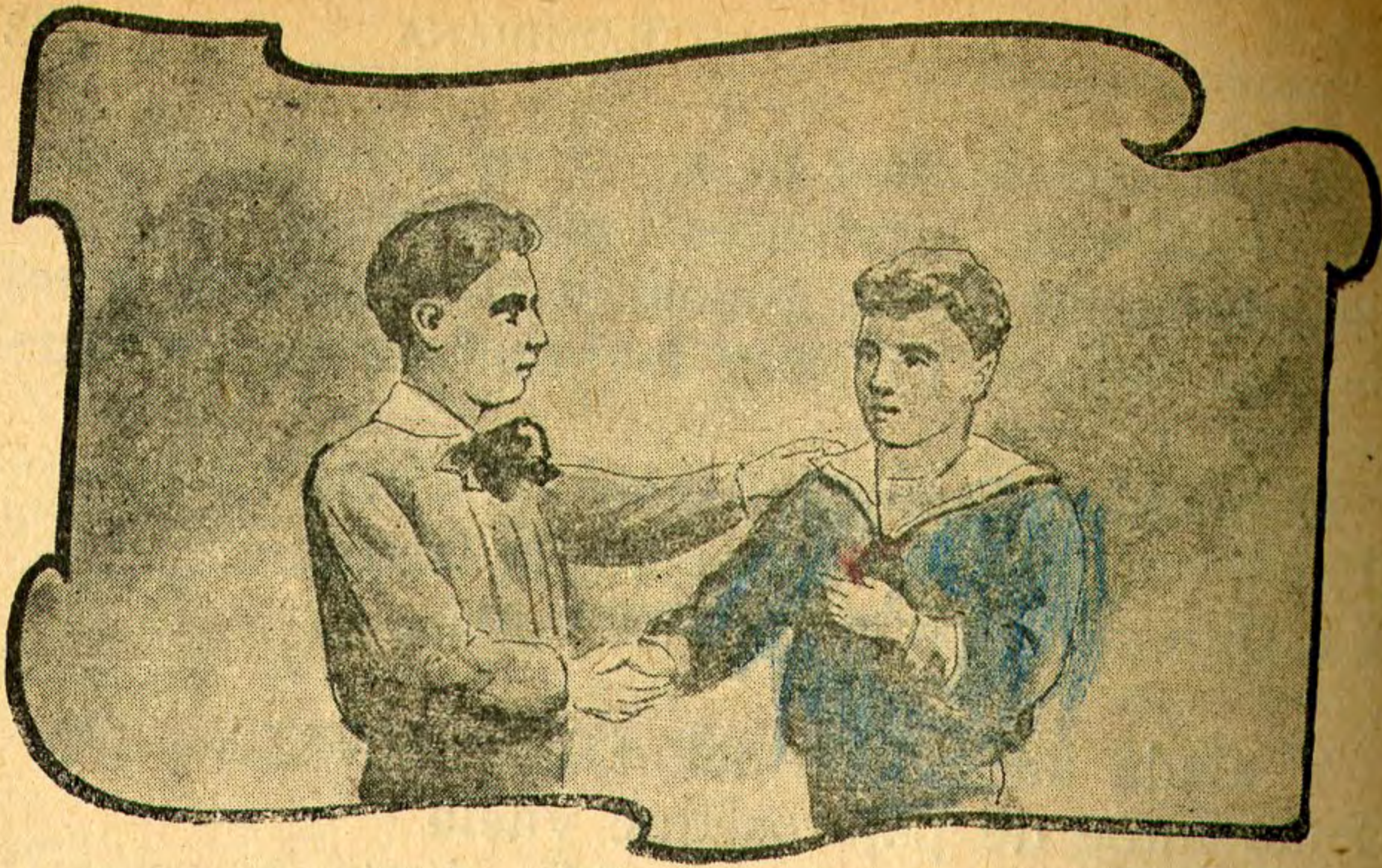
¡Oh! ¡Vivir junto a ti! ¡Siempre a tu lado  
Descanso hallar y conversar contigo!  
¡Ser de tu amor y tu bondad testigo,  
Tú, de bondad y amor nunca saciado!

¡En tu bendito corazón sagrado  
Poner la frente y encontrar abrigo,  
Como la puso tu mejor amigo,  
Tu dulce Juan, tu compañero amado!

¡Oh! Vivir junto a ti, cual la sencilla  
Lámpara tenue que callada brilla  
Entre las sombras de tu templo santo;

Y mientras rueda en su bullicio el mundo,  
¡Solo contigo en éxtasis profundo,  
Darte mi amor y mi abundoso llanto!

HERNANDO HOLGUÍN Y CARO



## CAPÍTULO LV

## RECONCILIACIÓN — MALOS EDUCADORES

(Arte de educar.)

El maestro ha sabido la riña que tuve ayer con Tomás. Al entrar hoy en la escuela me dijo:

— Hizo usted bien, José, en defenderse; pero no guarde rencor. Yo le aseguro que llegará a tener en Tomás un buen amigo.

Y cuando éste llegó, se lo llevó a su cuarto y largo rato estuvo allí hablando con él. ¿Quéle diría? Algo que le llegó muy hondo, pues cuando salimos a la hora de almuerzo, se acercó Tomás y me dijo:

— Si quieres olvidar lo de ayer...

Yo correspondí como debía a esta manifestación, que me dejó sorprendido.

Por la tarde me dijo el maestro:

— Repugnancia le causará hoy andar con Tomás como amigo. No hay necesidad de que lo haga. Basta que usted sea deferente con él en todo y que le ayude en sus trabajos escolares, con buena voluntad, cada vez que se presente la ocasión.

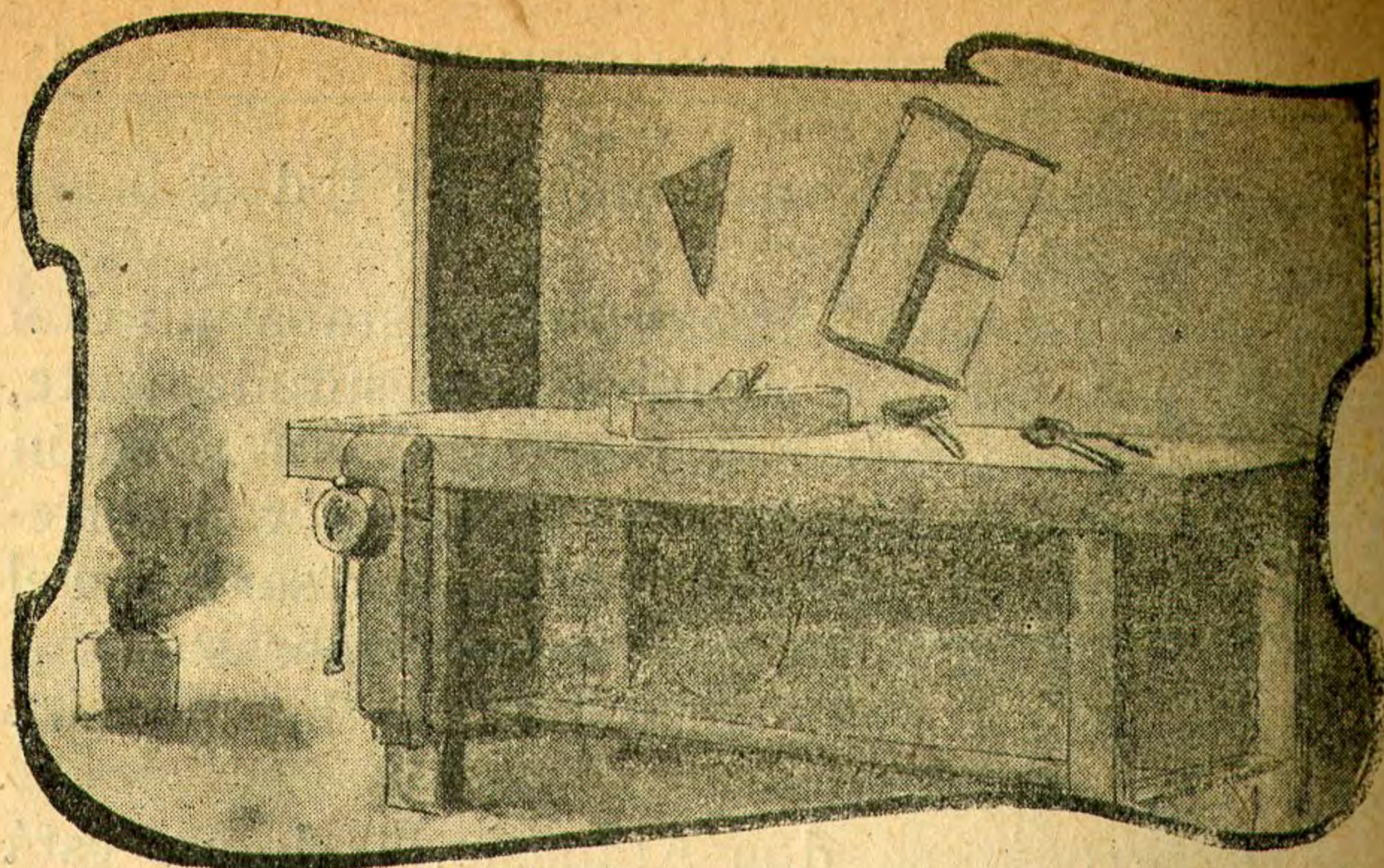
Nadie está obligado a ser amigo de todos; basta la benevolencia.

A poco avisaron al maestro que estaba allí don Atanasio, y salió a recibirle apresuradamente, como si quisiera evitar que entrase hasta el salón de clase. Pero ya don Atanasio venía por el corredor, y aunque el maestro le hizo regresar hacia el salón de recibo, alcancé a oír estas palabras:

— ¡Ese bruto! ¡Otra nueva! Ya sé lo que hizo con el hijo de Silverio...

— Despreocúpese, don Atanasio. Todo eso está remediado. Si usted quiere que le eduque a Tomás, le exijo que le trate bien, que confíe en que se está componiendo y que me deje solo en esa tarea. Por ahora no venga usted a verle en la escuela, ni me lo reprenda por nada en la casa. Mírele con cariño, y haga cuenta que usted no tiene derecho a castigarle...

Tiene razón el maestro. Don Atanasio podría perturbar su obra, que, a juzgar por lo que ha hecho hoy Tomás conmigo, empieza a dar frutos.



CAPÍTULO LVI

LENGUAJE Y REDACCIÓN — MODELOS

Manuel Cruz, que ocupa el octavo puesto en la Legión de la Bandera, me desafió a una competencia en redacción de cartas y cuentas de artesanos.

Después de fijar el número y clase de documentos, convinimos en disponer de tres días para ese trabajo, y ayer presentó cada uno el suyo al maestro, quien nos ha dicho hoy que tantos defectos tiene el uno como el otro, pero que ambos revelan que no hemos desaprovechado sus lecciones. Nos dió un premio a cada uno, y yo conservo mi puesto, que es el séptimo.

Voy a copiar en seguida el trabajo que presenté para sostener esa competencia, tal como me lo ha corregido el maestro. Es así:

AVISO (para un diario)

«Manuel Fernández, carpintero: calle 3.<sup>a</sup>, número 45»

TARJETA DE OFRECIMIENTO

«Manuel Fernández saluda a usted atentamente y se complace en ofrecerle sus servicios como car-

pintero...» (Aquí puede agregar *de blanco*, si trabaja en hacer muebles ordinarios; *de taller*, si en muebles finos, chapeados, guarnecidos, etc.; *de obras de afuera o de armar*, si en armazones para los edificios; *de prieto o de carretas*, si es carretero; *de ribera o naval*, si entiende de fábricas marítimas; *portaventanero*, si se dedica exclusivamente a hacer puertas y ventanas, etc.)

Cartagena, noviembre de 1911 (calle 3.<sup>a</sup>, número 45)

CARTA Y PRESUPUESTO

«Muy estimado señor:

He hecho el presupuesto de los muebles que usted desea, y es como sigue:

2 sofás estilo Luis XV, de cedro caoba, de talla, forros de seda, resortados y perfectamente barnizados de tapón.....	\$ 60
6 asientos del mismo estilo y condiciones..	40
2 sillas de brazos del mismo estilo y condiciones .....	30
Suma.....	\$ 130

Aseguro a usted que en este presupuesto no he computado mi trabajo sino de la manera más equitativa.

Con mucho gusto me pondré a la obra tan pronto como usted me lo ordene, y ocho días después tendrá usted los muebles a su disposición.

Aprovecho esta ocasión para reiterar a usted las expresiones de mi respeto y aprecio.

MANUEL FERNÁNDEZ

Cartagena, noviembre 10 de 1911

Señor don Antonio Puente — S. M.»

## BILLETE

«Querido Carlos: Dame el gusto de acompañarme hoy a comer en casa con mi señora e hijos. Es mi cumpleaños, y como eres mi mejor oficial y amigo, quiero tenerte un rato con nosotros. Te esperamos a las seis.

Tuyo,

MANUEL.»

## CONTESTACIÓN

«Manuel: ¡Cómo te agradezco tu invitación! Iré, por supuesto. Si hubiese sabido antes que hoy es tu día, ya habrías recibido un estrecho abrazo mío. Te deseo toda clase de felicidades.

Tuyo,

CARLOS.»

## CONTRATO DE APRENDIZ

«Nosotros, Manuel Fernández y Juan Caicedo, mayores de edad y vecinos de Cartagena, hemos celebrado el siguiente contrato:

1. Fernández recibe en su taller al niño Carlos, hijo de Caicedo, de doce años de edad, en calidad de aprendiz, y se compromete a enseñarle gradualmente su oficio en el término de cuatro años, si el niño resulta con aptitudes y consagración.

2. Fernández no pagará nada al aprendiz en los primeros seis meses, y se reserva el derecho de despedirle durante ellos, o a su término, si advierte que el niño no tiene aptitudes u observa mala conducta. Si continúa con él le pagará \$ 0-15 diarios durante los seis meses siguientes; \$ 0-25 en el segundo año; \$ 0-40 en el tercero, y \$ 0-60 en el cuarto. Los jornales serán satisfechos semanalmente.

3. Los dos últimos años son obligatorios para Caicedo, pero no para Fernández, quien, además, puede cerrar su taller cuando a bien lo tenga, aunque no se hayan cumplido los cuatro años que este contrato establece.

4. Caicedo se compromete a hacer que su hijo asista al taller puntualmente durante los cuatro años expresados.

En fe de lo cual firmamos dos ejemplares de un mismo tenor, en Cartagena, a 2 de noviembre de 1911.

MANUEL FERNÁNDEZ — JUAN CAICEDO

Tgo., Enrique Casas — Tgo., Francisco del Mar»

## CUENTA DE COBRO

«El señor don Antonio Puente

a

Manuel Fernández

DEBE

Valor de los siguientes muebles contratados el 10 de este mes y que se entregan hoy:

2 sofás finos. ....	\$ 60
6 asientos. ....	40
2 sillas. ....	30
	<hr/>
S. e. u o. ....	\$ 130

Cartagena, noviembre 18 de 1913.»

## CARTA DE COBRO

Cartagena, diciembre 6 de 1913.

Señor don Jaime Contreras.

S. M.

Muy estimado amigo:

Con mucha pena tengo que suplicar a usted el inmediato pago de su cuenta de muebles por valor de \$ 215, pues se han pasado ya veinte días después de vencido el plazo que tuve el gusto de conceder a usted. Mis recursos son muy limitados, y estoy necesitando ese dinero para las compras de maderas que debo hacer en estos días, sin las cuales tendría que cerrar mi taller.

Excuse mi exigencia, y créame siempre su amigo y estimador afectísimo,

MANUEL FERNÁNDEZ

## CONTESTACIÓN

Estimado don Manuel:

Estoy muy apenado por no haber podido entregar a usted en la fecha convenida el valor de los muebles que me vendió a plazos. Con motivo de la enfermedad de mi señora, poco he podido atender la zapatería, y cuanto dinero he cogido se ha ido en gastos de la enferma. La angustia y los afanes que esta enfermedad me ha traído no me han dejado tiempo siquiera para ir a pedir a usted, verbalmente, que me excuse y me espere con paciencia unos pocos días. Hoy lo hago contestando su atenta carta de ayer, y le aviso que tengo casi completa seguridad de poderle pagar el 12 de este mes.

Mucho le agradeceré la bondad de esperarme hasta entonces.

Me repito su amigo afectísimo y seguro servidor,

JAIME CONTRERAS

S. C., 7 de diciembre de 1913.

Señor don Manuel Fernández.

S. M.

RECIBO

Por \$ 215

Recibí del señor Jaime Contreras doscientos quince pesos en oro amonedado, valor de unos muebles que le vendí y que él recibió a su entera satisfacción.

Cartagena, 12 de diciembre de 1913.

MANUEL FERNÁNDEZ



## CAPÍTULO LVII

## SEMANA SANTA

(Religión y moral.)

Mi José querido:

Hoy, domingo de ramos, has tenido muy gratas emociones. Con las hojas de las palmas benditas has tejido multitud de cruces, coronas, anillos y relicarios, de los cuales has regalado algunos a tus amigos y parientes, quienes te han correspondido con obsequios semejantes.

Fué también un día de contento en Jerusalén aquel en que entró Jesús, el domingo anterior a su muerte. El pueblo, siempre bueno cuando procede

espontáneamente y sin sugestión de nadie, salió alborozado a recibirle con aclamaciones, batiendo en su honor ramas de árboles y tendiendo sus abrigos por donde pasaba el Salvador. Pero luego los fariseos, que odiaban a Jesús porque les reprendía sus crímenes y acababa con su influencia, dijeron voces engañosas a los oídos del pueblo, y consiguieron así que los apoyase en pedir la muerte del Justo, gritando: «No queremos más rey que al César. ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ¡Caiga su sangre sobre nosotros!»

¡Semana triste en que un pueblo entero, por sugestión de unos pocos, pasa del bien al mal, del amor al odio, de la verdad al error! ¡Semana triste en que la humanidad derrama la sangre del Cordero Inmaculado, y colma así la medida del pecado! ¡Semana triste en que todos fuimos causa de los sufrimientos de Jesús, porque si murió, fué para que se pudiesen perdonar las culpas de los que ya habían vivido y las de los que habíamos de vivir después!

¡Consagrémonos a recordar los padecimientos del Señor, a acompañarle en ellos, a seguirle paso a paso en todos los trances de su pasión y a pedirle gracia para reconocer nuestras culpas, dolernos de ellas y hacer que su sangre no haya sido infructuosamente derramada por nosotros!

Para que puedas hacerlo bien, te he regalado un *Semanario de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Cada día de esta semana leerás en él lo correspondiente a ese día, siguiendo los lúgubres oficios con que la Iglesia conmemora la pasión y muerte de su Esposo. Ni porque no haya tareas escolares quieras convertir esta semana en tiempo de holganza y diversión. Es la semana en que el cristiano debe meditar más en los grandes misterios de la Religión.

Cuando tus padres hayamos muerto, el corazón

te hará dedicar cada año el día correspondiente a orar por nosotros y recordar el amor que te tuvimos y cuanto hicimos por tu bien. Pues con mayor razón debemos todos consagrar esta semana a recordar cómo Jesús sufrió y murió por nosotros para abrirnos las puertas del cielo. Muéstrate agradecido y cristiano, que esto es propio de los corazones nobles.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO LVIII

### BEBIDAS

(Higiene.)

Las bebidas son *acuosas, espirituosas, aromáticas, ácidas y gaseosas*. Son alimentos líquidos, más necesarios que los sólidos, pues el hombre puede vivir más tiempo sin comer que sin beber.

Nuestro cuerpo contiene dos terceras partes de líquido y una de materia sólida.

*Agua.* — El agua es un compuesto de hidrógeno y oxígeno. Es la reina de las bebidas, la que Dios nos ha dado; todas las demás son productos de la industria humana. Ella basta, generalmente, para conservar la salud. La vida está en peligro cuando nuestro cuerpo pierde un décimo de su agua, pues sin ésta no hay digestión, sangre ni funciones vitales. Por término medio debe tomarse un litro al día.

El agua de beber debe ser fresca, pero no helada (de 6 a 14 grados); limpia y ligera; sin olor ni color; de un sabor apenas perceptible, ni insípida, ni desagradable, ni dulce; capaz de cocer las legumi-

nosas y disolver el jabón, y desprovista de microbios y malos gérmenes. Debe ser recientemente cogida de una fuente donde salte o se golpee contra las piedras, para que esté bien oxigenada; y debe conservarse tapada en una vasija de barro poroso, sin barniz.

Cuando haya temor de que el agua contenga microbios y gérmenes nocivos, debe filtrarse. Mejor aun es hervirla, porque la cocción prolongada mata los microbios y parásitos; pero, en tal caso, no debe usarse sino veinticuatro horas después, para que deje de ser indigesta y desagradable.

Las aguas de pozos y cisternas no deben beberse sino después de que se hayan aireado, y con tal que esos pozos y cisternas estén lejos de establos, letrinas, cementerios, etc., a fin de prevenir las infiltraciones, las cuales pueden comunicar las fiebres tifoideas, el cólera, las tenias y demás gusanos intestinales.

Cuando hay calor y sudor producidos por la alta temperatura únicamente, se puede beber, sin peligro, agua fría y aun helados. Éstos tampoco causan daño durante las comidas o poco después de ellas. Pero si el calor proviene de ejercicio físico, las bebidas frías pueden producir gastralgias, dispepsias, neurosis estomacal, inflamación, gastroenteritis o peritonitis aguda, y aun la muerte. Para evitar tan funestas consecuencias debe retardarse un poco la bebida, y si no hay paciencia para esperar hasta que uno esté perfectamente fresco, échese en el agua un poco de vino, licor o azúcar, y bébase a sorbos, reteniéndolos un poco en la boca antes de pasarlos al estómago.

*Bebidas espirituosas: Vinos, licores, alcoholes.*  
— Bebidas espirituosas son las que se obtienen por la fermentación de algunas frutas: vino, sidra, cerveza, etc. Las sustancias azucaradas de la fruta se convierten, por la fermentación, en un líqui-

do de sabor cáustico y quemante que se llama alcohol, el cual, unido al líquido en que se convierten las demás sustancias de la fruta, constituye la bebida espirituosa. Si ésta procede de la uva, se llama *vino*; si de la cebada, *cerveza*; si de la manzana o de la pera, *sidra*.

Toda bebida espirituosa contiene alcohol. Cuando el vino contiene más del 15 por 100 de alcohol, se llama licor; la cerveza no contiene más de 8 por 100; la sidra, 6 por 100.

El alcohol puede extraerse del vino por medio de la destilación. Como sale mezclado con agua, se llama aguardiente el resultado de la destilación, si contiene menos de 60 por 100 de alcohol; espíritu de vino, o del licor del cual se saque, si contiene 60 a 70 por 100 de alcohol, y alcohol si alcanza por lo menos, al 90 por 100.

También se saca alcohol de la madera, los cereales, la papa, la caña de azúcar, etc.

El alcohol es un tónico excitante, pero no un alimento. Introducido en el estómago, queda allí como sustancia indigesta e irritante, o es absorbido por las venas y, entrando en el torrente circulatorio, penetra en los tejidos y va a producir combustiones que desarrollan calor y desequilibran y trastornan las funciones vitales, mezclando el carbono que contiene con el oxígeno absorbido por la sangre a su paso por los pulmones.

El uso, y con mayor razón el abuso, de los licores y demás bebidas que contienen alcohol a más de 15 por 100, como los vinos espirituosos y falsificados, los aguardientes, el coñac, las mistelas, etc., produce catarro intestinal, desórdenes de la digestión, excesiva rapidez de la circulación de la sangre, agolpamiento de ésta en el cerebro, entorpecimiento de los sentidos. La cara del bebedor adquiere un aspecto de imbecilidad, los ojos carecen de expresión, el caminar es incierto, embarazada

y torpe la palabra, confusas las ideas. Al fin, el bebedor pierde la memoria, se vuelve atrevido y grosero, olvida el respeto a todo, descuida sus deberes y sacrifica los afectos de familia, sus bienes, posición social y hasta la vida, al deseo de beber.

El vino que no alcanza a ser licor, la cerveza y la chicha llamada *aloja*, son bebidas agradables y alimenticias, porque contienen sustancias azoadas. Puede hacerse de ellas un uso moderado.

*Bebidas aromáticas.* — Bajo este nombre se comprenden las infusiones vegetales: café, te, chocolate. Contienen una notable cantidad de principios azoados que las hace nutritivas, y nada de alcohol.

El café ayuda a la digestión, por lo cual se le emplea después de las comidas. Tomado antes, quita el apetito. Con leche es un excelente alimento, aunque pesado. No conviene el café negro a los niños ni a las personas de temperamento nervioso e irritable, pues les produce palpitaciones, insomnio y debilitamiento general. Para ellas es mejor el que se hace de la torrefacción de otros granos y frutas, como maíz, cebada, castañas, etc.

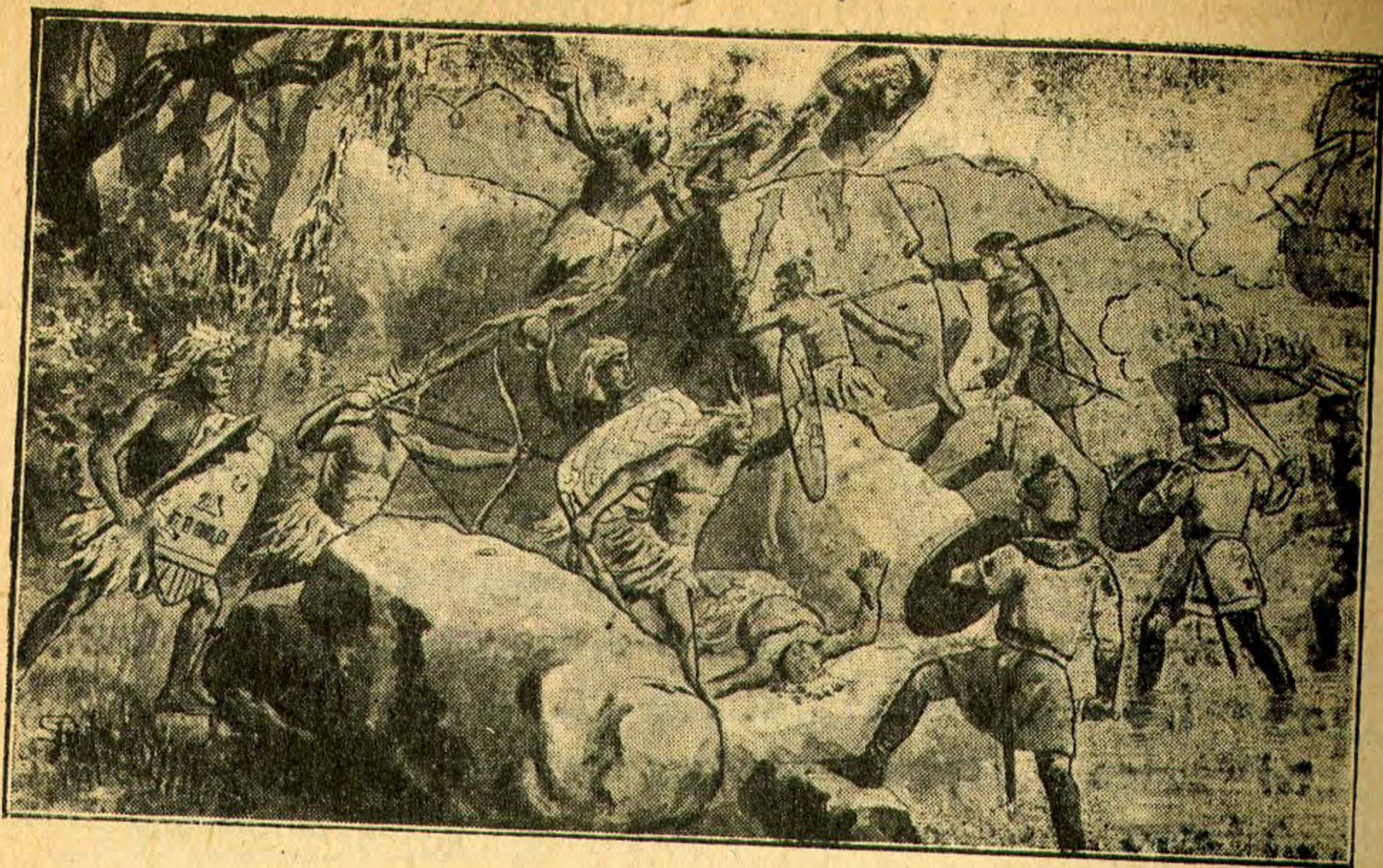
El te activa la digestión, calma la fatiga del estudio, los viajes y el trabajo físico, combate el frío y da cierta actividad al espíritu. Los estómagos débiles lo soportan mejor que el café. Conviene a los habitantes de lugares palúdicos. Cuando se abusa del te, se excita mucho el sistema nervioso y hay palpitaciones, temblores de los miembros, inquietud, etc.

El chocolate es la mejor de las bebidas aromáticas. Contiene todos los principios necesarios y útiles para nuestro mantenimiento: albúmina, grasa, aromas, azúcar y sales. Una taza de chocolate es una excelente colación para los niños, las mujeres, los ancianos y las personas débiles.

*Bebidas ácidas.* — Son bebidas ácidas la limonada, la naranjada, el aceite y los jarabes de cer-

veza, grosella, ciruela y otras frutas ácidas. Sirven para calmar el calor, y no tienen ningún inconveniente cuando se beben en corta cantidad; pero si se abusa de ellas, debilitan y producen irritaciones intestinales. Es preferible el agua azucarada, con un poquito de vino, ron u otra bebida espirituosa.

*Bebidas gaseosas.* — Son aguas cargadas de ácido carbónico, que ayudan a la digestión y obran como ligeros estimulantes. Las hay naturales y artificiales, y tienen mucha aplicación en medicina. Su abuso, sin embargo, produce gastralgias e irritaciones gástricas.



## CAPÍTULO LIX

QUESADA. — BOMBONÁ. — MELO

*(Historia.)*

Copio en seguida mi composición de historia patria, para este mes:

«Tres son los principales acontecimientos colombianos que nos recuerda el mes de abril: el viaje del conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada desde Santamarta al interior de Colombia, hasta descubrir, conquistar y colonizar la Sabana de Bogotá y comarcas vecinas; la costosa victoria de Bomboná, alcanzada por Bolívar sobre don Basilio García, y el establecimiento de la dictadura de Melo.

## EXPEDICIÓN DE QUESADA

Siendo gobernador de Santamarta en 1538 don Pedro Fernández de Lugo, como casi no se conocían entonces sino las costas de Colombia, resolvió enviar una expedición a descubrir el interior,

y la confió al licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada para evitar rivalidades de los hombres de armas.

Salió Quesada de Santamarta el 6 de abril de 1538, con la parte de la expedición que debía marchar por tierra hasta Tamalameque, cerca de la desembocadura del río Cesar. La otra parte debía entrar en cinco buques por el río Magdalena.

La primera llegó a Tamalameque, en donde debía reunirse con la segunda; pero esto no se efectuó sino en Zampollón dos meses después, porque perecieron tres buques en las bocas del río y fué preciso reparar el daño. Por todos eran 820 infantes y 85 caballos, y llevaban gran número de indios cargueros, que fueron remudando en el camino.

Ya unidas las dos partes de la expedición, los buques siguieron aguas arriba, conduciendo los enfermos, víveres, etc., y los sanos iban por la orilla derecha del río, por la trocha que abrían, con gran trabajo y enormes peligros, en esos bosques vírgenes, de clima ardiente y malsano, plagados de mosquitos, víboras e indios salvajes. Agotados los víveres, tuvieron que empezar a comerse los caballos. Los buques sufrieron daños considerables.

Llegaron a una población que los indios abandonaron al verlos, llamada por ellos La Tora y por los exploradores Barrancabermeja. Allí descansaron veinte días, mientras algunos buques siguieron remontando el río para ver si se descubría algún país importante; pero éstos volvieron con la noticia de que todo era tan salvaje como lo que habían recorrido.

Muchos de los expedicionarios pidieron a Quesada que desistiese del viaje y regresase a Santamarta; pero Quesada tuvo la admirable energía de insistir, haciendo presente que el regreso sería tan penoso como el avance, por la falta de embar-

caciones y víveres, y que no podrían soportar la vergüenza de regresar sin haber hecho nada útil.

Entonces hizo explorar el río Opón, y dió la fortuna de que sorprendieran una canoa en la que tres indios conducían sal. Por uno de ellos supieron que algunas jornadas más arriba se encontraba un país rico, muy poblado y que producía mucha sal: era la altiplanicie habitada por los chibchas.

Inmediatamente emprendieron marcha por la orilla izquierda del Opón, mientras los enfermos seguían en los buques. Cuando éstos no pudieron subir más, los despachó Quesada para Santamarta con 160 inválidos, y él emprendió con los sanos la subida de la serranía de Atún.

Con frecuencia eran atacados por los indios, y en varios trayectos tuvieron que subir los caballos con cuerdas. Veinte españoles murieron en este penoso ascenso. Al fin, coronaron la altura en los últimos días del año, y se presentaron a su vista fértiles y poblados valles de suave temperatura.

Eran 166 hombres, con 60 caballos, y tenían al frente, para conquistarlo, un país de más de un millón de habitantes.

Más de un año empleó Quesada en dominar a los indios, y, al fin, lo consiguió mediante su valor, prudencia y astucia. Coronó su empresa fundando la ciudad de Santafé de Bogotá, el 6 de agosto de 1539, y cuando acababa de hacerlo llegó por el oriente otra expedición de españoles, al mando del alemán Fredermán, y otra por el occidente, con Belalcázar. Estos dos jefes se unieron a Quesada para ir a España a dar cuenta de sus descubrimientos, y dejaron en Santafé la gente que traían. Cada uno de los tres tenía 160 hombres, un fraile y un sacerdote.

### BOMBONÁ

En 1822 sólo faltaba lo que es hoy el Departamento de Nariño para que todo el territorio de la actual Colombia estuviese en poder de los patriotas. Bolívar emprendió esa campaña desde Popayán.

El coronel realista don Basilio García fué retrocediendo hasta Pasto, y a medida que lo hacía talaba el territorio para que las fuerzas patriotas no encontrasen recursos. Por lo cual perdió Bolívar mil hombres hasta el río Juanambú, donde encontró al enemigo en formidables posiciones. Vadeó el río por el punto llamado Burreros, y se dirigió a pasar el Guáitara por Yacuanquer. Pero encontró que el enemigo había volado a ocupar a Cariaco, que está al frente, en las faldas del volcán de Pasto. Bolívar acampó en la hacienda y llanura de Bomboná.

La honda cañada del río Guáitara separaba los dos ejércitos, y Bolívar no vaciló en atacar inmediatamente: eran las dos de la tarde del 7 de abril. Encargó el ataque por el centro al general Torres, con los batallones *Bogotá* y *Vargas*. Esta legión de patriotas se arrojó sin vacilar a la espantosa hondonada, por estrecho desfiladero, y, antes de que pudiera hacer daño al enemigo, se vió destrozada: sólo quedaron en pie 6 oficiales y 41 soldados, que nada podían hacer, si no eran reforzados.

Bolívar envió entonces uno de sus ayudantes a preguntar al general Torres si había olvidado vencer y necesitaba ser reemplazado, a lo cual contestó el general Torres:

— Diga usted al Libertador que no han nacido aún quienes puedan reemplazarnos ni a mí ni al batallón *Bogotá*.

Mientras tanto, la fuerza del general Valdés su-

bía por las faldas del volcán, hincando las bayonetas como punto de apoyo, y atacaba a los realistas por la espalda. Las tropas de reserva se unieron entonces a Torres, para dar formidable carga por el frente, y al llegar la noche los patriotas ocupaban a Cariaco y el enemigo se retiraba a Guaca.

Esta victoria, que con más propiedad se llama de Cariaco que de Bomboná, fué de las más costosas; de las tropas vencedoras eran más los muertos y heridos que los vivos disponibles para el servicio. Ninguno de los dos contendientes quedó en capacidad de tomar la ofensiva por muchos días, y sólo mes y medio después pudo hacerlo Bolívar y obligar a García a una capitulación.

#### MELO

El 17 de abril (día memorable porque en esa fecha de 1492 firmaron los Reyes Católicos y Colón las capitulaciones que a éste facilitaron el viaje en que había de descubrir la América) es también memorable en la historia de Colombia, por la sublevación del general José María Melo, ocurrida en esa fecha de 1854.

Era presidente de la República el general Obando, quien no estaba de acuerdo con los planes del Congreso. De aquí surgió una lucha apasionada y acerba entre los partidos políticos, lo cual dió ocasión a que el general Melo (que era partidario de Obando y que deseaba cortar el juicio que a él se le seguía por haber dado muerte a un cabo Quirós), usurpara el poder con el apoyo del ejército. Disolvió el Congreso, declaró en prisión al general Obando, y se proclamó jefe supremo.

Pero el general Tomás Herrera, designado para ejercer el poder ejecutivo, consiguió salir de la capital, y en Chocontá se declaró en ejercicio de sus funciones. Las fuerzas que levantó fueron venci-

das en Zipaquirá y Tiquiza, por lo cual se trasladó a Ibagué. Allí se reorganizó el Gobierno, se reunió el Congreso y se acordaron las medidas necesarias para la formación del ejército que se levantaba en toda la República.

Todos los partidos se unieron para combatir esta usurpación, que ninguna excusa atenuaba, y en favor de la legitimidad cumplieron el deber de luchar Herrán, Mosquera, López, Santos Gutiérrez, Ortega, Franco, Julio Arboleda, Mendoza, Reyes Patria, Gutiérrez Lee, Tejada, Ospina y cuantos hombres notables tenía el país. El general Mosquera organizó el ejército del norte y el general López el del sur, bajo las órdenes del general Herrán, general en jefe del ejército.

Después de someter a los melistas de diversos puntos del país, fueron avanzando sobre la Sabana de Bogotá, en donde el dictador esperaba vencerlos, porque tenía 4.000 veteranos. Pero fué derrotado en Bosa, Tres Esquinas y Egipto, y, al fin, tuvo que atrincherarse en Bogotá. La capital fué asaltada por los dos ejércitos del Gobierno, el 3 y el 4 de diciembre. Fué espantoso el combate en las calles, plazas y casas, y el 4 por la tarde cayó preso Melo con los restos de sus fuerzas.

Melo fué desterrado, y años más tarde tomó parte en una guerra civil de Méjico, y fué vencido y fusilado. Obando fué juzgado y depuesto por el Senado. El vicepresidente, don José de Obaldía, que había reemplazado al general Herrera durante la guerra, continuó ejerciendo el mando hasta el 1.º de abril de 1855, en que lo entregó al presidente elegido, doctor Manuel María Mallarino.»

Después de examinar y calificar nuestras composiciones, nos preguntó el maestro:

— ¿Qué falta principal cometió Melo?

— La de rebelión contra el Gobierno legítimo — se apresuró a contestar Jorge.

— ¿Y por qué es un delito rebelarse contra quien manda?

— Porque es como rebelarse contra Dios, que es quien da el poder de mandar.

— ¿No somos los hombres mismos quienes lo damos al que elegimos para que nos mande?

— No, señor; con la elección se designa la persona, pero no se le da el mando, el cual lo recibe de Dios. Porque usted nos ha enseñado que mandar es regir como dueño las acciones de un hombre, y sólo puede regirlas Dios, porque sólo es dueño de las acciones de un ser quien lo ha creado. Ningún hombre tiene derecho para mandar a otro, sino porque Dios le dé ese derecho; y se conoce que se lo ha dado cuando, por ciertos actos cumplidos con justicia, aparece como superior: por la paternidad, por la elección, por el nombramiento, etc.

— Muy bien, Jorge. De modo que la rebelión es un crimen que va directamente contra Dios. Ella corrompe a los pueblos, porque les hace olvidar el respeto que deben a la autoridad; porque nace de la soberbia y ayuda a difundirla; porque trastorna el orden social, fomenta odios entre hermanos, destruye la riqueza, interrumpe el trabajo, perturba y hasta impide las obras buenas, desata las pasiones y los vicios, llama a voces a la Miseria, la Venganza, la Injusticia, baña de sangre los campos de la patria, y, si triunfa, deja al pueblo acostumbrado a levantarse contra la autoridad. Desde entonces nada será estable, ni posible el progreso, ni amable la residencia en donde tal cosa suceda.

— A ver, Enrique: ¿qué otra falta nota usted en la conducta de Melo?

— Que corrompió al ejército.

— ¡Cierto! Levantó al ejército contra el Gobierno que lo sostenía. El ejército es la fuerza de la patria, y no debe servir de apoyo sino a la patria y al Gobierno que la representa.

— Dígame usted, León: ¿hizo bien Melo en ejercer el poder público después de disolver el Congreso y declarar preso al presidente?

— No, señor, porque eso es usurpar el poder. La usurpación no es un acto justo que dé el mando, sino un crimen.

— Graben, pues, hijos míos, hondamente esta lección en su memoria. Que ustedes no contribuyan nunca a ninguna rebelión, y que, siguiendo el ejemplo de cuantos combatieron la de Melo, estén dispuestos a sacrificar bienes y vida por sostener al Gobierno legítimo, sea del partido que fuere, a fin de que Colombia marche siempre por los caminos del orden. Dentro de esos caminos hay siempre medios pacíficos de cambiar los malos gobiernos.



## CAPÍTULO LX

## MES DE MARÍA

*(Religión y moral.)**Mayo*

¡El mes de mayo! ¡El mes de María, hijito mío!  
 ¡El mes en que vuelven a soplar los vientos del sur y de oriente y a venirse con ellos los días claros de cielo rubio y azul, de nubes blancas alargadas sobre las montañas, de aire transparente y puro! Es el verano, o estación de pocas lluvias, durante el cual terminan las tareas escolares y gozáis de vacaciones los niños desde el mes de julio.

Empieza con mayo esta hermosa estación, que dura hasta mediados de septiembre. La Iglesia ha dedicado este mes a honrar especialmente a la Virgen María, la estrella anunciadora del día de nuestra felicidad eterna.

Hagamos un oratorio en casa y allí un altar para la Virgen, donde pongamos todos los días las más hermosas flores del jardín y todas las noches recemos el rosario y cantemos alegres villancicos.

Ten muy presente que la Virgen María es la

Puerta del Cielo. El Evangelio nos dice que los pastores y los reyes magos, cuando fueron en busca de Jesús, le hallaron con María, y que el primer milagro que hizo le fué pedido por María. No llegamos a ÉL, no le encontramos, no conseguimos sus favores sino por medio de María, intermediaria dulcísima entre el hombre y Dios. Podría pensarse que así como vino por medio de Ella al mundo, porque Ella aceptó y dijo: «Hágase en mí según tu palabra», así quiere Dios que el favor de la Redención y todos los que de éste se derivan, no nos sean concedidos sino por mediación de la purísima corredentora del mundo.

No dejes pasar este mes como otro cualquiera. Haz de él una urna en la cual guardes tus más vivas manifestaciones de amor a María, la dulce Madre que tenemos en el cielo. Que Ella vea que te alegras con sus glorias y que no sólo le pides favores, sino que le das tu corazón. Es así como las madres queremos ver siempre a nuestros hijos; y cuando así los encontramos, los bendecimos desde lo más hondo de nuestra alma y dejamos caer sobre ellos la corona de todo nuestro amor.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO LXI

## BEBIDAS EMBRIAGANTES

(Higiene.)

¡Nada! Que no pude vencer a León en agricultura, como lo esperaba. Aunque mi composición fué bien calificada, la de León fué mucho mejor, porque describió la herramienta agrícola, fijó los meses en que debe hacerse cada trabajo y expuso la organización que debe darse a las cuadrillas de peones. Yo sabía todo eso, pero olvidé escribirlo. O tal vez me cansé de escribir. Pero sigo en mi propósito de ganar ese puesto, y, al fin, he de conseguirlo.

Hoy nos dió el médico otra conferencia sobre higiene. ¡Cómo me ha impresionado! Versó, como la anterior, sobre el vicio de la bebida, y nos pintó con tan vivos colores las consecuencias del alcoholismo, que estoy seguro de que ninguno de los que la oímos caerá nunca en tan desastroso vicio.

Nos hizo ver que destruye el estómago, desequilibra el sistema nervioso, vicia la sangre, debilita

el organismo, anticipa la vejez, abre las puertas a la tuberculosis, a la locura, al crimen...

En fin, nos hizo ver que el alcoholismo trae consigo la decadencia física, intelectual y moral del individuo, la raza y la patria... ¿Quién, sabiendo esto, se expondrá a tan terribles consecuencias, por grande que sea el gusto de beber?

Nos dijo que una de las principales causas de la propagación de este vicio entre los jornaleros, es la mala alimentación que reciben de ordinario. Porque cuando la alimentación no es suficiente para reparar las pérdidas que sufre el organismo con el trabajo material, siente uno el deseo de un estimulante del sistema nervioso. «Acostúmbrase así el trabajador, nos dijo, a buscar en los productos alcohólicos la energía que le falta, y de aquí pasa fácilmente al abuso, cada día mayor, de una substancia que, usada moderadamente, puede no hacerle daño, pero que luego le conduce a la ruina completa.»

«La ración diaria de alimentos sólidos, agregó, que necesita un hombre para producir un trabajo moderado, es generalmente el 5 por 100 del peso de su cuerpo, así: 1 por 100 de alimentos sólidos, 1 por 100 de oxígeno y 3 por 100 de agua. Un trabajador cuyo peso sea 75 kilogramos, tendrá que recibir 750 gramos de alimentos sólidos, 750 de oxígeno y 2,250 de agua; y, para que esta ración repare el gasto de los tejidos y suministre la energía que ha de traducirse en trabajo útil y en calor, es necesario que los 750 gramos de alimentos sólidos estén representados así: 250 gramos de azoos albuminoides, 115 de grasa, 330 de hidrato de carbono (azúcar y almidón) y 35 de sal. Es decir, que se necesita 445 gramos de grasa, azúcar y almidón, alimentos productores de energía y llamados por eso *energéticos*, ración sin la cual el obrero no puede producir el trabajo útil que se le

impone, o lo produce consumiendo la grasa y el azúcar que su organismo tiene como reserva; pero, consumida ésta, vendrán la fatiga y el agotamiento.»

«Si la ración es insuficiente para el trabajo impuesto, hay necesidad de ingerir los excitantes de que he hablado para estimular la actividad de las células y que éstas gasten sus reservas. Es entonces cuando instintivamente se emplean las bebidas alcohólicas, o las aromáticas, como el café. Estas sustancias producen la energía necesaria (calor, fuerza, movimiento), pero no con sus principios componentes, como sucede con los verdaderos alimentos, sino a expensas de los tejidos del organismo.»

«De esta manera el obrero se va debilitando; día por día ejecuta menos trabajo que otro bien alimentado; gana por lo mismo un jornal inferior, que no le basta para sus más premiosas necesidades; tiene que andar mal abrigado, lo que es causa de que gran parte de la energía producida por su escaso alimento se pierda en calor que se irradia; y no puede proporcionarse una habitación higiénica. Naturalmente, al cabo de poco tiempo, es un hombre inútil, sobre todo si tiene la debilidad de abusar de la chicha, el guarapo, el aguardiente y demás bebidas alcohólicas.»

«Los patronos de fábricas, haciendas y toda clase de empresas deben cuidar de salvar al pueblo pobre y trabajador, no sólo dándole un jornal suficiente para sus necesidades, sino cuidando de que lo invierta en alimentarse; pues con obreros bien alimentados podrán obtener todo trabajo con un gasto mucho menor que el que les imponen los que no reparan del todo las pérdidas de energía o las substituyen con la excitación fugaz y consumidora del alcohol.»

«En Colombia se observa que el peón antioque-

ño hace el doble o el triple de los peones de otras comarcas, porque su alimentación es, por lo común, de una gran taza de mazamorra, un plato de frijoles, arepa y panela en abundancia.»

«Hay que procurar que en la alimentación de los obreros no escaseen los cereales (trigo o maíz) ni las leguminosas (frijoles, lentejas, garbanzos) ni la carne, para que no falte la substancia azoada; que la papa, el arroz y la panela sean abundantes, para que tengan fuerzas sin necesidad de excitarlas por medio del alcohol; y que, como excitante, no tomen otra cosa que café, mucho menos dañino y más agradable.»

«La chicha, mejorada de modo que no contenga el principio azoado llamado *tomaina*, y la cerveza, sin más de 5 por 100 de alcohol, son bebidas con las cuales se substituirían ventajosamente las alcohólicas, porque, además de ser muy agradables, contienen sustancias nutritivas y casi ninguna tóxica.»

Para concluir, el ilustre médico nos dictó, y nosotros escribimos, los siguientes preceptos de higiene, que nos recomendó no olvidar nunca:

«El alcoholismo es el envenenamiento crónico producido por el uso habitual de las bebidas alcohólicas. Este envenenamiento tiene lugar aunque ellas no nos produzcan embriaguez.»

«El alcohol no es alimento, no es útil para nadie y es dañoso para todos.»

«Es un error creer que las bebidas alcohólicas den energía para el trabajo o reparen las fuerzas.»

«Todas las bebidas alcohólicas conducen al alcoholismo. Las espirituosas (brandy, ron, aguardiente, mistelas) lo hacen más pronto; y el camino más seguro para llegar a él es contraer el hábito de tomar licor por la mañana, o usarlo como aperitivo antes de las comidas.»

«El hábito de las bebidas alcohólicas debilita

los afectos de familia, aniquila el hogar, hace olvidar los deberes sociales y aborrecer el trabajo, produce miseria, conduce al robo y a otros crímenes.»

«Para la salud del individuo, para la existencia de la familia, para el porvenir de un país, el alcoholismo es el más terrible azote.»

«Debe organizarse la lucha contra el alcoholismo, principiando por fundar sociedades de temperancia; dando los médicos, maestros e inspectores escolares, frecuentes conferencias sobre los peligros del alcohol y la manera de evitar su abuso; limitando el número de tiendas de expendio de licores en cada población, de modo que no haya más de una por cada 800 habitantes y gravándolas con fuertes impuestos; inspirando en los niños vergüenza y horror a la idea de entrar en esas tiendas, y cuidando el Gobierno de que no se vendan licores que contengan alcohol amílico — el más tóxico de todos — ni éteres artificiales» (1).

(1) Los párrafos de este capítulo que van entre comillas son tomados de un escrito del doctor García Medina, eminente médico bogotano.



Observatorio astronómico de Bogotá

D. José Celestino Mutis

## CAPÍTULO LXII

### DESARROLLO DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA

(Historia.)

El maestro ha obtenido que don Carlos Fuenmayor, uno de los más notables literatos de la ciudad, nos dé conferencias sobre el desarrollo de las letras en Colombia.

Este señor nos ha deleitado con su manera de hablar, tan elegante como concisa, y nos ha hecho conocer las más hermosas joyas de la literatura colombiana, dándonos a la vez alguna noticia de sus autores.

Yo no soy capaz de reproducir aquí ni su correcto lenguaje, ni sus acertados juicios, ni todos los detalles de sus conferencias. Me limitaré a un resumen y a dejar constancia del entusiasmo con que he visto que mi patria no cede a ningún país en las aptitudes de sus hijos para el cultivo de las letras.

Con las piezas que nos ha hecho conocer y las

que me han indicado mi padre y mi maestro, he formado un librito que viene a ser como complemento de éste, y al cual he bautizado con el nombre de *Antología cronológica de la literatura española de ambos mundos*.

En la primera conferencia nos habló del desarrollo de la instrucción en Colombia.

Durante la Colonia, los principales y casi los únicos educadores de la juventud fueron los dominicanos, los franciscanos y los jesuitas. Los primeros tuvieron en Bogotá un colegio con facultad para conferir grados universitarios, y allí los recibían los alumnos de los colegios del Rosario y San Bartolomé. Los jesuitas dirigieron este último por más de ciento cincuenta años, y tuvieron planteles de educación en Antioquía, Popayán, Cartagena, Pamplona, Tunja, Honda y otras poblaciones.

Los franciscanos en sus conventos, y los curas de todos los pueblos en sus casas, enseñaban a los niños las primeras letras. La educación que daban era rudimental, y en los colegios exclusivamente especulativa. Pero esto no quita que debemos agradecer a las comunidades religiosas y al clero en general el inmenso servicio que prestaron al país con su enseñanza, sin la cual la ignorancia habría sido completa. Ellos difundieron la única luz que podía llegar entonces a los colonos, a la vez que reducían a los indios a la vida civilizada, fundaban nuevas poblaciones, administraban muchas parroquias, formaban grandes haciendas para el bien común, y levantaban templos, hospicios y conventos, que aun nos prestan inmenso servicio. Lo cierto es que en los colegios de Bogotá estudiaba con ardor inmenso grupo de la juventud granadina.

El arzobispo virrey, Caballero y Góngora, trabajó mucho a fines del siglo XVIII por la refor-

ma de los estudios superiores, en el sentido de introducir en ellos las ciencias físicas y matemáticas, pues casi no se enseñaba sino humanidades, derecho y teología; y tiene la gloria de haber sido el fundador de la *Expedición Botánica*, que tanto contribuyó a la difusión de las ciencias en nuestra patria.

Habiéndole ordenado el Gobierno español que prestase apoyo a unos exploradores alemanes que venían a estudiar el país, sintió el oprobio de que nos encontrasen sumidos en tan grande ignorancia que no conociésemos las riquezas de nuestro suelo y ellos viniesen a señalárnoslas; y para evitarlo se apresuró a formar aquella corporación, compuesta del sabio sacerdote español don José Celestino Mutis y el granadino don Eloy Valenzuela, cura de Bucaramanga, director y subdirector, respectivamente. Fué delineador don Francisco Javier Mutis, y más tarde formaron parte de la expedición el payanés don Francisco José de Caldas, el medellinense don Francisco Antonio Zea, el santafereño don Jorge Tadeo Lozano, don Sinfrososo Mutis, don Salvador Rizo, don Vicente Sánchez y otros notables talentos granadinos, que en ella se desarrollaron o perfeccionaron.

La Expedición estudió la flora granadina, midió alturas, tomó coordenadas geográficas, construyó el Observatorio astronómico e hizo multitud de observaciones geológicas, físicas y meteorológicas, de modo que cuando vino Humboldt, se asombró de encontrar tanta ciencia.

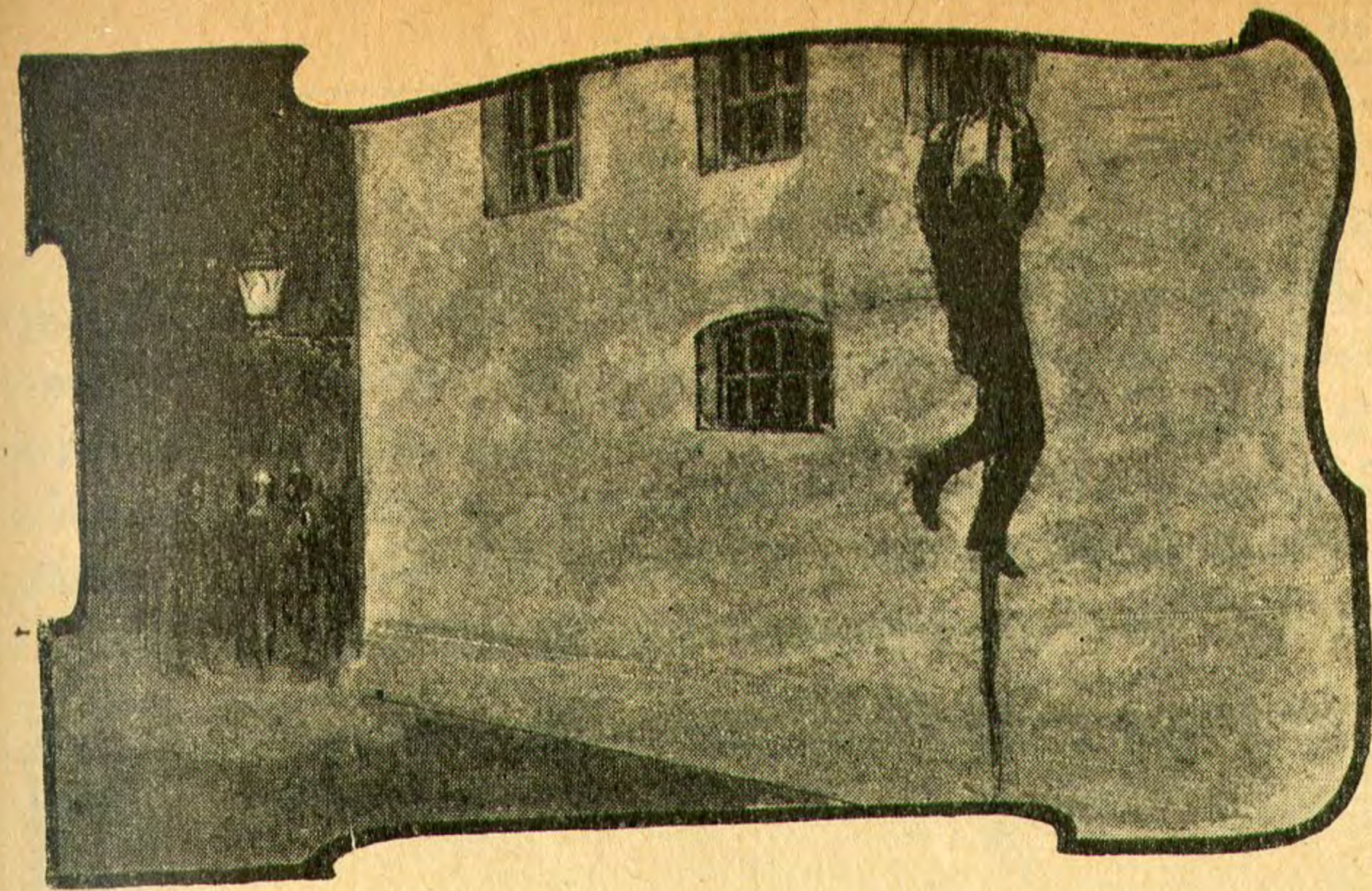
Fué la Expedición Botánica una verdadera escuela de ciencias físicas y naturales que no ha sido rivalizada después y que difundió de repente una luz intensa en los cerebros granadinos, despertando a la vez el deseo de otros estudios. Además, el virrey Ezpeleta fundó algunas escuelas públicas.

Por desgracia, la expulsión de los jesuitas, ve-

rificada en 1767, que privó a la juventud de estos excelentes educadores y causó la clausura de muchos colegios; y más tarde la formidable y larga guerra de Independencia, cortaron o paralizaron aquel movimiento de los espíritus.

Pasada la guerra, el Gobierno republicano empezó a prestar atención a la instrucción pública; pero sus esfuerzos fueron poco fecundos por mucho tiempo, debido a la agitación política en que se vivía. Sin embargo, se fundaron muchas escuelas públicas y privadas, algunos colegios y la Universidad Nacional, aunque en materia de métodos y procedimientos de enseñanza no se adelantaba casi nada.

La gloria de haber introducido los que aconseja la moderna pedagogía, corresponde al Gobierno de 1870, presidido por don Eustorgio Salgar. Ese Gobierno — y a su ejemplo los de los Estados — trajeron maestros alemanes versados en la ciencia y el arte de Pestalozzi, y con ellos se fundaron escuelas normales, que formaron pronto maestros muy competentes. No se dió entonces, por desgracia, a la educación el sentido eminentemente católico que debe tener; pero este defecto fué remediado poco después; y en los últimos treinta años, sobre la base de esta reforma y la de los métodos, se ha ido difundiendo tanto la educación pública, que hoy tenemos buenas escuelas, hasta en los últimos caseríos, colegios en todas las poblaciones de importancia, y universidades en Bogotá, Cartagena, Medellín, Popayán y Pasto.



## CAPÍTULO LXIII

### LA REBELIÓN

(Educación cívica.)

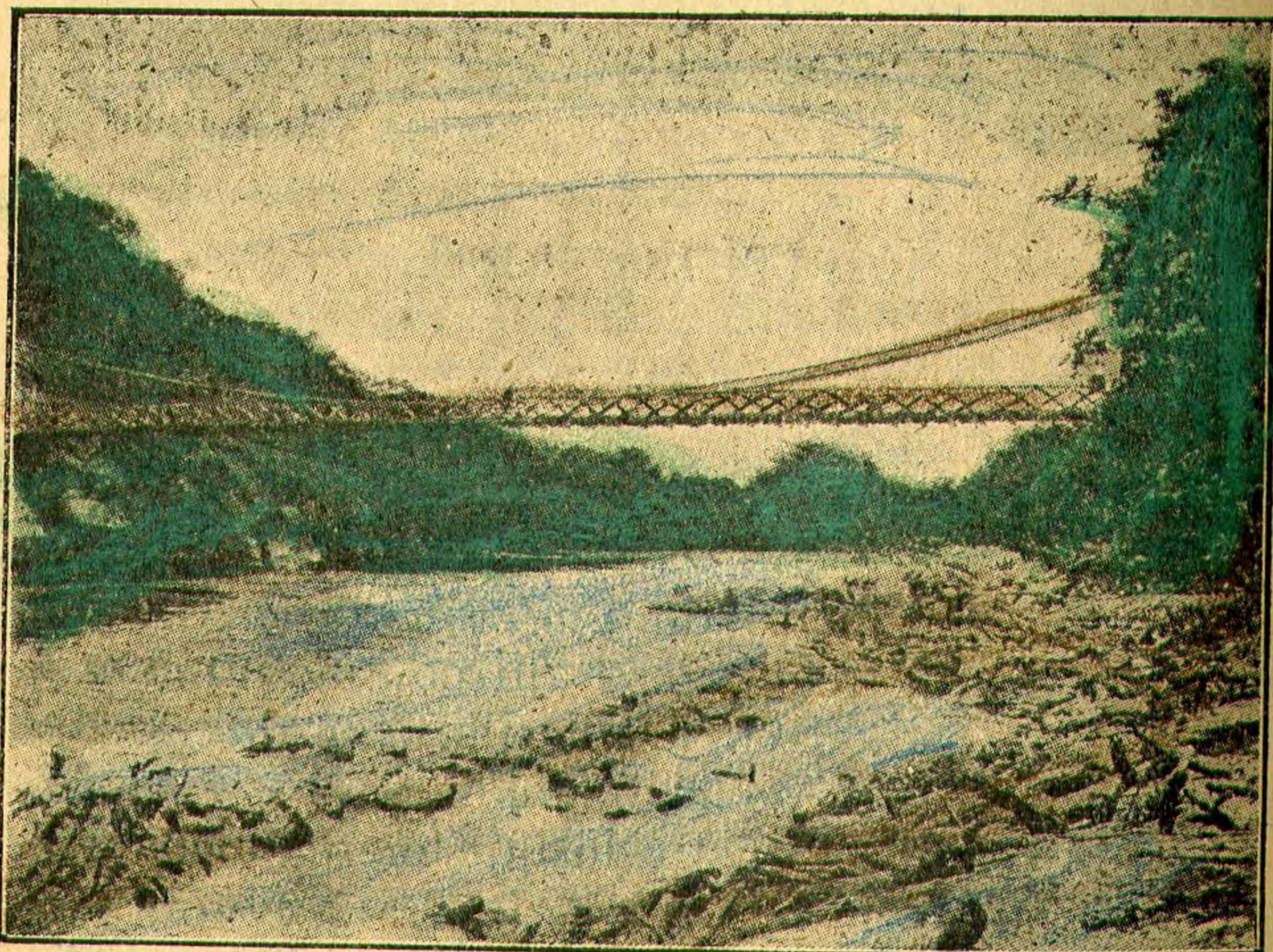
Enrique ha vuelto de *La Esperanza*. Un mes bastó para que recuperase allí completamente la salud. Pero está flaco y amarillo. La enfermedad y la tierra caliente se lo iban comiendo.

Yo he tenido el gusto de que me encuentre de segundo suyo en la Legión de la Bandera, pues cuando menos lo esperaba vencí a León en higiene. Sostuvimos una competencia sobre alimentos, y resulta que León no sabía casi nada de eso, no sé por qué.

Sólo me falta vencer a Enrique para ser el primero de la Legión; pero, aunque me provoca mucho darles este gusto a mis padres, no desafiaré a Enrique porque él ha perdido un mes sin su culpa, y me apenaría aprovecharme de esa ventaja. Ya dejaré acabar este año sin aspirar al primer puesto y me limitaré a cuidar de conservar el segundo. Esto me impondrá mucho trabajo, pues León se está esforzando por recuperarlo. Se ha aplicado

como nunca, y me ha dicho que me prepare porque él no se da por vencido.

Esta mañana hubo muchos padres de familia en la clase de Historia Patria. Nos contó el maestro cómo fué la conspiración del 25 de septiembre de 1828 contra el Libertador, y luego leímos algunas relaciones de este suceso. Todos quedamos penosamente impresionados, y entonces tomó la



HUILA.—Puente sobre el río Páez entre Paicol y Carnicerías

palabra don Jerónimo, el padre de León, y nos dijo:

«Niños:

Esta conspiración, cuyo recuerdo nos ha llenado de tristeza, principalmente porque fué hecha contra el Padre de la Patria, es también de nefanda memoria porque con ella empezó una larga serie de guerras civiles, que arruinaron a Colombia e hicieron difíciles y tardíos nuestros adelantos. Sin

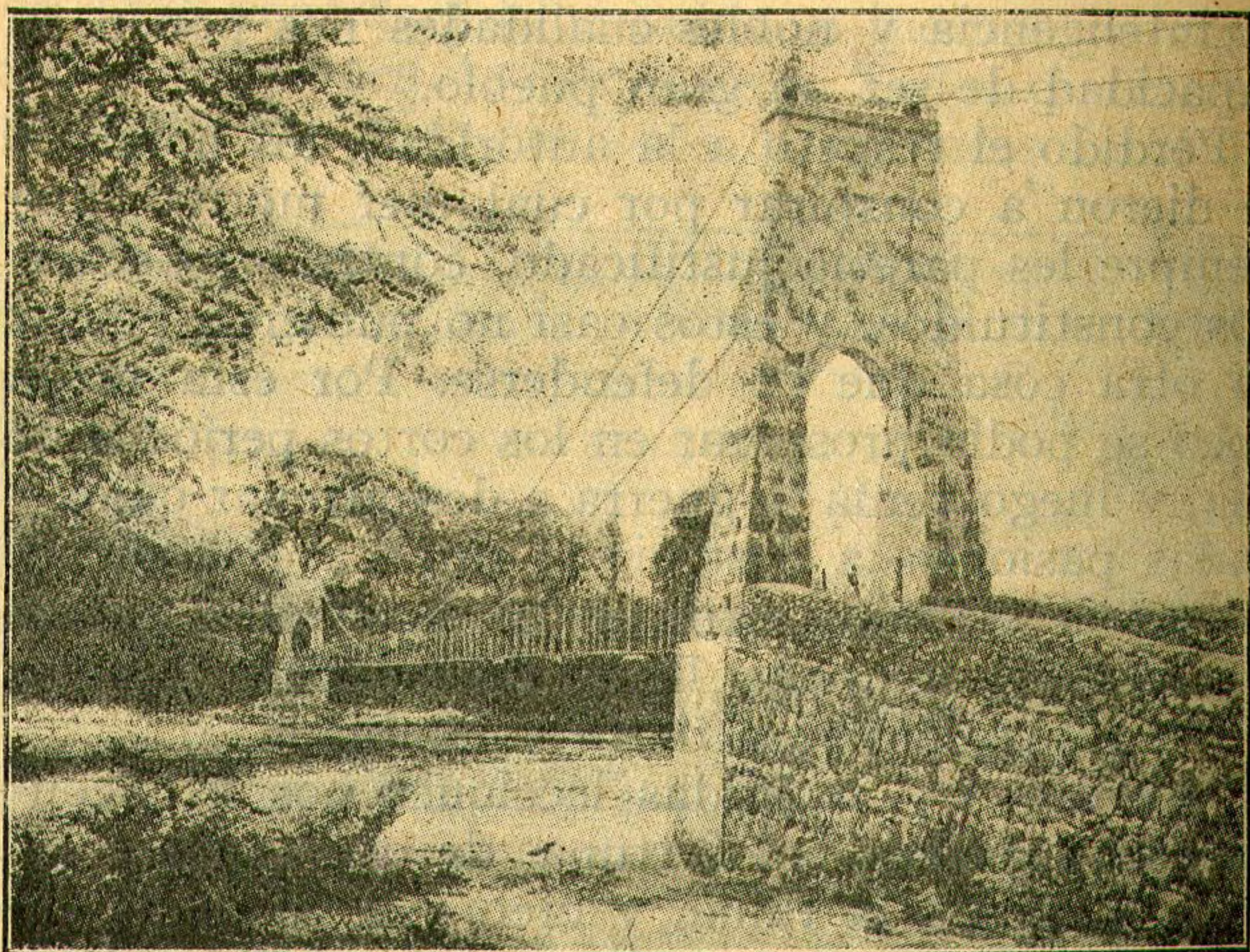
ellas, estaríamos hoy a la cabeza de las naciones americanas, porque nuestra ventajosa posición geográfica, la riqueza de nuestras minas, la fertilidad de nuestro suelo, la energía de nuestra raza, su inteligencia y nobles cualidades nos ponen en capacidad de ser un gran pueblo.

Perdido el respeto a la autoridad, los hombres se dieron a conspirar por cualquier motivo, que siempre les parecía justificado, contra los Gobiernos constituidos, y éstos casi no pudieron pensar en otra cosa que en defenderse. Por esta razón poco se podía prosperar en los cortos períodos de paz, y luego venía la guerra a desenfrenar odios y malas pasiones, a destruir la riqueza creada, paralizar el trabajo, arruinar las haciendas, incendiar casas y campos y llenar de cadáveres, viudas y huérfanos la pobre tierra colombiana...

Tan duras y repetidas lecciones nos han convencido a todos, por fortuna, de que por ese camino vamos a la ruina, y creo que ya nadie encontrará apoyo para realizar una rebelión. Pero la paz no quedará sólidamente cimentada sino cuando la generación que ustedes forman reemplace a la nuestra, o a lo menos se mezcle con ella en los asuntos públicos, trayendo grabado muy hondamente en su espíritu el respeto a la autoridad, que es emanación de Dios, y a todas las instituciones sociales, a todas las personas y a todos los derechos. Así como el temor de Dios es el principio de la sabiduría, el respeto es el principio de la paz.

Crezcan ustedes resueltos a hacerse una patria próspera y amable, porque en ella impere el respeto a todo lo respetable: el orden, la libertad bien entendida, el trabajo, la ciencia y la virtud. De ustedes depende que puedan vivir felices y contentos en la tierra que los vió nacer y en donde habrán de morir.

Para conseguirlo, no olviden que es primordial obligación de todos los hombres obedecer a la autoridad, y verdadero crimen rebelarse contra ella.



HUILA.—Puente Paso del Colegio.—Río Magdalena

Yo les aconsejaría a todos la conducta del padre de Enrique, mi buen amigo, ya muerto. Él tenía sus ideas bien definidas en asuntos de política; pero tanto respetaba y obedecía al Gobierno que en ellas se inspiraba como al que seguía las opuestas. Y una vez que sus copartidarios le invitaron a entrar con ellos en una rebelión, en la cual poco después se lanzaron, les contestó:

«— Yo trabajo por los medios pacíficos y civilizados para que nuestras ideas sean las que imperen en el país; pero respetando a la autoridad constituida y sin buscar el triunfo de ellas por medio de las armas, porque ése no es triunfo de las ideas, sino del plomo. Ellas triunfan difundiéndose, no metiéndose en el cañón de un fusil.

Mi regla es reconocer todo Gobierno constituido y permanecer sujeto a él, aunque no me guste, sin perjuicio de procurar su mejora o cambio por medios legales. Pero ninguna rebelión debe contar conmigo: yo estaré siempre a favor del Gobierno para debelarla, sin que nadie tenga por ello derecho a pensar que reniego de mis ideas. De lo que reniego es de procedimientos salvajes.»



## CAPÍTULO LXIV

## POESÍA ÉPICA

Llámase poesía épica la que refiere acontecimientos de mucha importancia.

Las epopeyas más notables son: la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, entre los griegos; la *Eneida* de Virgilio, entre los latinos, que fué traducida en verso castellano por don Miguel Antonio Caro; la *Divina Comedia* de Dante y la *Jerusalén Libertada* del Tasso, en la literatura italiana; el *Paraíso perdido* de Milton, en la inglesa, traducido en verso por don Enrique Álvarez Bonilla; y las *Lusiadas* de Camoens, en la portuguesa.

Son también del género de la epopeya, *La Araucana* de Ercilla, *La Inocencia perdida* de Reinoso, *El Moro expósito* del Duque de Rivas, el *Gonzalo de Oyón* de don Julio Arboleda y otras composiciones castellanas.

## GONZALO DE OYÓN

.....  
 El héroe ibero con prudente tino  
 Lo que al valor debió, guardar sabía;  
 De Payán el imperio obedecía  
 A Benalcázar, lidiador tenaz;  
 Y las tribus de bárbaros errantes,  
 En torno unidas de la cruz izada,  
 La cara independencia abandonada  
 Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria  
 Del cacicazgo; el hijo generoso  
 Entre suplicio bárbaro, espantoso,  
 Rindió la vida a su Criador también;  
 Y no quedaba de la clara estirpe,  
 Para baldón de un héroe y su vergüenza,  
 Sino la hermosa, angelical Pubenza,  
 Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla  
 Que el cuello tiende entre el nativo helecho  
 Y a la vista del can yace en acecho,  
 Con sus ojos de púdico temor;  
 Pura como la cándida paloma  
 Que de la fuente límpida al murmullo  
 Oye, al beber, el inocente arrullo,  
 Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa que, temprana,  
 Al despuntar benigna primavera,  
 Modesta ostenta, virginal, primera,  
 Su belleza en el campo sin rival;  
 Tierna como la tórtola amorosa,  
 Que arrulla viuda, y de su bien perdido  
 La dura ausencia en solitario nido  
 Lloro, y lamenta su incurable mal;

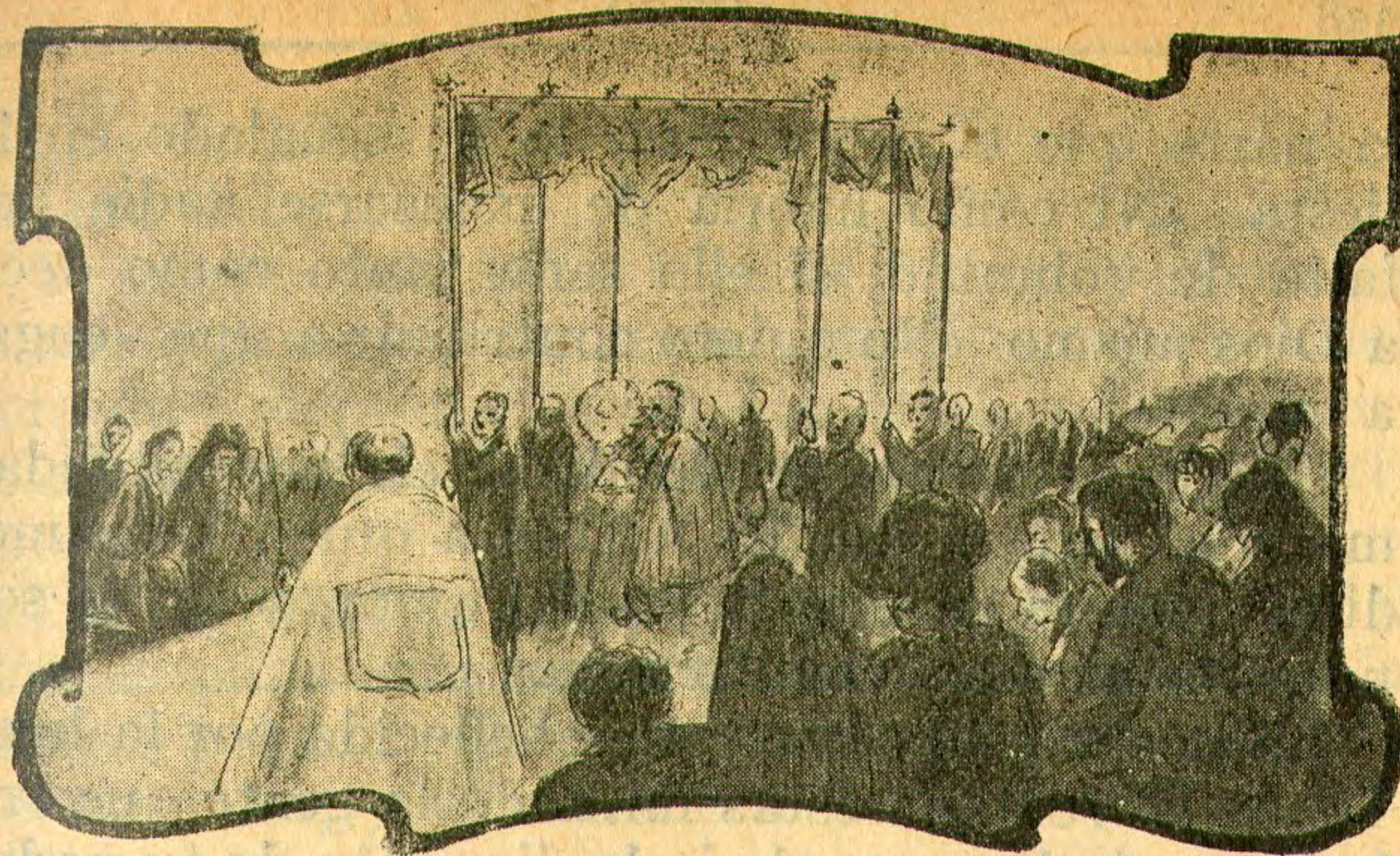
Brillante como el sol cuando refleja  
 Sus rayos el cristal de la montaña,  
 Si ni la lluvia ni la nube empaña  
 Su naciente, purísimo esplendor;  
 Majestuosa cual palma que se eleva  
 Y ostenta en la vastísima llanura  
 Su corona imperial y su hermosura,  
 Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban  
 El dolor y la negra pesadumbre,  
 Y de sus ojos la apacible lumbre  
 Empañaba una lágrima fugaz;  
 Y la vida arrastraba silenciosa,  
 Devorando su mísero tormento,  
 Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento  
 Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí a Pubenza: en ella el alma, todo  
 Respira amor, pureza y hermosura;  
 El hechizo en sus ojos, la dulzura  
 Vaga sobre sus labios de clavel;  
 Juega el blando placer modestamente  
 Con las esbeltas formas de la indiana;  
 India en amar, en resistir cristiana,  
 Era su pecho a la virtud dosel.

.....

JULIO ARBOLEDA



## CAPÍTULO LXV.

EL CORPUS Y EL SAGRADO CORAZÓN

(Religión y moral.)

Junio

Mi hijo querido:

Este mes ha sido consagrado por la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús, y casi siempre cae en él la hermosa fiesta en la cual el Señor Sacramentado sale a visitar al pueblo cristiano por calles y plazas y acepta gozoso su adoración en los altares que el amor improvisa en el tránsito. Es un rey que baja del trono para recorrer sus estados en medio de la muchedumbre de sus súbditos, alentarlos con esta demostración de interés y cariño, entrar de choza en choza y de palacio en palacio para remediar las necesidades que en unos y otros siempre existen, y difundir en todos los ánimos la confianza en su amor paternal.

Has visto cómo están afanados los vecinos de todas las calles por donde pasará mañana la procesión por levantar los altares en donde será recibido el Altísimo. Nadie se ha excusado de aceptar

la parte que el señor cura le ha señalado en la fiesta. ¿Ni cómo habría de excusarse nadie por falta de voluntad, si ello sería tanto como decir a Dios mismo: «No quiero contribuir a que vengas a vernos»?

Ninguna excusa no fundada en imposibilidad material sería justa. Es a Dios a quien honramos directamente en esta fiesta del amor, y suyos son nuestros bienes y cuanto somos.

La noche está serena y embellecida por la luna. Desde la ventana estás mirando la gente que trabaja en el altar que, bajo la dirección de tu padre, se levanta en la esquina de casa. Cuando, ya tarde de la noche, concluyan la armazón, vendrán con tu padre a comer las empanadas que él ordenó preparar para festejarlos y que tú te has anticipado a probar. Mientras tanto, la gente va y viene entretenida en la contemplación de los que levantan altares o tienden alfombras de musgo y aserrín teñido en el centro de la calle que seguirá la procesión. De vez en cuando se oyen los acordes alegres de guitarras y bandolas. Justa alegría se despierta en todos los ánimos, porque mañana es la fiesta del amor, la fiesta en que Dios se acercará a decirnos: «Aquí estoy, hijitos míos: ¿no es verdad que me amáis como yo os amo?»

—¡Ah! Sí. Os amo, Señor—le dirás tú si tienes corazón—. Os amo porque me sacasteis de la nada para ser eternamente feliz. Os amo porque con vuestra sangre me disteis un medio seguro de llegar a Vos. Os amo porque os encubriste con los velos del pan a fin de poderos presentar a mis ojos sin que me deslumbre el resplandor de vuestra gloria. Os amo porque venís a visitar nuestra querida ciudad y a provocar y oír las plegarias de todos vuestros hijos, aun de aquellos desgraciados que olvidan ir a hacerlas en vuestro santo templo. ¡Sois el Pastor que sale en busca de las

ovejas perdidas! ¡Sois el amor infinito, el pan vivo bajado del cielo!...

Y mucho más sabrá decirle tu amor. Cuando le mires pasar, da rienda suelta a los impulsos del corazón y deja que se llene tu alma con el incienso de la plegaria, gratísimo al Padre de la Misericordia.

La impiedad se mezcla a veces en las riendas del Corpus para mancharla con los desórdenes de la alegría pagana. Justa es la del cristiano en este hermoso día, y se manifiesta en galas y honestas diversiones; pero nunca va, como aquélla, a profanar con el abuso la visita del Señor. ¡Prevente contra esa profanación!

Si todos los niños que hoy se educan en Colombia forman el propósito de honrar siempre con una conducta cristiana la fiesta del Corpus, mil bendiciones caerán sobre la patria cuando ellos sean hombres y hagan celebrar esa fiesta con el amor y el respeto que exige la fe. Corresponder con desórdenes al amor con que sale Dios a visitarnos, es mostrarnos o muy torpes o muy malvados, y exponernos a recibir, en vez de los gajes de su misericordia, los rayos devastadores de su ira.

¡Cómo ofender así al Señor, cuyo Sagrado Corazón es una fuente de amor inagotable, un asilo en que todas nuestras penas hallan consuelo, un tesoro infinito de toda clase de bienes, abierto para todos los hombres!

Únete, hijo mío, a ese Corazón que no late sino por nosotros, que no desea sino nuestro bien, que no existe sino para amarnos!... Únete a ÉL, y nunca te verás arrastrado por la infame alegría pagana a profanar la fiesta del amor, la fiesta santa del cuerpo de Cristo.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO LXVI

## CONFESIÓN Y COMUNIÓN

(Arte de educar.)

Estos tres últimos días no hemos tenido estudios ni trabajos escolares de ninguna clase, sino ejercicios para confesar y comulgar. El señor cura ha venido a ayudar al maestro, y entre los dos nos

han preparado por medio de conferencias tan instructivas como conmovedoras, llevándonos a misa en comunidad y repartiendo el tiempo entre la oración, las explicaciones, la meditación y las lecturas piadosas.

Hasta los muchachos más desaplicados y traviesos han mejorado con esto. Muy díscolos empezaron algunos, y Paco Gil me dijo el primer día:

— ¡Qué pereza! Quieren que uno se confiese y comulgue cada rato... Nos obligaron a hacerlo para la Navidad, para la Cuaresma y San José, y ahora quieren que cerremos el año comulgando en la fiesta de San Luis...

Y sin embargo, hoy se ha confesado con mucho recogimiento, y me ha dicho:

— Voy a dar gusto al señor cura comulgando no sólo mañana, sino todos estos días, hasta el fin del mes.

Y ¡Tomás!... ¡el pobre Tomás! ¡Me ha pedido perdón varias veces por la antipatía que me tuvo al principio del año y tanto que me molestó! Y a Gabriel con más ahinco. Procura estar siempre con nosotros, y creo que le voy queriendo como amigo. Él hará mañana su primera comunión. Tiene catorce años, ¡y sólo ahora va a comulgar por primera vez! ¿Cómo quieren algunos padres que sus hijos sean buenos si descuidan de ese modo los medios eficaces de serlo?...

¡El maestro ha triunfado! Creo que Tomás va a ser completamente distinto de lo que era.



## CAPÍTULO LXVII

### VIAJES. — ANTIOQUÍA

(Geografía.)

También nuestro querido maestro ha viajado. Ayer, al terminar la lección de geografía, le dijo Enrique:

— Maestro, usted nos enseña de Medellín y Antioquía mucho más de lo que dice el librito en que estudiamos. ¿Es que usted ha leído algo más sobre esa ciudad y ese departamento de Colombia?

— ¡Si es antioqueño! — interrumpió Jorge.

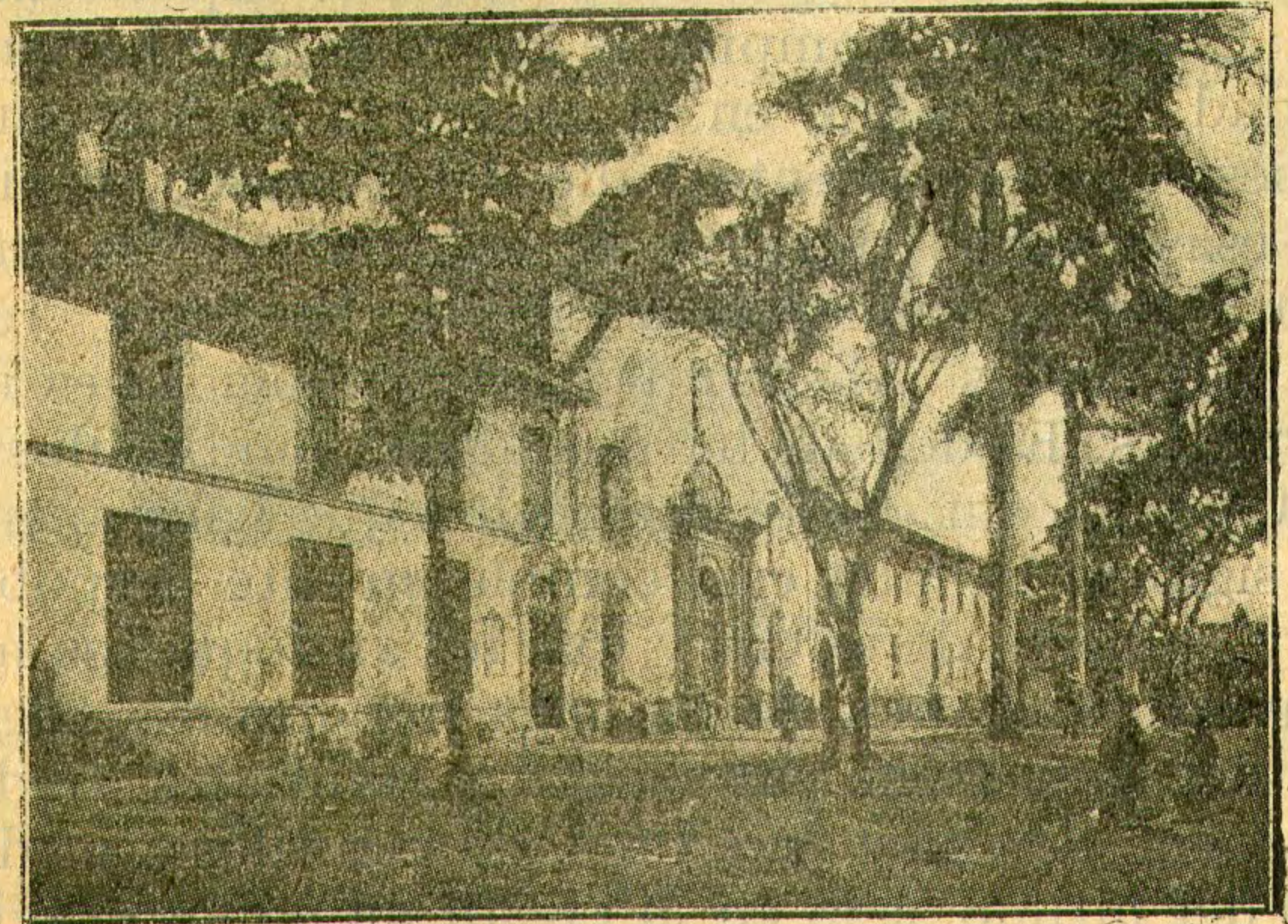
— Verdad, Jorge — contestó el maestro. — Soy antioqueño, y del *cañón* de Medellín, como decimos allá para nombrar el hermoso vallecito en que se extiende esa ciudad, rodeada de los graciosos pueblos de Itagüí, Envigado, Caldas, Belén, Aná, Bello, Girardot... como una reina de su corte. Y, como antioqueño, y antioqueño «de todo el maíz», he viajado mucho, aunque sin salir de Colombia, antes de venir aquí a tener el gusto de ser vuestro maestro.

— ¡Eh! *paisha* — se atrevió a decir León Pérez, remedando graciosamente el acento antioqueño —: entonces díganos más de su tierra.

Todos reímos del afectuoso atrevimiento de León, y el maestro mismo le contestó sonriendo:

— Pues apunte usted, *paishita*, que, con tal que no me falte el clarito, me comprometo a no dejarle comején en la cabeza.

Al oír ese puro acento de la montaña (que el maestro ha dejado y sólo empleó allí por complacernos) y sorprendidos de esa original exageración del antioqueño de «todo el maíz», la escuela entera estalló en risas, aplausos y vivas al maestro.



MEDELLÍN.—Plaza de Félix de Restrepo

Cada día se hace querer más de nosotros, pero quizás nunca le hemos manifestado nuestro cariño con mayor entusiasmo que ayer. León se abalanzó a darle un abrazo; y como todos quisimos seguir su ejemplo, fué preciso que el maestro nos contuviera diciéndonos, emocionado pero con imperio:

— ¡Cada cual a su puesto! ¡Basta!... ¡Gracias!

Y un momento después, restablecido el orden, agregó con su acento nativo:

— Pero ¿qué hubo, León? ¿Se acabó la yesca con que decías que ibas a quemar tanto pajonal?

Nuevas risas, pero todos quedamos en orden, como en clase.

— Gaste de la suya, que el viento no deja oír —

contestó León, empleando esta frase de conocida anécdota antioqueña.

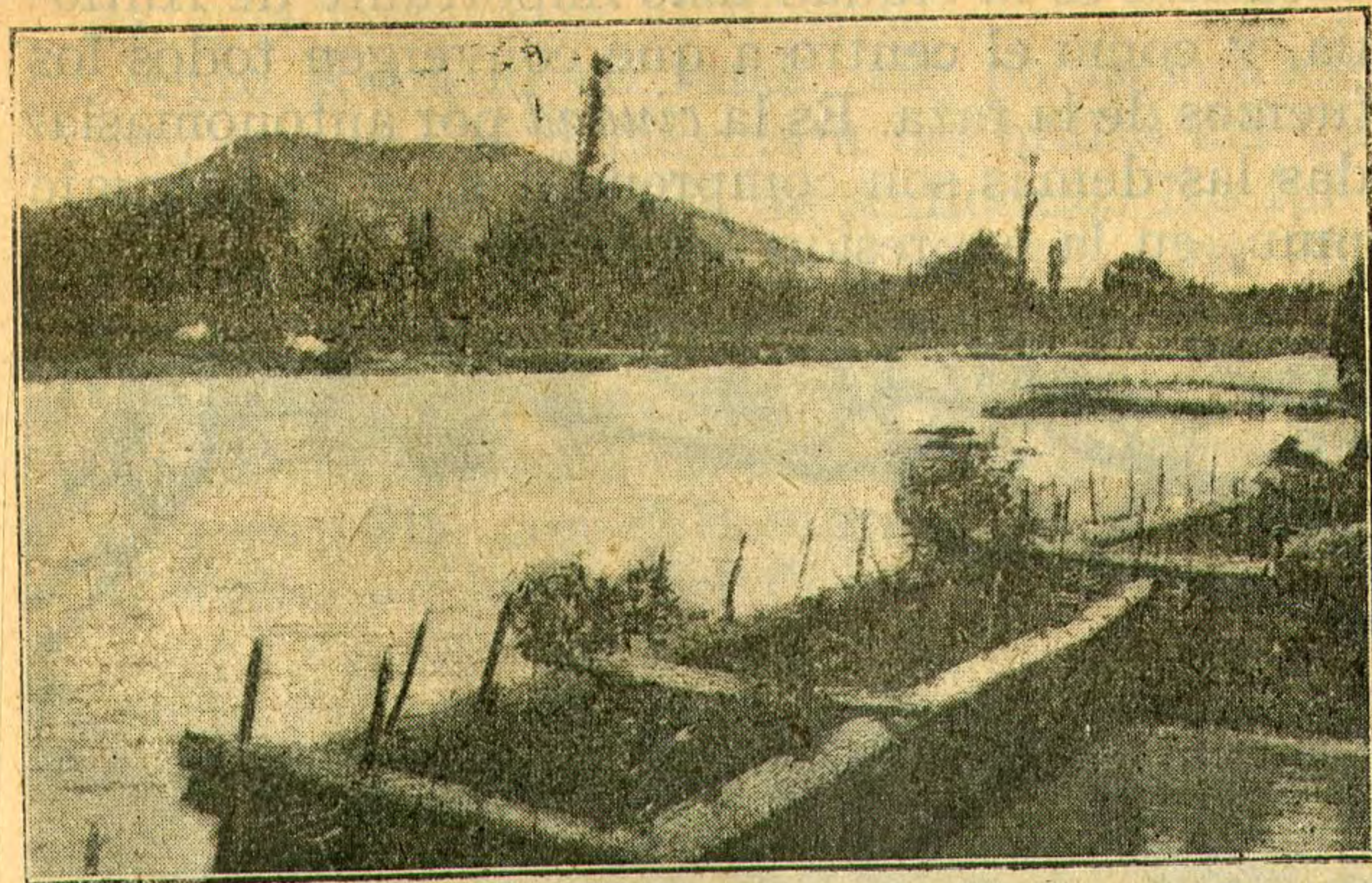
—La gastaré toda con gusto— dijo el maestro. Y nos hizo la siguiente exposición:

La parte de Colombia que siempre se ha llamado Antioquía está hoy dividida en dos departamentos. El del norte comprende la próspera y hermosa ciudad de Medellín, en el centro; la de Antioquía al oeste, en el ardiente valle del Tonusco, capital de esas tierras durante la colonia; y Yarumal, Santa Rosa, Rionegro, Marinilla, Fredonia, Jericó, Los Andes, Abejorral y otras poblaciones importantes. El del sur ha tomado el nombre ilustre de Caldas: comprende una región que hace apenas un siglo se hallaba casi completamente despoblada y cubierta de selvas y que los antioqueños han convertido en una de las más importantes regiones del país. Tiene por capital a Manizales, ciudad próspera, de clima frío, fundada por ellos a mediados del último siglo en la cresta de una montaña. Al decir *Antioquía* me refiero a ambos departamentos.

Es Antioquía el más montañoso de Colombia, pues comprende la parte de la Cordillera Central que, desde un poco adelante del río de La Vieja, extiende y enlaza sus contrafuertes con tanta holgura, que aparta los cauces del Magdalena y el Cauca y no deja a las orillas de estos ríos y de los que corren entre sus quiebras sino vegas y vallecitos angostos. Tiene, sin embargo, mesetas onduladas, como las de Medellín, Rionegro, Sonsón y los llanos de Cuibá, entre Santa Rosa y Yarumal.

No es tierra muy fértil, pero por lo mismo ha acostumbrado a sus habitantes al trabajo duro y tenaz, sin lo cual no sacarían de ella lo necesario para la subsistencia.

Lo infecundo del suelo obliga a los hombres a buscar en otras industrias las fuentes de riqueza

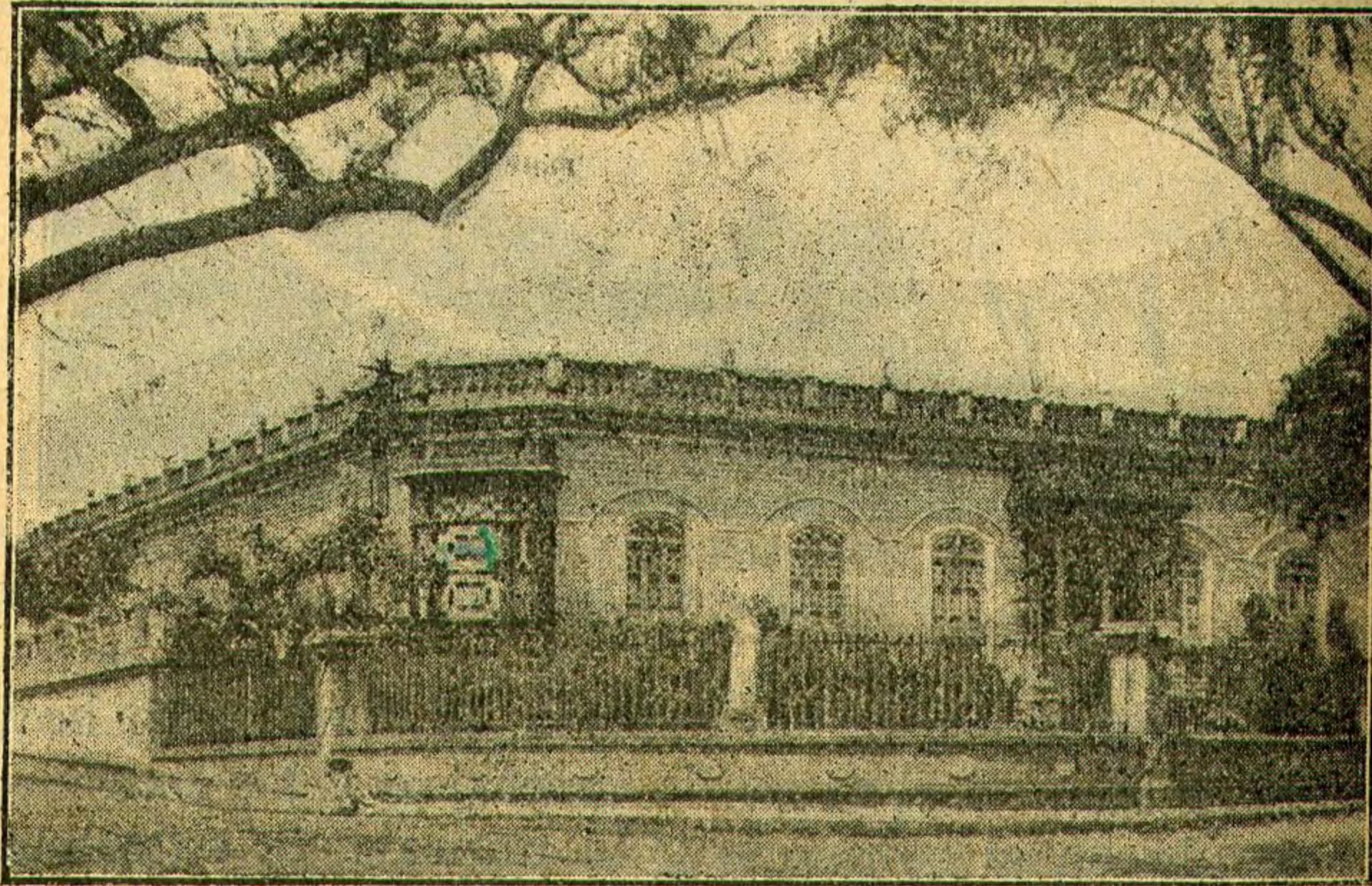


MEDELLÍN.—Río Medellín

que no les ofrece la agricultura, la cual hasta hoy no lo es sino en el ramo de cafetales; y las han encontrado en el comercio y la minería: el subsuelo de Antioquía es uno de los más ricos de Colombia en oro, plata aurífera, hierro y sulfuro de mercurio, y tiene también cobre, plomo, cinc y otros metales. De aquí que el antioqueño sea muy amigo de negociar y de andar por las montañas buscando minas, abriendo caminos y talando selvas.

Desgraciadamente, se ha generalizado mucho en Antioquía el uso de las bebidas alcohólicas, que tanto consumen la energía y las buenas cualidades del hombre. Pero ese pueblo inteligente se ha dado cuenta del mal, y ha emprendido una campaña antialcohólica con tanto entusiasmo, que hay poblaciones en las cuales todos los habitantes se han comprometido solemnemente a no beber ese veneno, cuyo estrago se hace sentir no sólo en quien lo toma, sino también en sus hijos y nietos. Veremos si el antioqueño tiene o no carácter suficiente para vencer en esa lucha.

Medellín es la ciudad más importante de Antioquía, y como el centro a que convergen todos los esfuerzos de la raza. Es la *ciudad* por antonomasia: todas las demás son comprendidas, en el lenguaje común, en la expresión *los pueblos*.

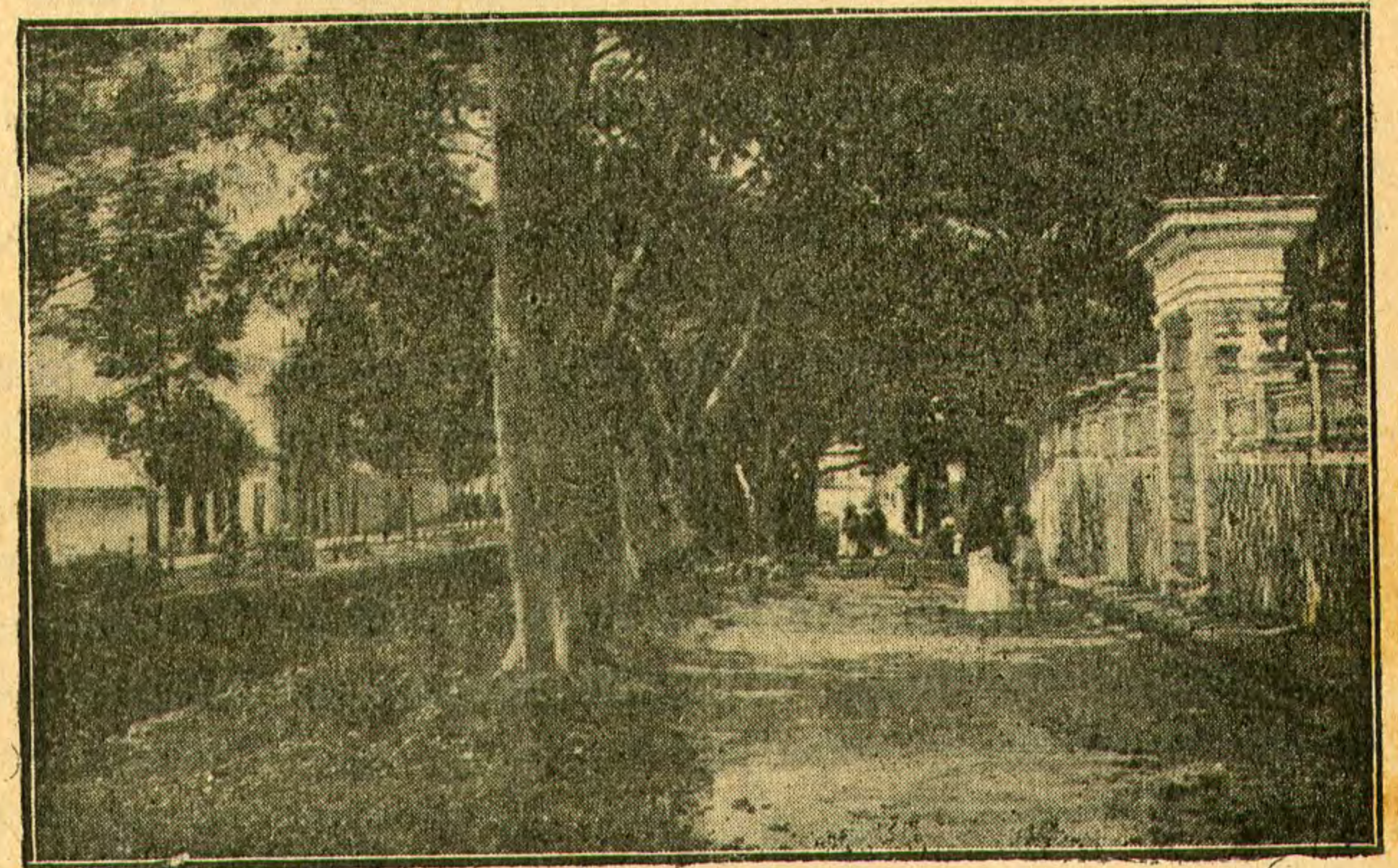


MEDELLÍN.—Palacio Arzobispal

El valle en que se encuentra Medellín tiene 1.500 metros sobre el nivel del mar, lo que da una temperatura media de 20  $\frac{1}{2}$  grados y lo hace muy sano y agradable. Tiene algo más de diez leguas de sur a norte y unas tres de ancho. Está abundantemente regado por excelentes aguas potables: a lo largo corre el hermoso río de su nombre, llamado Aburrá por los indios y más adelante Porce. Fué descubierto este valle por Jerónimo Luis Tejuelo, teniente de Robledo, a principios de agosto de 1541, y estaba entonces poblado por multitud de indios que cultivaban el maíz, los frijoles y otras plantas, y que sabían hilar, tejer y pintar el algodón. Eran esos indios tan afectos a su hogar como lo es el antioqueño de hoy; y se cuenta

que se aterraron tanto a la llegada de los españoles, que muchos se ahorcaron.

Pero Robledo no fundó allí población alguna, sino que se fué a hacerlo a las orillas del Cauca, donde fundó a Santafé de Antioquía. No fué sino a fines de ese siglo y principios del XVII cuando varias familias de aquella ciudad se trasladaron al valle de Medellín. Poco a poco se fué formando la población, y el 2 de noviembre de 1675 fué erigida en villa, con el nombre de la *Candelaria de Medellín*, en honor del Conde de Medellín, presi-



MEDELLÍN.—Avenida de la playa

dente entonces del Consejo de Indias. Aun hoy la llaman los antioqueños la *Villa* simplemente, o la *Villa de la Candelaria*.

Es hoy una gran ciudad de más de 70.000 habitantes, sumamente aseada y hermosa, con espléndidos edificios, luz eléctrica y gran comercio. Su universidad, sus museos y bibliotecas, sus numerosos literatos, artistas y hombres de ciencias, le dan el carácter de una ciudad de alto desarrollo

intelectual. Se ufana de haber dado a la patria cinco grandes próceres de la Independencia: el sabio don Francisco Antonio Zea; el incorruptible magistrado don José Félix de Restrepo; el héroe del Bárbula, don Atanasio Girardot; el general José María Córdoba, a quien se debió en gran parte la victoria de Ayacucho; y don Liborio Mejía, que dió heroicamente en la Cuchilla del Tambo la última batalla de la primera época de la Independencia, fuera de otros muchos de menos nombradía. Sus campos son bellísimos, y del alto de Santa Elena se ven como un tablero de ajedrez, por lo dividida que está la propiedad rural.

Antioquía ha sido llamada *Tierra de Robledo*, del nombre de su descubridor. El gran poeta caucano don Jorge Isaacs le dió el de *Tierra de Córdoba*.

Si el pueblo antioqueño, que no cabe ya en sus montañas y se ha regado en las comarcas vecinas abriendo montes y cultivando campos eriales, consigue dominar sus defectos y desarrollar sus cualidades, está llamado a prevalecer en Colombia y a hacer del pueblo colombiano el más importante de América.

## CAPÍTULO LXVIII

¡ÁNIMO!

(Educación cívica.)

El señor Inspector Escolar, que cada mes hace una visita a la escuela, nos llenó ayer de entusiasmo por la patria y despertó en todos el deseo de honrarla y engrandecerla.

—En todo el país—nos dijo—se observa que el patriotismo ha despertado vigoroso; que todos los colombianos, aun los de regiones más apartadas, nos hemos dado cuenta de que formamos un solo pueblo, unido por intereses comunes; una nacionalidad dentro de la cual todos tenemos que perecer o todos juntos iremos a muy altos destinos; que de tal manera nos ligan los vínculos de la historia y la situación geográfica, de los peligros y las probabilidades de prosperidad, de las necesidades y las riquezas, de la religión, la lengua, las tradiciones y las costumbres, que no le será posible a ninguna de las secciones salvarse por sí sola de los desastres que nos amenacen, ni prosperar mientras las demás decaigan; que somos como una familia constituida por nariñenses, caucanos, vallunos, caldenses, antioqueños, bolivarenses, atlánticos, magdalenenses, santandereanos, boyacenses, cundinamarqueses, tolimenses y huilenses, grupos de hermanos unidos por intereses comunes bajo una misma bandera y sujetos irrevocablemente a un mismo destino.

De esta convicción ha resultado la unidad, con la extinción de rivalidades lugareñas, y el empeño de buscar en las artes, las ciencias y el trabajo el engrandecimiento de la patria, a fin de ser felices

dentro de ella y para que todas las naciones la respeten como constituida por hijos que la aman, la honran y están resueltos a defenderla y levantarla entre todas ellas.

¡Ánimo, niños! Enciendan en sus corazones el entusiasmo patriótico, y formen desde hoy el propósito de vigorizar ese movimiento y realizar este deseo. ¡Ánimo!

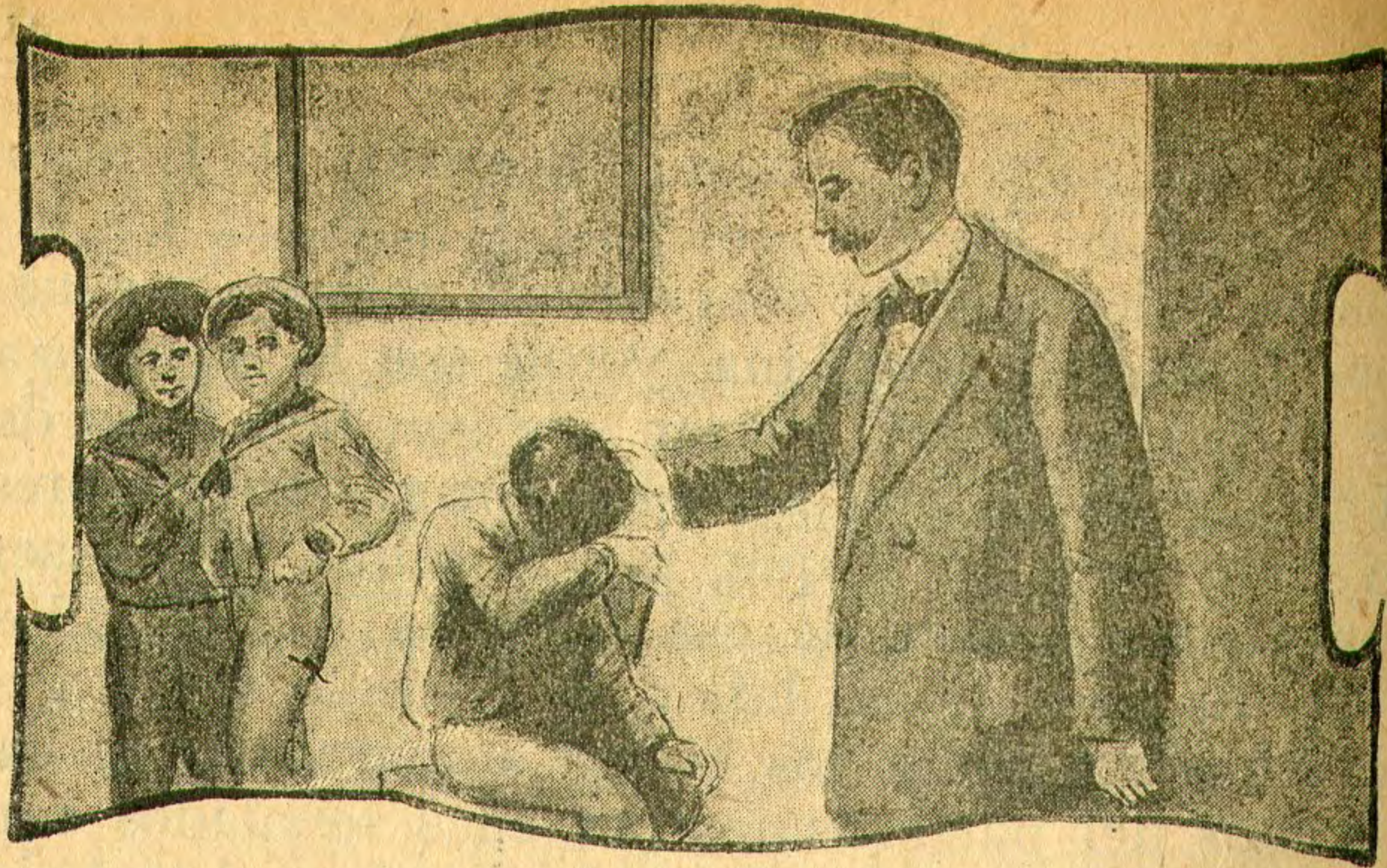
Somos un gran pueblo, inteligente, valeroso, trabajador y honrado. Somos un pueblo que ocupa una de las regiones más ricas y hermosas de la tierra; un pueblo que en la lucha por la independencia mostró su gran carácter, su valor y su constancia en grado admirable; un pueblo que ha talado montañas, dominado desiertos, abierto caminos, levantado fábricas, desarrollado toda clase de industrias, cultivado con éxito las ciencias y las artes.

Somos un pueblo que marcha vencedor por los caminos de la civilización y que a ninguno cede en nada, porque se siente capaz de todo esfuerzo y de coronar todas las alturas. Somos un pueblo que marcha tras de los ejemplos gloriosos de Bolívar y Nariño, Córdoba y Santander, y que está resuelto a no degenerar de la grandeza de sus padres.

¡Ánimo! Por más desastres que suframos, tengamos fe en nuestras fuerzas y en que somos como una corriente irresistible, que puede sufrir desviaciones momentáneas, pero que no se detiene nunca. Los desastres causados por errores o faltas son tan naturales en los pueblos como en los individuos; pero ellos no deben hacernos perder la fe en nuestras aptitudes para el progreso, ni desalentarnos, ni mucho menos entibiar el amor a la patria y el entusiasmo por seguir adelante. Nadie progresa sin caer y sufrir. A la primera contrariedad desfallece el cobarde; el hombre de cualidades

vigorosas persevera hasta alcanzar el triunfo.

¡Somos así los colombianos! Y ustedes, los niños en quienes se ha concentrado robusta y generosa la savia colombiana, y que son la esperanza de la patria, deben pensar que son herederos de glorias y bienes conquistados por sus antecesores en rudo batallar, y que, por lo tanto, deben ser guardianes celosos de esa herencia y esforzados continuadores de esa labor. El ejemplo de las generaciones pasadas los obliga a marchar por los caminos del patriotismo, por ellas señalados con el honor, la gloria, la libertad, el orden, el trabajo y la perseverancia en todo. ¡Nobleza obliga!



## CAPÍTULO LXIX

## CARACTERES TÍMIDOS

(Arte de educar.)

—No; Gabriel— le dijo hoy el maestro a este niño, que es tan bueno y tan aplicado, pero a la vez tan flojo—. ¡Esto no puede seguir así! ¿Por qué se deja usted molestar e insultar de todos los que quieren hacerlo? Usted no me da quejas sino rara vez; pero con frecuencia le veo por ahí acobardado, triste y lloroso, y esto hay que remediarlo! ¡Le prohibo que vuelva a aguantar que le molesten! Salte sobre quien lo haga y muestre que sabe hacer respetar su dignidad y sus derechos. En lo sucesivo no le vuelvo a atender ninguna queja, ni a averiguar por qué está usted mohino y triste. ¡Defiéndase usted solo!

El hombre debe contar consigo mismo antes que con los demás. El que no sabe defender sus derechos, no servirá para nada en la vida. Es preciso que tenga energía y valor.

Y luego agregó:

—Aconsejo y mando a todos los niños que no molesten a Gabriel, abusando de su carácter suave

y pacífico; pero a usted, Gabriel, no sólo le doy autorización para castigar por su mano a quien le ofenda, sino que se lo exijo...

Gabriel oía en silencio. Luego echó la cabeza en los brazos, enlazados sobre la mesa. Un rato después la levantó y dijo:

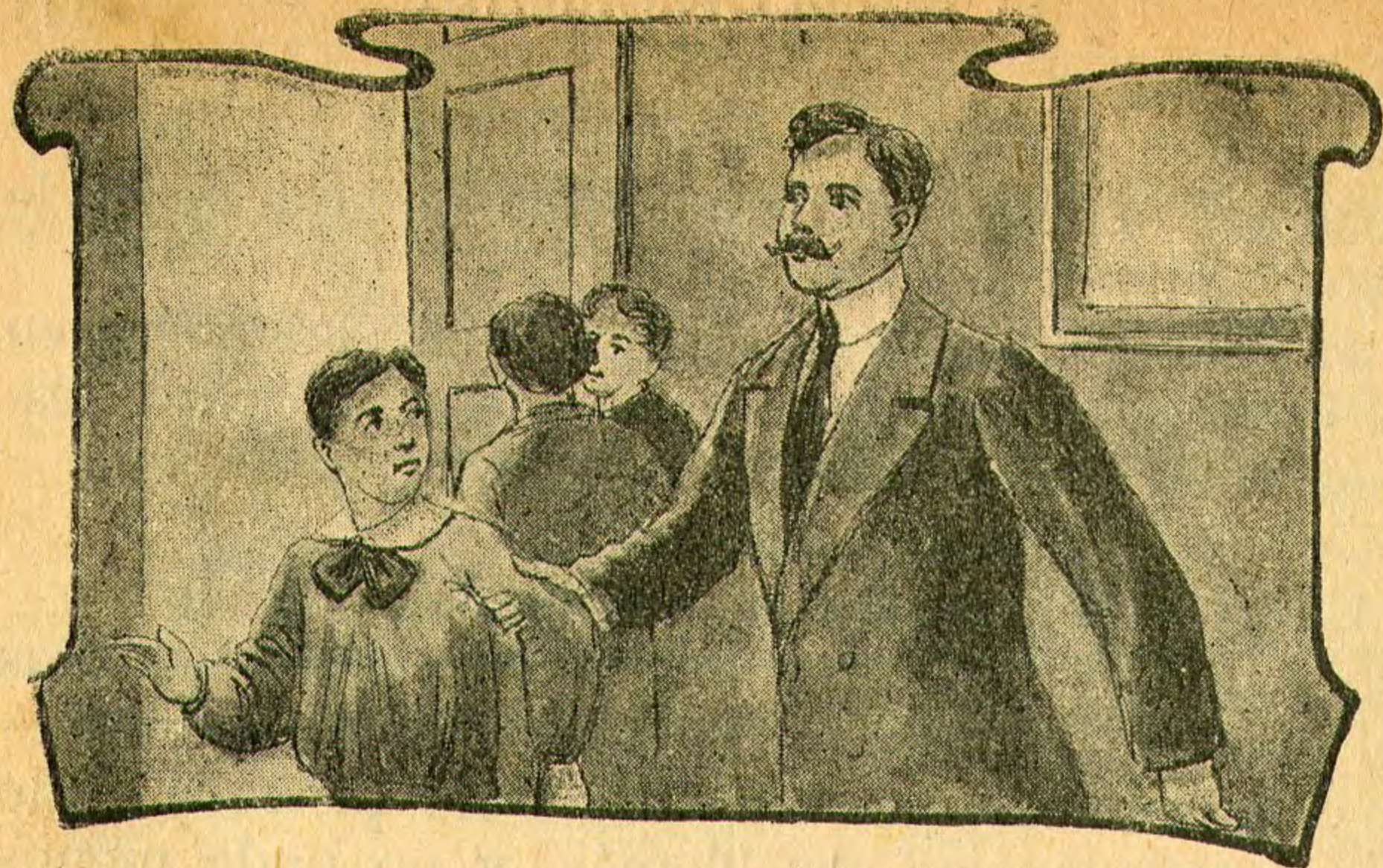
— ¡Gracias, señor maestro!

Luego se entregó a sus ocupaciones.

Yo quedé muy preocupado con estas palabras del maestro, que encontraba en oposición completa con la carta que me dirigió mi padre cuando mis desavenencias con Tomás, y no pude menos de preguntarle al maestro en la primera ocasión que tuve de hablar con él a solas:

— No entiendo lo que usted le ha dicho a Gabriel... ¿No debemos perdonar siempre las injurias?

— Perdonarlas sí— me contestó—. Sufrirlas también, pero por virtud, no por cobardía. Gabriel las sufre por cobarde, y eso no tiene mérito y le perjudica mucho. Tengo que inspirarle confianza en sus fuerzas, haciéndoselas emplear, para que después sufra las injurias por bueno y como valiente, no por flojo.



## CAPÍTULO LXX,

## MÉRITO Y BURLA

(Arte de educar.)

¡Gran acontecimiento! El Inspector Escolar nos dijo hoy que para el próximo año hará nombrar a Jorge ayudante del maestro para la sección inferior.

Jorge se turbó mucho, y lleno de emoción decía al Inspector:

— No, señor, yo no soy capaz de desempeñar ese cargo. Tengo un carácter muy áspero.

— Si no fuera porque lo hace por modestia, no me gustaría oírle decir que no es capaz, Jorge. El hombre debe tener confianza en sus fuerzas. Usted merece el puesto porque se ha esforzado por educarse bien, sabe ya lo que ha de enseñar en la sección inferior y la manera de hacerlo, ha domado suficientemente su carácter, y quiero, por todo esto, premiarle con tan honroso cargo, que bien le conviene porque su familia es pobre. Además, usted queda a las órdenes del maestro, quien gustoso sabrá dirigirle y ayudarle.

— Por supuesto— dijo el maestro—. Ya él se ha ejercitado en tareas educativas como todos los más adelantados, pues yo acostumbro confiarles algunas enseñanzas, porque así se estimulan, repasan y entienden mejor lo que han estudiado, se habitan a ser pacientes, aguzan el entendimiento, educan la voluntad y aprenden prácticamente una profesión que luego puede servirles mucho en la vida. Jorge es de los que mejor me han ayudado. Tiene don de mando y gusto por los trabajos educativos. Ya conoce mi manera de enseñar y dirigir a los niños, y yo tendré mucho gusto en enseñarle pedagogía, lo mismo que a los mejores de la sección superior.

Poco después me decía Jorge:

— ¡Qué gusto van a tener mis padres! ¡Somos tan pobres! ¡Ya podré ayudar a los gastos de la casa con mi sueldo!

Paco Gil, mientras tanto, cuchicheaba en los diversos corrillos, zahiriendo a Jorge con frases satíricas, riéndose y burlándose del ascenso y de cuanto se decía. Aun veo sus ojillos tuertos y vivaces moviéndose en esa cara delgada, nerviosa y sonreída. Cuando pasó Jorge por delante de él, lo señaló diciendo a sus vecinos:

— ¡El maestrico!...

El maestro le oyó, le tomó de un brazo en silencio, y así permaneció con él hasta que Jorge salió de la escuela. Entonces dijo a Paco Gil:

— ¡Desgraciado niño! Nada me ha valido para quitarle esa costumbre de burlarse de todo, y con ella no será usted en la sociedad sino como el gorgojo que va consumiendo la madera.

Nadie puede ser útil y bueno si no sabe respetar. La burla, si puede ser un correctivo de los hipócritas, desalienta y abate a los buenos; y usted, como todos los que se habitan a usarla, no distinguirá entre unos y otros, sino que la aplicará

a todos, con lo cual hará un mal muy grande.  
 ¿Qué pretende usted con burlarse de Jorge?  
 ¡Nada! Lo hace únicamente por el placer que encuentra en la burla. ¡Eso es maldad, Paco! Reconózcalo y corrijase, pues si no lo hace tendré que apelar a medidas enérgicas. ¡Yo no puedo permitir que haya en la escuela quien trate de dañar con sus burlas todo lo bueno que en ella consigo con tanto trabajo!



## CAPÍTULO LXXI

## POESÍA DRAMÁTICA

La poesía dramática versa, como la épica, sobre acontecimientos humanos, pero no los refiere, sino que los personajes aparecen realizándolos.

Si el acontecimiento es conmovedor y de alta importancia, el drama se llama *tragedia*; si es una acción de la vida ordinaria, *comedia*; y *tragicomedia* o simplemente *drama*, si es a la vez trágico y cómico. Las comedias cortas se llaman *autos sacramentales* si representan asuntos sagrados; *entremeses*, *sainetes* o *farsas*, si son jocosas.

Cuando el drama se representa cantando se llama *ópera* o *melodrama*; si se alterna la declamación con el canto, *zarzuela* u *opereta*.

## DOS PESETAS

*Juan y Carlos, hermanos; Diego*

## ESCENA ÚNICA

*(Juan y Carlos entran corriendo.)*

*Juan* ¡Ay, qué gusto, amigo Diego!  
 No te admires ni te rías

Si haciendo mil monerías  
De contento y gozo llego.  
Figúrate: hoy es mercado;  
Y por una travesura,  
Mi madre, inflexible y dura,  
Ni un centavo me había dado.  
Me atormentaba el pensar  
En mangos y chontaduros,  
Chirimoyas y maduros,  
Sin poderlo remediar.  
Los zapotes y cerezas,  
Los madroños y sandías...  
¡Ignoradas letanías!  
¡Bien hayas, que así las rezas!  
¿Acabarás, gran tunante?  
Si me interrumpís...

Carlos

Diego

Juan

Carlos

Pues bien,  
Haré silencio.

Diego

También...

Juan

Pero vamos adelante.  
En éstas estaba, pues,  
Cuando oigo entrar un caballo  
Y de la sala en que me hallo  
Corro ansioso a ver quién es.  
(¡El corazón nunca miente!)  
¡Figúrate mi contento  
Cuando conocí el acento  
De mi tío don Vicente!...  
Ambos corrimos a él.  
Pero yo llegué primero,  
Y como tanto le quiero  
Le halagué como un lebrel.  
Él es un alma completa;  
Me abrazó; luego, riente,  
Dejóme un beso en la frente  
Y en la mano una peseta...  
Casi en seguida, mi amigo,  
Salí, «al mercado», gritando,

Carlos

Juan

Y aquí llegaba jadeando  
Cuando me encontré contigo.

Diego

No poca fortuna, a fe...  
Ya se sabe: en todo drama,  
Recurso de horrible trama  
Un tío siempre lo fué.  
¿Y a ti ningún bien te vino? (A Carlos.)

Juan

Don igual; mas el tontuelo  
Cediósele a un rapazuelo  
Que encontró por el camino.

Diego

Carlos

¿Puede ser?...  
¿Por qué lo extrañas?

Muerto de hambre el pobrecito,  
Pálido, enfermo, solito...  
Me conmovió las entrañas.  
«¡Dame algo, por tu madre,  
Yo no la tengo!» me dijo...  
¡Qué quieres! Yo soy buen hijo,  
Y casi lloro. «Mi padre  
Vendrá mañana, pensé,  
Y monedas me dará;  
Y le pediré a mamá  
Que en cambio un beso me dé!»  
Y se la di; no lo siento:  
Que nada en cuentas perdí,  
Y el gusto que a él le di  
Yo mismo lo experimento.

Juan

¡En verdad!.. ¡Bonito gusto! (Con burla.)  
Vamos al mercado, Diego:  
Comerás de mi talego,  
Y que Carlos rabie es justo.

Diego

Aguarda un momento, espera;  
Una peseta no alcanza  
Para nada, y ni esperanza  
De saciar nuestra hambre fiera...  
Daca, amigo, la peseta.

Juan

Diego

(Retrocediendo.) ¿Qué dices?  
(Con imperio.) ¡Sin vacilar! (La recibe.)

En el cercano bazar  
Sacarás una boleta.  
Ya verás: puedes ganarte  
Un pañolón de merino,  
Una botella de vino,  
O alguna obra de arte;  
Luego iremos a tu casa,  
A una tienda, o al mercado,  
Y nos dará lo ganado  
Para refacción no escasa.  
¿Qué dices?

Juan

Que no convengo;  
Puede llevarnos Pateta,  
Y entonces otra peseta  
Ni tú tienes, ni yo tengo.  
Pues, hombre, ¿no te acomoda?  
Digo que no.

Diego

Juan

Diego

Bien está;  
La peseta es mía ya;  
Con ella me quedo, es moda. *(La guarda)*  
¿Qué dices?

Juan

Diego

Juan

Diego

Lo que has oído.  
Capaz no eres de hacer tal...  
Si lo dudas haces mal;  
Si me fuerzas, aturdido,  
Al suelo a golpe te lanzo...  
¡Y me voy!

Juan

¡No, don ladrón!...

*(Va arrebatando a Diego la peseta, y  
recibe un golpe que le arroja al suelo.)*

Diego

¡Tuyo es este coscorrón!...

*(Se levanta Juan y sale de la escena  
corriendo en persecución de Diego. Al  
salir dice:)*

Juan

Carlos

¿Mas piensas que no te alcanzo?  
*(Solo)* Corre, hermano, alcánzalo;  
Pero correrás en vano:  
Si lo alcanzas, de su mano

No saldrá lo que ya entró.  
Que en este mundo, es un hecho,  
La ley del más fuerte impera,  
Y es engañosa quimera  
El respeto del derecho.  
¡Qué empleo a nuestro tesoro  
Tan diferente le dimos!...  
Ambos, verdad, lo perdimos:  
Tú lo lloras, yo no lloro.  
Yo en un pobre lo guardé,  
Y está guardado en el cielo;  
Y se siente tal consuelo  
Con que guardado allí esté,  
Que de hoy más por dondequiera  
Iré esta verdad llevando:  
¡A los pobres consolando,  
Nuestra ventura prospera!...

M. R. M.



## CAPÍTULO LXXII

## EL CARMEN

*(Religión y moral.)**Julio*

Mi hijito:

El 16 de este mes de julio celebra la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, bajo cuya advocación se fundó en el siglo XII en Palestina la orden religiosa de los carmelitas.

Símbolo de la Virgen Santa, que había de traer al mundo la lluvia de las gracias divinas, fué aquella nubecilla que vió el profeta Elías levantarse sobre la cumbre del monte Carmelo, tan pequeña como la planta de un pie, cuando pidió al Señor

que terminase la sequía de tres años que estaba afligiendo a Palestina. La nubecilla creció y se extendió por todo el cielo y regó luego de copiosa lluvia las tierras sedientas. Así, cuando tras largos siglos de paganismo apareció en el mundo la casta niña que había ser madre de Jesús, fué como una nubecilla blanca que no distinguían en el horizonte los hijos de los hombres, pero que luego se extendió por todo el mundo y derramó sobre él las aguas salvadoras de la gracia.

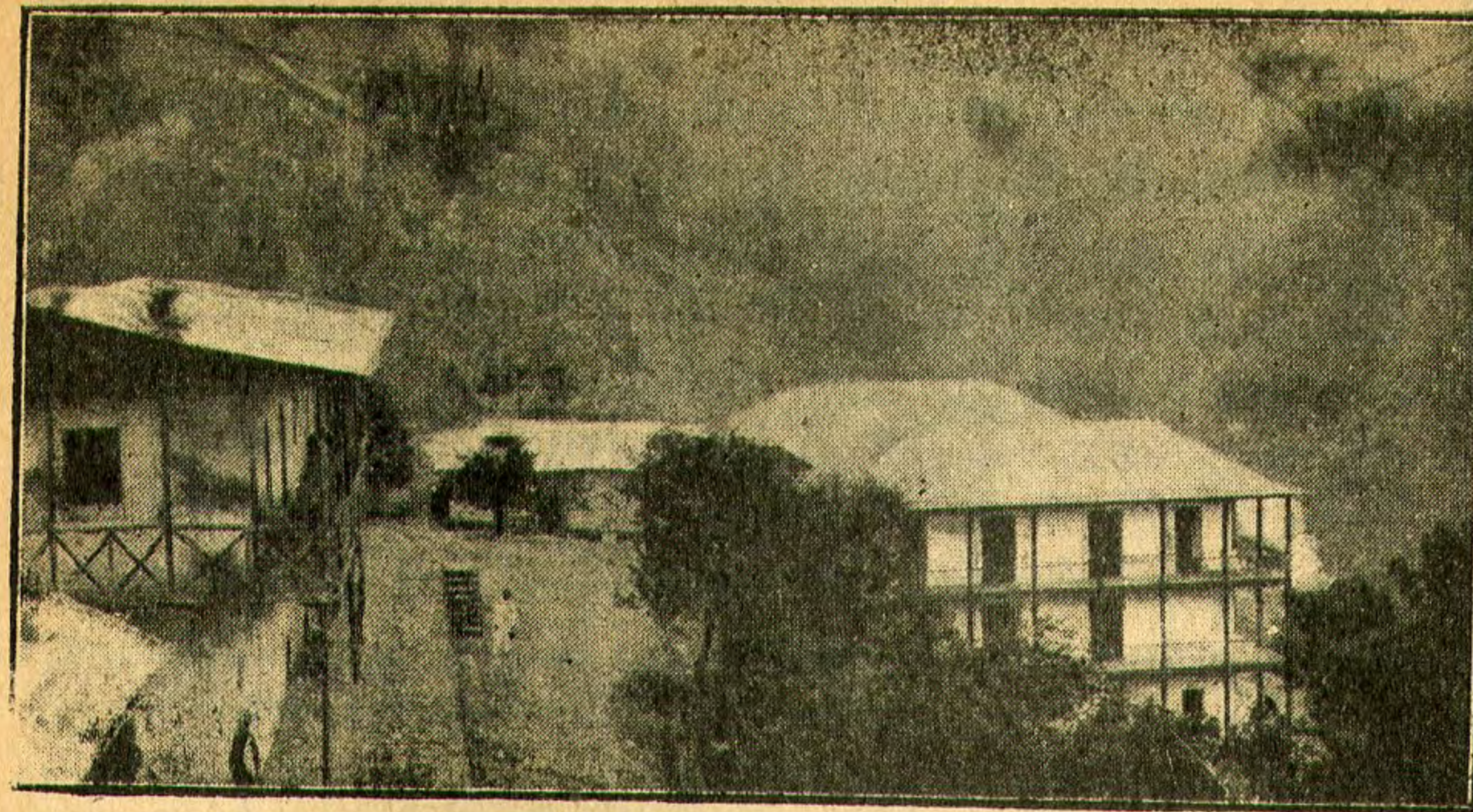
En honor suyo se fundó en la cumbre del monte Carmelo la orden militar de los carmelitas, destinada a orar por la Iglesia y defender a los peregrinos de la Tierra Santa. Extendida después a Europa, se dedicó allí a la oración, haciendo con ello tanto mayor bien a los pueblos cuanto valen más las necesidades espirituales que las temporales.

Gentes hay para quienes son preferibles las órdenes religiosas que atienden a los enfermos, la enseñanza, el trabajo y cuantas miserias físicas aquejan a los pueblos, que aquellas que se encierran a mortificarse y orar por los hombres. La Iglesia, la verdad, la razón, no establecen estas diferencias, porque saben que a todo hay que atender y que, si tiene valor sobrenatural la caridad que mira al tiempo y al cuerpo, es porque lo hace mirando a la vez al espíritu y al fin último del hombre; que así como triunfaban los israelitas en la llanura al mando de Aarón mientras Moisés oraba en la montaña con los brazos en cruz y eran vencidos cuando éste desfallecía y callaba, así las órdenes que a la acción se dedican necesitan ser auxiliadas con sus propias oraciones y las de aquellos que arden a los pies del Señor como lámparas encendidas en el fuego de la oración y la penitencia; y que tanto más se eleva la humildad en el camino de la virtud y tantos mayores bienes alcanza del cielo cuanto mayor es el sa-

crificio que hace de sus naturales inclinaciones para entregarse completamente a las inspiraciones de la gracia.

Llevas el escapulario de la Virgen del Carmen, constituido por ella en protector seguro de las almas. No lo abandones jamás para que no te abandone el amor de María.

Tu madre, JULIANA



## CAPÍTULO LXXIII

### MINAS DE MUZO

(Geografía.)

— Recuerde, don Pedro, que cuando nos habló de la salina de Zipaquirá nos ofreció contarnos su viaje a Muzo.

Esto me atreví a decir anoche a ese excelente amigo de mi familia.

— Sí, José, y voy a cumplirte mi promesa.

De Zipaquirá seguí en el tren a Nemocón. Los veinte kilómetros que separan estas dos poblaciones son las fértiles y hermosas tierras con que termina al norte la Sabana de Bogotá. De Nemocón seguí a caballo por la llanura, trasmonté una ancha loma pedregosa, árida y fría, que cierra por el norte la Sabana y que tiene en sus repliegues los reducidos pueblecitos de Tausa y Sutatausa, y bajé por el lado opuesto a la fértil sabana de Ubaté, donde esta próspera población se extiende en medio de campos riquísimos y cerca de la laguna de Cucunubá.

Allí pasé la noche, y al otro día muy temprano

seguí por un camino que, con dirección oeste, sube al Carmen de Carupa, gracioso pueblecillo situado en una meseta muy fría, pero bien cultivada. Al término occidental de esta meseta, el camino parece arrojarse por un abismo. Es tan fuerte la pendiente, sobre todo al principio, que preferí soltar mi cabalgadura y bajar a pie los primeros 200 metros. Volví a montar y seguí bajando por un mal camino, peligroso y estrecho, hasta que entré en el trayecto que venía componiéndose desde Muzo, y fuí a dormir en el pueblo de Coper, pobre, reducido y de clima cálido.

Cuando amaneció el siguiente día, continué la marcha a través de varias estribaciones selváticas de la cordillera, pasé por el arruinado pueblo de Muzo, donde se ven solares con restos de antiguos muros cubiertos por exuberante vegetación, atravesé por un buen puente colgante el río Mineiro, principio del Carare, y, trasmontando otro contrafuerte, bajé al río Muzo, contemplando en la falda opuesta las casas de la empresa.

Allí fuí bien acogido por los empleados superiores, quienes habitan en casas cerradas con red de alambre para evitar la entrada de los mosquitos. Para los peones hay grandes enramadas, divididas en pequeños departamentos, sucios, estrechos y sin ventilación, en ese clima ardiente y malsano. En otro edificio se encuentran las oficinas y las enormes arcas y cajas de hierro en donde se guardan los productos de la explotación mientras se envían a Bogotá.

Después de almorzar salí a ver las minas. A poca distancia de la casa alcancé a ver una punta de cerro cortada a tajo, una pared inmensa, hacia cuya mitad había una hilera de peones que, con largas barras de hierro, levantadas y dejadas caer a un tiempo, hacían rodar al fondo enorme cantidad de tierra. A cada golpe se oía un ruido que yo

atribuí a las barras, pero que al acercarme más observé que era el pujar de los peones lo que principalmente lo producía. De esta manera van raspando la pared y llenando de tierra el fondo de la vertiente; y cuando han desbaratado el angosto barranco en que trabajan, labran otro a sus espaldas. Con frecuencia esta labor descubre *nidos* de esmeraldas, que son cuidadosamente recogidas por los numerosos vigilantes, lo mismo que la tierra que los rodea. Yo vi tres o cuatro de esos *nidos*. Cuando hay bastante tierra en el fondo, se sueltan las aguas de enormes tanques situados en la parte superior de la hondonada. Bajan por allí como un torrente, con gran estruendo, arrastran la tierra y dejan en el fondo las piedras y con ellas las esmeraldas, que los peones se apresuran a recoger tan pronto como pasan las aguas. Algunas esmeraldas son arrastradas por el torrente hasta el río Muzo, por lo cual todo el cauce es examinado cuidadosamente.

La tierra de los *nidos*, y la que por cualquiera razón se cree que contenga esmeraldas, es llevada en sacos a la casa de las oficinas, donde es lavada en una larga canoa de madera por varios niños casi desnudos y muy vigilados para que no puedan ocultarse ninguna piedra.

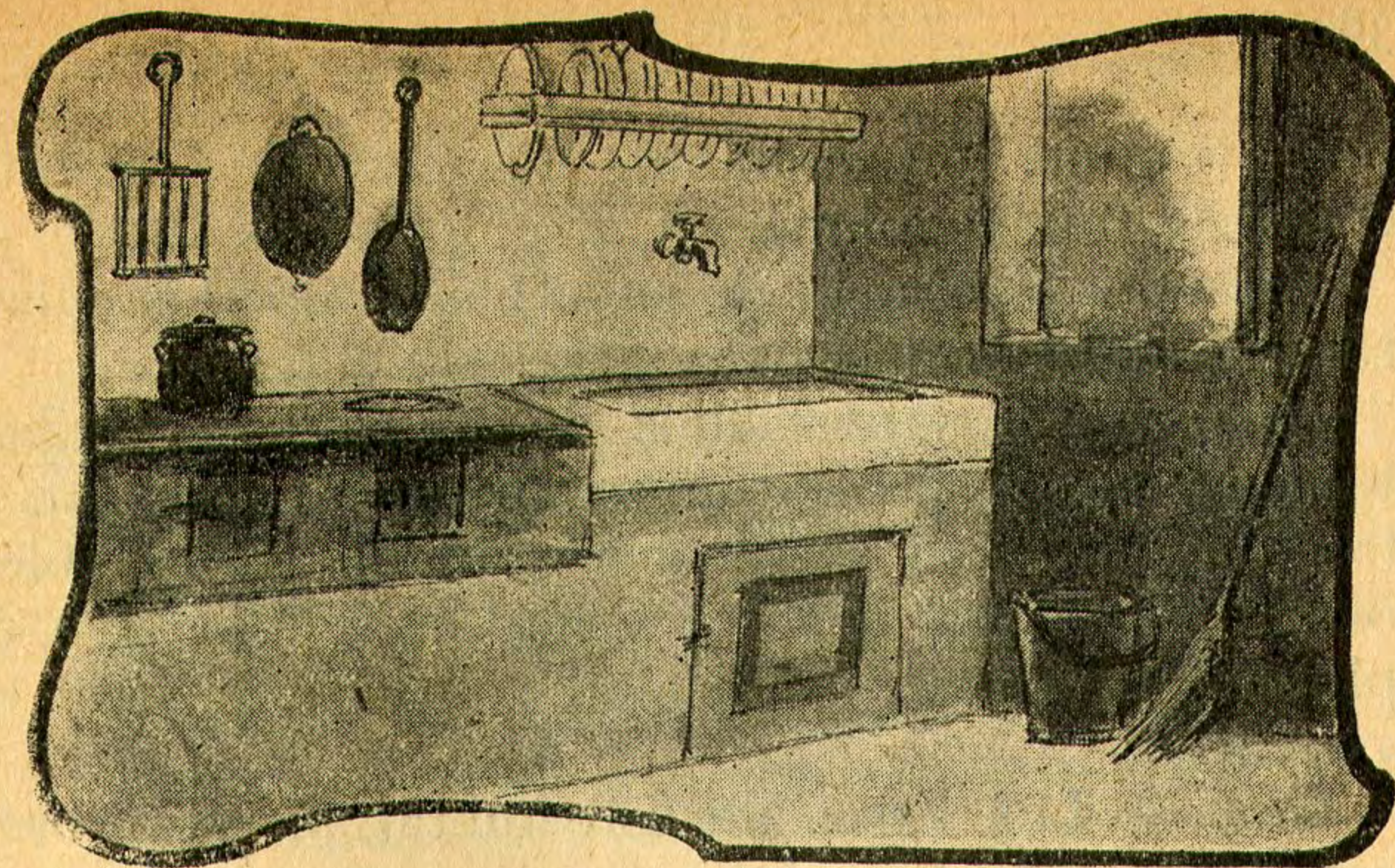
La vigilancia es muy severa. A la entrada de las minas hay un destacamento de policía que no deja pasar a nadie sin registrarle, y todo trabajo se ejecuta a la vista de muchos inspectores.

Las piedras se llevan a la casa de las oficinas, donde son clasificadas, aunque de una manera provisional, pues en Bogotá, y luego en Europa, se perfecciona ese trabajo. Las inferiores, que son de un verde muy pálido, se llaman *morralla*, y vi de ella una cantidad enorme en grandes arcas de madera. La *morralla* no se exporta, pues creo que no tiene ningún valor como piedra preciosa. Podría

construirse con ella monumentos muy hermosos, como arcos triunfales, pedestales, altares, etc. Hasta hoy no sé que se le haya dado ningún empleo, y el Gobierno debe de tenerla en grandes cantidades.

Entre las piedras finas vi una muy grande y hermosa por su color oscuro, a la cual se le ha dado el nombre de *El último felibre*. Son tres piedras de formas irregulares, cada una del volumen de un huevo de paloma, unidas por morralla, de modo que semejan una sola piedra. Ha sido evaluada en \$ 100.000 de oro.

Estas minas, que hasta hace poco tiempo daban una renta muy corta, constituyen hoy una de las mejores del Tesoro Nacional. Se estima en \$ 600.000 de oro al año.



## CAPÍTULO LXXIV

### UTENSILIOS DE COCINA

(Higiene.)

Los ácidos y las grasas pueden descomponer ciertos metales venenosos, por lo cual conviene saber lo que apunto en seguida.

*Cobre.* — Las vasijas de cobre pueden servir para preparar alimentos ácidos, pero a condición de que éstos no se dejen enfriar en ellas, porque los ácidos y grasas atacan el cobre y se cubren de líneas verdes, constituídas por el *cardenillo*, que es un veneno poderoso.

Para evitarlo, se estañan las vasijas de cobre; pero es preciso recomendar al obrero que no abuse del cinc, el plomo ni el bismuto, que entran en el estañado. El plomo es mucho más peligroso que el cobre, y de él sólo puede permitirse un 3 por 100 en la estañadura y un 15 por 100 en las soldaduras, ya que es indispensable para hacer corredizo y maleable el estaño.

*Barro.* — Las vasijas de barro son preferibles a todas las demás, pero con tal que el barniz interior

no se rompa con facilidad. Ese barniz o esmalte contiene mucho plomo, y arsénico si es verde.

*Vidrio.* — El vidrio no es atacable por las sustancias alimenticias, pero no resiste el fuego.

*Hierro.* — Los utensilios de hierro son perfectamente sanos; pero si no están esmaltados dan a los alimentos un sabor desagradable y un color obscuro. Al romperse el esmalte, se disuelve el plomo que en gran cantidad contiene, el cual es venenoso.

*Cinc.* — Los vasos de este metal, si están barnizados por dentro, sirven para conservar el agua; pero no para la leche, porque ésta disuelve el cinc al acidularse.

*Aluminio.* — Este metal no sufre alteración alguna por el aire seco o húmedo, ni por el agua hirviendo. Las vasijas que de él se hacen son, pues, muy recomendadas para el uso de la cocina.

*Colores de los utensilios.* — Ni los alimentos ni las bebidas, ni los utensilios de cocina y comedor deben tener colores dados con sustancias que contengan antimonio, arsénico, cromo, mercurio, plomo, cobre, uranio, estaño, ni cinc. Para ello deben usarse colores vegetales no venenosos.

*Precauciones.* — Los platos, vasos y cubiertos que usen las personas afectadas de enfermedades contagiosas deben hervirse bien, a fin de desinfectarlos, pues por ellos puede comunicarse el mal a otras personas.



## CAPÍTULO LXXV

### EL BUEN CIUDADANO

(Educación cívica.)

Después de la transformación política del 20 de julio de 1810, la Junta Suprema apoyó la publicación de un periódico patriótico que, con el nombre de *Diario Político*, redactaron por algún tiempo Caldas, Camacho y otros patriotas eminentes.

En ese periódico, que es un glorioso recuerdo de la patria, ha encontrado el maestro el siguiente artículo, que, por ser un perfecto código del buen ciudadano, como redactado por alguno de aquellos eminentes patriotas, nos ha ordenado copiar y aprender de memoria:

«El buen patriota es generoso y parte con sus semejantes los bienes que le ha dispensado la fortuna.

»No puede ver cerca de sí la miseria, y procura esparcir la abundancia en todos los que le rodean.

»Él no apetece vanos honores ni títulos, y cree que la virtud es lo que más engrandece al hombre.

»Su vestido es sencillo y modesto; desprecia el

lujo y la brillantez fastuosa de las cortes. Su mesa es frugal, y el sobrante de sus alimentos es destinado para los pobres.

»No envidia las fortunas colosales; usa de lo que tiene con sabiduría, atendiendo con preferencia las ocupaciones de su estado.

»Trata con decoro a su esposa y deja a sus hijos por patrimonio la virtud.

»Él se desvela en la educación de su familia; procurando enseñar a sus hijos algún arte u oficio con que enriquezcan la sociedad, para que no le sirvan de carga.

»Trata con dulzura y humanidad a los que le sirven, no los desagrada, y antes bien procura moralizarlos conduciéndolos por principios de honor.

»Conoce la dignidad del hombre y la respeta en cualquier estado. Tiende su mano a los infelices.

»Cumple con los deberes de nuestra sagrada religión.

»Deja el sueño para elevar su espíritu al Creador, a quien refiere todas sus acciones. Contempla las obras de la naturaleza, y es herido de una admiración profunda.

»Perdona las injurias, y cree que la venganza es el más vil de los sentimientos.

»Hace bien sin esperar recompensa.

»Se olvida de sí mismo por el bien de la patria; desempeña con amor y desinterés los empleos que ella le confía.

»Es fiel en sus promesas, y su palabra es inviolable.

»Dócil a la razón, escucha a los hombres ilustrados y jamás se adhiere con tenacidad a sus propios dictámenes.»



## CAPÍTULO LXXVI

### RESEÑA GENERAL DE LA INDEPENDENCIA

(Historia.)

Para cerrar nuestros estudios de historia patria en el año escolar que termina, el maestro nos ha exigido que escribamos una relación sintética de la guerra de la Independencia. Voy a hacerla aquí.

Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, invadió a España en 1808, apresó al rey Fernando VII y le reemplazó en el trono con su hermano José. Todas las provincias españolas se levantaron entonces contra el usurpador y organizaron juntas supremas para presidir el gobierno, manifestando que lo hacían para impedir que se apoderasen de ellas los franceses y para conservarlas a su «amado rey Fernando VII».

Esto fué lo que se hizo en Bogotá el 20 de julio de 1810; y si desde entonces hubo guerra con España, fué porque las autoridades depuestas querían recuperar el mando y que las colonias se sometiesen al Consejo de Regencia.

Pero cuando cayó Napoleón en 1813 y volvió al

trono Fernando VII, las colonias ya no pensaban en ponerse de nuevo bajo el centro del rey, sino en conservar su independencia. Fernando envió entonces una expedición de 16.000 hombres aguerridos en las luchas contra Napoleón, al mando de don Pablo Morillo, para someter a Venezuela y Nueva Granada. La expedición desembarcó en Venezuela, que estaba ya casi completamente sometida por las autoridades realistas; por lo cual pudo pasar pronto a Nueva Granada. A mediados de 1815 sitió a Cartagena, la ocupó en diciembre, y en los primeros meses de 1816 avanzó al interior. Venció en Cachirí al ejército patriota comandado por García Rovira, quien se retiró a Bogotá y de allí a Popayán.

Morillo entró en Bogotá y se propuso *purificar*, como decía, al país de patriotas. Para ello fusiló a los más notables, desterró a otros, y su segundo, don Pascual Enrile, puso a muchos a abrir caminos como peones. Esto contribuyó a exasperar a los granadinos y hacerles formar la resolución de continuar la lucha por la independencia.

Los restos del ejército de García Rovira reforzaron el que los patriotas tenían en Popayán al frente del que comandaba el realista Sámano en la ventajosa posición de la cuchilla del Tambo. Al mando del valeroso don Liborio Mejía le atacaron allí, pero fueron vencidos, y así desapareció esa parte del ejército patriota. La otra había marchado de Bogotá para los Llanos, al mando de Serviez y Santander.

Esta porción de patriotas fué el germen de nuestra definitiva independencia. En los Llanos se pusieron a las órdenes de Bolívar, quien conservaba el fuego sagrado en las orillas de Orinoco y sus grandes tributarios, y reunió un congreso de venezolanos y algunos granadinos en Angostura (hoy Ciudad Bolívar), que proclamó la unión de

Venezuela y Nueva Granada en una sola república, con el hermoso nombre de COLOMBIA.

De repente ordena Bolívar que ese ejército, mal vestido y mal armado, atraviase las inundaciones de los ardientes Llanos, suba a las cimas heladas de la Cordillera Oriental y conquiste la libertad de Nueva Granada...

Sus órdenes se cumplen con entusiasmo. Él, con Santander, Anzoátegui, Soublette, Rook y Rondón, marcha a la cabeza del ejército. Va dejando un reguero de soldados muertos y enfermos en el difícil paso de la cordillera, y de repente se enfrenta en Bonza con el ejército de 3.000 veteranos que comandaba el general español don José María Barreiro; le da el primer golpe en el Pantano de Vargas el 25 de julio de 1819; burla su vigilancia por impedir que le corte la comunicación con Bogotá, y ocupa a Tunja; Barreiro vuela a ocupar el puente de Boyacá para restablecer sus comunicaciones, pero Bolívar le sale al encuentro, y allí se traba la batalla definitiva entre 2.000 patriotas y 3.000 realistas.

Bolívar confió el centro y el ala derecha a Anzoátegui, y a Santander el ala izquierda. El triunfo que obtuvo fué completo. Barreiro y casi todos los jefes, oficiales y soldados del enemigo cayeron prisioneros, con muchas banderas y gran acopio de armas. Era el 7 DE AGOSTO DE 1819: la independencia de la Nueva Granada estaba obtenida.

El virrey Sámano supo este suceso en Bogotá en la noche del 8 de agosto, y al amanecer del 9 salió huyendo para Cartagena por la vía de Honda, en compañía de los oidores y muchos realistas. El 10 ocupó Bolívar a Bogotá.

De allí envió expediciones militares a ocupar las pocas provincias que los realistas no abandonaron al saber el triunfo de Boyacá. En San Juanito, cerca de Buga, fueron vencidos los que queda-

ban en el Cauca, y en Chorros Blancos y Tenerife los de Antioquía. Únicamente siguieron ocupando por algún tiempo a Cartagena, Santamarta y Pasto.

Volvió después Bolívar sus armas vencedoras contra los realistas de Venezuela, dejando a Santander encargado del gobierno de la Nueva Granada. Su constancia y valor le alcanzaron, después de muchos contratiempos, la libertad de esa porción de la Colombia de entonces, con la gran batalla de Carabobo, dada el 24 de junio de 1821, en la misma fecha en que Montilla y Padilla recuperaban a Cartagena.

Era ya tiempo de someter a los realistas de Pasto y el Ecuador, y allí marchó Bolívar con Sucre. Las victorias de Bomboná y Pichincha pusieron término a esa dura campaña, y así quedó libre de enemigos la Gran Colombia.

Pero Bolívar pensó que la independencia de la patria no quedaba segura mientras España dominase en los países vecinos; por lo cual, con permiso del Congreso, pasó fuerzas colombianas al Perú, donde los patriotas estaban consumidos por las disensiones intestinas y casi completamente dominados por los realistas, a pesar del apoyo que les enviaron Chile y la Argentina, al mando del Libertador de esos países, don José de San Martín. Después de largas campañas, Bolívar venció en Junín, y Sucre en Ayacucho, con lo cual el Perú y el Alto Perú (que cambió este nombre por el de Bolivia) quedaron libres.

El Perú confió su gobierno a Bolívar, y Bolivia el suyo a Sucre. Cuando estos jefes volvieron a su patria, tuvieron que luchar contra el país que acababan de libertar, porque intentó usurparnos las provincias de Guayaquil y otras del sur. Después trabajaron intensamente por impedir la disolución de la Gran Colombia, pero no pudieron conseguir-

lo: Páez separó a Venezuela y Flórez al Ecuador, lo cual obligó a Nueva Granada a constituirse también por separado, con este nombre, que en 1861 cambió por el de Colombia.

Sucre murió asesinado en la montaña de Berreucos el 4 de junio de 1830, cuando marchaba de Bogotá a Quito a impedir la separación del Ecuador; y el 17 de diciembre del mismo año expiró Bolívar, el Libertador, el Padre de la Patria, en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Santamarta. Después, la historia de las luchas civiles es la historia de Colombia...

## CAPÍTULO LXXVII

## CARACTERES VIGOROSOS Y CARACTERES DÉBILES

(*Arte de educar.*)

¡Quién había de pensar que Tomás acabara el año mejor que Guillermo; aquél, *el bruto*, y éste, *la perla* de don Atanasio!

Tomás pertenece a la Legión de la Bandera, y Guillermo perdió allí su puesto y no se le ve hacer esfuerzo alguno para recuperarlo.

Él no ha pasado a ser grosero, ofensivo y perturbador, como era su hermano. Por su naturaleza, es manso y dulce, de buenas maneras y lenguaje mesurado, capaz de ofender en un momento de arrebató, como lo hizo conmigo, pero no continuamente por gusto de hacer mal. Sigue siendo un muchacho moderado en la escuela, que guarda el orden externo y no anda en juegos ni bochinchas. Pero se ha abandonado de tal modo, que ni estudia, ni hace composiciones escritas, ni atiende con interés a las enseñanzas.

Hablando de él con el maestro, quien nos convidó el domingo a Enrique y a mí a acompañarle a dar un paseo por los alrededores de la ciudad, nos dijo:

— Yo no desespero de componer a Guillermo, pero se necesita mucho tiempo. Ya ven ustedes que Tomás se ha compuesto en el curso del año; mientras que Guillermo, que parecía mejor que él (y así lo creía don Atanasio), ha ido para atrás. El fuego de bondad que en él se notaba ardía en la hojarasca de cualidades superficiales y de poco valor; al apagarse, por leves contrariedades, no lo ha reemplazado el de ninguna cualidad fuerte

del alma. Lo contrario sucedió con Tomás: sus defectos eran debidos a una educación descuidada y viciosa, y consistían en manifestaciones desordenadas de condiciones vigorosas. Me bastó acabar con esas manifestaciones para poner a éstas en conveniente funcionamiento. En Tomás había fuerza; en Guillermo no la hay, aunque espero desarrollarla lentamente. Es más fácil encauzar una corriente que formarla.



## CAPÍTULO LXXVIII

## FIESTA PATRIÓTICA — EJERCICIOS FÍSICOS

(Arte de educar.)

Esta tarde celebramos una fiesta muy hermosa, que nos ha conmovido mucho y que arranca frenéticos aplausos al público. Con ella se han iniciado hoy, víspera del 20 de julio, los festejos del día de la patria.

Casi toda la ciudad se encontraba a las cuatro de la tarde en la gran explanada de la orilla del río. Dentro de un círculo de unos 150 metros de diámetro, que cerraba la concurrencia, estábamos los alumnos con el maestro, el Inspector Escolar y las principales autoridades de la ciudad.

Primero ejecutamos ejercicios gimnásticos: carreras a pies libres y a pies juntos, de espaldas, de lado; carreras de obstáculos con palancas; ejercicios de gimnasia respiratoria; movimientos de conjunto con palos y cuerdas; gimnasia rítmica o calistenia, acompañada de cantos; carreras de bicicletas; alzamiento y transporte de enfermos o heridos, etc.

Pasamos en seguida a los ejercicios militares. Los niños formábamos una compañía al mando del maestro, dividida en cuatro escuadrones, cuyos jefes éramos Enrique, Jorge, León y yo. Durante media hora ejecutamos varios ejercicios: cambio de frente, formaciones en cuadro, desfile en línea y en columnas, manejo y esgrima del fusil, etc.

Terminadas las evoluciones, mi padre, en su carácter de alcalde, tomó la bandera colombiana y, acompañado de todas las demás autoridades, avanzó hacia nosotros para entregárnosla. La recibimos presentando las armas, mientras la banda de música tocaba el himno nacional. Enrique prometió, en nombre de todos los alumnos de la escuela, amarla y defenderla siempre como emblema de la patria.

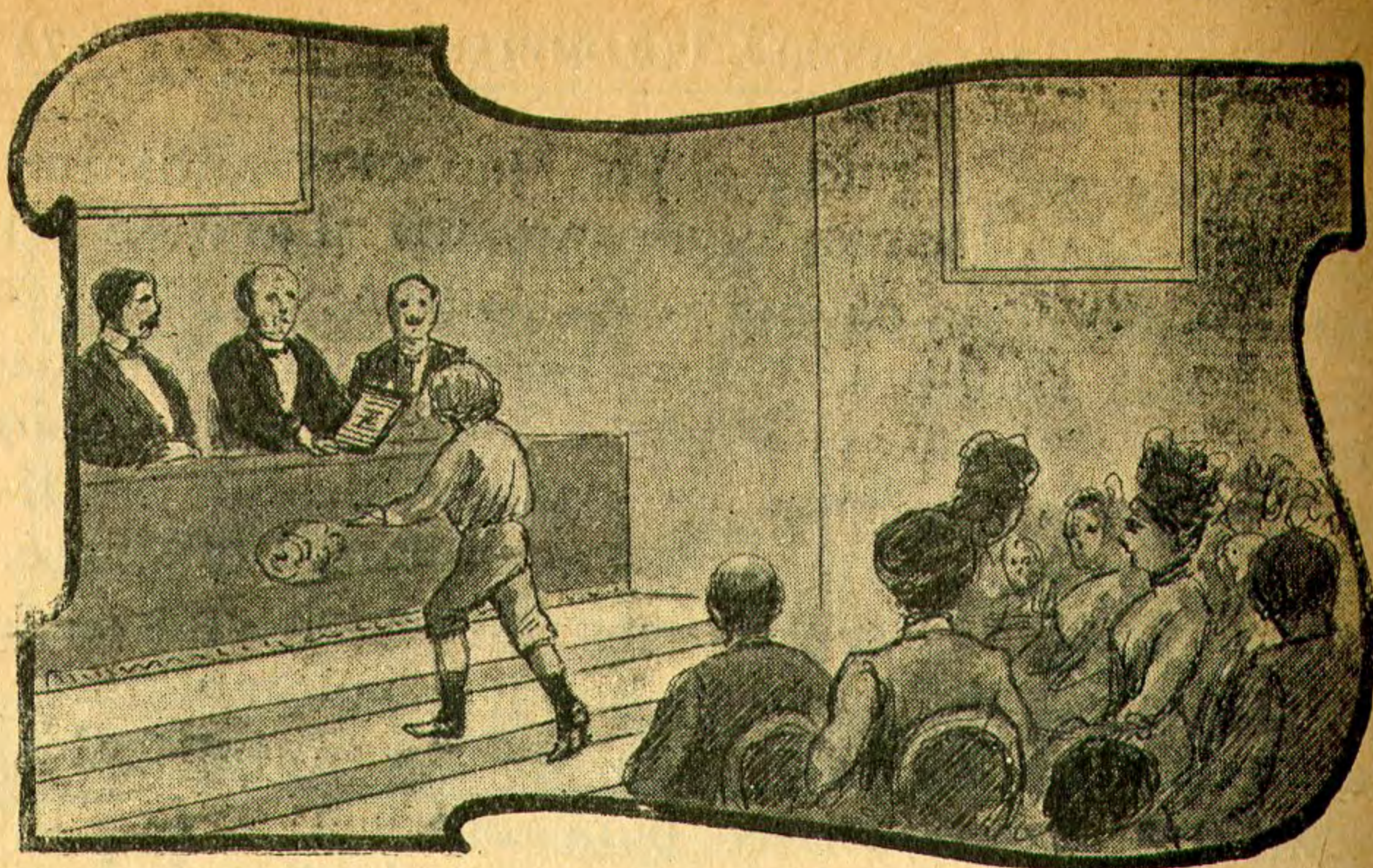
Entonces mi padre nos dirigió una arenga, en la cual explicó el alcance de la promesa que acabábamos de hacer. Nos dijo que los pueblos sin el ideal de la patria son pueblos envilecidos, buenos únicamente para esclavos.

La bandera fué retirada con los correspondientes honores, en medio de los gritos de entusiasmo de la multitud.

Cantamos entonces el himno nacional, y con esto terminó tan hermosa fiesta.

¡Mañana será la distribución de premios!...

¿Cómo saldré yo?...



## CAPÍTULO LXXIX

## DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

(Arte de educar.)

¡Hoy he sido verdaderamente feliz!

Nunca olvidaré este día, en el cual he tenido tan nobles satisfacciones y tan amplias recompensas de mis trabajos escolares!

Por lo mismo, voy a dejar aquí un recuerdo de todo lo ocurrido, aunque será a grandes rasgos, porque estoy cansado, emocionado y también deseoso de cerrar todo libro, hasta este cuadernito mío tan querido, a lo menos en los primeros días de vacaciones.

¡Cuánto voy a gozar en *La Esperanza*, galopando por esos campos ardientes, cubiertos de un mar de pasto, ayudando a los peones en las cosechas de cacao y maíz, que en estos meses van a hacerse, presenciando el corte de cañas, su transporte al trapiche, la molienda, la transformación del zumo en guarapo, en miel, en panela, en azúcar; todo en medio de esos ruidos animadores del trabajo activo, oyendo el murmullo atronador del río, el chi-

rriar de las máquinas, el canto vivaz de los loros, diostedées, coclíes, pellares y demás aves de la tierra caliente!

¡Y más aún cuando pasemos a la hacienda de tierra fría, al simpático *Manzanar*, donde van a prepararse tierras para sembrar en febrero papas y trigo, donde se ha empezado ya la cosecha de café en la parte templada, donde manzanas y duraznos, fresas y curubas me atraen con sus deliciosos jugos, y donde el frío reparará el desgaste de fuerzas que sufriré en la tierra caliente!

Pero estas son cosas futuras, que relataré a su tiempo. Hoy lo que quiero es anotar lo ocurrido en la celebración de este 20 de julio y clausura de la escuela.

A las cinco de la mañana nos despertaron las salvas de artillería y las alegres músicas con que la banda recorría las calles. Pronto se agregaron a ellas muchas gentes que gritaban: «¡Viva Colombia! ¡Hurra al 20 de julio de 1810!» Y daban voces en honor de Bolívar, Santander, Nariño, Sucre, Córdoba, Caldas, Torres, Acevedo y demás próceres de la guerra magna.

A las nueve de la mañana se cantó en la iglesia un solemne *Te Deum*, con asistencia de todas las autoridades, multitud de particulares y las escuelas y colegios de la población. Nosotros concurrimos, marchando adelante la Legión de la Bandera, cuyo estandarte llevaba Enrique. De él pendían dos cordones de seda, cuyos extremos inferiores sosteníamos León y yo. Fué muy hermosa y solemne esa fiesta de simpática significación: es un pueblo que se postra a los pies del Señor a darle gracias por haberle sostenido en la lucha por sus derechos y concedídale la victoria; es el patriotismo, que se purifica en las aguas de la fe y se eleva apoyándose en la piedad.

Después de almorzar, a mediodía, el local de la

escuela se colmó de gentes de todas las clases sociales. En los salones se exhibían (fijados unos en la pared y colocados otros graciosamente sobre las mesas del centro, o en grupos artísticos en los rincones) los mejores trabajos de los alumnos: planas, dibujos, planos, mapas, cuadernos de composiciones y las mejores obras del trabajo manual: sombreros de paja, esteras, canastos, cajas de cartón, juguetes hechos con mimbres y madera de hobo; en fin, una multitud de objetos que hemos fabricado en el curso del año para conocer los procedimientos principales de las artes e industrias, con lo cual tenemos ya una regular preparación para ellas y hasta un recurso para ganar la vida en casos de apuro.

Exhibimos también los mejores frutos y las más hermosas plantas de nuestra huerta, con una relación escrita de la manera como cada una fué cultivada.

El público se mostró muy complacido de nuestros trabajos, y don Gabriel Contreras, uno de los caballeros más ricos de la ciudad, tuvo la patriótica idea de estimularnos dando un premio en dinero a los trabajos que le parecieron mejores: al pie de cada uno escribió con lápiz su nombre y la suma que el alumno debe pasar a recibir mañana en su casa. El público le recompensó con una salva de aplausos cuando se dió cuenta de lo que hacía don Gabriel.

En el gran patio principal, cubierto de un toldo y adornado con festones, banderas y colgaduras, ocupamos el centro los alumnos al frente de las mesas desde donde presidían el acto el Maestro, el Alcalde, el Presidente del Concejo, el señor Cura, el Inspector Escolar y otros empleados. Multitud de señoras y caballeros ocupaban los asientos colocados tras de nosotros y a los lados, y los que llegaron tarde andaban por los salones y desde allí presenciaban el acto.

Mientras entraba la concurrencia y llegaba la hora de empezar el acto, la banda tocó hermosas piezas de música.

Cuando el maestro anunció con la campanilla que iba a empezarse, toda la escuela se puso en pie, y al son del armonio, tocado por el maestro, cantamos en coro la siguiente

#### PLEGARIA A LA VIRGEN

Cuando en el pecho mísero  
Baja pasión se enciende,  
A su calor insano  
La razón se obscurece...  
Entonces, aunque calle,  
No me abandones, ¡líbrame!  
¡No me abandones, Madre!

Y cuando el entusiasmo  
Se resuelva en mi mente,  
Y queme en mis entrañas,  
Y en noble afán me lleve,  
Entonces a mí baje  
Tu protección, dirígeme,  
¡No me abandones, Madre!

Cuando en la lid por todos  
Propio interés me mueva,  
O quiera huir, cobarde,  
La inacabable guerra,  
Pan de los fuertes dale  
Al contristado espíritu...  
¡No me abandones, Madre!

Y cuando en esta lucha  
Resista como bueno  
La calumnia, el trabajo,  
Al déspota y al necio,  
Entonces no me falte  
Tu protección, redóblese...  
¡No me abandones, Madre!

Cuando al hogar querido  
 Visite la miseria,  
 Y desnudos y hambrientos  
 Los míos desfallezcan,  
 Entonces... ¡por quien ames!  
 No me abandones, óyeme,  
 ¡No me abandones, Madre!  
 Y cuando en la opulencia  
 Me acaricie el orgullo  
 Y a su calor se mueran  
 Mis sentimientos puros,  
 Entonces, aunque calle,  
 No me abandones, ¡líbrame!  
 ¡No me abandones, Madre!  
 Aquí el dolor nos hiere,  
 Aquí el mal nos domina,  
 Nos falta aliento abajo,  
 Nos falta luz arriba...  
 Es hora de combate,  
 De obscuridad, de lágrimas,  
 De dura prueba, ¡oh Madre!  
 Tú, que la Madre fuiste  
 De quien murió por todos  
 Los que luchando vamos  
 En valle obscuro y hondo,  
 Tiende tu vista al valle,  
 Aliéntanos, auxílianos,  
 ¡No nos olvides, Madre!

En seguida pronunció el maestro un discurso bellísimo, con aquella sencillez y aquella elevación que forman el fondo de su carácter. Dió las gracias a las autoridades por el apoyo que le habían prestado durante el año en sus tareas; a los padres de familias por su inteligente cooperación; al señor Cura porque no sólo le había ayudado siempre con celo evangélico, sino que le había sostenido con sabias exhortaciones en días de desfa-

llecimiento y de amargura. Describió los fines principales a que había aspirado en las tareas del año y los medios pedagógicos de que se había valido para alcanzarlos. Hizo notar los elementos de que carece la escuela y los que a todo trance hay que conseguir inmediatamente para que no se paraliquen sus trabajos. Y terminó haciéndonos una exhortación a la virtud, al estudio, al trabajo, al amor a la patria, a la religión, a nuestros padres y a él mismo, en términos tan vehementes y conmovedores, que los ojos se nos llenaron de lágrimas a muchos. Cuando terminó, gritamos todos espontáneamente: «¡Viva el señor maestro!»

Siguió después la distribución de premios. Yo gané tres: los de agricultura, higiene e historia patria, y varias aproximaciones primeras y segundas.

Cada premio consistía en un libro y una corona. Leído el nombre del premiado, éste avanzaba a la mesa de la presidencia, desde donde dos niños que llevaban la corona y el libro, le acompañaban hasta la persona que él designaba para que le entregase el premio. Al hacer la entrega del libro y poner en las sienes la corona, el público estallaba en aplausos. Yo escogí a mis padres y a don Pedro para que me entregasen los míos.

Concluída la distribución, el señor Cura, el señor Alcalde (mi padre) y el señor Inspector Escolar pronunciaron hermosos discursos, muy breves y expresivos, en los cuales dieron las gracias al maestro por lo bien que ha llenado sus deberes, y nos excitaron a aprovechar la ventaja de tener tan buen director.

El señor Presidente del Concejo nos dió a todos una gratísima sorpresa: anunció que el Concejo, en su sesión de anoche, había acordado manifestar su gratitud al maestro concediéndole una no despreciable recompensa en dinero. El público encontró esto muy justo y aplaudió con nosotros

tal manera de estimular al noble trabajador.

Los alumnos cantamos en seguida el himno nacional, y así terminó ese acto tan hermoso. Al retirarse la concurrencia, se veía en todos los semblantes la satisfacción y la esperanza.

De cuatro a seis de la tarde, la ciudad presenció el desfile de una procesión patriótica perfectamente organizada. A los acordes de la música, y en medio de enorme concurrencia, que colmaba las calles, balcones y ventanas, pasaron catorce carros artísticamente decorados y arrastrados por caballos, mulas y bueyes. El primero era el de los conquistadores: tres guerreros con armaduras de la época, un fraile dominicano con la cruz en alto y varios indios adornados con plumas y asombrados ante gentes tan extrañas para ellos. Seguían después los carros en este orden:

La Primera Misa, Fundación de la ciudad, el Virrey y la Audiencia, Primeros Mártires de la Patria (Rosillo y Cadena, fusilados en los Llanos), Disputa de Morales y Llorente, Acta de Independencia, Fusilamiento de Caldas, Patriotas condenados a abrir caminos, Triunfo de Boyacá. La Gran Colombia, Bolívar en el Potosí, Muerte de Bolívar. De los balcones caía una lluvia de flores y una salva de aplausos sobre los carros.

¡Ahora... a descansar librito mío, en que tantos y tan gratos recuerdos de la escuela y tan saludables enseñanzas de mis padres quedan guardados, como en urna humilde pero muy amada!... ¡Librito mío, embellecido por la mano de mi madre con dibujos en donde se reflejan el amor y el celo con que mira por mi bien!... ¡A tus páginas acudiré a refrescar mi corazón y vigorizar mi alma con la memoria de esos días santos pasados en el trabajo de mi educación, que es la más hermosa tarea de la vida, porque es el esfuerzo que hacemos para acercarnos a Dios!...

## CAPÍTULO LXXX

### RECUERDO DE LA ESCUELA

Como final recuerdo de la escuela en que he pasado tan contento el último año escolar, copio en seguida la letra del hermoso himno que cantábamos todos los días al empezar las tareas:

### HIMNO DE LA MAÑANA

Esclarece la aurora el bello cielo:  
Otro día de vida, ¡oh Dios! nos dais;  
Gracias a vos, Criador del universo,  
¡Oh Padre nuestro que en el cielo estáis!

Nuestras voces unimos al concierto  
Que el universo eleva en vuestro loor,  
De la tierra, del cielo, el mar profundo,  
Tierno Padre, magnífico Hacedor.

Conservad nuestras almas sin pecado,  
A nuestro cuerpo dad fuerza y salud;  
Y nuestra mente iluminad piadoso  
Con un rayo benéfico de luz.

Por nuestra amada patria os suplicamos,  
Por la Iglesia elevamos oración,  
Por nuestros caros padres y familias,  
Porque dichosos los hagáis, Señor.

En vuestro santo nombre comenzamos  
Este día de vida que nos dais;  
Haced que lo acabemos santamente,  
¡Oh Padre nuestro que en el cielo estáis!

JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

# ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Adopción.....	Págs. 3
---------------	------------

## OCTUBRE

CAPÍTULO I. Nuevo año escolar.....	7
— II. ¡Vayamos a la escuela!.....	12
— III. La matrícula.....	14
— IV. Mi casa.....	17
— V. Mi lecho.....	19
— VI. Con mi hermano.....	21
— VII. La humildad.....	24
— VIII. La escuela.....	27
— IX. El salón de la escuela.....	30
— X. Preparación patriótica.....	32
— XI. Paseo. La acusación.....	35
— XII. Descubrimiento de América.....	40
— XIII. Poesía didáctica.....	44
Memorias sobre el cultivo del maíz en Antioquia. (Frag- mentos).....	44
Poética.....	50
Epístola moral.....	54
La lechera.....	57
El sermón del caimán. (Fábula.)	59
El pato y la serpiente. (Fá- bula.).....	60
Los dos conejos. (Fábula.)...	61
El burro flautista. (Fábula.)..	62
El asno y el cochino. (Fábula.)	62
— XIV. Torres y Caldas.....	63

## NOVIEMBRE

CAPÍTULO XV. Las ánimas.....	70
Noviembre.....	72
— XVI. Hurto y mentira.....	73
— XVII. Popayán.....	76
— XVIII. El sitio de Cartagena.....	83
— XIX. La autoridad.....	92
— XX. La Patria Colombiana.....	95

	Págs.
CAPÍTULO XXI Patriotismo.....	100
— XXII. Optimismo y pesimismo.....	106
— XXIII. Empleo de los textos.....	111
— XXIV. Poesía bucólica.....	114
La Pesca.....	114
Primavera.....	117
— XXV. El aseo personal.....	119
— XXVI. Ofensas y rebeldías.....	124
— XXVII. Murmuración.....	126

## DICIEMBRE

CAPÍTULO XXVIII. La competencia.....	129
— XXIX. Estilo. Correcciones.....	134
— XXX. Albañilería.....	140
— XXXI. La Inmaculada Concepción. ..	145
— XXXII. Ayacucho. Nariño. Bolívar.	149
Gran Colombia.....	149
— XXXIII. Formación de los suelos.....	156
— XXXIV. Poesía lírica.....	160
El pobre.....	160
El himno del latino.....	161
A las ruinas de Itálica.....	162
A la muerte de Napoleón..	165
La vida descansada.....	168
Abandonados.....	171
A la abeja.....	172
Reflexión moral.....	172
Saber sin estudiar.....	173
El teléfono.....	173
Ojos claros.....	173
— XXXV. El dolor y la alegría.....	174
Risas y canciones (poesía).....	180

## ENERO

CAPÍTULO XXXVI. El Dulce Nombre de Jesús. La oración.....	181
— XXXVII. Naturalismo y cristianismo..	185
— XXXVIII. Bogotá.....	192
— XXXIX. Poesía descriptiva.....	202
La luna.....	202
La agricultura de la Zona Tórrida.....	205
— XL. Cargos públicos.....	208
— XLI. Fanatismo. Hipocresía. Religio- sidad.....	213

## FEBRERO

CAPÍTULO XLII.	La Candelaria.....	217
— XLIII.	Pereza y trabajo .....	219
— XLIV.	Poesías varias.....	223
	Éxtasis (de Víctor Hugo).....	224
	Aures.....	224
	¿Cuál? (de Longfellow).....	226
	En la cruz.....	229
	La noche.....	230
	A España.....	231
	Colombia.....	232
	Mi bandera.....	232
	A Colombia.....	233
— XLV.	Paseo general. Juegos gimnás- ticos.....	234
— XLVI.	La batalla de Tarqui.....	238

## MARZO

CAPÍTULO XLVII.	Salinas de Zipaquirá .....	243
— XLVIII.	Paseo general. Resistencia... ..	248
— XLIX.	Alimentos animales .....	252
— L.	Provocación.....	256
— LI.	San José.....	263
— LII.	Los Comuneros. Bajo Palacé. Ri- caurte en San Mateo.....	266

## ABRIL

CAPÍTULO LIII.	Caridad.....	273
— LIV.	¡No soy cobarde! Poesías.....	277
	El suicida.....	279
	Dijo la lechuza.....	280
	Leño sacro.....	280
	Ilusión y esperanza .....	282
	Ante la Hostia .....	282
	A Jesús Sacramentado.....	283
— LV.	Reconciliación. Malos educadores ..	284
— LVI.	Lenguaje y redacción. Modelos..	286
— LVII.	Semana Santa .....	292
— LVIII.	Bebidas.....	295
— LIX.	Quesada. Bomboná. Melo.....	300

## MAYO

CAPÍTULO LX.	Mes de María.....	308
— LXI.	Bebidas embriagantes.....	310
— LXII.	Desarrollo de la instrucción pú- blica.....	315
— LXIII.	La rebelión.....	319
— LXIV.	Poesía épica.....	324
	Gonzalo de Oyón.....	325

## JUNIO

CAPÍTULO LXV.	El Corpus y el Sagrado Corazón ..	327
— LXVI.	Confesión y comunión.....	330
— LXVII.	Viajes. Antioquía.....	332
— LXVIII.	¡Animo!.....	339
— LXIX.	Caracteres tímidos.....	342
— LXX.	Mérito y burla.....	344
— LXXI.	Poesía dramática.....	347
	Dos pesetas.....	347

## JULIO

CAPÍTULO LXXII.	El Carmen.....	352
— LXXIII.	Minas de Muzo.....	355
— LXXIV.	Utensilios de cocina.....	359
— LXXV.	El buen ciudadano .....	361
— LXXVI.	Reseña general de la Inde- pendencia.....	363
— LXXVII.	Caracteres vigorosos y carac- teres débiles.....	368
— LXXVIII.	Fiesta patriótica. Ejercicios físicos.....	370
— LXXIX.	Distribución de premios.....	372
	Plegaria a la Virgen.....	375
— LXXX.	Recuerdo de la escuela.....	379
	Himno de la mañana.....	379

## ÍNDICE DE MATERIAS

*Arte de educar*

CAPÍTULOS I, II, III, X, XI, XXIII, XXVI, XXVIII, XLV, XLVIII, LV, LVI, LVII, LXVI, LXIX, LXX, LXXVII, LXXVIII, LXXIX.
--

*Religión y moral*

CAPÍTULOS VI, VII, XV, XVI, XXVII, XXXI, XXXV,  
XXXVI, XXXVII, XLI, XLII, L, LI, LIII, LVII,  
LX, LXV, LXXII.

*Educación cívica*

CAPÍTULOS XIX, XX, XXI, XXII, XL, XLIII, LXIII,  
LXVIII, LXXV.

*Historia*

CAPÍTULOS XII, XIV, XVIII, XXXII, XLVI, LII, LIX,  
LXII, LXXVI.

*Geografía*

CAPÍTULOS XVII, XXXVIII, XLVII, LXVII, LXXIII.

*Lenguaje y redacción*

CAPÍTULOS IV, V, VIII, IX, XXIX, LVIII.

*Agricultura*

CAPÍTULO XXXIII.

*Higiene*

CAPÍTULOS XXV, XLIX, LVIII, LXI, LXXIV.

*Ciencias y artes*

CAPÍTULO XXX.

*Literatura*

CAPÍTULOS XIII, XXIV, XXXIV, XXXIX, XLIV,  
LIV, LXIV, LXXI, LXXX.

**Libros de Lectura**

POR MARTÍN RESTREPO MEJÍA

*Libro tercero: LA ESCUELA COLOMBIANA.* — Adoptado en concurso por el Gobierno de Colombia «como texto de lectura en todas las escuelas oficiales, para el grado subsiguiente al de lectura mecánica». Grabados de Juan Nariño. En 8.º (400). Arboleda y Valencia, editores. Bogotá, 1912.

En buena hora abrió nuestro Gobierno un concurso para proveer las escuelas de libros de lectura. Veintisiete obras se presentaron, todas de gran mérito, según el parecer del jurado calificador; pero entre todas descollaron la indicada arriba y otra de que nos ocuparemos en el número próximo. Es la de Restrepo Mejía una obra de lo más sano, original, instructivo y ameno que posee, no ya la pedagogía colombiana, sino la castellana. Es el diario de un niño que cuenta su vida y sus impresiones de la casa y de la escuela. En ella hay muchachos de todas condiciones, que en su activo bullir y roce mutuo dan mucha luz sobre el alma de los niños. En las principales fiestas religiosas de cada mes y en otras ocasiones, su madre, en preciosas cartas, le da los más tiernos consejos y las más sólidas enseñanzas. En las fiestas nacionales, una composición hecha bajo la dirección del maestro rememora nuestras glorias. Las conferencias del maestro, del inspector escolar, del médico, y otros incidentes de la escuela dan ocasión a José para estampar en su diario útiles nociones de historia, geografía, lenguaje y redacción, educación cívica, agricultura, higiene, etc. Don Silverio, el padre de José, es padre como pluguiera a Dios lo fueran todos en Colombia. Estudia con cuidado el carácter y las inclinaciones de su hijo, y no pierde ocasión de corregirlo y guiarlo por el sendero que lleva a la virtud y a la gloria. Prevé los peligros en que ha de verse, y le da normas de conduc-

ta y le inculca tan prudentes máximas, que José sale triunfante de casi todas sus luchas o sabe levantarse prontamente cuando el ímpetu de su sangre juvenil lo descarrila. Qué vigoroso patriotismo no le infunde (pág. 100); qué bien le expone la lucha entre el naturalismo y el cristianismo, robusteciéndole sus condiciones de cristiano (página 185); qué claramente le distingue los conceptos de fanatismo, hipocresía y religiosidad, animándole a ser siempre piadoso, de carácter, y a desafiar las burlas de los malos (pág. 213); con qué tino le enseña a hermanar la mansedumbre y el valor (pág. 256).

Pues si don Silverio es un gran educador, no le va en zaga el maestro, aquel «antioqueño, del Cañón de Medellín, paisha de todo el maíz», que en cuestiones pedagógicas cumple bien su promesa de «no dejarnos comején en la cabeza»; aquel don Martín Restrepo Mejía, cuya labor pedagógica le pone a la cabeza de nuestros pedagogos contemporáneos. Con decir que éste es, y no otro, el maestro de José, y que no pierde ocasión de exponer sus ideas pedagógicas, se deja entender el caudal de ciencia educativa que encierra este precioso libro.

En suma, mucho bueno tienen que aprender de él, no sólo los niños, sino también los padres y los maestros. Quizá los niños echen de menos algunos versos e historietas que hubieran hecho su libro de lectura más variado y ameno, y, en cambio, quizá tengan que omitir algunas lecciones de agricultura por ser para ellos demasiado sabidas (1).

Pequeños lunares son estos que no impiden el que Colombia esté de plácemes, porque tiene para sus escuelas un gran libro de lectura.

F. R., S. J.

(Horizontes, de Bucaramanga.)

(1) Desde la segunda edición fueron atendidas estas observaciones.

## LIBRO DE LECTURA

El señor doctor don Martín Restrepo Mejía, uno de los más distinguidos institutores de Colombia, nos ha favorecido, de pura bondad suya, con el envío del primero y segundo *Libro de Lectura*, bondad que agradecemos de todo corazón.

El libro primero, o sea *La Citología Colombiana*, es un nuevo método de aprender a leer y escribir. Aunque en nuestras escuelas públicas se emplea el método del silabeo en la enseñanza de la lectura, siempre nos ha parecido que el sonido o método alemán es el más fácil y rápido en tal aprendizaje. Basta saber perfectamente los sonidos de las letras para poder leer, mientras que por el método del silabeo se necesita un número muy considerable de combinaciones de letras en articulaciones directas, indirectas y cerradas para formar las palabras.

El doctor Restrepo Mejía, en su nuevo método, emplea el sonido, y, por consiguiente, es muy adecuado el nombre que da a su primer Libro de Citología (*cito*, muy pronto, *legere*, leer). Con tal procedimiento el niño aprenderá con rapidez el maravilloso arte de la lectura, con mucha economía de tiempo y gran sorpresa de sus padres, que contemplarán gozosos al tierno retoño arrancando el pensamiento escrito de las páginas que ha dejado la imprenta o la pluma del autor. Con mucho respeto hacemos ahora una ligera observación, como opinión nuestra que nada significa. Nos parece que a los niños se les complica un poco y aun los fastidia el aprendizaje simultáneo de las letras manuscritas y de los caracteres impresos. Sería más conveniente usar sólo de la letra manuscrita, minúscula, porque el que lee lo manuscrito lee luego lo impreso sin dificultad.

El libro segundo, *La Niñez Colombiana*, comprende cinco partes. La primera son lecciones de

zoología, con grabados, que dan a conocer las principales especies de animales. La segunda, *Patria y Moral*, comprende muy oportunas enseñanzas y ligeros rasgos biográficos de los principales próceres de nuestra Independencia. La tercera contiene historietas y cuentos, el encanto de los niños, de cuya lectura sacan siempre buena enseñanza cuando son morales, como éstos. La cuarta parte trae poesías y fábulas, muy provocativa lección para los pequeños lectores. La quinta comprende variedades con piezas muy adecuadas también.

Todo este libro es una golosina literaria que devorarán con placer y provecho propio los niños inteligentes y no lo dejarán de la mano una vez que lo hayan empezado.

Felicitemos con todo entusiasmo al señor doctor Restrepo Mejía por su obra de tanto interés y altamente patriótica. Con ésta y otras obras de índole semejante, que son ya numerosas, ha levantado él un glorioso monumento a la causa de la enseñanza, y su nombre está ya escrito, en grandes y vistosos caracteres, en la historia de la pedagogía, no sólo colombiana, sino también americana.

Nuestros plácemes repetidos para el eminente y laborioso institutor.

(*El Campesino*, Chía.)

Hemos recibido los números 1.º y 2.º de esta excelente serie de libros, que acaba de dar a la luz pública el hábil pedagogo señor Restrepo Mejía. Creemos, no sin fundamento, que esta obra será recibida con aplauso y agradecimiento por todos los señores maestros de escuela. El autor se propuso reunir un gran tesoro de lecturas amenas e interesantes, que sirvan no sólo para enseñar a leer a los niños sino también para irlos formando ya desde sus primeros años en el buen gusto estético de la literatura clásica, tanto nacional como extranjera.

(De *Los Estudios*, de Medellín.)

**BIBLIOTECA**  
**Universidad EAFIT**



100058786

**FAES**

**SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas





# OBRAS DE M. RESTREPO MEJÍA

De venta en Bogotá, en el despacho del autor, y en  
las principales librerías de Colombia

---

**Elementos de Pedagogía Fundamental.**

**Pedagogía Doméstica**, libro de los hogares.

**Gramática de la Lengua castellana**, texto para  
Colegios.

**Compendio de Gramática de la Lengua cas-  
tellana**, texto para las Escuelas primarias.

**Geografía Universal**, texto para Colegios.

**Compendio de Geografía Universal**, texto para  
Escuelas primarias.

**Compendio de Historia Universal**, para un  
curso preparatorio.

**Historia Sagrada y Catecismo de Astete**, para  
Escuelas primarias.

**Aritmética**, texto para Escuelas y Colegios.

**Libros de Lectura:**

El *primero*, para lectura mecánica, método de  
sonideo.

El *segundo*, para lectura corriente.

El *tercero*, para lectura ideológica.

El *cuarto*, para lectura estética.

Este último es una antología cronológica de la  
literatura castellana de ambos mundos, muy intere-  
sante para los aficionados a las bellas letras.

**Cartilla Antialcohólica:** Dos cuentos paralelos,  
con ilustraciones, acompañados de una exposi-  
ción científica del alcoholismo y sus efectos.